Príncipe de Hielo

entre el
Amor proibido
y el deseo



Él rompió todas las
reglas.
Ella es el secreto que
nunca debió tener.

SILVIE BASSET

Príncipe de Hielo

entre el
Amor proibido
y el deseo



SILVIE BASSET



JUGADOR DE HOCKEY X BAILARINA — HERMANA DEL MEJOR AMIGO — AMOR PROHIBIDO — SECOND CHANCE — FAST BURN — NEW ADULT

Austin Prince lo tiene todo: es uno de los Gladiadores del Hielo, brilla en el rink, colecciona conquistas y arranca suspiros con solo sonreír.

Emory Maxwell, la pequeña de los Maxwell, siempre fue la chica intocable. La hermana prohibida de su mejor amigo. El límite que jamás debía cruzar.

Pero ahora… están en la misma universidad.

Y las reglas empiezan a tambalearse.

Porque ella ya no es la niña que solía mirar de lejos.

Ella creció.

Y Austin no puede dejar de verla.

Ella es fuego.

Él es puro caos.

Debería mantener las manos alejadas… pero Austin Prince nunca jugó siguiendo el reglamento.

Entre la lealtad y el deseo, tendrán que arriesgarlo todo.

Porque hay batallas que no están hechas para ganarse… sino para quemarse hasta el final.



Sinopse
Sumário
Ficha Técnica
Todos los derechos reservados
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Ficha Técnica

SILVIE BASSET – Copyright
© 2025 – 1ª Edición en Español

Autora: Silvie Basset
Traducción: Silvie Basset
Portada y Edición: Silvie Basset
Revisión: Camila Brinck
Lectura Beta: Flávia Diniz, Daiane Moraes y Gle Rodrigues

Obra original publicada en portugués (Brasil), 2024.

Todos los derechos reservados



Obra protegida por la Ley n.º 9.610/98 (Ley de Derechos de Autor).

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, transmitida o grabada, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia u otro, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Nota de la Autora

Austin Prince ha llegado al mundo.

Nuestro papá pollo.

Nuestro Gladiador con más desparpajo.

Nuestro galán descarado y mujeriego.

¡Sí, chicas, ya está aquí!

Este es el segundo libro de la serie Gladiadores del Hockey y trae la historia de un jugador que lucha contra lo que siente por la hermana de su mejor amigo. Un dilema que mezcla lealtad, deseo y, cómo no, toneladas de sarcasmo.

¿Y antes de que preguntéis… hay que leer Corazón de Hielo para entender esta historia?

Respuesta: para nada. Cada libro de la serie se centra en una pareja distinta, así que podéis lanzaros de cabeza a este sin miedo.

¿Habrá algún spoiler del primero? Sí, alguno que otro. Pero nada que arruine la experiencia, porque Sebastian y Winter tienen una dinámica única. Además, Corazón de Hielo es un bullying romance de esos en los que la prota no se dobla ni de coña… y devuelve cada golpe con más fuerza.

Dicho esto…

Si queréis deslizaros primero con Austin, adelante. Después podéis correr a conocer a nuestra pareja que se odia con pasión.

Aviso importante: este libro toca algunos temas sensibles que pueden ser gatillo para algunas lectoras, como el rechazo y la supervivencia a un incendio.

Nuestro nuevo dúo tiene una química brutal y una historia que os va a robar más de un suspiro.

Él, el tío que se toma la vida a coña.

Ella, la chica que siempre supo lo que quería… y nunca lo escondió.

Porque sí: Emory le pidió a Austin que fuese su novio cuando tenía solo 10 años. Él se rió.

Ella no lo ha olvidado.

Ahora, años después, entre provocaciones, deseo contenido y momentos que ponen a prueba hasta el corazón más duro, vais a reíros, suspirar y morderos las uñas para que al fin estén en la misma página.

Y recordad: no soy especialista en hockey. Mi objetivo aquí siempre es el romance. Así que si alguna jugada parece sacada de una peli de Hollywood… simplemente disfrutad del viaje.

Además, algunas frases y diálogos están escritas a posta de manera más informal, para dar esa sensación de cercanía, como si los personajes os lo contaran directamente al oído.

Ah, y sí: hay escenas de sexo descriptivas y consumo de alcohol.

Creo que eso es todo…

Ahora espero que os dejéis llevar y os enamoréis de nuestro segundo Gladiador tanto como yo me enamoré al escribirlo.

¡Buena lectura!

Con cariño,

Sil.



Emory Maxwell

Austin Prince es el mejor amigo de mi hermano… y también mi amor prohibido.

Formó parte de mis fantasías de niña y, cuando descubrí lo que era el deseo, pasó a formar parte de otras fantasías bastante más sucias.

Mi obsesión por él era tan loca que ni siquiera me importó darme cuenta de lo borracho que estaba la primera vez. En realidad, lo agradecí. En su sano juicio, jamás me habría besado.

Acababa de cumplir dieciocho. Y aquella noche quise ser valiente: me colé en una de las tantas fiestas a las que mi hermano y sus colegas iban cada vez que volvían a casa. Austin nunca me había visto arreglada, maquillada… y mucho menos con un vestido tan corto que, si respiraba fuerte, medio culo me quedaba al aire.

Fue mi regalo de cumpleaños atrasado. Quería que él fuese mi primero. Y lo fue.

Fue intenso, maravilloso… y para mí, real.

Para él, no.

Me autoengañé creyendo que Austin sabría lo que estaba pasando entre nosotros. Que notaría la diferencia cuando sus labios tocaran los míos. Cuando su lengua invadiera mi boca. Y mucho más… cuando arrancó mi ropa y…

Me equivoqué.

Quise ver en sus ojos el reconocimiento. Quise que supiera a quién estaba convirtiendo en mujer. Pero ya era tarde para confesarlo. En un momento, las caricias se volvieron más bruscas, sus palabras obscenas, crudas, sin filtros. Su

entrada fue suave solo para acomodar su polla. No fue rápido, pero tampoco lento… ni con el cuidado de quien rompe un himen.

Dolió.

Dolió de cojones.

Pero él entendió que mi cara contorsionada y mi grito ahogado eran de placer. No lo sabía…

Austin me besó con intensidad, posesivo y a la vez tierno. Una contradicción que me volvió loca. Me sentí borracha de deseo y de la ilusión de estar cumpliendo mi noche especial con él.

Ya estaba hecho.

Me acurrucó en su pecho, me llenó de caricias que casi me hicieron olvidar su fama de cabrón.

Ilusa, pensé que era especial.

Me dormí entre sus brazos, completamente engañada.

La magia se rompió en cuanto abrió los ojos a la mañana siguiente. Su cara de espanto lo dejó clarísimo: no me había reconocido.

Y desde entonces, ni siquiera su amistad me quedó.



Austin Prince

Austin Prince

Emory Maxwell es la hermana pequeña de mi mejor amigo… y mi maldita tentación desde que le crecieron las tetas.

La cría de diez años que me declaró su enamoramiento cuando leí su diario —sin querer, lo juro— se convirtió en mi mayor desafío cuando su cuerpo pasó a ser el de una mujer. Una mujer jodidamente buena.

Lo peor era que no perdía la oportunidad de volverme loco, poniéndome a prueba cada vez que se me lanzaba, obligándome a disimular la erección.

Y lo que más quería en el fondo era darle justo lo que pedía.

Quería besarla, tocarla, saborearla entera.

El apodo de enana ya había calado, y lo usaba como escudo para repetirme que era prohibida.

Aun así, me la cascaba más de una vez pensando justo en ese maldito apodo. La primera vez me sentí un depravado, deseando a una cría de catorce.

Pero, joder… Emory era el pecado hecho carne.

Y se esforzaba en provocarme, enseñando partes de su cuerpo que empecé a admirar a escondidas. Se volvió mi fantasía durante años, hasta que una noche de fiesta vi a alguien que se le parecía. Perdí la cabeza. Tenía que tirarme a esa tía que tanto me recordaba a mi tormento.

Emory nunca fue de maquillarse fuerte ni de ponerse vestidos tan putos como aquel. No era ella… y por fin podía tener a otra que calmara mi calentón reprimido.

El beso fue surrealista, su cuerpo era tal cual lo había imaginado, y su coño…

¡Joder! ¿Qué era eso?

Me volví hambriento. Nunca devoré a una mujer con tantas ganas como aquella noche.

Incluso llegué a ver la jodida manchita de nacimiento que tenía grabada en mi memoria.

Pero a la mañana siguiente, sin el alcohol nublándome la vista, todo se fue a la mierda.

Había cometido el peor de los pecados: me había follado a la enana.

La mejor follada de mi vida había sido con ella… mi deseo prohibido.

La chica que ansiaba con cada fibra, pero que no podía ser mía.

Sentí angustia primero, porque la quería. Mucho.

Después, la imagen de Sebastian, mi mejor colega, me golpeó en la cara… y lo que vino fue vergüenza.

Me dejé llevar por la polla y me cargué todo.

Sebastian jamás me lo perdonaría.

Yo mismo no me lo perdonaba.

Entonces miré al maldito culpable entre mis piernas y la paranoia me explotó. Sangre. Había sangre en mi polla. El corazón me reventaba en el pecho.

Había sido su primera vez. Y encima, sin cuidado.

Mi billete directo al infierno estaba firmado.

Pero ella soltó que estaba con la regla. Una excusa plausible, ¿no?

Al menos, el daño era menor del que imaginaba.

La miré a los ojos pintados, escondiendo la luz de la niña que yo conocía, y me hice una promesa: nunca más.

Era lo correcto.

Ella sería una bailarina de prestigio y encontraría a alguien mejor que yo.

Pero… el plan se fue a la mierda en cuanto apareció en mi universidad.

Ahora estaba en mi territorio. Demasiado cerca.

Tenerla tan a mano, y encima verla con otros, es una batalla diaria.

La vida de gladiador no es fácil.

Foco, juego y victoria, siempre fue mi lema. Nunca entro en una arena para perder.

Pero cuando se trata de Emory Maxwell…

el miedo más grande es perder lo que realmente importa.

Los gladiadores no retroceden.

Pero a veces… quedarse quieto y no luchar parece la elección más jodida de todas.



La visión frente a mí no es precisamente el sueño que siempre tuve como bailarina. Ese se habría hecho realidad si mi entrada en Juilliard hubiese llegado después de la audición de la última primavera.

El programa de danza de la Universidad de Míchigan siempre fue un plan B. Un camino seguro mientras esperaba otra oportunidad. Pero Ann Arbor nunca se trató solo de eso. Antes había otro motivo. Una razón que me hacía querer estar aquí por algo más que la danza.

Solo que todo cambió hace poco más de un año. Cuando lo que yo quería dejó de existir. Cuando lo que sentía tuve que enterrarlo. Y, con eso, Míchigan se convirtió apenas en el lugar donde intento seguir adelante.

—Y esta es la última —anuncia Sebastian, mi hermano mayor, dejando la última maleta junto a mi cama. Suelta un bufido exagerado y me mira levantando una ceja—. ¿Qué coño has metido aquí, plomo?

—Ah… solo unas mancuernas para entrenar cuando me aburra —respondo, intentando mantener cara seria mientras me encojo de hombros.

—¿¡Qué?! —Me fulmina con la mirada, con la voz aguda del espanto puro—. ¿Cómo dices? —La fuerza grave para fingir seriedad, pero ya es tarde. Estoy partiéndome de risa.

—Ya estaba a punto de lanzar esta maleta por la ventana. Aquí hay gimnasio en el campus, Emis, ¿no lo sabías?

—Lo sé muy bien. Y no necesito músculos como los tuyos, Sr. Gladiador mazado —le pico un ojo, provocando.

Sebastian revira los ojos y resopla, claramente arrepentido de haberse ofrecido a ayudarme con la mudanza.

—Mejor así. Tienes que mantener esa carita de niña mona. Hasta da pena meterse contigo —se burla, despeinándome como si todavía fuese una cría.

—¿¡Niña mona!? —Cruzo los brazos—. ¡Soy bailarina, Sebs! No necesito músculos enormes, necesito fuerza y… —Levanto la pierna en un spagat de pie, estirando al máximo—. Flexibilidad.

Él se echa atrás, levantando las manos como si fuese a atacarlo.

—¡Tranquila, ninja! No querrás romperle la cara guapa a tu hermano, ¿no? —pone cara de terror falso.

—¿Ves? Soy peligrosa. Prácticamente una Gladiadora del Hielo —retrucó, pinchándole el pecho con el dedo.

Sebastian aprovecha y me atrapa la mano, tirando de mí hasta hundirme en un abrazo de oso que casi me deja sin aire.

—Vale, vale, exhibicionista. Pero no olvides quién es el capitán aquí.

—Capitán o no, aún puedo mandarte a la mierda con una pirueta bien dada —bromeo, intentando soltarme.

Su presencia me calma. Todavía estaba nerviosa por la mudanza. Pero era esto o quedarme esperando un milagro para alcanzar mi sueño.

Preferí perseguirlo.

Aunque eso significara empezar por el Programa de Danza Contemporánea de la Universidad de Míchigan. Un trampolín hacia Juilliard.

Estaba ilusionada. Pero dejar a mi madre atrás en Traverse City no fue nada fácil.

Está mejor ahora, o al menos más estable, pero después de la "muerte" de mi padre —la mentira que todos creen—, la depresión la arrastró de una manera que me hizo dudar antes de irme.

No sé cómo lo habría hecho sin Berta. La ama de llaves prácticamente me echó de casa a empujones, asegurando que se ocuparía de todo.

—No sé yo… —responde a mi amenaza sobre mi "peligrosidad", y gira la cabeza hacia atrás—. Gelito, ¿tú qué opinas? —Y es entonces cuando la veo: la rubia que domó a mi hermano nos observa.

Ella fue lo mejor que le pasó en la vida.

Winter, la chica que convirtió la vida de mi hermano en un infierno. Y viceversa.

Tuvieron un inicio raro… Nadie que los vea hoy imaginaría lo mucho que se peleaban. Todo el puto tiempo.

—Depende —responde Winter, apoyada en el marco de la puerta con una sonrisita maliciosa, claramente disfrutando de la escena—. Puede que haya heredado el talento del hermano para el lío… o ser solo una versión mejorada de él.

—Yo nunca me meto en líos —Sebastian replica al instante.

—¿Ah, no? —ella levanta una ceja en reto—. Hay versiones diferentes —dice con sarcasmo, mirándose las uñas. Él suelta una risita y aparta la mirada, incapaz de defenderse.

—Bueno… pero yo no soy ninguna versión mejorada. Soy una pieza única en este universo. Y vosotros tenéis el privilegio de

convivir conmigo. —Hago un gesto exagerado, señalándome con una mano mientras pestañeo despacio.

Las risas delatan que nuestro teatro tiene audiencia. Me inclino un poco para ver al público que no pagó entrada detrás de mi hermano. Sonrío al darme cuenta de que son mis nuevas compañeras de cuarto.

—¡Hola, chicas! ¿Habéis venido a rescatarme o qué? —Sebastian lanza su charme, y Winter frunce el morro, entrecerrando los ojos hacia él.

—¿Ese rollito de galán se lo sueltas a todas, o solo conmigo? —Winter cambia al instante el tono de voz.

—¡Claro que no! —Y la voz de soprano de mi hermano regresa. Carraspea y lo intenta de nuevo—: Cla-claaaro que no. —Ahora sí le sale en un tono normal.

Me tapo la boca con la mano para disimular la risa.

—¿No te importa nada tus pelotas, ligón? —Cameron es la primera en entrar, dejándose caer en su cama con los brazos extendidos hacia atrás—. Tu Gelito está acostumbrada a nosotras, pero como te oiga hablando así con otras… —Silba como el pitido de una bomba cayendo. Maddie, la otra chica, más tímida, sonríe de lado y se refugia en su rincón del cuarto.

Mis compis de cuarto eran como el Yin y el Yang, blanco y negro, seco y mojado. Completamente distintas. Pero la amistad y complicidad entre ellas se notaba a kilómetros.

Cam era de esos fenómenos de la naturaleza, como tormenta. Imposible no notar su presencia. Morena alta, piel marrón intensa y suave que hacía juego con sus rizos sueltos. Su estilo era atrevido, siempre con ropa que la realzaba. Maddie, en cambio, si pudiera se pondría una bolsa de papel en la cabeza para pasar desapercibida. Sus prendas anchas y sus gafas de pasta negra lo gritaban sin disimulo.

—Nunca he hablado así con ninguna… —Sebs intenta defenderse. Estoy casi segura de que Cameron suelta un "mentira" disfrazado de tos fingida. Maddie se tapa la boca riendo. —Quiero decir… —Mi hermano se rasca la nuca, perdido, sin encontrar palabras que no lo hundan más—. Gelito, mi amor, después de ti nunca volví a hablar con otra chica así. Es más, hasta discutí con mi polla, porque ya era tuya incluso antes de estar juntos.

—¿Y cómo va eso, Sebs? ¿Hablas con tu polla como si fuera tu colega? —pregunto yo, con curiosidad genuina.

—Joder… La polla no es para que salga de tu boca —me regaña.

—Solo para entrar, cariño. Tranquila que esta noche te presentamos unas que valen la pena —Cameron me guiña un ojo. Escucho a Sebastian bufar mientras la fulmina con la mirada.

—No vas a presentarle ninguna polla a mi hermanita, Cam. —Le señala con el dedo, serio—. Y tú, Win, te juro que solo te veo a ti. —Da un paso hacia ella, que aún pone morritos adorables.

Otra presencia femenina entra en la habitación.

—¿Qué pasa, novata? ¿Lista para ponerte en modo Kappa? —Sidney, una de las mejores amigas de Winter, aparece con una botella de tequila en la mano—. ¿Y este Gladiador qué coño hace aquí?

Detrás de ella viene una fila de chicas que reconozco como las demás novatas de la fraternidad. Todas de lo más animadas, escoltadas por la veterana.

—Win, despide a tu chico ya, que nos llevamos a nuestras niñas de paseo. Venga, rápido. —Brooke, la otra mejor amiga, surge agarrando al par de tortolitos de la mano y empieza a sacarlos del cuarto.

—Un momento… ¿trote? —Sebastian se planta, frunciendo el ceño.

—Eso mismo —responde Brooke. Ella y Sidney llevan en la cara sonrisas de depredadoras a punto de devorar a la presa—. Y empieza ahora.

—Despídete de tu novio, amiga. Y vente, que tenemos iniciación. El año pasado te la perdiste, pero esta vez puedes participar como veterana —Sidney empuja a Winter hacia fuera, agitándole la mano para que se apure.

—Está claro que os habéis vuelto locas si pensáis que dejo que mi hermana beba lo que le den esos gilipollas —Sebastian insiste, demostrando que sabe de sobra de qué va el trote.

El cuarto está a reventar, y una de las novatas se me pega al lado.

—¿Vamos a beber tequila? —le susurro. Éramos doce novatas y juraría que la mayoría estaba aquí dentro. Sidney debió convocarlas planta por planta.

—Tenemos que conseguir que alguien nos invite la bebida. Si no lo logramos, nos toca el chupito de tequila —me responde en voz baja. Suelto un sonido de "vale, entendido".

—Pero tranqui. Si no se lo toma otro, se lo bebe de mi botella —Sidney canta, agitando el tequila en el aire.

Sebastian me mira perdido, sin saber cómo reaccionar. No se había dado cuenta de que entrar en la fraternidad implicaba pasar por todos los rituales, incluido el trote de las novatas.

—¿No podíais inventar otro trote? Yo qué sé… tirar calcetines por la ventana —suelta, con la desesperación evidente en la voz.

—Win, ¿tu novio tiene peste a pies o qué? —pregunta Sid.

—Claro que no —responde él, ofendido—. ¿A que no, amor? —la segunda pregunta va dirigida a su Gelito.

Winter aprieta los labios, conteniendo una sonrisilla. Sebastian parpadea varias veces y se gira hacia Sidney.

—¿Y por qué preguntas eso?

—Pues porque has dicho que vuestro trote era tirar calcetines. —Se encoge de hombros.

Él gruñe, pasándose la mano por la cara, frustrado.

—Primero: nunca tiré calcetines. Segundo: no tengo peste. Y tercero: era solo un ejemplo.

—Que no vamos a seguir —declara Cameron, levantándose de la cama de un salto—. Win, cariño, saca ya a tu novio y vente que empezamos.

—Venga, Sebs… —Winter tira de su brazo. Él sigue refunfuñando, pero se deja arrastrar por la rubita testaruda—. Tranquilo, sobrevivirá.

Sebastian suelta un suspiro exagerado, como si lo estuvieran echando de un castillo medieval. Le hago un gesto de despedida con la mano, sonriendo traviesa. Estoy casi segura de que mi hermano se pasará la noche recorriendo bares en nuestra búsqueda.

—¿Lista para tu noche de iniciación, Emis? —Brooke pasa un brazo por mis hombros, llamándome a la batalla.

—Siempre —respondo, sintiendo la adrenalina correr por mis venas.

Y con eso, la noche apenas comienza.



Mis pies ya no sabían distinguir si tocaban el suelo o flotaban. Tras tantas paradas, tanto jaleo y risas, por fin llegamos al Bar 213. Era el último. O al menos eso esperaba. Porque en cada bar en el que entrábamos Sidney decía "solo uno más", y cuando te dabas cuenta ya estábamos en el siguiente, y en el siguiente…

En cuanto cruzamos la puerta tuve la sensación de haber caído en uno de esos bares de peli universitaria. De hecho, la mayoría de los sitios por los que habíamos pasado estaban llenos de estudiantes de la Universidad de Míchigan; pero este fue el que más me gustó. Miro a mi alrededor para asimilar la decoración con los pocos sentidos que me quedan: la luz amarilla que colaba de las lámparas pegadas al techo de madera le daba un aire acogedor, del tipo que invita a echarse una siesta de resaca. Sí… podría dormirme, si no fuera por las risas altas, la música y las conversaciones animadas, claro.

Al fondo había mesas de billar, todas ocupadas por grupos. La mayoría eran estudiantes, porque muchas conocían a las Kappa veteranas que entraban como si fuesen socias del local.

Me apoyé en la barra intentando ignorar el mareo ligero que me subía a la cabeza. Noté a Winter acercarse y pegarse a mi lado. Sus ojos brillaban divertidos, pero los labios tensos como si guardara un secreto.

—Emis, escucha. Si pides algo sin alcohol al primer tío, a nadie le importa —me dijo bajito, cómplice.

Parpadeé varias veces, asimilando la información como si fuera una revelación divina.

—Espera… ¿qué? —crucé los brazos mirándola—. ¿Y eso me lo cuentas ahora?

Winter sonrió de lado.

—Tenías que vivir la experiencia antes. Pero confía, si sigues mi consejo sales de aquí con dignidad y viva. —Me guiñó un ojo y se apartó despacito para volver con sus amigas.

—¡Bebida gratis o tequila! —gritó Sidney en medio del bar, agitando la botella, mientras Riley y Paige, la presidenta y la vicepresidenta de la Kappa, aplaudían y animaban a las novatas a participar en el trote.

Soplé un mechón de pelo que me caía sobre el ojo, sin fuerzas para subir la mano y apartarlo.

Aún buscando el equilibrio necesario para pillar otro trago, vi a Allison —otra de las novatas— levantar su vaso con algo claramente no alcohólico.

—Tú… —le dije en conspiración. Ella se puso el dedo en los labios para que callara.

—Llevo con ese truco desde el segundo bar —me dijo encogiéndose de hombros.

—Te has ganado mi respeto, colega —solté y ella me sonrió cordial.

—La única con sentido común en este grupo —murmuré para mí.

Antes de que pudiera relajarme, una de las veteranas me empujó suave hacia un grupo de chicos que estaban junto a la mesa de billar.

—¡Tu turno, Emis! Pide tu copa —Paige me miró con malicia. La pelirroja parecía disfrutar muchísimo de emborrachar a las novatas.

Tragué saliva y me acerqué. El tipo era grande, de hombros anchos y porte atlético, con una confianza despreocupada. Su piel tenía un tono dorado, cálido; el pelo oscuro le caía hacia la frente de forma deliberadamente descuidada. Desprendía un encanto sin esfuerzo. Fruncí el ceño, con la sensación de haberlo visto antes.

Sus ojos oscuros se quedaron en los míos un segundo, evaluándome entre la curiosidad y el interés. El rabillo de la boca se le curvó en una sonrisa sugerente. Dios, qué bueno estaba. Noté un calor subir por el cuello.

—¿Me invitas a una copa? —pregunté, intentando aparentar seguridad. Que me prestara atención ya me había puesto un poco nerviosa.

—Para una Kappa, lo que quieras —respondió sonriendo—. —Pidió a la camarera un refresco en vaso grande—. No quiero estropearte el trote, guapa. Pero a cambio de la bebida, ¿me das tu número?

Su sonrisa blanca brilló en la penumbra de un modo que me hizo arder por dentro. Respiré más hondo, con ganas de lanzarme y escribir mi número en el vaso antes de que cambiara de idea. Miré a mi alrededor, por si alguien nos pillaba: cosa que pasaba a menudo cuando mi hermano y sus colegas trogloditas se dedicaban a intimidar a cualquiera que se acercara a mí.

Ellos no están aquí, pienso. Le suelto mi mejor sonrisa y asiento con la cabeza. El tío me pasa su móvil para que ponga mi número. Lo reviso dos veces para asegurarme de que lo escribí bien.

—¿Emis? —pregunta el chico al ver el nombre que guardé en el contacto.

—De Emory. Pero todo el mundo me llama Emis.

—Encantado, Emis —dice con un chasquido de labios, probando mi nombre en su boca. Y qué boca… de esas con labios carnosos que parecen blanditos. —Me llamo Theo, de Theodoro.

Theo… el nombre tampoco me resulta desconocido. Inclino la cabeza, analizándolo unos segundos. Después paso la vista por los demás tíos sentados con él en la mesa, mirando nuestra interacción.

Veo a dos mover la cabeza en negativo, desaprobando lo que ven. Entonces…

—¡Ey, Theo! ¿Todo bien? —Winter aparece de la nada, enganchando mi brazo. Aprovecho para usarla de apoyo—. Por favor dime que nadie avisó a Sebastian.

¿Avisar a Sebastian?

Parpadeo varias veces, cayéndome la ficha en cámara lenta, como si mi cerebro fuese una tragaperras. Los tres rodillos giran hasta alinearse en el mismo símbolo: la imponente "M" en las chaquetas idénticas a la de Sebs. Y como un animal al acecho, distingo al Wolverine detrás de la letra, con sus garras brillando en la camiseta del tío sentado con pose desganada en la mesa. ¡Joder! Son jugadores del equipo de hockey.

—Ya iban de camino… —el segundo, sentado al lado de Theo, responde—. Así que ni digas que fuimos nosotros, Win.

Winter resopla mirando al techo del bar y luego vuelve a ellos.

—¿Y tú eres del equipo de mi hermano? —su tono suena decepcionado.

—Defensa, guapa. Pero ni idea de que eras hermana del Caps cuando te pedí el número. Solo sospeché cuando vi el nombre. —Se recuesta en el respaldo acolchado y cruza los brazos en el pecho, mirándonos con sonrisa ladina—. Y tuve la certeza cuando la Gelito vino aquí como gallina protegiendo sus huevos de oro.

—No soy una gallina.

—Solo que acostumbras a dar pollos a los demás —otro jugador, frente a Theo, suelta la broma.

—¡Mason! —Winter lo reprende, aunque sin tono de enfado. Más bien como la típica coña entre amigos. Todos ríen y la rubia pone esa cara de enfadada que siempre saca cuando Sebs le toca las narices.

En ese momento se arma alboroto en la entrada del bar y, como si fueran anunciados, Sebastian, Austin, Kyle y Jordan entran caminando hacia nosotros.

—Ey, amor… —Mi hermano rodea la cintura de su novia, haciéndola reír cuando hunde la cara en su pelo—. ¿Ya puedo llevarme a ti y a Emis?

—¡Eh, gladiador! Ni se te ocurra joder la noche de las chicas —Sidney grita desde el otro lado del bar.

—¿Qué pasa? ¿No es el trote? —Austin responde. —Si queréis hacer noche de chicas en mi casa, yo encantado.

La broma fuera de lugar, con flirteo incluido hacia Sidney, me da la primera punzada en el estómago. Winter debería haberme contado lo del refresco antes, pienso.

—Yo quiero noche de chicas así. ¡Theo hasta consiguió el número de la más guapa!

—Cállate, Zack —Theo reprende al colega, frunciendo el ceño.

—Bien jugado, Rodríguez —Austin se acerca y le choca el puño en el hombro—. ¿Quién es?

—La tienes al lado, Prince. La hermana del Caps —el idiota suelta la bomba sin darse cuenta de la cagada.

Mi corazón se dispara. Idiota. Idiota. Idiota.

Se oyen murmullos de alarma roja. Levanto la vista y veo los ojos de Sebastian oscurecerse mientras la tensión sube a nuestro alrededor.

Theo, sorprendentemente, mantiene la compostura. Lo admiro. Los demás gladiadores solían ser siempre perritos falderos de mi hermano, incluido cierto jugador… Y ver a alguien plantarse por mí provoca una sensación rara… pero agradable, como un calorcito expandiéndose por mi pecho.

—Bórralo. —La voz de Sebastian no se alza, pero la amenaza implícita basta para encoger a cualquiera.

—Caps, te respeto un huevo. Pero no. Ese rollo de chica prohibida ya caducó cuando dictaste el decreto sobre Winter —Theo responde con calma.

—¿Qué pusiste un decreto de que yo era prohibida? —Winter salta indignada.

—Fue la primera señal, Gelito. Lo pillé en el acto —Austin presume con orgullo—. Estaba cabreado porque Sebs se quedó en el banquillo. Pero… —Mira a Winter, suspira hondo—. Hoy sabemos que se lo merecía. —Sus hombros se hunden.

—Aquí la cuestión no es rollo prohibido ni hostias. Es que borres el número de mi hermana, Rodríguez.

—¿Y por qué? No soy un mujeriego como vosotros. O mejor dicho, como vosotros dos… —Señala a Austin y Jordan, los dos gladiadores solteros. Si es que se puede llamar "relación" a lo de Kyle y Brooke, porque según Sebs, su amigo aún no consigue formalizar con la patinadora.

—Sebastian, yo quise darle mi número. ¿Qué problema hay? No tiene nada que ver contigo que te preocupes tanto —le contesto, intentando calmar—. Tengo el número de Austin, de Kyle y de Jordan también. ¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que para ellos eres la enana. La hermanita del grupo a la que cuidamos. —Evito mirar en dirección a Austin por razones obvias—. En cambio Rodríguez, no te va a ver como ellos.

—¿Y hasta cuándo piensas meterte en mi vida, Sebs? ¿Quieres que me meta monja o qué?

—Es una opción —responde rápido y certero, como si de verdad lo hubiera considerado.

—Ni de coña, Sebs. Yo no tengo pinta de monja y, siento decírtelo así, pero el himen ya me lo quitaron hace tiempo.

—¿Eh? —Por fin se gira hacia mí, con cara de pasmo. Gloria. Quería quitarle cuanto antes esa mirada asesina que le lanzaba a su jugador.

—Cariño, mejor déjalo… —Winter interviene, notando que su novio estaba perdiendo el control.

—¿Quién fue el cabrón? ¿Quién fue? —Aspira hondo, baja la cabeza levantando la mano hacia mí—. No hace falta que me digas. Fue ese gilipollas con el que saliste, ¿no? El idiota del baloncesto. Le corto las pelotas.

—¿Y quién dijo que fue solo él? —replico y me arrepiento al instante al ver a mi hermano ponerse rojo como un tomate. Se descontrola y empieza a frotarse el cuero cabelludo con tanta fuerza que parece una plancha humana. —¿Por qué tú puedes y yo no, eh? ¿Tengo que ir amenazando a todas las tías con las que tú has estado?

—Es diferente, Emis… tú eres… —Las palabras se le ahogan, porque discutirlo delante de tantas chicas no le quedaría nada bien. Vamos, que buena parte de ellas lo adoraban, y ser el machito deseado formaba parte de su encanto. Algo que quedaría hecho mierda si sonaba machista. —Eres mi hermanita. No quiero que venga cualquier capullo a hacerte daño. Puedes ir de dura, Emis, pero yo jugaba contigo de cría. Sé que buscas un príncipe. Y esos…

—Hace tiempo que aprendí que esperar a un príncipe es pura ilusión, Sebs.

Juro que lo de Austin y su apellido no fue intencionado, pero… es la pura verdad.

—¿Qué tal si lo resolvemos de una forma más civilizada? —Kyle corta de golpe, sensato como siempre—. Una partida de billar,

¿eh? Si Theo gana, mantiene el número. Si pierde…

Sebastian se gira de inmediato hacia su jugador, estrechando los ojos con provocación. Theo aguanta su mirada con valentía.

—Lo borra —concluye, sin dudar, con voz grave y seria.

—Ese rollo de billar ya está pasado de moda —Jordan comenta—. No tengo ganas de jugar, Sebs. Me pillo una birra. ¿Alguien quiere? —Como nadie contesta, se pira a la barra, negando con la cabeza.

—Vamos, Caps. Me gustan los buenos retos —Theo suelta una risa baja.

—Yo juego, tío —Austin declara, y mira a mi hermano—. Déjamelo a mí, Sebs. Estás medio fuera de ti.

—Gracias. Todavía tengo el ojo temblando del cabreo.

—Ven aquí, a ver —Winter, abrazada a él, le sujeta la cara con cariño—. Un poco sí, pero… tienes que asumir que tu hermana ha crecido.

—¿Se puede ser monja incluso después de… ya sabes? —Sebastian sigue con su cháchara. Yo resoplo y paso delante de él, pisando fuerte.

Cuando llegamos a una de las mesas de billar, noto que tenemos público completo. Las chicas de la Kappa, Brooke y Sidney incluidas, miran el show como si fuese el mejor dorama de la historia.

La partida empieza y el bar recupera el bullicio.

—¿Por qué tan serio, Prince? Si sigues así, voy a pensar que el favor no es para Sebastian —Theo se burla, y noto la vena marcándose en la cara de Austin. Diría que dio en su talón de Aquiles, si no estuviera hablando de mí.

—Y lo es, Rodríguez —él replica, y por un segundo casi siento un rayo de esperanza, pero… —La enana es la hermanita de

los Gladiadores. No deberías meterte con ella. —Su tacada mete dos bolas de golpe en la tronera.

—Le pedí el número porque está jodidamente buena, tío. Si consigo una cita con ella será un regalo —Theo sonríe, guiñándome un ojo. Suelto una risita leve, controlando mis nervios.

—Ciego hay que estar para no ver que la enana está buenísima, Theo. Pero no es para ti —Austin sigue hablando, y me sube al cielo para luego tirarme del puto alfombrón mágico con ese apodo estúpido.

—Parad de hablar de mí como si no estuviera aquí, por favor —pido al fin.

—Y yo también te oigo, Rodríguez. Recuérdalo: mañana entrenamos —Sebastian amenaza, de brazos cruzados en la lateral de la mesa.

—Mi capitán es profesional y no va a mezclar el juego con lo personal —Theo lanza la indirecta, creyendo que así se protegía. Se inclina sobre la mesa, apuntando a la bola blanca. Justo entonces Jordan aparece y golpea un poco el borde. Algo mínimo para un despistado, pero lo justo para joder el ángulo.

—Has cagado la jugada, Rodríguez —el Gladiador que lo saboteó bebe su cerveza, con sonrisa maliciosa. Fulmino a mi hermano con la mirada y él solo se encoge de hombros. Gruño bajito. Vaya moral de juego de los cojones.

El partido se alarga media hora. Al final, Austin gana. El bar estalla en celebraciones y Theo levanta las manos en rendición.

—Vale, vale. Perdimos la batalla. —Coge el móvil y, de forma teatral, borra mi número bajo la mirada atenta de Sebastian y compañía.

Me agacho, sintiéndome derrotada, como si me hubieran mandado al banquillo infantil, que ahora mismo es peor que el banquillo real. Pero antes de irse, Theo desliza disimuladamente un papel en mi mano.

Lo miro, y él sonríe de lado.

—La apuesta era borrar tu número. Pero nadie dijo que no podía darte el mío. —Me guiña un ojo y se aleja, haciendo un gesto a sus colegas de que se iba.

Parpadeo, notando un calor inesperado subir por mi pecho.

Antes de que Sebastian se acerque, escondo el papel entre mis tetas. Minutos después ya estoy sonriendo como tonta. Creo que al fin encontré a alguien dispuesto a pelear por mi atención. Y no al revés.



El hielo cruje bajo mis patines mientras deslizo hacia la zona neutra, anticipando la siguiente jugada. *Coach* Willians observa desde la banda, callado, con esa mirada de padre que ve a sus hijos haciendo gilipolleces.

Ni sé cómo la pista no se derrite con la tensión que flota entre los equipos que montamos para el entreno.

Normalmente me quejo durante el calentamiento, pero hoy no he dicho ni mu. Fue hasta bienvenido cada dolor muscular por el exceso de ejercicios. Si el cuerpo dolía, mi cabeza podía dejar de pensar en el instinto asesino que tengo contra cierto defensa.

No estoy acostumbrado a esta rabia, quemándome por dentro. Y la intensidad solo sube cuanto más se me repite la escena de anoche: una, dos… ya perdí la cuenta de las veces que vi la sonrisa idiota de Rodríguez hacia la enana. Y peor aún… verla devolverle otra sonrisa tímida. ¡Carajo!

Sebs me suelta un choque de hombros, compartiendo el sentimiento. Está furioso, y su humor se refleja en su juego.

—Ey, tronco —me quejo.

—Fue sin querer —dice sin mirarme, con los ojos fijos en nuestro objetivo. Sebastian no está siguiendo el puck, está maquinando todas las formas en que puede estampárselo en la cara a Rodríguez.

Confieso que me apetece igual, pero decapitar a uno de nuestros mejores defensas no entra en el plan de juego.

Mason recibe el pase de Jordan y busca una jugada rápida por la banda, pero Zack ya lo está persiguiendo. Gira y ve a Theo subiendo por el lado contrario.

Mierda. Ya veo la intención de Sebs antes de que ocurra. Patino fuerte para cubrir, pero mi colega ya está en la línea azul, listo para el choque. Theo intenta fintar hacia dentro, pero… Jodido.

Sebastian le mete el cuerpo, estampando al cabrón contra el cristal con un golpe seco.

—Mira por dónde vas —gruñe, apartándose. Pero Theo se recompone rápido y le devuelve un empujón suave con el hombro mientras vuelve a la jugada. Nada demasiado duro.

Siguen clavándose la mirada, así que aprovecho para robarle el puck a Theo antes de que reaccione. Acelero por la banda y ya veo a Kyle libre en el centro. Le paso redondo, y él la remata directo a portería.

Theo no baja la cabeza, se desliza rápido y recupera el disco para la siguiente jugada. Miro a Sebastian y es como ver a un toro persiguiendo la muleta roja, con un único objetivo en mente.

—¡Jordan! —llamo al más cercano y muevo la cabeza para contener a nuestro capitán. Si se anticipaba, Sebs se apartaría.

Pero aunque Jordan Miller es el más rápido del equipo, la distancia y la cabezonería de Rodríguez en enfrentarse al capitán se llevan la ronda.

La escena del choque se repite, esta vez más bestia. Rodríguez acaba en el hielo, deslizándose por el impacto.

—¡Pero qué cojones, Caps! —explota, levantándose más lento. Su mirada ya no es amistosa, a punto de tirar los guantes al suelo, cuando Kyle aparece de la nada y le agarra las manos en alto. Con su altura y su porte, es el único capaz de separar una pelea.

Jordan, acto seguido, tira de Sebs hacia atrás.

—Ya vale, críos —nuestro gigantón suelta—. Hora de hablar como hombres y dejarse de rabietas.

—Yo no estoy haciendo nada. Estoy entrenando de tranqui, pero el Caps está en modo persecución —Rodríguez se queja, señalando a Sebastian.

—Me jodiste ayer, Theodoro. ¿Crees que no vi cuando le pasaste un papelito a mi hermana? No pillaste su número, pero le diste el tuyo. ¡Hostia!

Qué cabrón, pienso. Pero no lo digo en voz alta.

—¿Y cuál es el drama, tío? ¿De verdad piensas que una chica así se va a quedar sola?

—¿Y…? —responde Sebs, en tono ya dudoso—. Mi hermana es guapa, lo sé… —Se rasca la nuca, incómodo—. Solo que no quiero que sufra.

—¿Y crees que soy el coco para hacerle daño? —Sebastian se queda mirando a Theo Rodrigues, uno de los más modositos del equipo. Nada que ver con nosotros. Bueno… nada que ver con lo que solíamos ser, porque ahora mismo solo dos gladiadores siguen jugando fuera de la arena.

Sebastian suspira fuerte, masculla algo y se echa atrás.

—Caps, en serio. Me mola tu hermana y quiero conocerla. Ella puede decir que no, puede que no funcione. Pero si no soy yo, será otro. —El argumento de Theo pone a Sebs a temblar.

Porque sí, puede ser otro imbécil… borracho como una cuba en una fiesta, que la cague de la peor manera.

El sentimiento de culpa que me corroe me hace agachar la cabeza al instante. No, no, no. Nadie puede sospechar. Resoplo fuerte y vuelvo al modo asesino.

En ese momento el entrenador pita, llamando la atención.

—¡Se acabó por hoy! ¡Al vestuario!

Theo suelta un suspiro forzado y se aparta, seguido de Zack, que sacude la cabeza con desaprobación. Que le den.

Obedecemos al *Coach* y salimos del hielo en fila india, en silencio.

El vestuario suele ser nuestro refugio, antes y después de los partidos. Así que verlo es un alivio para disipar tensiones. El vapor caliente de las duchas invade el ambiente mientras nos quitamos las protecciones.

Llego a mi taquilla, abierta, y tiro el casco dentro sin cuidado. El sudor me chorrea por la frente, señal de lo duro que estuvo el entreno. Los cuatro tenemos las taquillas juntas, siempre lado a lado.

Estamos prácticamente en pelotas cogiendo cada uno su toalla cuando escuchamos a alguien refunfuñar detrás.

—Os estáis pasando, ¿eh? —Zack comenta, tirando los guantes en el banco—. Theo es tan inofensivo que está pensando en invitarla a un helado, tío. Un puto helado. —Nos mira, hablando despacio para que entendamos la cagada.

Nos miramos y esperamos a que Sebastian diga algo. Al fin y al cabo, la enana era su hermana pequeña. Y mi perdición desde que le crecieron las tetas. Joder. Sacudo la cabeza para alejar la imagen de Emis con su biquini blanco. Emis enseñando la nueva minifalda, luciendo esas piernas perfectas de bailarina. Emis con ese maldito leotardo que no dejaba espacio a la imaginación, marcando cada curva de su cuerpo.

Pervertido.

Soy un puto pervertido con lascivia por la chica a la que le regalé un pirulí a escondidas, y con la que me descojoné cuando dijo que sería mi novia con diez años.

¡Es la enana, tío! Grito en mi cabeza.

Y apenas entra en la uni y ya llama la atención de medio plantel masculino. Hostia.

—Solo toma helado de fresa —informo, mirando a Rodríguez, que se pegó la ducha más rápida de la historia. Tal vez para no tener que enfrentarse de nuevo a nosotros—. Y le mola entrenar al atardecer. Hasta mira la app del tiempo para calcular la hora exacta. Así que mejor quedar por la tarde o después de las siete.

—¿Qué cojones haces, Prince? —Sebastian me suelta, con el ceño fruncido.

—Pues nada… Si Emis va a salir con alguien, mejor que sea con un tío inofensivo y que está bajo nuestra ala, Sebs —digo, poniendo mi mejor cara de pasota.

Veo cómo empieza a procesar mi lógica y a tragársela. No tarda ni un minuto en volverse hacia Theo.

—Si llego a ver una lágrima de mi hermana por tu culpa, que te quede claro que te reviento. ¿Entendido, Rodríguez?

Theo suelta una risita sin humor mientras se viste.

—Anotado, Caps —responde. —Y Prince… —me señala—. Gracias por las pistas. Solo que… ¿qué pasa con lo del atardecer?

—Obsesión con el libro Crepúsculo. Se metió en la cabeza que si Edward la veía bailar en ese momento del día, se enamoraría. —Me llevo una mano al pecho como si recitara poesía.

—Bueno… no soy vampiro, pero voy a disfrutar verla bailar —devuelve él, sonriendo. Y no es la típica sonrisa cabrona que soltaría yo, sino una de esas sinceras. De las de tío que no mataría ni a una mosca, mucho menos a la chica que me quita el sueño.

Respiro hondo, luchando contra la punzada aguda en el pecho. Renunciar a lo que nunca podré tener es una batalla más dura que pelear con tu propia sombra. Siempre presente, siempre recordándome lo que quiero y no puedo tocar.

Estoy perdido en mis pensamientos cuando siento un codazo a la derecha.

—¿Desde cuándo prestas tanta atención a la Emis, Prince? —Sebastian me observa de reojo, queriendo cazar mi mayor secreto.

¿Desde la primera vez que la vi? ¿Desde que descubrí lo que me molaba hablar con la cría que pidió ser mi mejor amiga también?

Mis pensamientos se lían, porque es la primera vez que Sebastian me arrincona.

—Desde que todos tuvimos que tragarnos la saga Crepúsculo con tu hermana cuando estabas castigado, Sebs —Kyle me salva el culo.

—Y lo del helado… —Jordan interviene, atrapando a Sebastian en una llave de brazo—. ¿Ya olvidaste cuántas veces llevamos a la enana a esa heladería cerca de casa?

—Y el pollo que montó cuando la dependienta dijo que no había de fresa… —Kyle añade, soplando con desprecio.

—Creo que los cuatro sabemos lo que te mola y la enana viene de paquete, Sebs —por fin suelto un argumento convincente.

Las ruedas del cerebro de Sebastian empiezan a girar, descartando cualquier sospecha de que yo esté interesado en su hermana. Gracias, Dios.

—Bueno… vale. —Se encoge de hombros y vamos hacia las duchas—. El entreno fue una mierda. Pero tu última jugada estuvo de puta madre, Prince.

—Claro que sí —replico con sonrisa chula—. Es lo mío, Caps. Somos los Gladiadores.

Él se ríe bajo mientras camina, eligiendo una ducha vacía. Yo me pongo una de por medio y Kyle se coloca entre los dos. Tener a la muralla de Kyle entre Sebs y yo es un alivio: necesito unos minutos para recomponerme después del careo.

No sé si los tíos pillaron algo, o si solo estaban recordando anécdotas de la enana que todos conocíamos. Estoy rezando por lo segundo.



El auditorio del edificio de Bellas Artes de la Universidad de Míchigan no se salía del típico anfiteatro enorme. Las butacas eran de terciopelo rojo y subían en gradas semicirculares alrededor del escenario.

Estaba nerviosa por la audición inicial que me colocaría en la clase correspondiente a mi nivel.

Estiro de nuevo el tobillo, probando las puntas de las zapatillas contra el suelo de madera. Un gesto que repito cada cinco segundos. El sudor en mis manos empieza a incomodarme, y el satén plateado de la falda delicada que elegí no absorbía nada. Mucho menos el elastano del maillot negro de manga corta. Al final me resigno a usar el pelo suelto, porque no logré hacerme un moño decente que me convenciera para hoy.

Por fin termina la música de la alumna que estaba en escena y una mujer esbelta, vestida con ropa de ballet relajada —pantalón claro y suelto, maillot en tonos pastel— pronuncia mi nombre.

La música que elegí comienza: Enchanted de Taylor Swift. Dejo que los primeros acordes llenen el espacio antes de moverme. Respiro hondo y deslizo por el escenario, brazos que se abren suavemente mientras mi cuerpo se inclina en un arabesque perfecto.

La melodía resuena y mi cuerpo fluye, recordando su rostro. La forma en que me miró aquella noche. La única noche en que conseguí lo que tanto deseaba de quien deseaba. La letra confesando mi secreto: mi amor prohibido.

This night is sparkling, don't you let it go

Esta noche brilla, no la dejes escapar

I'm wonderstruck, blushing all the way home

Estoy embelesada, sonrojada todo el camino de vuelta a casa

I'll spend forever wondering if you knew

Pasaré la eternidad preguntándome si lo sabías

I was enchanted to meet you

Que fue un encanto conocerte

Mi cuerpo flota sobre el escenario, arrastrado por la expectativa que me creé al tenerlo entre mis brazos. Aunque solo fuera por una noche.

El peso de ese recuerdo me acompaña en cada movimiento. Cómo su piel calentó la mía, cómo sus ojos me retuvieron un segundo antes de perderse en un sueño profundo. Y después… después de descubrir que había dormido conmigo, empezó mi infierno. Regresé a casa sola, con lágrimas ardiéndome en los ojos y un ruego mudo en la garganta: recuérdame. No te enamores de otra. Elígeme a mí.

Mi respiración se acelera a medida que la coreografía avanza. Giro, extiendo la pierna en un spagat en el aire y caigo

suave, como si bailara entre el pasado y el presente.

Mis pies se deslizan con precisión, cada toque en la madera un susurro de nostalgia. La melodía crece y yo me entrego a ella. Movimientos fluidos, brazos abiertos, el corazón expuesto.

Finalizo con un grand jeté, sintiendo el impacto vibrar en mis músculos. Esfuerzo. Emoción. Deseo.

Me quedo un instante en la pose final, intentando recuperar el aliento. El pecho sube y baja, pero el nudo dentro no desaparece.

Me han elogiado tantas veces. Ya fui la mejor donde bailé. Pero el silencio que se alarga más de lo esperado me corroe por dentro.

La inseguridad golpea. Fuerte. Fría. Implacable.

Entonces, algunas voces comienzan a murmurar.

—Buena técnica, pero le falta emoción —comenta una de las profesoras, ajustándose las gafas.

¿Falta emoción?

¿En serio?

—Los movimientos son limpios, pero la interpretación aún necesita madurar —añade otra, sin apartar los ojos de sus notas.

Me muerdo el labio, intentando no reaccionar. Parecen ponerse de acuerdo para no alabar a ningún alumno. Escucho en silencio. Yo sabía que sería así. Ya no estoy en Traverse City. Por eso, cada palabra resuena más de lo que debería. Respiro agitada, pero me mantengo firme.

Los minutos se alargan hasta que finalmente toman una decisión. La mujer que había dicho mi nombre se levanta y sonríe con discreción.

—Vas a la clase avanzada. Lunes, miércoles y viernes, de cuatro a seis —su voz es objetiva, casi sin emoción—. Bienvenida.

Clase avanzada. ¡Clase avanzada! Quiero gritar, pero me contengo. Asiento con la cabeza y salgo del escenario con alivio.

Segunda etapa del proyecto Emory en la Universidad superada con éxito. La primera había sido el trote; aunque no salió como esperaba, acabé con el número de un tío buenísimo. Sonrío.

De hecho, saco el móvil para ver si hay mensaje. Las chicas dijeron que no escribiera al día siguiente. Pero ¿cómo podía esperar algo de él, si le obligaron a borrar mi número?

Por eso, pasé de su consejo y lo mandé igual. Las palabras en mi pantalla son la prueba de que hice bien.

Yo: Hola… soy Emis. Perdona a mi hermano.

No pasaron ni cinco minutos y los tres puntitos ya aparecían.

Theo: Soy defensa, guapa. Y llevo hostias de tu hermano desde primer año. Estoy curtido (emoji de risa).

Theo: Y me encantó que te saltaras la regla del día siguiente. Estaba loco por volver a hablar contigo.

Yo: Ahora tienes mi número otra vez (emoji de guiño).

Theo: Y esta vez no dejaré que nadie lo borre.

Empiezo a escribir y borrar, sin saber qué poner. Que sea jugador del equipo de mi hermano y de los chicos me corta un poco el rollo. Pero Theo parece mucho más decidido que yo.

Theo: Entonces… ¿te apetece un helado, guapa?

Yo: ¿Helado?

Theo: ¿Por qué? ¿Prefieres ir a otro sitio?

Yo: No, no. El helado está perfecto.

Después empezó a preguntarme por mi carrera y yo por la suya. Hablamos de lo cascarrabias que puede ser mi hermano y me fui a dormir sonriendo.

Quedamos para mañana, porque le dije que quería estar con Sebs después de la audición. No sabía si saldría de allí riendo o llorando, pero en ambos casos quería estar con mi hermano. Es protector, celoso y cabezón, pero también es mi refugio, mi amigo, mi familia… de sangre y de elección.

Estoy en la app de mensajes, escribiéndole a Sebastian, cuando una notificación de un número desconocido aparece en la pantalla. Me extraña ver las caricaturas que formaban el nombre del contacto: un código con forma de robot y fantasma. No eran emojis, sino de esas letras raras.

El corazón me da un vuelco y dudo si abrirlo o no. Pero después de que mi portátil lo perdiera todo y pillara todos los virus posibles cuando Sebs abrió la mierda de aquel pendrive, aprendí que un móvil es un aparato desechable. Eso sí, siempre que las fotos y mensajes estén en la nube.

Respiro hondo, aprieto el botón, cierro un ojo con una mueca de dolor, esperando lo peor.

La pantalla parpadea. Un nuevo mensaje aparece.

Número desconocido: Tu familia es rara, ¿lo sabías?

Es él. Tiene que ser él. El hacker que nos está ayudando. Richard dijo que estaba cabreado con Sebastian por intentar localizarlo. Por eso yo era el plan B. Decido responder.

Yo: Muchas familias lo son.

Número desconocido: La tuya gana. Mira por ti misma.

Se carga el archivo. Mis dedos dudan un instante, pero la curiosidad gana. El documento se abre y, a medida que mis ojos recorren cada línea, el aire se me escapa al leer la conclusión final que el fantasmita cabrón dejó en el último párrafo.

¡Dios mío!

¡Vaya mierda!

Si tiene razón…

Miro a los lados, escondiendo la pantalla por instinto. Sabía que había mierda debajo de la alfombra de Gregory Maxwell, pero ¿esto?

Recojo mi pelo hacia atrás, estirando la cara. La desesperación se instala en mi pecho.

Necesito hablar con Sebastian. Necesito… Cojo la mochila, caminando como ida, con un único propósito: encontrar a mi hermano. Marco su número, a punto de darme un infarto con cada tono sin respuesta.

—¡Eh, Emis! ¿Todo bien?

—Sebastian, ¿dónde estás?

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Recibí un mensaje del hacker de Richard. Tengo que enseñártelo —digo, intentando ocultar mi ansiedad.

Si lo que puso al final es cierto, mi abuelo se metió con gente con la que no debía. Y ahora hay que tirar más de ese hilo.

—Estoy en casa, Emis. Dime dónde estás y voy a buscarte.

—No. Quédate ahí. Voy en coche. No te muevas.

—Te espero, Arcoíris. —La voz de Sebastian al teléfono es tan parecida a la de papá que oírle usar mi apodo me arranca una lágrima traicionera.

La música y los recuerdos de hace un rato me dejaron la piel a flor de piel. Tengo que calmarme para ayudar a mi padre. Tengo que…

Corro hacia el coche, agradecida de que la Alpha esté casi dentro del campus. Así no tendré que conducir mucho.

Me seco la cara rápido y respiro hondo, soltando el aire despacio. Arranco y pongo rumbo a mi hermano.

Las piezas del puzle empiezan a encajar. Y esto es solo el principio.



La fraternidad Alpha apestaba a testosterona por todos lados, o sea, de la buena… y de la mala también.

En algunos pasillos, el olor era a desodorante masculino y perfumes de esos diseñados para volver locas a las tías.

En otros… ¡madre mía!

Dan ganas de rociar lejía industrial.

Mi día ya venía siendo una mierda, y para poner a prueba mi resistencia, me toca atravesar un mar de atletas recién salidos del gym… y sin ducharse.

Sebastian, en toda su gloria adolescente, me entrenó las narices de todas las formas posibles. Gracias por eso, hermano. Pero después de su marcha a la uni, yo ya no estaba acostumbrada.

Me froto la nariz un par de veces y subo las escaleras, contando peldaño a peldaño hasta llegar arriba. ¿Qué son unos escalones para alguien que casi muere en clase de danza, no? Pufff… si llego viva arriba, ya es un milagro.

Los Gladiadores son los únicos con habitaciones individuales y, como Sebs es el presi de la fraternidad, él y sus colegas están en

la cima de la casa. Otro detalle para inflar aún más el ego nada pequeño de esos cuatro.

Estoy en su pasillo cuando oigo abrirse una puerta.

—¡Emis! —Levanto la vista y veo a mi hermano viniendo hacia mí—. Has tardado.

Saco el móvil del bolsillo y miro la hora de nuestra llamada: ni diez minutos habían pasado.

—¿En serio, Sebs? —Le enseño el registro de llamadas.

—Da igual. Enséñame ya lo que ese fantasma de mierda te mandó.

—Tienes que dejar de ponerle motes al tío. Está ayudando. Y…

Mi móvil vuela de mi mano en un arrebato.

—Y sigue siendo un cabrón que cobra de puta madre por hacerlo.

Un segundo después, escucho pasos pesados acercándose.

—¡Ey, Emis! —me saluda Jordan, seguido de Kyle y, cómo no, Prince.

—Vamos a mi cuarto —ordena Sebastian, y todos lo seguimos.

—¿Dónde está la Gelito? —pregunta Austin.

—En el entreno. Vendrá luego —responde Sebs, sin despegar los ojos de la pantalla de mi móvil. Pasa el dedo, repasando la info del archivo—. ¿Y por qué no me lo mandó a mí?

—Quizá porque aún está mosqueado contigo, tío —opina Jordan, dejándose caer en la cama del centro, tirado como siempre.

—Me da igual. Lo reenvío a mi correo. —Y sin pedirme permiso, lo hace. Luego se sienta en su escritorio frente al portátil abierto.

Austin rodea la cama y se deja caer en el medio, manos detrás de la nuca, con cara de sobrado.

—Quita esos tenis sucios de mi cama, Prince.

—¡Claro! —Se los quita de puntillas, uno y otro, cruzando los tobillos solo en calcetines. Jeta del carajo. Resoplo y desvío la mirada rápido a la pantalla del portátil de Sebastian, que ya muestra los datos que recibí.

—¿Son gráficos financieros? —pregunta Kyle, de pie detrás de Sebs, con una mano apoyada en el respaldo de la silla.

Jordan se levanta y se une a nosotros, ocupando el otro lado de Sebastian. Yo estoy de pie entre la cama y la mesa, con buen ángulo para mirar la pantalla. Intento concentrarme, porque la pose de Austin tan pancho me pone de los nervios. Está allí, mirando embobado su propio móvil, metido en vete tú a saber qué.

—Son operaciones bancarias —explica Sebastian.

—Y las más tochas parecen entre seis cuentas. Se repiten cada dos meses —suelta Austin, haciendo que todos giremos la cabeza hacia él.

—¿Qué? —pregunta, con cara de santo—. Sebs lo mandó a su correo, ¿no? —revela, mostrando su pantalla.

—¿Y tú tienes la contraseña de mi correo? —mi hermano suena cabreado y desconcertado.

—No tengo tu contraseña, tío. Relájate.

—Si no la tienes, ¿cómo coño accediste a mi correo, Prince? —Sebs gruñe.

—Pues… fuiste tú el que abrió tu correo en mi móvil el otro día y no cerraste sesión. Quedó logueado, colega. Solo entré ahora para ver lo que mandó el fantasmita, ¿vale?

—Prince… —lo dice con tono de advertencia.

—¿Qué pasa? —pregunta, como si fuera lo más normal del mundo—. ¿Acaso hay nudes de la Gelito aquí o qué?

Sebastian gruñe, contestando sin palabras.

—¡Hostia! ¿Que sí hay? —Prince/el idiota clava los ojos en el móvil, tan emocionado que hace a mi hermano saltar de la silla. El primero pega un brinco de la cama y se pone a correr en círculos, perseguido como si fuese un perro rabioso—. ¡Ya salí, Sebs, ya salí! —dice riendo, aliviando un poco la tensión. Ambos terminan cayendo en la cama, Sebastian aplastando a su amigo.

—No vuelvas a husmear en la puta de mi cuenta de correo. —Le apunta con el dedo. Luego, revisa el móvil y confirma que Prince cumplió su palabra.

Esa era una de sus habilidades innatas: traer ligereza a los momentos más jodidos en los que yo y mi hermano prácticamente sobrevivíamos.

—Idiota —bufa mi hermano, retomando su sitio frente al portátil tras lanzar el móvil de vuelta al suicida.

—Yo también te quiero —devuelve Austin, ahora boca abajo, apoyado en los codos mientras vuelve a mirar su pantalla.

—Prince tiene razón, Sebs. Son seis cuentas que se repiten con frecuencia —declara Jordan—. Y mira… —mueve el ratón, bajando la pantalla—. También hay otro archivo.

—Parece la lista de los dueños de las cuentas —comenta Kyle.

—No parece. Son los nombres —aclaro.

La hoja de cálculo mostraba las transacciones con las iniciales de los titulares. Y el segundo archivo, los nombres completos.

—Tu familia tiene un imperio, Sebs. ¿No es normal que haya movimientos así? —Kyle, siempre el alma buena, buscando luz hasta en el agujero más negro del universo.

—El fantasmita… —hago comillas con los dedos— mandó otro documento. Y consiguió la identidad real del primer nombre. Eso fue lo que me hizo correr hasta aquí.

—¿Y quién es el loco? —Las palabras salen de Jordan, pero la pregunta está en los ojos de Kyle y de Austin también.

Trago saliva antes de hablar.

—¿Recordáis a ese tío metido en fraude con Hacienda, que cabreó al abuelo porque casi le salpicó? —digo, esperando que Sebastian recuerde aquel mes en que tuvo que ir a todas las reuniones de accionistas por el berrinche del viejo.

—¿Cómo olvidarlo? —resopla—. Me perdí tres partidos.

—Y ni siquiera llegamos a las finales… —murmura Jordan.

—Pues es él. Leonard Armitage. El ex presidente del Atlas Capital Bank —lo digo con voz de presentadora, como si desplegara una pancarta invisible.

El silencio que sigue corta el aire.

—¿Pero ese tío no estaba muerto? —Kyle frunce el ceño.

—Muerto no… pero desaparecido sí —Sebs responde, hojeando las últimas noticias en la web.

—Claro, un banquero multimillonario metido en lavado de dinero que decide volverse terrorista y juntarse con un senador corrupto. —Austin suelta una risa seca, sin pizca de humor.

—Joder… —Sebastian murmura, señalando algo en la pantalla—. Lo buscan en más de veinte países por financiar crimen organizado.

La adrenalina me recorre la piel al entender lo peligroso que era ese primer nombre de la lista. El aire se vuelve más denso, cargado de una tensión imposible de ignorar.

—Nuestro amiguito fantasma sigue tirando del hilo de los demás —digo, firme.

—Si ese es solo el primero… —Jordan traga saliva—. Los otros serán peores, ¿no?

Tal vez sí…

Mucho peores.

—Y alguien ahí fuera quería esa lista muerta y enterrada —concluyo, recordando lo de mi padre—. ¿Y ahora qué hacemos? —pregunto a Sebs, que está con los brazos cruzados, apoyado en el respaldo de la silla, pensativo.

Finalmente exhala un suspiro largo, agotado.

—Podemos preguntar en la fuente.

—¿Eh? —parpadeo, queriendo que tuviera otro plan—. ¿No es mejor esperar a que…?

—¿Esperar un año más y ver a nuestro padre saltando de clínica en clínica, Emis?

Vale… tiene un punto.

—¿Y si preguntarle le provoca una recaída, Sebs? —mi miedo se cuela en la voz—. Está tan estable ahora. Si oye cualquier cosa y…

—John Maxwell tiene que volver de entre los muertos ya. Estoy seguro de que si sabe que puede salvarse, lo hará.

Sebastian es tajante, sin dejar margen para discusión.

—Solo no podéis hacerlo a destiempo. Tu abuelo sospecharía —advierte Kyle, y Sebs asiente con un gesto seco.

—¿Cuándo es la próxima visita? ¿Ya hay fecha? —Jordan usa el término "visita", como siempre llamamos a los encuentros con papá.

—En unos veinte días. El senador se acomodó con la clínica, al estar en medio de la nada. No pensó en moverlo otra vez. Si todo va bien, iremos a finales de mes —responde Sebs.

Antes de que sigamos, la puerta del cuarto se abre. Winter aparece en el marco, sonriendo tímida al vernos reunidos.

—Hola, chicos —saluda, algo cohibida—. No sabía que estabais en reunión.

Sebastian levanta la vista con brillo distinto en los ojos.

—Ven aquí, amor —la llama, dando golpecitos en su muslo.

Ella se acerca y, en cuanto está a tiro, Sebastian la sujeta de la cintura y la hace caer en su regazo. Ella suelta una risita, encajándose en sus brazos. La rigidez de Sebastian se suaviza de inmediato, y una sonrisa asoma mientras acaricia su espalda.

—No quiero interrumpir vuestra reunión secreta, pero te echaba de menos —ella murmura, apoyando la cara en la suya.

Sebastian suspira, apretándola más contra él.

—Tú nunca molestas, Gelito —contesta, sin importarle las miradas de los demás.

Los chicos se miran entre sí, pero nadie dice nada. El asunto del pen drive sigue flotando, pero la presencia de Winter cambia el ambiente.

—Todos fuera —Sebastian ordena, sin rodeos—. Necesito un rato con mi novia.

Kyle suelta una risita corta, levantándose ya. Jordan da una palmada en su hombro antes de salir, mientras Austin levanta las manos en rendición, se calza los tenis y sigue el flujo.

—Vale, vale. Pero no os olvidéis de pedir la pizza —recuerda.

Yo sigo a los chicos hacia fuera, cerrando la puerta tras nosotros. El pasillo está en silencio, salvo por los pasos apagados sobre la moqueta.

La idea de pedir una pizza me parece una distracción perfecta.

—Quiero cuatro quesos y ya pido la California de Sebs. Decidid las vuestras —dice Kyle por encima del hombro, bajando las escaleras. Jordan lo sigue, desapareciendo escalón a escalón.

Austin aminora el paso hasta quedarse a mi lado.

—¿Estás bien, Emis? —Su pregunta es simple, pero tiene una ternura que me revuelve el estómago.

Siempre fue así. Atento, dulce. Ese lado suyo fue lo que me hizo enamorarme de niña. Se volvió mi bote salvavidas después de perder a papá.

Con diez años tuve que enfrentar el duelo. Todavía no sabía que era mentira. El vacío que se abrió bajo mis pies me tragaba todo. Y me aferré aún más a Austin.

Y, siendo niña, pensar que era guapo solo alimentó la tontería de mi flechazo infantil.

Ahora, mirando atrás, me pregunto si confundí todo. Si transformé esa admiración inocente en algo que solo complicó las cosas para los dos.

Aquella noche estaba cegada por el deseo acumulado. No pensé.

Mierda.

Él iba borracho, y yo… yo sabía perfectamente lo que hacía. Y ahora, cada vez que me trata así, con tanto cuidado, la culpa me corroe un poco más.

—Estoy bien —respondo demasiado rápido, forzando una sonrisa. Él no parece convencido, pero no insiste.

Caminamos juntos, y yo intento no perderme en mis pensamientos. Austin es todo lo que nunca debería haber deseado. Él es luz, yo soy sombra. Él pertenece a una familia que rebosa felicidad y estabilidad, mientras yo crecí en un hogar donde el miedo era lo único seguro. No tenía derecho a arrastrarlo a mi abismo.

Un minuto después estamos en la cocina, rodeados de otros estudiantes, residentes de la Alpha y los demás gladiadores.

—Elegid ya. —Kyle reparte el folleto con los sabores.

—Voy a pedir la California de Sebs —responde Austin al instante, con sonrisa traviesa—. Estoy haciendo el test de la leche dulce de Sebastian.

Los chicos se parten de risa. Yo no quería saber nada del rumor sobre la leche de mi hermano, pero fue imposible no escuchar las coñas de Winter y sus amigas.

Sin embargo, al oír a Austin decir que quiere probar, imagino que lo hace por alguna de las tías con las que se lía. Por eso agarro el folleto de Kyle y me concentro en los otros sabores como si mi vida dependiera de elegir entre peperoni y la jodida California.

Los celos son una mierda incontrolable. No tengo ningún derecho sobre Prince, pero mi corazón no aprende que nunca fue mío… y nunca lo será.



El aula está a rebosar, pero mi atención está en cualquier parte menos en la pizarra. El profesor Lancaster suelta un rollo sobre los desafíos de la Gestión de Negocios, pero yo ya perdí el hilo hace rato.

No es que el tema sea malo, pero, honestamente, estar sentado más de una hora solo escuchando teoría… es una mierda.

Miro de reojo y, como era de esperar, Sebastian está concentrado, tecleando en su portátil como si estuviera planeando conquistar Wall Street.

Yo también tengo el mío abierto, pero sujeto un bolígrafo sobre el cuaderno. No siempre me engancha escribir en el teclado; a veces termino garabateando frases o incluso soltando algún comentario que quiero pasarle a mi colega.

Alguna que otra vez este cuadernillo también sirvió para soltar mi número de teléfono. Pero bueno… hoy solo me vale de tambor para el bolígrafo.

¿Cuánto tarda en cabrearse cierto gladiador, eh?

Tío… ni parpadea.

Empiezo a golpear más fuerte contra la mesa, el ritmo cada vez más alto. Pero qué cojones… gruño por dentro.

Nada. Ni se inmuta. Acelero el tec-tec, y…

—Si sigues con eso… te meto el boli por el culo —murmura al fin, sin apartar la vista de la hoja. Sonrío satisfecho.

—Tranquilo, CEO —le digo con sonrisa de cabrón—. Solo quería comprobar que estabas aquí conmigo. Parecías en otra dimensión. Tan centrado que hasta me asustas.

No se ríe, pero veo un amago de sonrisa en la comisura de sus labios.

Bueno… Después de lo del pen drive esta semana, me quedé preocupado. Él y la enana ya han pasado demasiado en el pasado, y ahora están en medio del huracán con toda esta mierda de su abuelo. Ese cabrón de mierda.

Emis estaba tan asustada que me recordó a la niña que se escondía en su cuarto, siempre con miedo.

Después del puto incendio, no podía ver ni una vela encendida sin que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se me partía el alma y solo quería espantarle todos los monstruos que vivían debajo de su cama.

Tan pequeña e indefensa.

Tan sola…

Era tristísimo ver lo rota que quedó su alma. Ya no sonreía.

Sebastian siempre fue duro y sabía que se repondría. Pero Emis… joder. Una niña tan delicada como una rosa, hecha pedazos. No mostraba rabia ni tristeza… solo un miedo que te cortaba en dos.

Y fue esa misma niña asustada la que vi en sus ojos cuando enseñó el archivo del hacker.

El fantasmita cabrón está haciendo un trabajo de puta madre. La conclusión final solo reforzaba lo que había descubierto. Algo que podría haberse ahorrado. Igual su inteligencia extrema le quita un poco de empatía. Probablemente sea de esos frikis fríos que no piensan en cómo jode a una chica mandarles bombas así.

Si Sebastian no lo hubiera cabreado, quizá habría soltado la noticia de forma más suave. Al menos, habría intentado preparar a Emis antes de soltar el misil.

El suspiro pesado de mi colega me saca del trance. Se acomoda mejor en la silla, echándose atrás con los dedos aún en el teclado.

—Alguien tiene que prestar atención en esta clase, ya que tú claramente no vas a ser ese alguien —me suelta.

Cruzo los brazos y me tiro hacia atrás, mirando al profe que gesticula más de lo que habla.

—Si quieres que atienda, atiendo —enfatizo, fingiendo seriedad, aunque seamos sinceros: en mí es misión imposible—. Al fin y al cabo, ahora te tengo solo para mí. Ya no tenemos clase con la Gelito este año, ¿no? —Le pestañeo despacio, desplegando el encanto de príncipe que heredé con el apellido.

Aunque pensándolo bien, mi padre tiene de príncipe lo que yo de monje. No sobreviviría en su sector con ese rollo. Él es el fundador y CEO de Crown Private Equity, la empresa donde curraré algún día cuando el hockey quede atrás. Por eso Administración me viene de perlas.

Puedo parecer despistado, y lo soy a veces. Pero me quedo con la info que importa para seguir el negocio familiar. Comprar participaciones en empresas privadas para reestructurarlas y luego venderlas más caras suena frío y calculador, lo sé. Pero si digo que mi padre intenta mantener al máximo de empleados, generando riqueza para socios que solo perdían pasta, ¿mejora la imagen?

Yo creo que sí. Esa es una de las habilidades de Edward Prince que tanto admiro.

—Tío… tus celos son enfermizos, ¿lo sabías? El que te oiga pensará que estás colado por mí —Sebs replica con cara de asco divertido.

—¿Y quién dice que no lo estoy, eh? —Paso la lengua por mis labios, exagerado—. Leche-dulce deliciosa…

—¡Cállate, Prince! —Sebastian me empuja del hombro y yo me parto de risa, recibiendo un "shhh" del profe. Murmuro una disculpa, gesticulando que me callo.

Me acomodo en la silla, me dejo caer y cruzo los brazos sobre el pecho, piernas abiertas, bien desparramado. Sebastian incluso empuja mi rodilla, llamándome ocupa de espacio. Al final se rinde y vuelve a la clase.

Mis ojos empiezan a cerrarse sin querer. Juro. La clase es apasionante. Solo estoy cansado. En el segundo parpadeo, caigo en un sueñecito y me transporto a un recuerdo nebuloso. Ojos verdes, casi azulados, me miran con tanta devoción y… ¿pasión…?

Ah… Austin… esto es tan bueno. Sigue.

El ronroneo de su voz me recorre mientras mi boca siente la textura de su piel suave. Le elevé la rodilla mientras besaba el interior de uno de sus muslos. Entonces vi la pequeña mancha de nacimiento que casi nadie conocía. Pero un pervertido como yo… sí. Todo porque me pasé demasiado tiempo mirando el interior de las piernas de la hermana pequeña de mi mejor amigo en la playa.

No. No era ella. Me lo repetí un millón de veces porque quería seguir acariciando. Ese cuerpo encajaba perfecto conmigo. Tenía la certeza absoluta de que la boca de esa chica estaba hecha para la mía. Nunca un beso me había parecido tan correcto… tan perfecto. No quería parar.

Besé sobre la mancha, dibujándola con la lengua de forma pecaminosa. Mi cara tan cerca de su coño era una tentación que me hacía la boca agua. Quería probarla.

La miré otra vez y vi ese rostro de mujer fatal, tan jodidamente buena en ese vestidito negro. Emis jamás llevaría algo así. Ni se maquillaría de esa forma. El pintalabios rojo corrido, los ojos claros enmarcados por sombra cargada gritaban otra identidad. No era ella. Y aun así, quería que lo fuese.

La deseé tanto. Emory Maxwell era mi mayor pecado sobre la faz de la tierra.

Seguí allí, en esa habitación, escuchando a la mujer con la que querría pasar la vida gemir mi nombre bajito. El mejor sonido del mundo.

—Eh, colega… ¡eh! —Mi pierna tiembla por un empujón y abro los ojos, tragando la saliva que se me acumuló en la boca.

—¿Quieres que el profe nos coja manía, o qué? Estate despierto, Prince.

—¿Me… me dormí? —Me paso la mano por la cara y me recoloco en la silla. Hasta me había escurrido.

—¿Dormirte? Has roncado y tuve que tirar un dosier al suelo para disimular. Ahora recoge esa mierda. —Sebastian señala el cuadernillo encuadernado en el pasillo entre mesas—. Si tienes sueño, acuéstate antes.

—Vale, mami. Hoy no juego con ninguna amiguita por la noche —le suelto con voz infantil.

—Idiota —masculla.

Me encanta provocarlo. Va de duro, siempre serio, pero no me engaña: en el fondo le divierte mi payasada. Somos el cuarteto fantástico porque nos completamos de formas que ni entendemos.

Sebastian, el líder nato, nuestro capitán: mantiene a todos en línea. Kyle, el gigantón protector, separa broncas y baja humos. Jordan, el calculador, cabeza fría cuando el partido arde. ¿Y yo? El que trae humor al grupo. Sin contar que mejoro la foto con esta cara bonita de escándalo.

Somos amigos desde siempre. No tengo un recuerdo de mi vida sin ellos; es raro, lo sé. Empezamos con unos diez años, y siento que mi cerebro reescribió memorias para meterlos donde aún no estaban. Difícil de explicar.

Siempre juntos. En victorias y derrotas. En los momentos jodidos y en las borracheras sin sentido. Eran ellos quienes me

frenaban de hacer tonterías. Al menos… hasta aquella noche.

Empecé a nublar la mente cada vez que la culpa apretaba. Me repetía que cumplía la promesa que le hice. Que ella había seguido adelante, y que yo tenía que hacer lo mismo.

Quizá aquella obsesión de niña me atrapó por pura vanidad. Me dejé llevar y me adueñé de la chica que ya era mujer. Estaba confundido. Emis me ponía así. Me rechazó con tanta fuerza después que dudé si de verdad había estado colada por mí alguna vez. Al menos ese enamoramiento infantil del que hablaba.

No lo sé.

La mañana siguiente a lo nuestro supe que había cruzado una línea que no podía deshacerse. No fue una noche cualquiera. No fue un polvo sin compromiso. Me sentía un traidor, aunque nadie más lo supiera.

Todo empeoró cuando vi la sangre pegada a mi polla y a las sábanas. Entré en una montaña rusa de culpa, arrepentimiento… y tristeza por estar borracho. Me escondí en la excusa del alcohol que anestesia los sentidos y la razón.

La había hecho daño. Ver la sangre en mi polla me partió el pecho al recordar el empujón que di al meterme de golpe en ella. Mierda.

En ese instante grité por dentro que no era Emory la que estaba conmigo. Que la dulce enana estaba en su cuarto, durmiendo entre sábanas rosas. Allí la había visto antes de ir a la fiesta y allí le pedí que estuviera mientras me tiraba a alguien que me la recordaba.

Solo que no. Fui un desgraciado de mierda.

Y un cabrón por salir de la habitación a la mañana siguiente cargando el peso del remordimiento. Quise creer la mentira que soltó sobre la regla. Me la repetí cien veces. Pero flashes de lo que pasó me golpearon durante la semana: le había besado el coño, lo

había lamido como un animal hambriento probando por primera y última vez un plato prohibido.

Desde ese día, mi máscara fue sonreír más. Ni yo soportaba mis bromas. Eran todas falsas.

Creí que no podía sentir algo peor que la culpa que me desgarraba. Me equivoqué. Dos meses después, Sebastian refunfuñó que Emis estaba saliendo con alguien y que encontró una caja de condones en su cuarto.

Saber que había seguido adelante dolía más que perder en penaltis después del mejor partido de tu vida.

Ese mismo día le pedí salir a Jennifer. No era mi primer rodeo; ya había tenido novias. Si una chica me gustaba, pensaba: ¿por qué no?

Siempre fui buen novio. Con Jennifer no lo fui.

Fue un parche. Un papel de mierda en el que nadie debería ser puesto. Peor aún diciéndole lo especial que era. Y lo era. Ella terminó conmigo porque entendió que mi atención no era toda suya. Un novio decente le da a su chica lo que merece. Yo lo intentaba.

No bastó.

Cuando lo dejamos, prometí no volver a pedir noviazgo por un impulso de carencia. Lo haría con cabeza y, sobre todo, cuando estuviera de verdad enamorado.

Desde entonces, mi cama ha visto tantas chicas como cabían en ella.

Termina la clase y el murmullo de cuadernos cerrándose y sillas arrastrándose lo llena todo. Cojo la mochila, esperando a Sebs para ir a la siguiente. Veo una notificación en su móvil y me asomo por encima del hombro.

Era Emis preguntando si le había contado a Theo que solo toma helado de fresa. Me lo enseña con cara de "esto es culpa tuya".

Me encojo de hombros con mi mejor cara de póker. Aprendí a ocultar lo que me aprieta el pecho cada vez que la mencionan, así que mi expresión no tiembla.

Activo el modo defensa y tiro por el camino que siempre me funciona: cambiar de tema.

—¿Sabes lo que de verdad echo de menos? —pregunto mientras andamos.

—¿Un cerebro que funcione? —responde sin dudar. Le saco la lengua.

—Nah… para eso tengo el tuyo —le pico, y él sonríe de lado —. Un finde de juerga, ¿sabes? De esos que te pasas un mes sacando condones de la piscina.

—Paso. Solo volví a nadar porque juraste que los usaban como globos y no… —Tiembla y resopla con asco.

—En su mayoría sí. —No es mentira. Aunque seguro que otros acabaron ahí después del uso tradicional—. No hace falta una fiestaca, tío. Algo, venga. La Alpha no monta una decente desde que tiraste a la Gelito a la piscina.

—Me hizo un trago y luego se lo ofreció a ese capullo.

—Sabes que aún no estabais juntos, ¿no?

—Semántica. Ya era mía.

—Me flipa tu lado posesivo. En fin… Montamos fiesta después de la victoria del sábado.

—Primero hay que ganar, Prince.

—Vamos a ganar. —Sebastian suelta una risita y niega con la cabeza—. Perfecto. Voy montándolo. —Cojo el móvil y le escribo a Brooke preguntando qué necesita para hacer de barmaid en la fiesta. Kyle es su nuevo ayudante junto con la Gelito. Vale que el grandullón rompió unas cuantas botellas hasta aprender a girarlas, pero ya va fino.

Sebastian pasa de discutir y yo sigo tecleando para dejarlo todo listo.

No echo de menos ninguna fiesta.

Es parte del camuflaje.

La verdad es que echo de menos algo a lo que ni sé poner nombre. Algo que siempre estuvo ahí y nunca vi.

Al menos, no hasta aquel día, hace años, cuando entré en el cuarto de Emis y encontré su diario.



14 anos de idade

El puck desliza por el hielo y ya sé a dónde va.

Directo al stick de Sebastian.

El partido contra los Traverse City North Stars está que arde. El marcador va 2 a 2 y quedan menos de dos minutos para el final del tercer período. Todo el rink está en silencio, la tensión vibrando en el aire mientras el cronómetro baja como una bomba a punto de estallar.

Adoro esta parte del juego.

Sebastian recibe el pase, corta por el medio, pero uno de los defensas se le tira encima para bloquearlo. Pero no está jugando contra cualquiera. Está jugando contra Sebastian Maxwell.

Y hoy Sebastian está cabreado.

Se escora a la izquierda, el tío intenta seguirlo, pero Sebs ya lo estampa contra el cristal con un choque que hace al estadio entero soltar un "Ooooohhh" colectivo.

El árbitro levanta el brazo, pero Sebastian ya robó el puck y baja como un puto tren desbocado hacia la portería rival.

—¡Agarraos, North Stars! —grito desde la línea defensiva—. ¡El jefe de la hostia está pasando!

Jordan aparece a su lado y Kyle cierra el espacio, asegurando que nadie se meta en su camino.

Sebastian levanta el stick. Sé lo que viene.

—¡Suéltala, joder! —Jordan grita.

Sebastian hace un pase ciego y el puck me viene a mí.

Mierda, lo hizo a propósito.

Acomodo el stick, respiro hondo y disparo con todo.

Todo pasa en milésimas. El puck vuela bajo, rozando el hielo. El portero intenta bajar rápido, pero ya es tarde.

Gol.

3 a 2.

El estadio estalla.

Kyle me agarra por la espalda y me levanta como si fuera un trofeo.

—¡Lo hemos petado, coño! —grita.

—Querrás decir yo lo he petado y vosotros mirasteis —respondo riendo.

Jordan llega y me da un manotazo en el casco.

—Si seguimos oyéndote cinco segundos más, tu ego infla tanto que sales volando por el techo.

—¿Qué culpa tengo de ser una leyenda viva?

Sebastian pasa sin decir nada. Solo da un puñetazo al cristal y mira el cronómetro.

Falta un minuto y medio.

Esto aún no ha terminado.

La última batalla.

Los North Stars vienen con todo en la salida, como si les fuera la vida.

Kyle se planta en defensa, un muro de hormigón dispuesto a aplastar a cualquiera.

Jordan anticipa el pase y lo intercepta, mandando el puck de vuelta para mí.

—¡Vamos a cerrar esta mierda! —grita.

Y entonces empieza el show.

Kyle destroza a un atacante contra las tablas. Jordan gira sobre patines y yo le paso el puck. Sebastian dirige el contraataque como si hubiera nacido para ello.

Treinta segundos.

—¡Prince! —me llama Sebastian.

Y lo pillo.

Entro por la derecha, colándome entre dos que intentan cerrar la defensa. Sebs hace de maestro, le indica a Jordan, y el pase me llega perfecto. Apenas tengo tiempo de conectar el stick antes de que el portero reaccione.

Gol.

4 a 2.

Final.

La sirena suena. El banquillo estalla. Las gradas enloquecen.

¡Ganamos, joder!

La celebración en el vestuario es insana. El agua del bebedero se convierte en champán, las botellas de isotónico vuelan por el aire, y Sebastian está recostado en su taquilla, el pelo empapado de sudor y una sonrisa torcida de campeón.

Me dejo caer en el banco junto a Jordan y suelto un suspiro exagerado. Estamos los cuatro, esperando para ir a las duchas.

—Deberíais darme las gracias —provoco—. Llevé a este equipo a la espalda hoy.

Kyle suelta la risa.

—Sí, claro. Porque Sebastian, Jordan y yo no hicimos nada, ¿no?

—Ayudasteis. Pero sin mi talento innato…

—Si sigues hablando, te meto un calcetín sudado en la boca —Jordan corta.

—Vale, vale. Sin rencores. Solo digo que… tío, jugamos como un ejército, ¿sabes? Como… como…

Me paro un segundo, buscando la palabra. Y entonces me viene.

—Como Gladiadores del Hielo.

Sebastian me mira. Jordan y Kyle también.

—¿Qué cojones es eso? —Jordan arquea la ceja.

—Nuestro equipo. Nosotros cuatro. —hago un gesto como si fuera obvio—. Somos los Gladiadores del Hielo, tío. Jugamos con garra, con sangre en los ojos. Nadie pasa por nosotros sin salir jodido.

—¿Por qué sabía que esta gilipollez saldría de ti? —Kyle niega, riendo.

—Porque soy un genio incomprendido.

Sebastian suelta una risa corta.

—Gladiadores del Hielo, ¿eh?

No lo niega.

Los demás esperan y él se encoge de hombros, aceptando el nombre.

Quedamos en ir a su casa después del partido, y media hora más tarde ya estábamos allí. Por desgracia, en esa parte de la casa que me daba miedo cada vez que la señora Maxwell se arriesgaba con un talento que no tenía.

Suelto una risita nerviosa con el olor que me invade.

La cocina huele a galletas. Pero no de ese modo hogareño que te hace querer robar una de la bandeja.

No. Huele a quemado.

La bandeja recién salida del horno está en la encimera, y la señora Maxwell parada allí, secándose las manos en el delantal con una sonrisa tímida.

—Las hice para vosotros, chicos. Sé que necesitáis alimentaros bien después de un partido tan intenso.

Sebastian coge una sin decir nada, mastica lento y traga como si fuese medicina. Cruzo una mirada rápida con Kyle y Jordan. Ellos también se dieron cuenta.

La madre de Sebs nos mira, expectante.

Kyle, el educado de siempre, agarra una galleta y muerde. El crujido resuena en toda la cocina.

—Hmmm… —murmura, tardando en tragar—. Crujiente.

Jordan toma una también, dudando, y la aprieta entre los dedos. Aquello no se desmorona.

—Esto puede romper un diente —me susurra.

—¿Qué? —pregunta la señora Maxwell, sin escuchar bien. Gloria.

Jordan traga rápido su comentario.

—Que… ¡delicia! Se nota el… —mastica un poco más y me mira desesperado, pidiendo auxilio.

—El toque ahumado —remato, cogiendo una y dándole un mordisco. El sabor es… bueno, digamos que no es lo peor que he metido en la boca.

Ella sonríe, satisfecha.

—Me alegra que os haya gustado. Hay más en el horno.

Mierda.

Kyle me mira como si le hubieran condenado a muerte. Jordan cierra los ojos y suspira, resignado.

Sebastian sigue masticando sin expresión.

Entonces escuchamos la puerta del despacho cerrarse.

Todas las miradas se giran hacia allí. El padre de Sebastian está dentro.

Últimamente pasa más tiempo en esa salita.

Trabajando.

Sebastian aprieta la mandíbula, y veo cómo empuja la silla hacia atrás con rabia contenida.

Jordan y Kyle lo notan.

Pero nadie dice nada.

La señora Maxwell gira la cabeza hacia el ruido, coge un plato y pone unas galletas para llevarle a su marido.

Cuando nos quedamos solos los cuatro en la cocina, miro la bandeja. No puede ir a peor.

Así que arranco un trozo y se lo lanzo disimuladamente a Jordan. Él me mira como si le hubiera declarado la guerra.

—Cómetela, Jordan —le digo, sonriendo—. Sé un hombre.

La explosión de carcajadas viene al segundo, junto con una guerra de galletas carbonizadas.

—¡Chicos! ¿Qué os pensáis que estáis haciendo? —Berta, la asistenta, aparece en la puerta y atrapa una galleta al vuelo. Niega con la cabeza—. ¡Fuera! ¡Arriba, que ya me encargo yo de este desastre!

No esperamos una segunda orden y salimos corriendo escaleras arriba al cuarto de Sebastian.

El ritual de siempre: videojuegos.

Sebastian y Jordan pillan los mandos primero, mientras Kyle y yo miramos desde el lado. Están con el Call of Duty, un clásico

nuestro. El cuarto se llena de explosiones, tiros y tacos mientras se machacan en el modo multijugador.

—¡Estás campeando, cabrón! —Jordan se queja cuando Sebastian lo elimina por tercera vez.

—Táctica de guerra, colega.

—Táctica de cobarde.

Kyle se parte de risa a mi lado.

—Eres tonto, Jordan. Nunca te enfrentes a Sebs de cara. Él juega como si le fuera la vida.

—No es culpa mía que tenga reflejos de ciborg psicópata.

Antes de que Jordan intente estrangular a Sebastian, Emory aparece en la puerta.

Lleva un conjunto mono de bailarina, el pelo todavía un poco despeinado, como si hubiera pasado los últimos minutos girando por la casa.

—¡Sebs! ¡Mamá dijo que ganasteis hoy!

—¡Ganamos, Emis! —responde él sin apartar los ojos de la pantalla. Está en una jugada decisiva y…

—¡Joder!

Pierde.

Emory se planta con las manos en la cintura, ceño fruncido.

—¡Sebs! Mamá dijo que no podías decir palabrotas —le regaña.

Me muerdo el labio para no reírme. Es demasiado mona, dan ganas de pellizcarle esas mejillas rosadas.

Sebastian suspira y suelta el mando.

—Mejor no se lo chives, ¿vale? —replica, con voz más suave.

Siempre fue distinto con Emory. No es que fuera cariñoso, pero nunca la ignoraba. Si ella quería mostrarle un paso nuevo de

ballet, él la miraba. Aunque con cara de aburrido, ahí estaba.

Y yo, lo confieso… siempre me hipnotizó la forma en que se movía. Como una pluma bailando con el viento.

—¿Quieres ver mi nuevo giro? —pregunta, ya ilusionada.

—Ahora no, Emis, estamos en medio de la partida.

Ella hace un puchero y cruza los brazos.

—¡Solo jugáis a esa mierda! Apuesto a que soy mejor que vosotros.

—¿Mejor que nosotros? Emory, ¡eso es un ultraje! —Jordan finge indignación.

—No sé qué significa "ultraje", pero sé que lo soy.

Kyle se ríe.

—Siempre me ha caído bien.

—A mí también, aunque un poco menos ahora —Jordan pone los ojos en blanco.

Yo me levanto del suelo y me estiro.

—Vale, mataos entre vosotros, yo voy a por una Coca.

—¡Tráeme una también! —pide Sebastian.

—¿Soy tu sirviente o qué?

—No, pero soy tu capitán. Y los capitanes mandan.

Resoplo y bajo hasta la cocina. Cojo dos latas de la nevera y, al subir, noto la puerta del cuarto de Emory entreabierta.

Debería seguir hasta el de Sebs. Pero la luz suave de su lamparita brillando sobre la mesa me detiene. Su escritorio está lleno de cuadernos abiertos y dibujos de arcoíris.

Y entonces lo veo.

Mi nombre.

Escrito dentro de un corazón.

Inclino la cabeza, analizando las líneas rosas. Es su diario.

Parpadeo, confuso. La curiosidad es un demonio traicionero, y ya me tiene cogido.

Doy un paso dentro, los dedos deseando pasar página. El diario está ahí, abierto. Y yo no soy un santo.

Mi conciencia grita que no lo lea, pero seamos sinceros: ¿quién se resiste a ver su nombre dentro de un corazón en el diario de una chica?

Así que leo.

"No lo puedo evitar. Es tan guapo. Estoy enamorada de Austin. Siempre me hace reír, siempre es amable conmigo, y algún día… algún día me verá. Sé que le gustan las chicas mayores, pero cuando yo crezca, quizá me mire como yo le miro a él."

Algo va mal con mis ojos.

Parpadeo.

Parpadeo otra vez.

¿Emory está colada por mí?

Sonrío, envanecido con la idea. Sé que es difícil resistirse a mi encanto. Pero ella… es tan pequeña.

Y entonces, pasos.

Antes de reaccionar, la puerta se abre y allí está.

Se queda congelada. Sus ojos pasan de mi cara al diario y de vuelta a mí.

Intento parecer despreocupado.

—Entonces, Emis… ¿escribes fanfics sobre mí?

Se pone roja al instante.

—¿Q-qué?

—Quiero decir, no te culpo. Tiene sentido. Soy increíble. Guapo, divertido… totalmente comprensible que tengas un crush

conmigo.

Ahora no solo está avergonzada.

Está furiosa.

—¡No deberías estar leyendo eso!

—Estaba abierto. No es mi culpa si el universo quería que supiera de tu amor por mí —bromeo, disfrutando con la enana adorable.

Aprieta los puños, la cara encendida de vergüenza e ira infantil.

—¡NO te amo!

—El diario dice otra cosa. —Levanto la ceja, en desafío.

Me fulmina con la mirada.

—Escúchame bien, Austin Prince —dice con firmeza—. Cuando yo crezca, vas a pedirme que sea tu novia. —Lo suelta, con todas las letras.

Silencio.

Y yo, incapaz de contenerme, estallo en carcajadas.

—¡Oh, eso sí que tengo que verlo!

—¡Lo verás! —replica, furiosa.

—¿Qué pasa aquí? —Sebastian aparece en la puerta, mirándonos con sospecha.

Yo abro una sonrisa enorme y paso el brazo por encima de los hombros de Emory.

—Todo bien, Sebs. Solo descubriendo que tu hermanita tiene planes muy serios para el futuro.

—¡Austin! —Emory grita, me empuja el brazo y sale corriendo del cuarto, hecha un tomate.

—¿Qué le hiciste? —Sebastian me clava la mirada.

—Nada. Solo ayudé a Emory a fijar metas en la vida.

Él pone los ojos en blanco.

—Si descubro que te metiste con mi hermana, te reviento.

Sonrío torcido.

—Opa. Una amenaza. Lo apunto en mi diario.

Y salgo antes de que Sebastian me lance por la ventana.

Pero, en el fondo, no consigo dejar de pensar en algo.

La niña de diez años que me mira como si yo fuera su mundo de verdad cree que algún día podré ser suyo.

Y, por alguna razón, esa idea no suena tan absurda.



La campanilla de la puerta suena cuando entramos en Little Berry, una heladería monísima en pleno centro. Se me hace la boca agua con el olor a azúcar y leche condensada que se mezcla con el frescor del aire acondicionado.

Me quito las gafas de sol y me las coloco sobre la cabeza, echando un vistazo alrededor. La decoración en tonos pastel le da al sitio un rollo nostálgico.

—¡Qué sitio tan cuqui! —comento, fascinada con la decoración—. ¿Vienes mucho aquí?

—Solo cuando quiero impresionar a chicas guapas.

—Entonces debes de ser cliente VIP.

—No soy de los que se encandilan fácil, Emis. Y tú… —me mira con una sonrisa tímida—. Has valido hasta la paliza en el rink.

—¿Sebastian te pegó? —pregunto, entre preocupada y avergonzada. Joder, Sebs.

—Bah… las hostias de siempre. —finge despreocupado, chasqueando la lengua y avanzando hasta el mostrador—. Venga, vamos a por los sabores, ¿no? El momento estrella de nuestra cita.

—¿En serio? —suelto una risita—. Pensaba que sería cuando me llevaras a casa.

—¿Por qué?

—¿No es cuando todos intentan el primer beso?

—¿Y voy a tener oportunidad de ese primer beso hoy? —pregunta con una ilusión genuina, como un niño al que prometen un caramelo.

Le observo unos segundos, aguantando la tensión del momento. Luego le lanzo una sonrisilla traviesa. Suspira, sabiendo que la respuesta es no.

—Solo te estaba probando.

—¿Probar qué? ¿Si quiero besarte? —Theo ladea la cabeza, curioso—. ¿No es obvio?

Si le contara que mi experiencia con jugadores de hockey tiene cero de obvio… ¿lo entendería?

Levanto la mirada, encontrando sus ojos atentos. Mejor dejarlo correr.

—Aún estamos empezando. Disfrutemos de la cita primero y ya veremos cómo acaba, ¿vale?

—La liebre la soltaste tú, guapa. Yo solo aproveché la ocasión. —Me sonríe con esa picardía de jugador. Sí… puede ser más fácil que otros, pero sigue jugando.

—Quiero elegir mi helado. Necesito ver si tienen el que siempre tomo.

—¿Y si no lo tienen?

—Pues un problema. Serio. —Él se sorprendería de lo decepcionada que me pongo si no encuentro mi sabor favorito.

—Mira tú qué intensa con los helados.

—¿Y tú no? —le replico, indignada—. Pues esto lo cambia todo. Igual tenemos que replantearnos lo nuestro.

—¿Me vas a dejar porque no me tomo el helado en serio?

—Exacto.

—Tranquila, Emis. Aquí tienen de fresa. No pienso decepcionarte.

Abro y cierro la boca como un pez fuera del agua.

—¿Cómo lo sabes?

—Un pajarito me lo dijo. —Tardo dos segundos en que me aparezca Sebastian en la cabeza. Sí… al final mi hermano solo se hizo el duro. Sabe que es inútil meterse; nunca consiguió torcer mi voluntad.

—No vale. Yo no tengo a nadie a quien preguntarte cosas. Estoy en desventaja. —Le empujo suavemente del hombro, riendo. Theo es fácil de llevar.

Diferente de… no, Emory, no pienses en eso ahora.

—Preguntarle al Caps por mí sería raro. Pero siempre puedes tirar de Zack. —Pongo cara de asco al recordar al gilipollas que echó leña al fuego cuando Theo pidió mi número—. No dio buena impresión, lo sé. Pero en realidad es majo.

—Mejor preguntar directo a la fuente. Y prefiero que, a partir de ahora, lo hagas así. —Asiente.

—Vale… ¿qué quieres saber de mí? —le pregunto, ya frente a la vitrina de sabores.

—¿Cuál es tu helado favorito? —le lanzo de vuelta, y Theo me mira de reojo.

Coge una de las cucharillas y sirve un poco de una crema color marfil en un vasito de cartón.

—Este —dice, señalando la etiqueta.

Cruzo los brazos en cuanto lo leo.

—¿En serio? ¿Vainilla?

Él se encoge de hombros.

—Un clásico. Nunca falla.

Levanto la ceja.

—¿Eso significa que también te mola el sexo vainilla?

Se atraganta con el aire, casi tirando el helado de nuevo al cubo.

—Primer encuentro y ya sacas beso y sexo en menos de quince minutos. Empiezo a temer no estar a tu altura, Emis.

—¿Y por qué lo dices? ¿Eres virgen o qué?

—Sí, claro. Me guardo para el matrimonio.

—¿Qué? —me sale demasiado alto. Me deja loca. Theo se echa a reír, y yo le doy un manotazo en el hombro.

—Tonto.

—Tendrías que haber visto tu cara —se burla—. Y aunque me apetece saber a dónde lleva esta conversación… —alza las cejas, juguetón—. Es hora de que elijas tu helado. —Me conduce al segundo congelador, todo rosa.

Mis ojos brillan ante la colección de sabores de fresa. En todas las etiquetas aparece mi fruta: unas con chocolate, otras con leche, otras sin.

No me contengo y sirvo un poco de cada.

—Joder… quién diría que una bailarina se zampara tanto helado.

—Es la primera vez que veo tantos rosas juntos. Probar cada uno es cuestión de vida o muerte. —Le enseño los sabores que me han conquistado.

Después de llenar mi vasito, nos vamos a una mesa junto a la ventana. La luz del atardecer se filtra por el cristal, envolviendo el ambiente en un aire acogedor.

—Así que… Sebastian, Jordan, Kyle y Austin. ¿Los Gladiadores del Hielo, eh? —dice Theo, cogiendo la cucharilla—.

Tengo que admitirlo, es un nombre bastante tocho.

—Adivina de quién fue la idea.

—¿De Sebastian?

Suelto una risa corta.

—De Austin. Tiene el ego más grande de los cuatro. Pero creo que les pega.

Theo ladea la cabeza, pensativo.

—Les pega, sí. Son la hostia.

Guapo e inteligente. Si quiere conquistarme, más le vale llevarse bien con mi hermano. Theo tendría todo el derecho de estar harto de su capitán. Pero verlo reconocer lo buenos que son Sebs y sus colegas bajo los patines… hace que le admire un poco más.

—Se comportan como si fueras la hermanita pequeña de los cuatro —dice, con un brillo divertido en los ojos.

—Solo soy la de Sebastian —replico rápido. Demasiado rápido—. Pero tienes razón. Para ellos, soy "la enana" del grupo. —El apodo idiota me amarga la boca nada más decirlo.

—Pues voy a aumentar mi seguro de vida. —Se ríe de su propia broma.

—No van a matarte, Theo. Solo tienen exceso de cuidado conmigo.

—Bueno… siendo sincero… si supieran lo que me pasa por la cabeza ahora, probablemente no saldría vivo.

El calor me sube por el cuello, esa sensación que hacía tiempo que no notaba. Ese calorcito en el pecho cuando entiendes que alguien quiere formar parte de tu vida. Que le importas.

No es que me faltaran tíos soltando piropos aleatorios desde el instituto. Siempre hubo. Pero Theo parecía querer algo más. Si no, no se arriesgaría a enfrentarse a cuatro jugadores de hockey de su propio equipo.

No podía perder la oportunidad. Sobre todo cuando yo sentía algo de vuelta. Algo que pocas veces pasó.

Austin se había convertido en mi obsesión, en mi deseo inalcanzable. Pero él nunca me quiso.

Su rechazo siempre dolía. Y tenerlo tan cerca solo sacaba lo peor de mí.

Theo sería mi nuevo salvavidas.

El primero fue Liam Carter. Mi ex, el que me ayudó a recomponerme tras aquella noche.

Liam era el jugador de baloncesto que conocí en el Cherry Classic Invitational, un torneo cerca de Traverse City que atrae a equipos universitarios de nivel. Jugaba para Michigan State y empezamos a vernos después.

Seis meses. Ese fue el tiempo que tardamos en hacerlo. No fue mágico, pero tampoco malo. Y fue lo mejor que pude hacer en ese momento.

Tras el no de Juilliard, esperé las cartas de las universidades. Y cuando elegí Michigan, él tuvo más valor que yo para terminar lo nuestro.

Fue bueno mientras duró.

Y ahora… Theo. Desgraciada o afortunadamente, apareció como la opción más fácil para calmar la crisis en la que vivo. La preocupación de Austin por lo del pen drive me provocó un déjà vu jodido. De esos que me hacían caer otra vez en sentimientos demasiado intensos para mi corazón de niña.

Theo no es Austin.

Y esa es mi elección ahora mismo.

Cojo la cucharilla y la hundo en mi helado. El carraspeo de su garganta me hace alzar la vista a esos ojos cálidos, con un leve tono avellana.

—Entonces, ¿puedo asumir que tu amor por el helado es casi tan intenso como tu devoción por las fresas?

Sonrío de lado.

—Casi. Pero el helado siempre fue mi consuelo. Desde niña.

—Bien saberlo. Me lo apunto para futuras citas. —Se inclina un poco hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Porque tengo muchas ganas de saber cómo va a terminar esta.

Mi cucharilla se queda a medio camino de mi boca, y nuestras miradas se cruzan. El significado no necesita ser dicho en voz alta.

Theo sonríe, tranquilo. Esperando.

Yo solo niego con la cabeza, riendo bajito.

Si sigue haciéndome reír así… y logro olvidar lo que nunca podré tener, puede que lo merezca.



Passado

La cucharilla raspa el fondo del vaso y suelto un suspiro alto, frustrada. Estaba al final de la regla, así que tenía la excusa perfecta para devorarme un pote entero, yo sola.

Lanzo el envase vacío a la basura y me estiro en el sofá, tanto que la camiseta ancha que uso para dormir se convierte en un cropped improvisado. Empiezo a aporrear el mando de la tele buscando algo que ver. Pensé en ponerme la serie que sigo con mi madre, pero ella se mosquearía si la veía sin ella.

Por fin volvió a dormir gracias a la nueva medicación para la depresión. Creo que esta vez el psiquiatra dio en el clavo. Hace tiempo que no la veo vagar por la casa de madrugada.

Y como no sé fingir sorpresa para repetir capítulos, decido torturar al mando.

La casa está demasiado silenciosa, tanto que el sonido de la tele parece eco en una cueva. Escenario típico de peli de terror… uf, qué miedo.

Sebastian podría haberse quedado un rato más conmigo antes de salir. Vino a pasar el finde con nosotras, aprovechando que el partido fue el miércoles.

El festivo trajo a los Gladiadores del Hielo de vuelta a Traverse City, y como era de esperar, les invitaron a un millón de fiestas. Fiestas a las que yo no puedo ir, porque la última vez… viví el momento más bochornoso de mi vida.

Bufé, apretando el mando una última vez. Al fin encuentro algo: un programa de lucha de robots. Estoy entretenida con la primera pelea cuando mi móvil vibra en la mesita.

Frunzo el ceño, intrigada. ¿Quién llama a estas horas…?

Bárbara.

Hago una mueca, dudando si cogerlo o no. La vibración sigue. La pantalla parpadea con su nombre y, tras un segundo de vacilación, respondo.

—Hola, Barbie.

—¡Emory! —su voz suena exageradamente animada—. ¡Tía, te tengo que dar las gracias!

—¿Gracias por qué? —arqueo una ceja.

—¡Por tu hermano y los Gladiadores! Vinieron a la fiesta de mi hermano. No sabes lo que insistí para que eso pasara. Sebastian es tan difícil, pero creo que esta vez me hizo caso. —Ahí estaba: la fiesta donde se habían metido los Gladiadores del Hielo.

Si supiera lo mucho que esta tía quiere verle los calzoncillos… pienso, y sacudo la idea con un gesto de asco.

Barbie es de esas chicas siempre pegadas a las vallas de las arenas, esperando una mirada, una sonrisa, cualquier cosa de los jugadores de hockey. Vamos, la típica Maria Patines.

Ella finge que no, pero todo el mundo lo sabe.

—Qué bien por ti, Barbie —respondo, aburrida.

—Y ya que tu hermano está aquí… —su risita me confirma lo que viene—. ¡Pensé que tú también vendrías! Está lleno de gente del insti, Emis. Te lo pasarías genial.

No. No lo haría. Y por eso no respondo enseguida.

¿Sería buena idea?

Ella capta mi duda y aprieta:

—No sé si a mi hermano le va a hacer gracia verme aquí. Se fue con los chicos y… —Mi excusa es una mierda.

—¡Venga ya, Emis! Arréglate, ponte algo distinto. Apuesto a que tu hermano ni te reconoce.

Me muerdo el labio, pensativa. Estaba harta de rechazar fiestas por culpa de la vigilancia obsesiva de Sebastian. Era como si se activara su modo protector master plus evolution.

Y cada vez que algún tío se me acercaba, los cuatro se tiraban encima, los otros tres siguiendo la orden de su capitán para espantar a cualquiera.

Siempre lo acepté porque, en el fondo, el único que yo quería estaba justo ahí… entre ellos.

Pero la excusa siempre era la misma: eres menor de edad, enana.

¿Cuántas veces escuché la maldita cantinela de Austin cada vez que me insinuaba?

"Eres guapa, Emis, pero aún no tienes 18."

"Tu hermano me mataría."

"No puedo… sigue siendo delito, ¿sabes?"

Me cansé de pedirle un beso. Hasta que la humillación llegó a su límite y dejé de intentarlo.

Pero ahora…

Ahora ya soy mayor de edad.

Ahora esa excusa no existe.

Y… ¿podría pedirle al menos un beso, no?

Un solo beso del chico que amo desde niña. No podría negármelo.

El corazón me late más rápido solo de pensarlo. Antes de que leyera mi diario, mi obsesión estaba bajo control. Después…

Recordar la noche en que lo leyó, su sonrisa y que no negó lo que estaba escrito… me da esa chispa de esperanza.

Le dije que sería su novia cuando creciera.

¿Y si, para Austin, ya crecí lo suficiente?

Edad tengo.

Mi desgracia fue que Sebastian arruinó ese momento. Y luego se convirtió en lector fijo de mi diario. Por eso pedí a papá un escondite.

Sebastian sabía cuánto me gustaba Austin y dejaba claro que yo no era más que su mascota temporal.

Pero de todos… Austin era el que más se preocupaba por mí.

Recuerdo cómo me consoló cuando papá "murió". Y cómo me abrazó cuando descubrí que seguía vivo.

Los recuerdos me inundan sin permiso. La revelación fue en casa del abuelo Gregory, durante una fiesta benéfica de Titan Defense. Yo no quería ir, presentía algo malo. Pero allí escuché lo que no debía. Me enfadé con Sebastian durante semanas.

"Tú heredarás el imperio un día, Sebastian."

"Titan Defense no es mi prioridad, abuelo."

"¿Entonces cuál? ¿Tu jueguecito? ¿Tu club de patinaje?"

"Mi equipo de hockey."

"Sea como sea, un día entenderás que no hay elección. Naciste Maxwell. Eso significa algo."

"También significa algo para mi padre."

"Tu padre no está en condiciones. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?"

No entendía por qué Sebastian sacaba a papá a relucir. Tenía razón el abuelo: papá estaba muerto, ¿cómo podría…?

"Papá mejorará y ocupará su sitio. ¿Dónde lo escondes ahora, abuelo? Quiero verlo. Tráelo…"

"¿Papá está vivo?" —salté yo, revelando mi escondite. El chasquido del abuelo y su cara molesta con Sebastian lo confirmaron todo.

Se me revuelve el estómago con la memoria. Desde ese día exigí visitar a papá con Sebastian. Prometí no decir nada a mamá. Mentirle es mi mayor prueba de amor. Hasta que él deje de ser un peligro.

Y fueron los brazos de Austin los que me recogieron. Me enfadé porque ellos lo sabían y yo, su hermana, no. Tenía trece años.

Él me consoló, me acarició el pelo y me dijo palabras tiernas. ¿Cómo no iba a alimentar más el amor que ya sentía?

Imposible.

Aunque siempre me rechazó. A veces llamándome enana, despeinándome, o soltando que yo no tenía edad, cuando él cumplió los 18.

Pero no esta noche.

—Voy a arreglarme —le digo a Barbie.

Ella suelta un gritito eufórico.

—¡Eso! Vas a estar increíble, Emmy. ¡Lúcete!

Cuelgo antes de que pida más. Me levanto y voy al cuarto. Pero… ¿y si Sebastian y los demás me ven? Joder.

"Tu hermano me mataría."

La segunda excusa.

Era hora de ser alguien que no esperan.

El vestido negro es corto.

Ridículamente corto. Si toso fuerte, se me ve el culo. Pero… es lo que quiero. Nada de ropa segura, de vaqueros anchos y

sudaderas cómodas.

Quiero que me noten.

Me lo pongo y me miro en el espejo. Aún falta algo…

El maquillaje.

Hoy voy con todo. Delineador oscuro. Sombras que resaltan mis ojos claros, bien marcados. Rímel cargado. Y para terminar, pintalabios rojo. Atrevido. Intenso. Perfecto.

Siento que aún puedo subir un nivel más y veo la plancha en la mesa. Sí. Me aliso el pelo hasta dejarlo largo, cayendo por debajo de la cintura.

La persona que me devuelve la mirada en el espejo no soy yo. Suspiro, impresionada con el resultado. Ni yo misma me reconozco.

Nadie me ha visto así nunca.

Y esta noche…

Quiero que me vean. Quiero conseguir lo que siempre he querido.

¿Me reconocerá Austin?

—Ahora sí —digo a mi reflejo, satisfecha.

Cojo el bolso y salgo.

Estaba lista para la guerra.



Pasado

No tardo mucho en entrar en casa de Barbie. La música está tan alta que siento la vibración golpearme en el pecho como un trueno.

Ni sé adónde mirar primero. Dejó toda la casa abierta, incluso las puertas de cristal que dan a la piscina iluminada en el jardín. ¡Dios! Hay gente por todas partes —dentro, fuera, en los pasillos, en las escaleras.

Parpadeo varias veces para que mis ojos acepten la polución visual y sonora. ¿Así son realmente las fiestas?

Mis ojos recorren el lugar buscando a mis carceleros de siempre. Pero esta noche… no van a trabajar. No es difícil encontrarlos, siempre rodeados de un enjambre de chicas.

Sebastian y los demás están junto a la barra improvisada. Mi hermano con un vaso en la mano, riéndose de algo que Jordan dijo, mientras una rubia se le cuelga del brazo como una lapa. Kyle recostado en la encimera, con dos morenas pegadas a él. Y Jordan igual, convertido en sofá humano de una tía que se le ha sentado encima. Pongo los ojos en blanco y suelto aire, aburrida.

Ni idea de qué tienen ellas con sentarse en cuanto pueden encima de alguno. Debe de ser el uniforme.

Los tres llevan vaqueros, zapatillas y la chaqueta de atletas de Michigan. Si ya llamaban la atención con el emblema de los Gladiadores, ahora… ni te cuento.

Y entonces lo veo a él… mi gladiador: Austin.

Yo también caería rendida por la ropa. A diferencia de los otros, lleva camiseta negra, vaqueros oscuros y botas militares. Las pulseras de cuero en las muñecas le dan ese toque final de chico malo con estilo. Suspiro, inevitable, al verlo tan guapo.

Está apoyado contra la pared, vaso rojo en mano. De repente, sus ojos se cruzan con los míos. El corazón se me desboca, y casi pierdo el equilibrio en los tacones. La mirada es tan intensa que me deja sin aire. Y justo cuando intento recomponerme, él sonríe de lado, como si esa fuera su reacción automática.

No lo dudo.

De la nada, una rubia se planta delante, no solo le toca el hombro, sino que engancha su pierna alrededor de su pantorrilla. Su atención pasa a ser toda suya, y veo repetido el mismo gesto ladeado que me regaló a mí. Cabrón.

Y aun así… quiero a ese cabrón para mí.

Espero un poco, pero la charla sigue y veo cómo le pone la mano en la cintura, inclinándose para decirle algo al oído. Lo sabía, era lo esperado. Pero no pensé que dolería tanto verlo.

El estómago se me revuelve como una centrifugadora.

¿Qué coño pensé?

¿Que llegaría a la fiesta y él se quedaría sin respiración al verme?

Sí. Exactamente eso pensé.

Mierda.

Respiro hondo, dudando si hice bien en venir. Alzo la vista y los veo aún charlando animados. Mejor me voy.

Pero en mi vida nada es fácil. Al girar hacia la puerta, reconozco a varios del insti. No quiero que me vean con este vestido. No soy yo, y pensarán que me vestí así solo para llamar la atención. Suspiro y doy media vuelta, metiéndome en la multitud al revés. Mejor esperar un poco antes de huir.

—Hostia, ¿quién es esa? —oigo una voz masculina.

—Joder, qué tía más buena. —Levanto la cabeza y veo que son tan guapos como mi hermano y su panda.

—Ven aquí, guapa, ¿quieres una copa? —Uno me agarra del brazo. Nunca nadie me había hecho eso. Sebastian y los chicos nunca dejaban que pasara. La sensación de estar sin esa protección habitual me provoca una oleada de incomodidad.

No puedo flaquear. No siempre tendré a mi hermano encima. Miro alrededor y noto que, para ellos, no soy más que un cuerpo bonito que apareció en la fiesta.

Inhalo, exhalo fuerte y agarro un vaso de lo primero que pillo. Vodka con energético.

Perfecto.

El trago me quema la garganta, pero me da coraje para seguir.

—¡Hola! Me flipa tu vestido —me giro y veo a dos chicas, muy alegres, sonriéndome. Tienen rasgos latinos parecidos; podría jurar que son familia. Encima, llevan ropa casi idéntica: una con minifalda vaquera, la otra con shorts, ambas con top de tirantes de colores chillones que apenas distingo con la luz tenue.

No tengo ni idea de quiénes son, pero hablan conmigo y me sonríen. Mucho. Así que suelto una risita torpe.

—Gracias… supongo. —Bajo la mirada.

—¿Eres nueva por aquí? —pregunta la de coleta. Tardo en responder, dudando si mentir. —Es que nunca te habíamos visto antes.

Quiero decirles que yo tampoco me fijé nunca en ellas, aunque se crean el centro del universo. Pero están siendo simpáticas. Sería borde soltar la verdad de golpe.

Asiento con un "no" mezclado con "sí". Al fin y al cabo, es la primera vez que vengo a una fiesta de Barbie. No es una mentira del todo.

—Genial… si quieres quedarte con nosotras —ofrece con una sonrisa amistosa—. Vamos a bailar.

—Vale —acepto, dejándome llevar. Me ponen en medio y me arrastran a la pista improvisada en el salón. ¿Así se hacen amigas en una fiesta?

Me encojo de hombros. Da igual. Bailar es mi zona de confort. Y en esta situación, prefiero mover el culo que pensar en Austin Prince pegado a esa rubia.

La música cambia a un remix potente, y el alcohol empieza a hacer efecto. Las dos chicas me ofrecen copas y yo sigo el rollo, riendo y encajando con las demás que bailan a nuestro lado.

Me dejo llevar, moviéndome al ritmo, olvidándome de todo lo que me rodea. Que se jodan si alguien me reconoce ahora. Su juicio vale lo mismo que un hueso de durazno para mí: algo hecho para tirarse a la basura. Cierro los ojos y me entrego a los beats.

Quiero que otros ojos estén sobre mí. Y empiezo a bailar con sensualidad, imaginando exactamente eso. Pero al abrirlos, noto que atraje la atención de algunos chicos.

No son los ojos que yo quiero.

Mierda. Él ni siquiera me notó.

De repente, el calor de la pista empieza a sofocarme. Necesito aire.

Me alejo del grupo y avanzo por un pasillo menos concurrido, buscando un baño. Agradezco que la casa se parezca un poco a la mía; así me resulta fácil encontrarlo. La puerta está cerrada, así que espero hasta que dos chicas salen de allí riendo. ¿Qué demonios tendrá de tan gracioso todo para que la gente no deje de soltar esas risitas?

Suelto aire con fastidio y entro rápido, mi vejiga ya reclamando.

Cuando salgo, me detengo en seco al toparme con un cuerpo grande justo frente a mí. Mis ojos suben lentamente, primero los coturnos. ¿Será…?

Sí. Es él.

Austin.

—¿Quieres usar el baño? Está libre. —Señalo con el pulgar hacia atrás.

Él suelta una risa ladeada, burlona.

—No. No quiero usar el baño —responde, apoyando un hombro en la pared. Inclino la cabeza y él imita mi gesto, sin borrar la sonrisa.

Está ahí, mirándome de un modo extraño. Un modo en el que jamás lo había visto mirarme antes. Después frunce el ceño, dudando. Ay, Dios mío. Estoy jodida.

Espero unos segundos. Nada. Hasta que la sonrisa traviesa vuelve a sus labios. La producción funcionó.

Alivio.

Austin Prince no me reconoce.

Pero sigue ahí, bloqueando mi paso con su cuerpo.

El olor a alcohol me golpea de lleno. Reconozco ese aroma: ya lo había sentido cuando llegaban arrastrándose a casa después de beber. Y el perfume que lleva ahora me lo confirma: Austin bebió. Mucho.

Sus ojos recorren mi cuerpo sin disimulo. Y no es la mirada inocente de Austin Prince, el chico que creció conmigo.

Es otra mirada.

—¿Ya te vas? —pregunta con voz ronca y arrastrada.

Mi respiración se detiene un segundo.

¿De verdad no sabe que soy yo?

La razón me grita que lo aclare, que diga algo.

No lo hago.

Mi mente loca quiere ver hasta dónde llega él.

Y hasta dónde llego yo.

—Tal vez solo estoy esperando un motivo para quedarme —respondo suave, con una voz que ni yo misma reconozco.

Él se muerde el labio inferior y su respiración se agita. Su cara está cargada de segundas intenciones… esas que nunca antes recibí de él.

—¿Y puedo darte ese motivo? —da un paso al frente, rodeándome sin dejarme escapatoria.

El nudo en mi estómago se aprieta, la expectativa creciendo en mí como fuego.

—Depende de lo que tengas en mente.

Me vuelve a mirar de arriba abajo, deteniéndose en el vestido corto que deja mis piernas al descubierto, luego en mis labios pintados de rojo.

—Te pareces a ella…

¿A ella? ¿A quién?

El primer roce es inesperado, delicado: sus dedos bajando por mi brazo en una caricia suave.

—Pero no eres ella —murmura, frustrado.

No está hablando de mí. Está hablando de otra. De alguien que no puede tener. De alguien como yo.

Y debería doler.

Pero… no duele.

No cuando sus ojos se oscurecen así. No cuando parece desearme como nunca.

—Entonces finge que soy ella esta noche —me atrevo.

—¿Eso es lo que quieres?

—Yo te quiero a ti…

No necesita más. Sus manos me sujetan de la cintura, fuerte, decidido. La boca que he deseado desde siempre se aplasta contra la mía con una presión casi dolorosa.

La electricidad es inmediata, recorriéndome como un rayo que quema en la medida justa.

Su beso es exigente, caliente, intenso… y prohibido.

Si supiera…

Si supiera que está besando a Emory Maxwell…

Pero no lo sabe.

Así que lo dejo.

Me dejo ser la chica con la que quiere perderse por una noche.

Me empuja contra la pared, sus manos bajan, rozando mis muslos justo en la orilla del vestido. Avanza hasta delante, haciéndome palpitar de pura anticipación. Quiero que me toque ahí. Necesito que me toque.

Profundizo el beso, devorando su lengua como si el tiempo se hubiera detenido.

—Ven conmigo —susurra contra mis labios.

Debería decir que no.

Pero ¿cuándo le he dicho que no a Austin Prince?

Me agarra de la mano y me arrastra por el pasillo hacia el otro lado de la casa, subiendo las escaleras sin que nadie lo note.

Una alarma retumba en mi cabeza, pero no quiero escucharla.

El corazón me late más fuerte cuando abre la puerta de una habitación. Huele a sábanas limpias, la luz baja indica que somos los primeros en usarla esta noche.

¿Cómo lo sabía?

No me importa. Porque en cuanto cierra la puerta y se gira hacia mí… vacila por primera vez.

Aunque está borracho, aunque no me reconozca, todavía me da una opción.

—¿Te quedas o te vas? —menea la cabeza hacia la salida.

Trago duro. Cierro los ojos, respiro hondo y digo la única respuesta que siempre ha estado en mi pecho.

Él. Yo lo elijo a él.

Cruzo la distancia y lo beso otra vez.

—Me quedo.

Él sonríe, intensificando el beso, mordiéndome suavemente mientras nuestras lenguas se buscan desesperadas.

Su mano en mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo. El toque es posesivo, pero no agresivo. Como si quisiera mantenerme allí, fija, para demostrarme que está presente, entero, rendido.

—¿Cómo te quito esto? —pregunta, pasando la mano por mis costados hasta la tela del vestido.

—Solo tienes que tirar por arriba. —Lo subo hasta la cintura, y cuando me doy cuenta, estoy mostrando mi ropa interior negra de encaje.

Alzo la vista, temerosa de que me detenga. Pero él muerde la comisura de su boca, esperando.

—¿Vas a seguir o quieres ayuda?

Le indico que espere y termino yo. Lanzo el vestido a un lado. Solo en sujetador y bragas, de pie frente a Austin Prince.

—¿Apruebas? —pregunto, buscando sus palabras sucias. Quiero escucharlo decir que me desea.

—Apruebo y te doy un diez, nena. Estás buenísima. —Avanza, me rodea la cintura y me aplasta contra él.

Su boca vuelve a devorar la mía mientras me guía hacia atrás, hasta que la curva de mis rodillas choca con la cama.

Pierdo el equilibrio y caigo, arrastrándolo conmigo.

—Tranquila, nena. Te voy a dar toda la atención que mereces —susurra con una sonrisa ladina, su cuerpo cubriéndome por completo.

Me lame la boca y luego me succiona el labio inferior. Una de sus manos baja por mi clavícula y me palpa el pecho sin titubear.

Sí… de verdad no sabe que soy yo. Prince jamás habría imaginado tocarme así.

—Lo sabía… —susurra con la boca rozando la mía.

Ay, Dios. ¿Es ahora cuando lo para todo y se aparta?

—¿E-el qué?

—Que tu pecho tiene el tamaño perfecto para mi mano. —Al decirlo, me aprieta rico esa pequeña elevación de piel. No tengo mucho pecho, pero los sujetadores que uso hacen el apaño.

—Sabes que igual estás apretando solo el relleno, ¿no? —Me muerdo la lengua en cuanto me saboteo. Mierda.

—Tendré que comprobarlo, entonces. —Tira del tejido hacia abajo y mi pecho salta como gritando "independencia". Suelto un gemido corto por el susto. —Nah… nena. Es perfecto —dice, y se

mete el pezón en la boca, rozándolo con los labios húmedos, volviéndome loca.

Mi excitación sube y el coño se me contrae pidiendo contacto. Ondulo la cadera hacia delante y siento su erección. Sonríe contra mi piel, convencido de su talento.

—¿Sabías que te tengo fichada toda la noche? —Deja al descubierto el otro pecho y pasa a atenderlo—. Desde que has llegado, no he podido dejar de mirarte con ese vestido hecho para el pecado.

No sé si tomarlo como confesión o como teatro para seducirme. Dado que mi fecha de caducidad es corta, me quedo con lo primero.

—Vale, Gladiador. Pero mi vestido pecador está en el suelo y tú… —le señalo; ni siquiera se ha quitado la camiseta negra.

—Tienes razón. —Sonríe canalla y se quita la camiseta a la velocidad de la luz; acto seguido, se descalza de un puntapié. Y la vaquera, más rápido que un gogó.

Parpadeo y ya tengo a Austin encima, prácticamente desnudo, solo con una boxer blanca.

Sus labios siguen bajando por mi abdomen. Jadeo cuando sus dedos se enganchan a los lados de mi braga. A medida que desliza el encaje, su boca va besando cada centímetro de piel que aparece.

Entonces se detiene. Abro los ojos y lo encuentro a la altura de mi coño.

Dios mío. El corazón me golpea en el pecho y no sé si mi ansiedad es por ser la primera vez que un hombre me pone la boca entre las piernas… o porque este hombre es el amor de mi vida.

—Toda depiladita… lisita. —Pasa una lamida de abajo arriba. Gimo bajito, sin aire—. Deliciosa.

Y justo aquí recuerdo que estoy terminando la regla. Carajo.

—No, no, no, no… no. —Me echo hacia atrás.

—¿Qué pasa, nena? ¿Qué problema hay?

—Estoy al final del periodo. No puedes poner la boca ahí.

Intento cerrar las piernas, pero Prince se mete entre ellas.

—Acabo de lamer y lo único que he notado es lo rica que estás. Si tu menstruación es así, me apunto al calendario para tocar a tu puerta cada mes el día exacto.

—¿Eh? —Frunzo el ceño, confundida. Primero, porque no le ha importado el posible sangrado. Segundo, porque ha insinuado otro encuentro.

—En serio. No he notado nada y estoy loco por comerte. —Me agarra por detrás de las rodillas y vuelve a colocarse en ese "v" abierto—. Piensa que soy tu vampiro y ábrete para mí, ¿sí? Quiero hacerte gritar mi nombre.

—¿Vas a ser mi vampiro?

—Pero soy Austin Prince, ¿eh, nena? Nada de llamarme Edward, que es el nombre de mi padre, ¿vale? —bromea—. Y soy mucho más guapo que Robert Pattinson.

—Vaya… sí que eres fan de Crepúsculo. —Dudo un segundo —. Te sabes hasta el nombre del actor. —Me trago el "mi hermano ni se lo sabe". Iba a salir y decido tragármelo.

—Para que veas…

Él fue el único de los cuatro que lo vio más de una vez conmigo. Los demás, por curiosidad, una y ya. Pero cuando yo me quedaba en casa tranquila, solo queriendo ver a cierto vampiro, Austin aparecía para hacerme compañía. Y para alimentar un poco más este amor.

—Robert Pattinson no está donde estás tú. —Me humedezco los labios con la punta de la lengua y miro mi ingle con descaro. No sé si era su intención, pero hablar de mi peli favorita me trajo recuerdos; los mismos que me han traído a esta fiesta.

—No, no lo está —concluye, y ahora recorre con besos el interior de mi muslo, del hueco de la rodilla a la ingle. Suelto un gemido ronco, envuelta en sensaciones que me tensan por dentro.

De pronto se queda quieto y mira una zona junto a mi ingle. Pienso si me dejé algún pelito al rasurarme. Bueno… ahí ni suele haber. Me incorporo sobre los codos, y veo que parpadea varias veces.

Tengo una manchita de nacimiento, clarita, que casi nadie conoce. ¿Será por eso? ¿Habrá pensado que era una mancha?

Estoy a punto de apartarme otra vez cuando traza ese dibujo con la punta de la lengua. Luego deja un beso y se va a mis labios mayores. Alterna besos, lamidas y mordisquitos de un lado a otro. Se acomoda mejor y, con índice y pulgar, abre mi carne hasta dejarla bien expuesta.

Gimo en cuanto su lengua se desliza por la hendidura, subiendo y bajando por los labios y dibujando círculos alrededor del clítoris.

—Ah… Austin… qué bien. Sigue —pido, arqueando la cadera y sosteniéndole la cabeza donde quiero.

Lame y pellizca mi clítoris con los labios. Se me escapa un grito involuntario, ahogado.

Sopla tibio, respira sobre mi sexo, aspira despacio y me estremece. Estoy tan mojada que pienso que he empapado las sábanas de quien sea que use este cuarto.

Luego mueve la lengua con maña, tomándome y conquistándome más. Su atención se centra en mi botón hinchado.

Se me come la carne y aumenta la succión. Siento cómo presiona un dedo en mi entrada, lubricando alrededor. Al instante lo empuja dentro, como reconociendo terreno.

—Estás tan apretada, nena. Apretada de la hostia. —Me tenso, temiendo que descubra que soy virgen. No quiero. Ni se le ocurra.

—Es lo que dicen. —Suelto la primera chorrada que se me ocurre. De respuesta, me mete el segundo dedo con menos delicadeza.

—Voy a follarte rico… y dejarte estropeada para todos los demás. —Su sonrisa chula me confirma que he conseguido desviar su foco de mi omisión.

—Hazme correr primero con esa boca, Gladiador. Aún no has ganado esta batalla.

—¿Es un desafío?

Me encojo de hombros.

—Me encantan los desafíos.

La chupada precisa en mi clítoris demuestra exactamente eso. Y otra vez, gracias.

El vaivén coge ritmo y su boca entra en modo aspiradora.

Mi espalda se despega del colchón buscando más, él me sujeta con la mano libre enredada a mi muslo.

El placer crece en oleadas, sube por mis pantorrillas hasta el centro y estalla en chispazos por todas partes. Es más que físico: es saciar una conexión con mi sueño prohibido.

—Austin… ah… —gimo, arrasada por un orgasmo intenso. Las piernas me tiemblan mientras por dentro vibro en espasmos pequeños que alargan el placer.

Le miro: tiene la cara brillando con mi corrida.

—¿Y bien? ¿He ganado la batalla? —pregunta, estirándose de lado para coger los vaqueros del suelo.

¿Se va? ¿Era solo esto?

Me incorporo para verlo mejor.

Entonces le veo el sobre plateado en la mano. Lo rasga con los dientes y baja la boxer. Parpadeo, incrédula: tengo a Austin

Prince en toda su gloria frente a mí. Su polla luce brillante, la cabecita rosada como si la hubiesen pintado con neón.

—Si me sigues mirando así, voy a ponerme aún más creído, nena. —Levanto la vista, recuperando el papel de chica misteriosa.

—Lo dudo… —me burlo—. Pero, admitámoslo… menudo aparato.

—Ah… cómo me gusta oír eso. —Suspira mirando al techo.

—De verdad eres un creído.

—Ahora mismo, que hables así confirma que jamás te has follado a mis colegas. Y sí, eso me inflama el ego por haberte encontrado antes.

—N-no sé si quiero saber el tamaño de la polla de tus amigos —susurro, apartando la mirada.

—Ni yo quiero que lo digas. Entre otras cosas porque… —trepa por mi cuerpo y me tumba de nuevo— quiero que solo hables y veas la mía de los cuatro. Y quién sabe… bueno… —suelta una risita—. Es pronto para pensar en mañana… y ahora quiero enterrarme en ti.

Los ojos se le oscurecen y su boca choca con la mía en un beso intenso y posesivo. Gimo y su lengua busca la mía. Volvemos a bailar una coreo de labios tan perfecta que me parece imposible con otro que no sea él.

Por instinto, abro más las piernas y siento cómo corona mi entrada. Austin mantiene el beso y se abre paso dentro de mí con dificultad. Le oigo gemir, mis músculos estrujándole la circunferencia.

Aparta la boca y me mira a los ojos. El ceño se le frunce y no sé qué piensa. Desesperada, tiro de su nuca para retomar el beso. Baja una mano a mi pecho, lo masajea y pellizca el pezón con una presión deliciosa.

Me penetra sin calma, sin delicadeza, sin cuidado. Todo lo que Austin nunca fue conmigo.

Se hunde hondo, desgarrándome por dentro. Suelto un quejido suplicante con la invasión. Duele, jode cómo duele: quema, me enciende el coño de una forma mala. Joder. Muy mala.

—Apretada y riquísima… —me gruñe al oído—. Voy a dejar tu coño adicto a mi polla, nena.

Sus caderas empiezan a moverse, primero lento, con embestidas largas que recorren todo mi canal. La quemazón me hace gemir alto. No para. Cada sonido que me raspa la garganta es una invitación a otra arremetida.

—Eso es, preciosa, gime para mí…

El ritmo sube. Su boca baja y se mete el pezón que tenía entre los dedos, mamando fuerte.

Mi cuerpo, por fin, se acostumbra al dolor. Entonces otra sensación lo sobrepasa. Miro a Prince, que me observa mientras me chupa el pecho. Increíblemente, me alivia. La respiración se me vuelve corta y cierro los ojos.

—Mírame. Quiero que me mires mientras te estoy follando. Quiero que grabes bien nuestra primera vez.

Jamás la olvidaría. Ni en un millón de años.

Su nombre se me escapa en un gemido cargado de lujuria. No tarda mucho en seguirme tras unas embestidas más, gimiendo con un sonido sensual que me eriza el cuerpo entero aunque ya esté saciada.

Memorizo cada detalle de su cara: la boca entreabierta, el ceño fruncido, el rugido de placer que retumba en la habitación.

Luego, el gladiador se deja caer a mi lado. Nuestras respiraciones entrecortadas, el sudor resbalando por la piel. Poco a poco, el pecho se nos calma, volviendo a un ritmo suave y controlado.

Gira la cara hacia mí, suspira hondo. Y hace lo impensable: me atrae a su pecho, acomodándome como si ese fuera mi lugar.

Cómo me gustaría que lo fuera. Me acurruco, usándole de almohada, y duermo el mejor sueño de todos.

El tiempo pasa sin que me entere. Ya es de mañana. Siento un cuerpo caliente y musculoso bajo mí. Su respiración tranquila hace subir y bajar su pecho, transmitiendo una calma que reconozco.

Apoyo la barbilla sobre una mano y me quedo mirándolo. Dios santo. He perdido la virginidad con Austin Prince. Un sueño que creí que jamás cumpliría.

Suelto un suspiro largo y noto cómo sus párpados empiezan a moverse. Se está despertando. En cuanto me ve, sonríe, y eso me hace sentir ligera, feliz.

—Ey, Emis… —balbucea con voz ronca de sueño. Sus dedos me apartan el pelo de la cara. Me mira con ternura y, por un momento, creo que todo está bien. Respiro aliviada. Dura solo un segundo más. Entonces, una arruga se le clava entre las cejas; la cara se le retuerce en una mezcla de duda y enfado. —¿Emory?

Cierro los ojos. Mi sueño se estrella contra la realidad. Asiento y me empuja a un lado al instante. El vacío sin su cuerpo es frío y áspero.

—¿Qué cojones es esto? ¿Qué haces aquí? —escupe, levantándose y empezando a dar vueltas por la habitación.

—Tú me trajiste —respondo, la voz bajita, pequeñita.

—No, no. Yo traje a… —Se queda quieto, estático una eternidad. Necesito ver el reconocimiento en sus ojos, que recuerde lo que pasó y que… que estuvo conmigo. —Tú… no eras tú. —Niega con la cabeza—. Te parecías, pero…

Gira el cuello de golpe, como si se lo fuera a partir. Le asiento, confirmando que sí… pasamos la noche juntos.

—Estuve aquí anoche, Austin. Fui al baño y… —Él levanta la palma para que me calle. Resoplo por la nariz, irritada.

Me lanza una mirada de reojo sin volver la cara, luego mira al frente. Se encorva, hombros derrotados, y empieza a frotarse la cara.

—¡Puta madre! ¡Puta madre! ¡Puta madre! —Se lleva ambas manos a la cabeza, paseando de un lado a otro, desesperado—. ¡¿Qué mierda he hecho?! —Sus ojos caen sobre mí, parpadeando como si quisiera hacerme desaparecer. Como no es David Copperfield, sigo ahí. —¡Menuda cagada!

—No has cagado nada, Austin. Yo también quise —intento consolarlo, inútil.

—Ay, joder. No hables, Emis. No hables que aún puedo pensar que esto es una pesadilla. —Sus palabras me atraviesan el pecho como cuchillas.

—¿Acostarte conmigo fue tan horrible? —se me quiebra la voz. Sus ojos, por fin, dejan de mirarse el ombligo para mirarme a mí.

—Claro que no fue horrible. Pero… ¿para ti fue una mierda? —duda. Entonces enfoca algo en la sábana, luego se mira la polla—. Ah… no. Por favor… dime que eso no significa lo que estoy pensando.

Está señalando la mancha roja y la sangre en su piel.

—¿Exactamente qué estás pensando? —Tiro de la sábana, tapando lo que queda de nuestra noche. Él vuelve a rezongar, pide despertarse y hasta se pellizca. A cada segundo siento el corazón más pequeño, dolido al verlo tan arrepentido.

—¡Me voy a ir al infierno! ¡Le he quitado la virginidad a la peque! —El apodo de mierda que no había dicho en toda la noche vuelve a sus labios. El estómago se me retuerce al ver cuán ingenua fui—. ¡Joder! ¡Sebastian me va a matar! —Se tira del pelo de la nuca con tanta fuerza que espero verle la cara del Jim Carrey de La máscara cuando se la arranca.

—¿Quién te ha dicho que yo era virgen? —salto, intentando esconder la rabia tras firmeza.

—¿La sangre que hay en mi polla y en la cama? —Su voz sale en un gallito histérico.

—Estoy con la regla, Prince. Te lo dije ayer, y tú dijiste que te daba igual. —Sus ojos vuelven a mí y luego a su miembro. Parpadea un par de veces y suelta un suspiro de alivio.

Ha comprado la mentira demasiado fácil. O la culpa de lo que hicimos le pesa tanto que prefiere creerme antes que enfrentarse a la realidad.

¿En ningún momento se dio cuenta de dónde estaba?

¿Trata así a todas? ¿Con tanto cuidado en cada polvo?

Austin veneró mi cuerpo de una forma tan especial que pensé…

Joder. Qué idiota fui. Él, mi hermano y los otros tienen fama por algo, ¿no?

No tendrían una cola de chicas queriendo su cama por nada. Fui una más.

Quiero llorar. Pero si me ve una lágrima, será aún más vergonzoso.

—Emis, ¿por qué hiciste esto? ¿Por qué me la jugaste, peque?

—¿Que yo te la jugué? —La tristeza cambia de golpe por algo distinto. Un calor que sube, nada agradable.

—Sabías quién era yo. Sabías a quién traías a la habitación —afirma.

—¿Y tú no?

—¡No! Lo recuerdo borroso y lo que tengo claro es que me lié con una tía buenísima. Iba tan borracho que… a partir de ahí, todo es un manchón blanco. —Otro hachazo directo al corazón.

Vuelvo la cara, respiro hondo para controlar lo que me asaetea por dentro. Por primera vez me siento una aprovechada. Basura. Arrastré a mi abismo a alguien que siempre ha sido importante para mí.

Ya debería saberlo… Austin nunca me vería como mujer.

Su cara torcida demuestra que siente que traicionó a su mejor amigo. Peor: que cometió incesto por verme como la hermanita de todos.

—No tiene por qué enterarse nadie —murmuro.

—Yo doy la cara, Emory. Hablaré con Sebastian y le pediré perdón a mi amigo. Solo que…

—¡No! No quiero que digas nada —le corto, más firme—. Por favor… ¿sí?

Noto cómo se le juntan las cejas, pensativo.

—Yo… tú… —Se gira de espaldas, frotándose la nuca con una mano—. ¿Fui bruto contigo? —Su preocupación me pilla totalmente desprevenida. Tardo unos segundos en contestar—. ¿Te hice daño, Emis?

—No… —Niego con la cabeza. No necesita saber que dolió. Todo el mundo dice que duele la primera vez, ¿no?—. Pero sí me harás daño si se lo cuentas a Sebastian. Prométeme, Austin. Promete que nunca lo dirás. Haz de cuenta que todo esto no fue más que una paranoia post-borrachera.

Un minuto después, suelta un suspiro pesado. Luego se agacha para recoger los vaqueros del suelo, junto a sus pies.

El silencio en la habitación solo deja oír mi corazón aporreando como un tambor de pura incertidumbre.

Se enfunda la camiseta negra ajustada de antes y coge los coturnos al lado de la cama.

Cuando vuelve a mirarme, entiendo que he ido demasiado lejos. He abierto una grieta enorme entre los dos. Nada volverá a ser

como antes.

Pero al menos podría proteger su amistad con mi hermano. Sebastian no merece perder a un amigo. Y Austin tampoco. Y con la reacción que tuvo, sé de sobra que mi hermano explotaría igual.

Antes de que se aparte de la cama, aprovecho para agarrarle del brazo. Su mirada es una mezcla amarga de vergüenza y decepción.

—Por favor, Austin… solo olvídalo. —Él fija la vista en mis dedos rodeándole. Luego, con delicadeza, va quitando uno por uno, apartando mi mano de su piel en un gesto silencioso que lo dice todo: aléjate.

Cierra los ojos, su pecho sube y baja lentamente y, al final, toma la decisión.

—No voy a contarlo. Y esto… —Señala de él a mí—. No volverá a pasar nunca.

Asiento en silencio, cerrando los ojos, rezando para que salga ya de la habitación.

Contengo la respiración para no derrumbarme.

Un minuto después, noto cómo se aleja despacio. La grieta en mi pecho se abre aún más, destrozando mi corazón en mil pedazos.

Sus pasos se pierden. Un minuto más y escucho el clic de la puerta al cerrarse tras él.

Es entonces cuando dejo escapar la primera lágrima.



Presente

—¡Fiesta de la Victoria en la Alpha, joder! —mi grito retumbó en el vestuario y la respuesta fue inmediata: gritos, golpes contra las taquillas, sticks aporreando el suelo y hasta una botella de agua volando por los aires.

El vestuario se volvió un puto pandemónium.

Solté un suspiro, todavía con la adrenalina corriendo por las venas. Hostia puta, qué partido. Minnesota Duluth no nos lo puso nada fácil, tuvimos que dejarnos la piel hasta el último segundo para asegurar la victoria. Pero ya estaba hecho.

Mason giraba la camiseta en el aire como un loco, imitando a un torero. Theo y Zack se partían de risa con la idiotez como dos hienas mientras se quitaban el equipo. Cada vez que los miro, siempre están juntos.

¿Será que esos tres se montaron un trío fijo?

Nah… Mason sale con Logan, el de patinaje artístico.

Podría… así el cabrón de Rodríguez dejaría de mirar a mi Emis. Grito en mi cabeza: "¡Cállate, Prince!". Ella no es mía. Nunca lo será.

—Bien lo dijiste, ¿eh? —Sebs cogió la toalla, la echó al hombro, sin camiseta, como si acabara de salir de un anuncio de desodorante masculino.

—No había fallo, Caps. En casa dominamos siempre —contesté, tirando el equipo dentro de la taquilla. Estaba como vine al mundo, salvo por la toalla atada a la cintura. Si existiera un campeonato de desnudarse rápido, yo lo ganaba de calle.

Ahora tocaba fiesta.

—Necesito una ducha caliente y una cerveza fría. En ese orden —Jordan pasó de largo, rumbo a las duchas.

—Yo me apunto a la ducha, pero voy a probar el cóctel de Kyle —dijo Sebastian, y después se fue a pillar un rincón para ducharse.

—Eso es, Caps. Hay que apoyar al grandullón —añadí, animando a cualquiera que pusiera de su parte para que nuestras fiestas fueran legendarias. Incluido el defensa de hombros anchos del grupo.

—¿Ya elegiste nombre o vas a dejar que lo ponga tu novia? —Jordan lo picó, convencido de que rechazaría el título de la patinadora.

—Mi novia me dejó elegir a mí. —Lo soltó con tanto orgullo que hasta daba envidia. Bueno, se me pasó rápido.

Nos quedamos mirándole, esperando. Nada.

—Tío, no vas a tirar el maíz y no ver cómo el pollo picotea, ¿no? ¿Cómo se llama tu bebida? —pregunté, usando la mejor referencia del mundo. Al fin y al cabo, nuestra mascota es un pollo, y él cumple de sobra.

—Demonio de traje.

Nos quedamos en silencio, procesando el puto nombre.

—¿Hay algún motivo en concreto? Más que nada para saber si no me voy a topar con Satán en persona esta noche —Sebs

preguntó, en plan burlón.

—La mezcla se puso negra porque quise echarle coca-cola. Luego añadimos un toque de whisky y Winter dijo que el whisky le recordaba a los mafiosos de traje. Así que…

En ese momento, el no-trío se adueñó de tres duchas justo detrás de nosotros.

—Eh, Caps —lo llamó Zack, riéndose de algo—. ¿Sabías que Theo le mandó un mensaje a tu hermana invitándola a la fiesta?

—¡Cállate, Zack! —Theo protestó, y me vi reflejado en el idiota. Vive en su mundo aparte, ni se inmuta, sigue sonriendo mientras se ducha.

Nuestro capitán se transformó al instante, la sonrisa de antes se borró y le quedó cara de mala hostia.

—¿Y por qué coño piensas que quiero saberlo? —Sebastian cortó al graciosillo—. Y tú, Rodríguez… Emis es mi hermana. Si hay fiesta en casa, ella va a estar.

—Eso le dije. Pero está tan pillado que, cuando se dio cuenta, ya lo había enviado —añadió Zack, el risitas que pronto estaría muerto.

—De todas formas, me parecía justo que supiera que quería que viniera. Independientemente de que sea o no tu hermana, Caps —Theo argumentó, tranquilo.

Sebastian lo estudió con cuidado, luego dirigió la mirada hacia mí, Kyle y Jordan. La verdad, el tipo parecía la versión del buen chico. Así que, lamentablemente, nos encogimos de hombros. Y nuestro capitán siguió con la ducha sin lanzarse al cuello de Rodríguez. Como dije antes: lamentablemente.



Algum tempo depois…

El olor a alcohol y sudor llenaba la casa de la Alpha. La música estaba tan alta que hacía vibrar las ventanas, y el lugar estaba petado de gente animada, bailando, riendo, metiéndose mano en cada rincón posible. La fiesta perfecta.

Me apoyé en la barra improvisada de la cocina, donde Kyle y Brooke se lo pasaban como si fueran bartenders profesionales. Kyle estaba girando una botella de vodka con una habilidad bastante dudosa mientras Brooke reía y aplaudía.

—¡Eso es, grandullón! ¡Esta vez casi no lo tiras todo!

—Casi no es del todo, así que cuenta como éxito —replicó él, llenando un vaso con un líquido oscuro que sabía que iba a joderle la vida a alguien antes de terminar la noche.

Sebastian y Winter estaban cerca, abrazados como una pareja de anuncio de chocolate caliente. Resultaba gracioso ver al cabrón que yo conocía —el mismo que me había amenazado con un stick de hockey más de una vez— completamente domesticado.

—Eh, Caps, ¿qué tal se siente salir con alguien que te prepara copas y encima te gana en el hielo? —lo provoqué, pillando un vaso cualquiera de la barra.

Winter me lanzó una mirada asesina, pero Sebastian solo rió, inclinándose para susurrarle algo al oído antes de robarle un sorbo de su copa.

—La parte de la bebida compensa la humillación —admitió.

—¿Solo la parte de la bebida? Buen dato. —Winter guiñó un ojo, y él hundió la cara en su cuello, murmurando algo que definitivamente no quería saber. No cuando una punzada de envidia me atravesaba al ver a las dos parejas.

La sensación de querer encontrar a tu persona era como un puntito lejano a kilómetros. Ahora, sentirla cerca y tener que

apartarte era jodidamente difícil. Y más aún cuando la tentación estaba justo ahí… otra vez.

—¡Eh, tío! —Jordan apareció a mi lado—. ¿Quieres dar una vuelta o prefieres palmarla probando los brebajes de Kyle? —me ofreció la salida.

—Vamos a dar una vuelta.

La pista de baile estaba a reventar y, entre caras conocidas, vi a Sidney. Estaba apoyada en una mesa, riéndose de algo que le había dicho una amiga, con un vaso en la mano lleno de algún cóctel fosforito que claramente no existía dos minutos antes cuando pasé por el bar.

Podría haber ido hacia ella. Sidney y yo ya habíamos tenido nuestros momentos, y seguía estando igual de buena que antes. Habría sido fácil.

Pero entonces la vi a ella.

Vi a Emory.

Y mi cerebro petó.

Estaba al otro lado del salón, hablando con Theo. Y riéndose.

Y tocándole el brazo.

Y él se lo estaba devolviendo.

El gruñido que salió de mi garganta fue bajo pero intenso. Cerré el puño alrededor del vaso. Me estaba costando la hostia controlar la furia que me ardía en el pecho de forma enfermiza. ¿Qué coño me pasaba?

Siempre me mentía diciendo que echaba a cualquier gilipollas que se acercara a ella porque era nuestra obligación proteger a la peque. Pero en realidad lo que tenía era un calentón reprimido por ella. Leer su diario y descubrir su crush por mí hizo que siempre la mirara de otra manera.

Y joder, lo duro que fue aguantar a esa chica creciendo y lanzándose contra mí. Cada vez era una batalla en la arena. Sí, yo era un puto gladiador.

Estaba tan distinta y tan igual a la vez. Llevaba un vestido verde oscuro, corto pero con vuelo. El pelo recogido en un moño flojo, con mechones cayendo alrededor de su cara delicada. Sus labios brillaban mientras hablaba con él.

Y su risa dulce destacaba de una forma antinatural, llegando hasta mis oídos pese a la música atronadora.

Apreté aún más el vaso. La bebida ahora sabía a nada. Y la fiesta, de repente, era una mierda.

—Tío, sé que le tienes cariño especial a Emis. Pero me estás acojonando. Te has encarnado en Sebastian de golpe —comentó Jordan, haciéndome apartar la vista y perder el foco.

Parpadeé varias veces, volviéndome hacia mi colega. Le agradecí que mantuviera la cosa en modo fraternal y no llevara el pensamiento por otro camino.

—¡Chicos! ¿Todo bien? —Sidney, la rubia buenorra, vino a mi rescate—. ¿Qué os parece jugar con nosotras?

La miré a ella y a sus dos amigas, igual de buenas. Luego miré a mi amigo, la pregunta implícita en mi cara.

—No a eso, bobo. —Y me cayó un cubo de agua fría encima —. Aunque podría acabar así… no sé.

—¿Y de qué va el juego? —Jordan preguntó, bebiendo de su cerveza.

—Lo de siempre… verdad o reto —respondió Cameron, la otra amiga, que era jodidamente sexy. La morena llamaba la atención sin esfuerzo, y vestida con un short de cuero negro y una blusa ancha que le dejaba un hombro al aire, partía corazones.

Como Cam era una Kappa igual que Sidney, supuse que la tercera chica a su lado también lo sería. Esta última, más bajita y con el pelo castaño ondulado, parecía incómoda en su propia piel.

Su belleza no pasó desapercibida para mi colega, que la escaneó de arriba abajo.

Ella alza la mirada hacia él con un ceño fruncido, recriminándole que la desee. Pero seamos sinceros: al ponerse una minifalda vaquera, y con esas piernas, era como lanzar carne a los tiburones.

Jordan, por su parte, suelta una risa corta hacia un lado, burlándose del comportamiento de la fierecilla.

—Zack dijo que se apunta, y voy a preguntar también a Theo. —añade Sidney sobre el otro jugador—. ¿Dónde está? —Estira el cuello buscándolo y lo encuentra.

—Está ahí con Emis. Vamos a llamarla. A lo mejor también juega. Cuantos más, mejor —Cameron y Sidney caminan hacia ellos. La morena tira de la bajita de la mano para que las acompañe.

Es hasta tierno ver cómo se cuidan entre ellas.

Querían tener más gente en el juego. Pero, independientemente de su intención, yo respiro más tranquilo sabiendo que la charla íntima del parejita llegaría a su fin en breve.

—¿Has visto antes a esa pequeñaja? —Jordan ladea la cabeza hacia mí y me susurra al oído.

—No me suena. Debe de ser una de las novatas. —Me encojo de hombros, y él pone cara de indiferencia, aunque mantiene los ojos clavados en el culo de la chica—. ¿Te mola?

—No está nada mal… —Bebe un trago de su cerveza.

Enseguida vemos a Theo y Emory asentir y empezar a seguir a la patinadora, que regresa a nuestro punto de reunión. Unos minutos después, Logan y Mason se unen al grupo.

—Bueno, entonces creo que ya podemos buscar un sitio para esto —sugiero, echando un vistazo alrededor. Mejor movernos rápido, antes de que a Sidney se le ocurra invitar a toda la fiesta.

La planta principal de la fraternidad es un caos, lo que significa que necesitamos un lugar más tranquilo si queremos tomarnos en serio esta partida.

—¿El sótano de la Alpha? —propone Logan, como si conociera el sitio. Intercambia una mirada rápida con Mason, su novio—. Hay sofás, cojines y, lo más importante, privacidad.

Mason asiente.

—Allí podemos acomodarnos todos sin que ningún idiota tropiece con la botella.

—O vomite encima de ella —murmura Jordan, frunciendo la nariz.

La idea se aprueba al instante y, en cuestión de segundos, todos bajamos al sótano. El lugar tiene un aire más íntimo, con luz tenue, sillones y una moqueta oscura que ya ha visto días mejores.

Nada más llegar, cada uno se acomoda: Jordan y Sidney se tiran en el sofá, mientras Emory y Theo cogen algunos cojines y se sientan en el suelo. Logan y Mason se colocan cerca de ellos, cuchicheando entre sí.

Las otras chicas ocupan el espacio libre entre ellos, también sobre cojines. Zack se acomoda al lado de Theo. Yo agarro una mesita baja y la pongo en el centro del círculo para girar la botella. Luego me siento con las piernas cruzadas en la única butaca, sintiendo cómo la tensión del juego empieza a cargarse en el ambiente.

—Vale, reglas básicas —empieza Sidney, dando palmas para llamar la atención—. Nada de retos idiotas que puedan matar a alguien, pero tampoco se vale flojear.

—¿Y qué define un reto idiota? —pregunta Theo, arqueando una ceja.

—Puedes probar los límites y descubrirlo —retruca Sidney, con una sonrisa traviesa.

—Solo que no se vale mandar a nadie a correr desnudo por ahí —advierte Logan, señalándola con un dedo, como si ya supiera que eso es justo lo que haría.

—Ah… —pone morritos.

—Estamos intentando conservar un poco de dignidad —añade Jordan, bebiendo de su cerveza.

—Hablando de dignidad, girad de una vez esa botella antes de que me arrepienta —gruñe Emory, colocando su botella vacía sobre la mesa en el centro del círculo.

Logan es el primero en girar, y la botella se desliza sobre la superficie de madera durante unos segundos antes de apuntar directamente a Sidney, con la pregunta a cargo de Mason. Él da un trago a su bebida, relamiéndose los labios como si se estuviera preparando para arrancar.

—Vaya, vaya, te toca empezar. Si lo hubieras sabido, habrías votado para que lo de quedarse en bolas siguiera en la lista.

—¿Y por qué, Mason? ¿Acaso te mueres de ganas de verme desnuda? —Logan gira el cuello bruscamente hacia él. Sabía que había pique ahí, sobre todo porque el patinador artístico tuvo la brillante idea de salir con Sidney solo para darle celos a Mason.

—No sé, rubia… Logan dijo que estabas buena. ¿Quién sabe? —responde, malicioso. Y Logan casi se atraganta con la tos. Bueno… eso no me lo esperaba.

—¿Eso es una invitación?

—¿Tal vez? —replica Mason, y Logan aprieta su muslo, en una súplica silenciosa. No estaba claro si para que parara o para todo lo contrario—. Pero venga ya: ¿Verdad o Reto?

Sidney se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice, pensativa.

—Verdad.

—¿Es verdad que te has liado con todos los patinadores de tu equipo?

La rubia suelta una risita floja, girando el rostro a un lado, haciéndose la interesante.

—Solo me falta el novato que entró este año. Pero si contamos a los de la temporada pasada… sí, es verdad. —Mason le lanza una mirada de reojo a Logan, y me quedo confundido sobre qué coño pretendía demostrarle a su novio. Tal vez que la chica no era tan especial, después de todo.

—Vale, ahora gira esa botella, Sid. ¿O vamos a quedarnos aquí viendo cómo organizáis vuestro trío? —le recuerda Jordan, señalando el centro.

Ella no se inmuta y se ríe fuerte, girando la botella con ganas. Esta vez, el cuello apunta hacia Zack y la base hacia la bajita, Maddie. Supongo que es diminutivo de Madison. Eso logré distinguir cuando las escuché hablar al bajar al sótano.

La chica tímida, con aire inocente y un cuerpo que, claramente, le gustaba un huevo a mi amigo Jordan, mira de reojo al suplente de nuestro capitán.

—Venga, va, gatita. Haz la pregunta de los millones —la provoca Zack.

—¿Verdad o reto, jugador?

—Reto. Esta noche me apunto a todo.

La carita delicada de la chica se transforma en algo mucho menos ingenuo cuando esboza una sonrisa ladeada.

—Genial. Entonces te reto a que mandes un mensaje de voz a la última persona con la que hablaste diciéndole: "He pensado mucho y he llegado a la conclusión de que eres el amor de mi vida". Sin contexto.

Me retracto de todo lo que dije sobre timidez e ingenuidad. Esa chavala es mala.

La ronda estalla en carcajadas. Las chicas comentan con coñas cariñosas lo destrozado que va a quedar Zack. Veo a Jordan levantar el vaso en dirección a Maddie, aprobando el reto también.

Ella aparta la mirada y niega con la cabeza. Sí… creo que la bajita ha llamado la atención de uno de los gladiadores. Si la conociera bien, no se comportaría tan desdeñosa con él. Jordan adora un reto, y esto podría ser sólo el inicio en el sótano, con consecuencias que se alargarían mucho más.

Escucho a Zack refunfuñar mientras saca el móvil del bolsillo, arrepintiéndose de su elección.

—Ok, pero si es a mi madre, vais a sentiros como una mierda.

Desbloquea la pantalla y, en ese instante, su cara cambia al ver quién fue la última persona con la que habló.

—¿Y bien? ¿Quién es? —aprieta Theo, curioso.

Su colega suelta un suspiro dramático y gira la pantalla para que todos vean el nombre.

—Chloé.

El grupo reacciona entre sorpresa y cachondeo.

¿Chloé Edwards?

—Tío, ¿pero por qué cojones estabas mandando mensajes a la ex del Caps? —pregunta Theo.

—Ella no fue ex de mi hermano. Sebs nunca salió con nadie antes de Winter —contesta Emory a la defensiva.

—¿No? Juraba que sí…

—Sebastian nunca asumió una relación antes de Gelito, tío —apoya Jordan—. Pero… ¿te mola la reina avispa, Zack? —dice con una sonrisa maliciosa.

—Esa tía está loca, ok? Solo estoy currando con ella. Nada más. ¿Si salí con ella? Sí. Es buena. Pero en la tercera vez empezó a decidir mi vida como una bruja.

—Total Chloe —comenta Sidney—. Te la has jugado, jugador. Querías el reto y ahora lo pagas.

—¡Esto ha quedado mejor de lo que esperaba! —se burla Mason, riéndose.

—Venga ya, no te enrolles —empuja Logan.

Zack respira hondo, pulsa grabar y, con la voz más convincente que puede, suelta:

—He pensado mucho y he llegado a la conclusión de que eres el amor de mi vida.

Suelta el botón, envía el audio y suena como si le hubieran dado un golpe. Todos estallan en risas. Zack solo niega con la cabeza, consciente de que su vida se va a convertir en un puto infierno.

—Si desaparezco mañana, ya sabéis por qué.

La diabla de Maddie sonríe, encantada con el caos que ha iniciado.

—Me toca girar —coge la botella Zack, intentando recuperar el turno. Pero la noche de las brujas le sigue en contra: la botella apunta hacia él con la base hacia Emory.

Sus ojos brillan con esa chispa repentina que veía cuando quería volverme loco con sus avances. Batalla. Arena. Escudo. Me coloco en mi postura defensiva, siendo el gladiador que soy.

Le lanzo una sonrisa burlona y hago un gesto de "ven".

—¿Verdad o reto, Austin? —pregunta ella, cruzando los brazos y sonriendo con malicia.

—Verdad.

Ella entrecierra los ojos, buscando cómo ponerme contra las cuerdas.

—¿Has estado con alguna chica de la Kappa y nunca lo contaste?

Joder, Emis.

¿En serio? ¿Me está preguntando justamente eso? ¿Quiere airear nuestro secretito?

La sala se queda en silencio un segundo antes de que Jordan suelte una risa contenida. Zack y Theo se miran entre sospechas, y las chicas sonríen ancho.

Respiro hondo y, con parsimonia, contesto:

—¿Quieres la lista por orden alfabético o cronológico?

Por una fracción de segundo su cara se apaga; luego parpadea y recupera el sentido.

—No se puede esperar menos de un Gladiador del Hielo, ¿no? —dice ella—. ¿Qué esperabas de esos jugadores de hockey?

—¡Oye! Yo soy un Wolverine, no tengo la fama de los Gladiadores del Hielo, cariño. Conmigo puedes estar tranquila —metió broma Theo, el pardillo.

—No tenéis ni idea de lo que os perdéis… —añadió Jordan—. Las Kappas son lo mejor. —Y vuelve a mirar a su "futuro proyecto extracurricular".

—Bueno, me toca a mí girar —digo, dándole un impulso a la botella un poco más fuerte de lo normal.

El juego continúa: verdades que ya sabíamos, retos típicos con chupitos de tequila, y cada toque de Theo a Emory hace que la tensión en mi pecho suba.

Pero lo peor está por venir.

—Te reto a que beses a un jugador de hockey en la boca —lanza Cameron cuando Emis elige reto.

Se me seca la boca en el acto.

Estaba bebida. Normalmente Emory no se emborracha; la he visto apenas unas cuantas veces así, y siempre ha sido una lucha no caer en la tentación.

Ahora hay un montón de gente alrededor. Y ella tiene a un tío baboseando su cuello.

Siento la mandíbula bloquear cuando sus ojos se cruzan con los míos. Me quedo sin aire. Me llegan pensamientos confusos:

Si ella me elige, ¿aceptaré el beso?

Si ella me besa y Sebs se entera…

La idea me golpea como una patada en el estómago. Es solo un juego tonto. "Verdad o reto" ha provocado ya muchas gilipolleces antes y nadie lo ha llevado a lo personal.

Pero esto es distinto.

¿Besaría a la hermana de mi mejor amigo en un juego y con eso rompería los juramentos de lealtad que nos hicimos de críos?

La pregunta flota hasta que sus labios se curvan de una manera maldita y sus manos sujetan la nuca de un jugador de hockey.

Un jugador que no soy yo.

Theo.

Si esperaba aquello, no lo muestra; se queda congelado al principio.

Pero Emory no duda. Se inclina y se deja caer sobre él. Desde donde estoy, juraría que se está comiendo la boca del ala derecha del equipo.

Joder… eso sería demasiado bonito para ser cierto.

Es un beso de verdad. ¿Está metiéndole la lengua? Mi vista se nubla un instante y el calor me sube por el cuello como una explosión.

—¡Hostia, qué beso! —suelta Zack rompiendo el silencio y arrancando risas.

Theo parece salir del shock porque al siguiente segundo la sube en el regazo y la sostiene como si aquello fuera lo más natural

del mundo.

¿Y yo?

Me pongo en pie.

Sin importarme miradas ni cuchicheos. Sin preocuparme por lo que dirán después.

Si me quedo aquí, voy a hacer una mierda.

Probablemente voy a arrancar a Emory del regazo de ese tío. Voy a decir que ese juego de mierda no tiene ni puta gracia. Voy a hacer que todos vean lo obvio: quiero ser yo el que ella elija.

No Theo.

No cualquier otro cabrón de esta fiesta.

Mis manos están hechas puños, los nudillos blancos. El pulso me martillea en las sienes, caliente y asfixiante. Ese puto sentimiento me recuerda lo que no puedo tener.

Quiero ese beso.

Quiero a Emory.

Ver a otra persona llevándose lo que debería ser mío me mata.

Con los dientes apretados y el pecho en llamas, salgo del sótano y atravieso la sala principal de la fraternidad sin mirar atrás.

Porque si miro, si los veo otra vez juntos, pierdo el control del todo.



El sol ni siquiera ha salido del todo y yo ya estoy aquí, de pie, echando cereales azucarados en un bol.

¿Para mí?

Obvio que no.

—Aquí tienes, campeón. Refuerzo matinal para mantener vivo el legado —coloco el bol en la isla de la cocina y observo cómo el Pollo picotea curioso, comprobando si los cereales azucarados son dignos de su paladar.

Inclina la cabeza de un modo sospechoso, como si pensara que era una trampa.

—Tranquilo, colega, hoy sin bromas. Papá está orgulloso de tu rendimiento.

Sí, porque este pollo no es un pollo cualquiera. Es el Pollo. El rey del caos. El fantasma de las madrugadas. El motivo por el que Sebastian Maxwell ya ha tenido ojeras nivel apocalipsis zombi gracias a su llegada inesperada.

Y, por encima de todo, la mascota oficial de la Alpha.

Todavía lo estoy mirando devorar los copos de cereal cuando Kyle entra en la cocina. Levanto la vista y veo al gigantón parado

bajo el arco que separa el comedor del pasillo que lleva al salón principal.

Nuestra fraternidad está en una de esas mansiones antiguas reformadas, así que la cocina y el comedor comparten un espacio abierto sin paredes que dividan.

Él se queda ahí, quieto, mirándome simplemente.

El silencio dura demasiado. Soplo aire por la nariz, sabiendo que me está juzgando.

—Tío… —por fin habla, frunciendo el ceño—. Cada vez que te veo mimando a ese bicho, me entra un miedo de la hostia.

Levanto una ceja, cojo una cucharada del bol que también me preparé y le miro con inocencia.

—¿Miedo de qué? —pregunto, pestañeando con cierto encanto.

Kyle cruza los brazos y suspira.

—Miedo de que ese cabrón haya hecho alguna y tú estés celebrándolo.

¡Bingo! Es lo que quiero gritar, pero me contengo y me encojo de hombros.

—No entiendo el motivo de tanta paranoia —respondo, haciéndome el despreocupado.

Él señala al Pollo, que ahora está atacando su bol como si fuera la última comida de su vida.

—¡La semana pasada casi le diste solomillo!

—Fue un malentendido.

—Austin…

—No sabía que los pollos no comían carne —replico al fin. Porque sí, quería darle la mejor comida.

Suspiro, rindiéndome.

—Vale, fue un regalo por atacar a Mason.

Kyle abre los ojos como platos.

—¿¡Qué?!

Tiro el móvil sobre la isla y le doy al play. El Pollo, en una misión secreta de guerra psicológica, saltando a la cama de nuestro portero y picoteándole la cabeza.

El grito de Mason es la mezcla perfecta de susto y desesperación.

Kyle escupe el café y casi tira la taza.

—¿Cómo cojones tienes eso grabado? ¿No fue un accidente que el Pollo entrara en su cuarto?

—Perdimos el último partido porque ese idiota no supo parar ni una porque estaba mosqueado con su novio, ¿me sigues?

—¿Y decidiste darle un castigo? —Kyle suena horrorizado.

—Prefiero llamarlo un método motivacional.

—Eso es tortura psicológica, enfermo.

—Ganamos ayer, ¿no? —replico, usando el argumento de la victoria.

Kyle me mira como si fuera un caso perdido.

—Necesitas ayuda profesional.

—O quizá… —inclino la cabeza, pensándolo— el mundo necesite más pollos estratégicamente posicionados.

Kyle solo suelta un largo suspiro, como quien ya ha perdido la fe en la humanidad, y va hacia la nevera, claramente ignorando mi existencia.

—Será mejor que montemos de una vez el maldito palo para sacar al Pollo de tu cuarto. Me da que lo estás adiestrando —murmura, abriendo la nevera para preparar el desayuno.

No respondo. Solo pienso en excusas para que mi hijo siga conmigo. Porque se lo merece. Se merece dormir entre los

Gladiadores del Hielo. Estoy pensando hasta en hacerle una de nuestras camisetas.

El Pollo picotea más rápido su bol y yo acaricio su cresta con el dedo.

El cereal es demasiado poco para lo que ha hecho por mí esta mañana. Y estaba deseando escuchar el resultado de su última misión cuando lo dejé invadir de nuevo el cuarto de esos tres.

Theo aún no se había despertado. Ni los otros dos idiotas que compartían cuarto con él. Consecuencias de una buena fiesta en casa. La mayoría no se levanta antes del mediodía.

En fin.

Una hora después, estoy tirado de mala manera en el sofá grande, viendo la tele.

Están dando un partido random de la liga. Sebastian está a mi lado, con los pies en la mesa y una botella de isotónico en la mano. Jordan y Kyle están en su debate eterno sobre cuál de los jugadores parece un extra de película de acción, cada uno en un sillón distinto.

Otros estudiantes están tirados por el suelo, en los puff y hasta en el otro sofá grande. Todos con cara de resaca mortal.

Escucho al Pollo cacarear bajito y le acaricio el pecho plumado. Está subido en el respaldo, justo al lado de mi cabeza, como un general satisfecho con su estrategia.

Luego suelta un bok bajo y se acomoda mejor.

Es un buen momento. Un momento de paz.

O lo era.

Porque de repente, un grito ensordecedor revienta desde arriba.

—¿¡DÓNDE ESTÁ ESE POLLO DE MIERDA!?

El silencio que sigue es total.

Ni necesito mirar a mis amigos para saber que todos me están observando.

—Y aquí vamos… —murmura Kyle, soltando un largo suspiro.

Levanto la vista, escuchando los pasos pesados bajar la escalera.

Y entonces aparece Theo en lo alto.

Su pelo es un desastre.

Pero no del típico post-siesta.

Tiene algo raro. Algo húmedo. Algo que definitivamente no parece una mascarilla capilar… ¿o sí? pienso.

Como si eso no fuera suficiente, sostiene lo que un día fue una camiseta de los Michigan Wolverines, ahora llena de agujeros, rasgones y plumas pegadas.

Miro a mi hijo y quiero decirle "muy bien". Pero me contengo.

—Esto. Es. Una. Declaración. De. Guerra. —Theo baja dos escalones.

Jordan levanta la mano, aguantando la risa.

—Tío… ¿qué ha pasado?

Theo levanta la camiseta destrozada como si fuera un cadáver.

—Ese demonio con plumas ha destrozado mi camiseta favorita y ha cagado EN MI CAMA.

Sebastian arquea una ceja.

—¿Y en tu pelo?

Theo aprieta los dientes. El tío que normalmente tiene la cara más tranquila de todos, haciéndose pasar por el buen chico, parece poseído.

Suelta un gruñido bajo y yo no consigo aguantar la risa.

Pero antes de que Theo tenga tiempo de estrangularme, otro ruido resuena desde arriba.

Zack y Mason aparecen en el pasillo, bajando las escaleras con expresiones igual de furiosas.

—Vale, basta. ¿Dónde está?! —explota Zack, mirando alrededor como si buscara a un sospechoso de asesinato.

Mason está menos cabreado, pero aun así lleva un cojín en la mano, cubierto de plumas sueltas.

"¡Dios mío, hijo!" Me giro hacia el Pollo, terminando el pensamiento. "¿Has hecho el trabajo completo?"

El Pollo ladea la cabeza para verme mejor, y siento como si dijera: Tú lo pediste y sí… quería hacerte sentir orgulloso.

—El cuarto fue atacado —informa, la voz algo cansada—. Otra vez.

Sebastian, que hasta ahora solo observaba cómo crecía la bronca, frunce el ceño por fin. Luego me mira, acusador. Me encojo de hombros. Él sabía cuál era mi motivación. No la real, pero sí la que yo dejaba ver. Y la del Pollo.

Mason lanza el cojín al sofá, que explota en una pequeña nube de plumas.

Jordan sigue aguantando la risa. Kyle desvía la mirada hacia el techo, y los de la Alpha miran la escena como si fuera lo mejor del Comedy Central.

Cruzo los brazos, fingiendo indiferencia.

—Prince, tú eres el culpable de esta mierda —brama Theo, furioso.

—Tío, yo no mando en el Pollo.

—Duerme en tu cama.

—¿Y qué? Eso solo significa que tenemos una relación de padre e hijo.

Jordan parpadea lento.

—Eres consciente de lo raro que suena eso, ¿no? —suelta, y a mí me da igual.

—¡Tú lo montaste! —Theo me señala con el dedo, acusador.

Me llevo la mano al pecho, fingiendo escándalo.

Juro que sería un actorazo.

—¿Yo? ¿Montar algo contra ti? —difícil disimular, porque… colega… tiene mierda de pollo escurriendo por las sienes.

—¡Te estás riendo!

—¿No puedo reírme de la desgracia ajena? —levanto las manos—. Libertad de expresión.

Sebastian se inclina hacia delante, estudiando la situación como un inspector analizando la escena de un crimen.

—Vale, Theo. El Pollo destrozó tu camiseta y la lió en tu cama y en tu pelo. Vuestro piso está justo debajo del nuestro, colega. Si dejas la puerta abierta, el bicho entra. —La sabiduría le viene de serie a nuestro capitán.

Estamos hablando de cómo salvar mi cuello de la guillotina.

—Es cierto, Theo. Además, Austin no tenía ningún motivo para vengarse de ti, colega —argumenta Jordan.

Tío, tengo a los mejores abogados del mundo y ni siquiera están estudiando Derecho.

Sin embargo, Theo hizo algo.

Y el Pollo cobró la deuda.

—¡El problema no es con Austin, es CON EL POLLO! —grita Theo, señalando a la criatura imperturbable, aún subida en el respaldo del sofá.

El Pollo ni se mueve.

El Pollo no muestra arrepentimiento.

El Pollo sabe lo que hizo.

Y yo siento un orgullo brutal por mi niño.

—Todo esto es porque Emory me besó ayer, ¿verdad?

—¿Qué? —Sebastian da unos pasos firmes hacia el infeliz.

Idiota. Se acaba de pegar un tiro en el pie.

—Creo que no… porque el Pollo ni lo vio —respondo, mirando mis uñas como si nada.

—¿Tú besaste a mi hermana dentro de la Alpha, Theodoro?

Nombre completo. Mayday, Mayday, Mayday. El avión de Theodoro Rodrigues está cayendo en picado.

—Ella me besó, Caps. Era un juego de verdad o reto. Cumplió el reto y yo no iba a apartarla.

—¿Y fuiste tú quien la retó? —Sebs gruñe, agarrándole del cuello de la camiseta hecha polvo.

—Claro que no —responde Theo, ofendido de verdad—. Pero me encantó que me eligiera a mí, ya que el reto era besar a un jugador de hockey.

Sebastian aprieta la mandíbula, pero no replica. Entonces Jordan suelta un suspiro escéptico.

—Tío, sabes que te tocó a ti y quitando a Zack de la rueda solo quedábamos Austin y yo para que Emis eligiera, ¿no? —aclara mi amigo, como si él fuera la opción lógica.

Lo era. Pero mi corazón igual se jode.

—¿Cómo que yo no cuento? —Zack parpadea, confuso.

—Porque estabas ahí de adorno. —Jordan se encoge de hombros.

—Ah, genial —resopla Zack—. Gracias por la consideración.

La mirada de Sebastian sigue fija en Theo, y juro que puedo escuchar sus pensamientos: No me gusta nada esto, pero estoy observando.

Theo no retrocede. Pero tampoco desafía.

—Me gusta ella. —Su voz sale firme. Honesta—. Sé que no confías en nadie con Emis, pero… yo no soy cualquiera.

Sebastian entrecierra los ojos, evaluando.

Luego suelta un largo suspiro y se pasa la mano por la cara.

—Vete a ducharte, Rodrigues. Y olvida al Pollo —dicta Sebs.

Theo no discute, solo asiente y sube las escaleras sin mirar atrás.

El ambiente en la sala sigue tenso. Nadie dice nada durante varios segundos, hasta que Zack corta el silencio.

— Pues yo pensaba que le iban a dar una paliza.

— No quiere decir que lo haya olvidado —declara Sebastian, firme, con la mirada de nuevo en la tele. En el fondo sé que ya no está viendo nada.

Jordan por fin se despega del sofá y se cruza los hombros.

— ¿Quieres que vaya a buscarlo? Darle un susto básico.

Sebastian duda.

Y veo la pelea interna en él.

Porque una cosa es querer, y otra…

Si ha aceptado que Theo ande rondando a su hermana, tiene que mantener el control.

— Déjalo. Si hace alguna mierda, entonces sí, le damos más que un susto.

El ambiente empieza a volver a la normalidad.

Pero no para mí.

Porque sigo aquí, intentando controlar la puta molestia que me carcome.

Para empeorar, mi hijo emplumado, que había estado callado todo el rato, decide manifestarse: salta del respaldo del sofá y

aterriza en mi regazo. Me mira como si supiera algo y quisiera consolarme.

— Sigo pensando que ese bicho hace lo que le dices, Prince —comenta Zack.

Sebastian solo me echa una mirada perezosa.

— Olvídalo, Zack. Lo mejor que haces es eso. Si te molesta te compro otra almohada.

— Gracias, Caps.

Zack suelta un suspiro y se deja caer contra el respaldo del sofá, agotado por todo lo que pasó hoy. Mason, que había estado callado, se pasa la mano por la cara y murmura algo sobre «no aguantar más compartir cuarto con un objetivo de ataque», y sube las escaleras.

— Estás demasiado callado, Austin. Eso preocupa —observa Kyle, trayéndome de vuelta al grupo.

— Cansado por lo de ayer y por el lío con mi hijo —contesto, evitando mirar a los ojos a mis amigos porque el pecho me pesa todavía.

¿Y el Pollo?

El Pollo se acomoda en mi regazo y suelta un «bok» cargado de juicio.

Porque lo sabe.

Y, joder…

Si no ando con ojo, pronto todo el mundo lo va a saber también.



El pasillo del edificio de Bellas Artes está concurrido, pero sigo sin prestar demasiada atención a la gente alrededor. Mis pensamientos están atrapados en algo mucho más urgente. Y, honestamente, mucho más interesante.

El beso.

El beso que le di a Theo.

No es que fuera gran cosa. Solo fue un juego, una respuesta inmadura a una provocación idiota. Pero ahora eso no me sale de la cabeza, y no por la razón adecuada.

Si lo hubiese planeado, no habría salido tan perfecto. Sinceramente, mi decisión de aceptar ese reto hizo que las cosas entre Theo Rodrigues y yo sonaran un poco más reales. Él está siendo mi muleta para mantener la distancia con otro jugador de hockey. Al menos para controlar mis sentimientos.

—¿Lo quieres en orden alfabético o cronológico?—

La respuesta estúpida y la voz burlona de Prince se quedaron en bucle hasta que la botella volvió a girar hacia mí. Cuando Cameron soltó esa sonrisita ladeada, noté que mi nueva amiga quería ayudarme.

Ayudó. No de la forma que pensó. Pero ayudó. Con ese beso le dejé claro a Prince lo mucho que me la suda su lista kilométrica de Marías Patines.

Porque era exactamente eso lo que sentía: pura indiferencia.

Mierda.

¿A quién quiero engañar?

El pecho me dolía, apretado, lidiando con unos celos que no debería tener.

Y sentí una inmensa satisfacción con el beso. Y no tenía nada que ver con Theo. Pero Austin…

Salió del sótano como un búfalo desbocado.

Jordan salió justo detrás de su amigo y la ronda se rompió. Volvimos a la fiesta con nuestros ánimos raros. Theo se permitió quedarse abrazado a mí y nos besamos un poco más.

Besa bien, lo juro. Y su manera de agarrar no decepciona. Pero… no estaba en el ánimo. Me fui antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirme.

Aquel fue nuestro primer beso, y usé al chico sin preocuparme por las consecuencias.

La tarde que fuimos a la heladería todo parecía más fácil. La conversación fluyó, pero quedó claro que no era plan de besos. Hablamos de mi hermano, de los Gladiadores del Hielo y, claro, de Austin Prince, porque aparentemente ocupa demasiado espacio en mi vida.

Un empujón repentino me saca de los recuerdos y me devuelve a la realidad. Un grupo de alumnos pasa a toda prisa y casi me arrastran con ellos. Respiro hondo, recordando que mi problema ahora no tiene nada que ver con helados.

Ahora necesito encontrar un ordenador para acceder al informe que me envió el fantasmita antes de clase. ¡Vaya! El apodo ha cuajado.

El tiempo aprieta y la curiosidad me está carcomiendo. Si logro abrirlo y leerlo rápido, igual ni tendría que salir corriendo a mi siguiente clase.

El edificio de Bellas Artes está orientado a la danza, la música y el teatro. Pero hay un laboratorio de informática de uso colectivo. Vamos… también tenemos clases teóricas.

Acelero el paso, recolocando la mochila en el hombro.

Ese problema, sí, merece mi atención. No mi vida amorosa frustrada.

Suspiro sonoramente.

¿Me incluiría si le pidiera esa lista de todas las Kappas con las que se ha llevado?

Esa risa soez que soltó cuando respondió mostró lo que soy para Austin Prince: absolutamente nada.

¿Pero qué quería yo?

Ni siquiera se acordará, con lo borracho que estaba. Y seguro que rezó por no recuperar la memoria. Tropiezo al subir un pequeño escalón, pierdo el equilibrio, pero me mantengo en pie. Oigo risitas bajas de los que disfrutan con la desgracia ajena. Tan típico de Austin. Pero conmigo, nunca se reía.

Se preocupaba. Me tendía la mano. Me confundía.

Mierda.

Él tiene la culpa de que me enamorara.

Doblo la esquina del ancho pasillo y siento un tirón fuerte en el brazo. De repente, me arrastra un neandertal alto de hombros anchos, con una camiseta de los Gladiadores del Hielo. La gorra puesta al revés, con la visera atrás, me impide ver su pelo. A veces cuesta distinguirlos.

Mi raptor abre la puerta del baño de chicas y pasa el cerrojo para que nadie más entre. Entonces, me sorprendo al ver su cara.

—¿Austin?

Sí. ¿Lo invoqué como una puta aparición con la fuerza de mi pensamiento? Lo de la ley de la atracción es real.

Después, no dice nada y empieza a revisar los cubículos del baño, comprobando que estemos sol@s.

Y sí. Lo estábamos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con la voz arrastrada mientras intento soltar mi muñeca de su agarre.

Al fin me mira, y sus ojos, ese tono miel, están completamente oscuros.

Me encojo de hombros por instinto de supervivencia.

—¿Por qué estás así? Yo no hice nada para que estés cabreado conmigo —me quejo, intentando otra vez recuperar mi brazo. Pero él lo tomó como de su propiedad, porque no lo suelta.

—¿No hiciste nada, eh? ¿Nada? —pregunta, su voz en un tono bajo y peligroso, su imagen imponiéndose sobre mí. Retrocedo dos pasos. Austin tiene un talento innato para obligarme a dar marcha atrás.

—¿Hi-hice? —inclino la cabeza hacia un lado, poniéndole mi mejor cara de inocente.

En ese instante siento la piedra de los lavabos en mi espalda. Austin suelta mi brazo, pero hunde las dos manos en mis axilas, levantándome sin el más mínimo esfuerzo.

—¿Qué pretendías cuando preguntaste si me había liado con alguna Kappa a escondidas, eh? —Su rostro está tan cerca que respiro el aroma de su chicle de menta. —¿Querías que contara a todo el mundo que te follé, Emis? —Su voz se vuelve más ronca, y su cara roza la mía hasta llegar a mi oído. No controlo el gemido que se me escapa por el escalofrío que me sube por la espalda, mucho menos el cosquilleo entre mis muslos. —¿Querías que todos supieran que te chupé el coño, escuchándote gemir mi nombre, eh?

Su barba incipiente rozando mi cuello, sumada al recuerdo, aumenta la sensación ahí abajo a un punto de ebullición. Trago

saliva con dificultad, la arteria de mi cuello late desbocada, delatando mi corazón acelerado.

—No sé… —mi voz sale en un susurro tan bajo que ni sé si llega a oírlo.

Entonces estoy convencida de que entré en una dimensión paralela cuando los labios de Prince besan justo debajo de mi oreja.

—¿Él besa mejor que yo, pequeñaja? —Otro beso, ahora con los labios entreabiertos, mojando la piel y soplando después. Gimo, ladeando el cuello en ofrenda. ¡Carajo! —¿O será que olvidaste cómo es mi beso… quieres recordarlo, eh? ¿Quieres recordar lo perfecto que es nuestro beso?

¿Él se acuerda?

¿Recuperó la memoria?

¿O… aquello de que el alcohol le borró todo fue mentira?

—Di-dijiste que no te acordabas…

—Mentí.

No me da tiempo a reaccionar, a procesar, a entender si estoy feliz o furiosa por esa revelación. Simplemente me besa.

Al principio es suave y lento, un reconocimiento cauteloso, como si estuviera mapeando cada detalle, redescubriendo el encaje exacto de nuestras bocas. El calor de sus labios contrasta con el frío en mi piel, y siento una oleada caliente creciendo dentro de mí.

Austin no tiene prisa. Explora, prueba, provoca. Su boca se desliza sobre la mía, la punta de la lengua rozando apenas, pidiendo permiso, sin exigir. Espera, dejándome decidir.

¿Pero cómo no ceder?

Mis dedos se aferran al tejido de su jersey de gladiador, sosteniendo con fuerza, como si eso pudiera impedir que me derrumbara bajo el efecto que él tiene sobre mí. Su sabor me invade, familiar e intoxicante.

¡Dios! Cuánto extrañaba este beso, esa conexión que solo ocurrió con él.

Y entonces, como si sintiera mi rendición, Austin profundiza el beso. Sus labios se mueven con más hambre, con más intensidad, y un sonido se me escapa de la garganta antes de poder contenerlo. Él lo nota. Y sonríe contra mi boca.

El cabrón sonríe.

Mis uñas se clavan un poco en sus hombros, una advertencia muda para que no diga nada.

Le rodeo la cintura, enredo mis piernas y lo atraigo hacia mí. Su erección marca un bulto en sus vaqueros y aprovecho para frotarlo contra mi centro, buscando aliviar la necesidad que me provoca.

—¿Crees que Theo Rodrigues va a saber chuparte así? ¿Va a saber follarte rico como yo?

El ego de millones parpadea como una alarma en mi cabeza, repitiendo la frase que no conseguí tragarme:

¿Lo quieres en orden alfabético o cronológico?

Sabe besar bien y sabe follar bien también porque ya probó un millón de coños, incluidas la mayoría de mis compañeras de hermandad.

No debería importarme. Ni siquiera debería pensarlo. Pero mientras él estuvo con varias chicas, yo solo tuve un novio después de él.

Mi boca se congela, dejo de moverme mientras el pensamiento se forma y el pecho se me aprieta con la realización de lo que realmente está pasando.

Ego.

— Austin Prince solo vino detrás de mí para demostrar que es mejor que Theo.

Me aparto y le empujo el pecho para aumentar la distancia entre nosotros.

— ¿Te acuerdas de aquella noche. Te acordabas de todo lo que pasó. ¿Y solo viniste por mí porque empecé a salir con alguien de tu equipo? —

Austin deja escapar un gruñido bajo y mira al techo un instante.

— A la mañana siguiente, de verdad no me acordaba. Quiero decir, tenía lagunas sueltas aquí y allá. — Señala su cabeza. — Y fui recordando poco a poco. Cada vez que te veía, recordaba un poco más.

— Pero dijiste que te sentías culpable. ¿No te sientes así ahora?

— ¡Joder, Emis! —estalla, da un paso atrás y se encoge con las manos en la nuca.— ¡Claro que siento culpa, joder! Pero no soporto ver a ese Rodrigues con la mano alzada hacia ti.

Lo ves, Emory? Puro ego.

— ¿Y esta escena para qué sirve? —pregunto, indignada.— ¿Para convencerme de que no vuelva a ver a nadie mientras sigas en la uni?

Él me mira, con el cuerpo ladeado en el baño. Austin avanza otra vez y pone las manos en mis muslos.

— Es para convencerte de que te quedes conmigo hasta… — Intenta besarme otra vez, pero giro la cara, sorprendiéndome incluso a mí.

— ¿Hasta que te canses de mí? ¿Hasta que decidas que tu culpa pesa más que las ganas de quedarte conmigo, eh?

Las preguntas saltan de mi boca cargadas de rabia y decepción.

— ¿Qué quieres de mí? —pregunta él.

— Quiero que me correspondan, Austin. Y no tiene por qué ser necesariamente contigo. Quiero que alguien luche por mí y quiera estar a mi lado, aunque su mundo se vuelva del revés.

Me bajo de la pila del lavabo, cojo la mochila que estaba en el suelo y suelto un suspiro largo y cansado antes de mirar a aquel por quien haría todo eso y que ya dejó claro que nunca me tendría de vuelta.

— Esa chica enamorada de ti ya no existe.

— ¿Qué le pasó? —pregunta, la voz algo temblorosa.

— Dejó de esperar a su príncipe azul y decidió vivir la realidad. —Camino hacia la puerta y la abro.— Hazle un favor a los dos y olvida esa noche. Parecías hacerlo bien antes; no te será tan difícil ahora.

Salgo en estampida en misión de meterme en cualquier agujero hasta que mi pecho deje de sangrar.

Voy caminando distraída cuando choco con alguien—y esa persona es tan pequeñita como yo.

— ¿Maddie? —pregunto, extrañada de verla en Bellas Artes. — ¿Qué haces aquí?

— Ah… ¡Hola Emis! ¿Bien? —Se coloca las gafas que le habían bajado hasta la punta de la nariz.— Pensé que lo sabías… estudio música.

— ¿Mmm?

¿La empollona de la hermandad estudia música, en serio?

Ella resopla como si mi reacción fuera lo más predecible del mundo. Supongo que mucha gente pensó lo mismo que yo.

— Me gusta la música. Sé tocar el piano y manejo otros instrumentos. Cuando quieras, doy un concierto privado en casa. — dice, y me sorprende de verdad.

Había oído que alguien tocaba el piano, pero nunca imaginé que fuera Madison.

— ¿Vienes del laboratorio de informática? ¿Está lleno? —señalo la placa de la sala que tenemos por delante.

— No, venía de la sala de práctica acústica. Pero creo que el laboratorio está vacío; a la gente de aquí no le mola pasar horas frente a una pantalla. —me guiña con complicidad.

Tiene sentido. Quien elige danza, música o teatro no parece hecho para pasar horas programando o escribiendo código.

Suelto una risa y asiento.

— Nos vemos luego, Emis —se despide, ajustando la bandolera de la bolsa. Hoy va en su línea: ropa ancha y cabello recogido en un moño despeinado. No parece la chica sexy que Cameron dejó lista para la fiesta.

Quizá por eso todos pensaban que era novata. Básicamente se esconde con esa ropa.

Me encogí de hombros. No es asunto mío. Cada cual tiene sus secretos. Yo lo sé muy bien.

Los secretos son como cadenas invisibles. Al principio crees que las llevas sin problema, pero con el tiempo se enredan, se acumulan, pesan hasta que te ahogan.

Y yo ya estoy agotada.

Harta de fingir que nada me afecta, de enterrar cosas que no deberían permanecer enterradas.

Vivir una mentira tras otra se volvió mi lema: mentí a mamá sobre que papá estaba muerto. Mentí a Sebastian, ocultando lo que pasó entre Austin y yo.

Y me mentí a mí misma, consolándome con que todo iba a estar bien.

Porque no lo estaba.

Y nunca lo estaría.



El viaje hasta la clínica transcurre en silencio. Ese tipo de silencio que me incomoda y me reconforta al mismo tiempo. Incomoda, porque quiero saber qué está pensando Sebastian. Y reconforta, porque no quiero decir lo que estoy pensando yo.

Cada vez que vamos a visitar a nuestro padre, me pregunto qué nos vamos a encontrar. Duele demasiado ver la imagen de papá completamente rota mientras lucha contra sus demonios invisibles. Y duele aún más ver la reacción de mi hermano.

No sé si sufro por él o por mí. Exhalo un suspiro cansado y fijo la vista en el paisaje al lado de la carretera. Una vegetación cerrada, repleta de pinos, que me recuerda muchísimo a la peli de mi vampiro favorito.

Al cabo de un rato, giro el rostro hacia Sebs. Conduce con una mano en el volante y la otra tamborileando sobre su pierna, inquieto. Vamos en un coche discreto que alquiló—un sedán negro, nada llamativo, pero lo bastante cómodo como para no tener que apretujarnos en un cubículo incómodo.

Sé que la elección fue calculada. Incluso ahora, cuando por fin tenemos a Simon de nuestro lado, seguimos obligados a movernos entre sombras. El chico para todo de mi abuelo seguía con

la boca cerrada, sin revelar la evolución del cuadro de papá como siempre hacía.

Nuestro secreto era la seguridad de papá.

Esta vez, mentir no resultó difícil. Winter me ayudó a encubrir la salida.

Cuando salí de la Kappa, solo me guiñó un ojo y dijo que se encargaría de todo. No tuve que inventar excusas ni pensar en explicaciones rebuscadas como con mi madre. No tuve que decir que iba a estudiar a la biblioteca o que tenía un ensayo extra. Simplemente me fui.

Después, Kyle nos llevó en su pick-up hasta una agencia de alquiler.

— Estás muy callada —murmura Sebastian, los ojos fijos en la carretera.

— Estoy pensando.

— Eso nunca es buena señal —bromea, arqueando una ceja.

Suelto un suspiro exagerado.

— Tú también estás callado. No estoy acostumbrada a verte así.

— Estoy concentrado en no perderme.

— Estás usando GPS.

— Mi punto sigue en pie. Todavía puede mandarnos al medio de la nada.

— Y ahí encontraremos a un asesino en serie que nos va a matar, descuartizar y echar a los cerdos, ¿a que sí?

— Puaj… —Sebs hace una mueca entre asco y espanto.— ¿Qué estáis viendo en la Kappa? En esas novelitas turcas no salía nada de eso.

— Esas novelitas me hacen soñar. Las pelis de suspense me dan un baño de realidad.

— Emis… la realidad también puede hacerte soñar. Mírame. —Se lleva la mano al pecho.— ¿En qué momento pensaste que yo iba a encontrar a mi media naranja en el power play; la cuchilla que desliza en mi hielo; la cinta perfecta para mi palo…?

— ¡Ay, para! —lo interrumpo, alzando la palma en el aire.— Me estás poniendo nerviosa con esas comparaciones para decir que Win es tu alma gemela —afirmo, con una sonrisa divertida.

— Es solo para que lo entiendas, Emis. Un día puedes odiar a una persona. Y al siguiente, que sea todo tu mundo.

¿Odiar…?

Yo estoy más bien en el amar a alguien desde siempre y darme cuenta de que ese amor nunca fue ni será correspondido.

Pero mejor guardo mi amargura para mí. Al fin y al cabo… Sebs enamorado es adorable. Verlo sonriendo y feliz fue lo mejor de este viaje hasta ahora.

— Me has dado diabetes con tanta dulzura. Blergh… —Hago una mueca de asco y saco la lengua.

— Algún día lo entenderás…

Sí… lo dudo. Decido cambiar de tema.

— ¿Cómo está Simon? —pregunto sobre el exhombre de confianza de mi abuelo.

— Igual que siempre. Solo que ahora se pone un traje un poco menos intimidante.

— ¿Y de verdad confías en él?

Sebastian exhala fuerte por la nariz.

— No sé si confío, pero sé que tiene motivos para estar de nuestro lado. Gregory le jodió la vida de una manera que ni yo entiendo bien —explica, señalando para entrar a una bifurcación que no es la del GPS.— Dijo que solo estaba del lado equivocado mientras el senador tuviera algo contra él. Un crimen que cometió hace años y que ya prescribió.

— ¿Y crees que puede redimirse?

Él me mira un segundo y se encoge de hombros.

— Richard confirmó su historia. Y hasta ahora papá está bien gracias a su ayuda.

Trago saliva, intentando no pensar en el miedo que siempre me muerde por dentro. Simplemente porque no sé qué nos vamos a encontrar. Sebastian confía en que papá no ha retrocedido. Pero ¿y si sí? ¿Y si nos topamos con ese hombre de mirada perdida, hablando de cosas que no existen?

En ese momento Sebastian carraspea, incómodo. Qué raro… pienso.

— ¿Y Theo?

Ah… ya entendí.

Giro el rostro para mirarlo, frunciendo el ceño.

— ¿Qué pasa con él?

Hace una mueca y sacude la cabeza.

— ¿Vos-vostros estáis…? —Es aún más raro ver a mi hermano tartamudear. Ay no.— No, olvida. No quiero saber.

Respiro aliviada.

— Vamos despacio, Sebs. Tranquilo. —Decido quitarle peso de encima.

— Si mete la pata… quiero saberlo, ¿ok?

— Sí, capitán —respondo, revirando los ojos y cruzando los brazos, aunque una sonrisita se me escapa en la comisura de los labios.

El GPS anuncia que estamos llegando. Mira tú por dónde, Sebastian cogió otro camino y llegamos antes de lo previsto.

Verifico una de las señales con nombres de ciudades y sus distancias, y hago un cálculo mental, concluyendo que en media hora la verdad nos golpearía en la cara. Diera igual si era una peli de

suspense o una novela turca, en ambos casos siempre había un problema por resolver.

Y, como cada vez, el pecho se me aprieta de una forma rara. Una mezcla de ansiedad y miedo.

John Maxwell está bien. Pero sé lo frágil que puede ser. De niña no veía las señales. No entendía esos momentos en que mi padre parecía estar presente y, de repente, ya no estaba allí.

Odio este miedo que me deja las manos frías y sudorosas.

Al poco rato divisamos la clínica, que surge en medio del bosque.

El edificio es grande y está rodeado de árboles altos, con hojas anaranjadas, algunas danzando al viento y otras cubriendo el suelo como una alfombra preciosa.

Sebastian apaga el coche y suelta un suspiro audible. Yo no bajo de inmediato. Me quedo mirando la entrada de cristal, donde varias personas circulan, con batas y ropa cómoda.

— ¿Lista? —pregunta, sin prisa.

No.

Pero asiento con la cabeza igualmente.

Caminamos juntos hasta la entrada, y mis pasos son más lentos de lo que quisiera admitir. La garganta se me cierra, y cada célula de mi cuerpo se prepara para el impacto de verlo.

Y entonces, cuando pasamos la recepción y nos dirigimos al pabellón abierto donde los pacientes suelen tener sus momentos de ocio, me detengo.

Ahí está mi padre.

Sentado en una silla de madera, al lado de uno de los médicos, conversando. Animado.

No está perdido. Ni apático. Ni encerrado en un mundo inaccesible.

Está… esperándonos.

John Maxwell levanta la vista en cuanto nos ve. Su rostro no tiene esa niebla de confusión que tanto temía. Nos reconoce. Me reconoce. Y sonríe.

— Por fin. Ya empezaba a pensar que se habían olvidado.

Suelto una risita temblorosa.

— Nunca —prometo, y papá sonríe.

Después se levanta despacio, como si necesitara asegurarse de que no es una ilusión, de que somos reales.

Intento leer cada detalle de su rostro, pero antes de poder pensar en nada, abre los brazos.

Mis piernas se mueven antes que mi mente, y en el instante siguiente ya estoy envuelta en el abrazo cálido de mi padre.

— Emory —murmura, como si fuera un alivio pronunciar mi nombre.

La tensión me mantiene en un estado de alerta interna, pero sus brazos alrededor de mí son firmes, seguros. Está aquí. De verdad está aquí.

— ¿Estás bien? —mi voz sale más baja de lo que quisiera.

— Ahora sí.

Sebastian permanece cerca, sin interrumpir, pero atento. Cuando nos separamos, es su turno de abrazar a papá. Y al fin habla:

— ¿Cómo pasaste estos tres meses, papá?

Papá suspira y hace un gesto para que nos sentemos en los bancos de madera del pabellón. Me toca el brazo suavemente antes de acomodarse, y yo me acurruco contra él, como si el contacto fuera una forma de llevármelo conmigo.

— He estado bien —responde, y hay firmeza en su voz, una firmeza que no estaba allí hace unos meses.— El Dr. Evans ha sido

un buen apoyo. Y… recibí una visita inesperada.

Sebastian y yo nos miramos. ¿Sería que el abuelo vino aquí?

— ¿No fuimos nosotros? —mi hermano tantea, probando la lucidez de nuestro padre.

— Richard vino —revela, aguardando nuestra reacción.

— ¿Él vino? —Sebs pregunta.

Papá asiente, sus dedos jugando con un mechón de mi pelo porque me sostiene por detrás.

— Por primera vez en años. —Sus ojos se abren, mostrando sorpresa y tristeza.— O al menos, eso creí. Pero me contó que ya venía antes… a escondidas, sin que nadie lo supiera. Sobre todo tu abuelo.

La garganta se me cierra. Richard era el mejor amigo de papá. Deberíamos haber sabido que encontraría la manera de visitarlo. Nunca preguntamos, y por eso él tampoco nos decía. Una táctica para proteger a su amigo.

— Dijo que está tomando medidas para revocar la curatela.

Sebastian suelta una risa seca.

— Voy a disfrutar viendo la cara de Gregory.

— Es incierto… debido a… —Duda, y tanto Sebs como yo entendemos.— A mi condición. —Pero acepté la segunda opción que Richard propuso.

— ¿Cuál? —pregunto, intrigada.

— Que Sebastian sea mi representante legal.

Exhalamos un sonido de comprensión, seguido de sonrisas que no podemos disimular. Richard cerraría el cerco. Y ahora que papá estaba estable, ya no habría excusas para mantenerlo lejos.

Respira hondo antes de seguir:

— Hemos hablado mucho. Creo que sí puedo volver al mundo de los vivos. Y tenemos un as bajo la manga que puede

usarse contra vuestro abuelo.

Sebastian se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en sus muslos.

— ¿Richard te contó que un hacker está descodificando cierto pen drive, papá? —pregunta.

Papá tarda unos segundos en responder:

— Lo dijo. Y también que está deseando acorralar a tu abuelo. —Suelta una risa sin humor.

— Nuestro fantasmita colega me ha estado mandando cosas al correo, ya que Sebs lo cabreó —digo, sintiéndome importante. Papá me pellizca la puntita de la nariz y la sacude, recordándome que siempre seré su niña. Luego suspira.

— No quería involucraros, pero creo que ya es demasiado tarde —comenta, desviando la mirada.— Nunca supe exactamente qué contenía ese pen drive. Tu abuelo me lo dio a ciegas, sin ninguna información. Me lo entregó y pidió que lo escondiera, diciendo que ahí estaba mi sentencia de vida o muerte.

El silencio que sigue es denso, casi palpable.

— Tú sabías que era peligroso, y aun así me lo diste a mí — murmuro bajito.

Él clava los ojos en el suelo, cabizbajo. Arrepentido de su elección en un momento de alucinación.

— Fui imprudente. No sé si puedo fiarme de mis recuerdos de aquella época. Pero recuerdo que me amenazaron en una llamada. Fue entonces cuando decidí analizar más a fondo los balances y encontré una discrepancia en los valores. —Ahora nos mira, con pesar.— Entonces elegí esconder todo lo que pudiera incriminar a tu abuelo y…

Un nudo me estrangula la garganta.

— Papá… —Sus ojos están llenos de lágrimas.

— Perdóname, Arcoíris. Perdona a tu padre. Te quiero tanto, hija. —Sus brazos me rodean.— Nunca quise hacerte daño. Nunca…

— Está bien, papá. Yo estoy bien —lo consuelo, viendo en sus lágrimas la culpa que carga sobre los hombros.

— Hiciste lo que creíste correcto. Y Emis está aquí — interviene Sebastian.

Nos quedamos allí unos minutos, sanando un poco de lo que se rompió y prácticamente se carbonizó en aquel incendio.

Siento el abrazo fuerte de mi padre, el calor de la mano de Sebastian en mi espalda. Por un instante, vuelvo a ser pequeña, la niña que corría a los brazos de papá después de un día malo, que se acurrucaba en él mientras dibujaba arcoíris en el papel.

Pero el tiempo pasó.

Y ahora soy yo quien sostiene su peso, intentando convencerlo de que todo está bien.

Papá suspira, y noto su respiración temblorosa mientras aparta el rostro lo justo para mirarme. Sus ojos, aún húmedos, se deslizan hacia Sebastian.

— Estamos juntos en esto —añade Sebs, y yo asiento, balbuceando un sí.

Al final, terminamos sonriéndonos unos a otros.

La tarde se esfumó volando. Quería contarle a papá todo sobre mi llegada a la Universidad de Míchigan, pero preferí saltarme la parte en la que Theo estaba metido. Y ni hablar de Austin.

Sebs y yo decidimos no dormir en el hotel, sino coger la carretera de vuelta a casa. Eran cuatro horas de viaje y, si mi hermano volvía a trolear al GPS, quién sabe, quizá fueran menos.

En fin. Al salir de la clínica una certeza se encendió en mi corazón:

Mi padre podrá haber pasado años en la oscuridad, pero ahora, por primera vez en mucho tiempo, ha vuelto a la luz.

Y no voy a dejar que se pierda otra vez.
Nunca más.



8 anos de idade

Me encantan los parques de atracciones.

Todo es colorido, huele a palomitas y algodón de azúcar, y parece que el mundo se vuelve más divertido aquí. Mis ojos recorren los juegos a nuestro alrededor y estoy indecisa con tantas opciones. Entonces lo veo, más adelante: el carrusel gigante.

Tiene caballos blancos que parecen tener alas invisibles. ¡Elegido! pienso. ¡Es en este en el que quiero subir! Estoy a punto de decirlo cuando mi hermano señala en otra dirección.

— Quiero ir allí, mamá. —Apunta a un rincón más oscuro del parque.— A la "Cueva del Terror" —dice, con un algodón de azúcar azul más grande que su cabeza.

— ¿Otra vez? ¡Ya has ido mil veces, Sebs! —Pongo los ojos en blanco, pero a él ni le importa.

Mi hermano tiene doce años y se cree el rey del mundo. También tiene la manía de pensar que esas cosas de miedo son guays. Como la dichosa "Cueva del Terror", un juego en el que

entras en un carrito oscuro y te salen monstruos gritando. Yo ya vi gente salir de ahí llorando. ¿Y él todavía lo disfruta?

— Eres muy miedosa, Emis. Apuesto a que si jugaras hockey como yo, no tendrías tanto miedo.

Ya viene otra vez con lo de enseñarme a manejar un stick sobre el hielo. Buf, estoy cansada. A mí me gusta patinar, incluso me arriesgo con algunos saltos que aprendí en ballet. Pero… ¿entre mis zapatillas y los patines? Me quedo con las primeras.

— Si mal no recuerdo, pasaste casi todo el partido castigado en la esquina en vez de jugando.

— Sí, ¿ves por qué el hockey te quita todos los miedos? —Se rasca la nuca y sonríe de lado, todo orgulloso. Venga ya…

— Y también te deja con un ojo morado —lo pincho, cruzándome de brazos.— No, gracias.

Él se ríe y me revuelve el pelo, lo que me enfada más todavía. Pero solo por fuera. Por dentro, pienso que es lo más.

Sebastian es increíble en el hielo y sabe hacer los mejores peinados. En serio… Siempre me ayuda cuando mamá está ocupada y no consigo recoger todos los mechones en lo alto de la cabeza. Una bailarina necesita tener el moño perfecto. Palabras de mi profesora de ballet.

Sigo tirando de papá hacia un lado, mientras Sebs le pide con los ojos que vayamos al otro. Entonces mamá, que siempre parece saber qué hacer, resuelve el dilema.

— Vamos a dividirnos. John, tú vas con Emory al carrusel, y yo llevo a Sebastian a la "Cueva del Terror". Así, cada uno disfruta en lo que le gusta.

Papá asiente con la solución y me agarra la mano con firmeza. Sonrío enseñando todos mis dientes.

Es el mejor padre del mundo. Siempre me hace sentir segura, incluso cuando el mundo es ruidoso o yo me pongo nerviosa.

Me encanta cuando me llama Arcoíris, me calienta el corazón y me siento especial. Yo siempre dibujaba el arco de colores. Me parecía bonito y delicado, y una vez lo vi aparecer en el cielo después de una tormenta. Ese día vi esas franjas como un escenario precioso mientras las nubes bailaban a su alrededor.

Papá me vio correr a dibujarlo. Le expliqué lo que significaba para mí, y entonces dijo: "Eres mi Arcoíris, Emory. Mi tesoro más valioso".

Respiro hondo con el recuerdo que me llena el pecho de ternura.

Caminamos hasta el carrusel y él me ayuda a subir al caballo más bonito, uno con melena dorada que brilla como el sol.

— Papá, ¿crees que este caballo puede volar?

— Claro que sí, Arcoíris. Solo tienes que cerrar los ojos e imaginarlo bien fuerte. ¿A dónde vamos a volar hoy?

— Hmmm… ¡África! ¡Quiero ver leones!

Él se ríe y finge ajustar las riendas del caballo. Cuando el carrusel empieza a girar, siento el viento en la cara y casi creo que estamos volando. Es perfecto. Miro hacia abajo y veo a papá saludándome con una sonrisa tan grande que ilumina todo mi mundo.

Cuando termina la vuelta, me coge en brazos.

— ¿Viste, papá? Viajé sola a África y volví —bromeo, y él suelta una risita.

— Eres mi niña valiente. —Besa mi frente.— Nunca voy a dejar que nada te haga daño. Lo prometo.

Aprieto mi rostro contra su hombro. Es uno de esos momentos en los que sabes que estás a salvo, aunque existan monstruos como los de la "Cueva del Terror". Papá es mi superhéroe, y confío en él más que en nada.

Cuando nos reencontramos con Sebastian y mamá, mi hermano está eufórico.

— ¡No sabéis lo que os perdisteis! ¡Había un monstruo con tres cabezas que casi se comió mi carrito! —dice, exagerando como siempre.

— No me lo creo. Si de verdad quisiera comerte, te habría robado el algodón de azúcar —le respondo, señalando lo poco que le queda en la mano.— Tienes la cara tan agria que te habría escupido.

Mamá se ríe, y él me hace una mueca arrugando la nariz. Bajo del regazo de papá y le cojo la mano.

— Eres pesada, Emis.

— ¡Y tú un tonto! —Le saco la lengua. Luego me vuelvo hacia nuestros padres.— ¿Podemos ir ahora a la noria? ¡El banco es para unas diez personas!

— Como mucho seis, pequeñaja. —Sebs me da un golpecito en la cabeza, usando el apodo idiota que Austin me puso. Aparto su brazo de un manotazo.

— Lo que sea… —respondo, aburrida.— ¿Podemos? ¿Siiiií? —Alargo la "i" para darle más dramatismo a la súplica.

— Id vosotras con mamá, yo me quedo en la cola del perrito caliente. —Él le da un beso a mamá y los tres seguimos hacia la atracción.

Fuimos a casi todos los juegos y vamos a cenar perritos calientes, pienso emocionada. Este ha sido uno de los mejores días de mi vida.



Dois anos depois

dos años después

Mi habitación es mi lugar favorito del mundo. Las paredes son lila y tengo un montón de pegatinas de estrellas en el techo que brillan en la oscuridad. Y mi cama tiene un edredón lleno de corazones, pero más como adorno, porque a veces prefiero dormir con papá y mamá cuando el viento hace demasiado ruido fuera.

Ahora estoy sentada en el suelo, con una de mis muñecas favoritas en la mano. Tiene el pelo rubio y largo, pero la pobre se está quedando calva de tanto ensayo. Estoy intentando hacerle un moño, pero en vez de eso solo consigo arrancarle más mechones. Mierda.

— Vas a quedar monísima, te lo prometo —le digo a la muñeca en voz alta, porque si fuera clienta del salón jamás volvería.

Oigo una tos suave y al levantar la mirada veo a papá en la puerta. Sonríe; el pelo le está despeinado, quizá de tanto pasarse la mano por él. Al menos parece estar aquí conmigo y no tan ausente

como otras veces. Es como si estuviera presente y, a la vez, no del todo.

— Veo que la Barbie va a tener una boda de categoría —bromea, agachándose a mi lado—. ¿Vas a jubilar a Sebastian como mi peluquero personal?

Suelto una risita aunque sé que soy un desastre.

— Más bien la voy a dejar calva; voy a tener que comprarle otra peluca, papá —hago mi mejor cara de suplicar.

Papá coge la muñeca y examina el moño torcido como si fuera un experto.

— Bah, no está tan mal. Igual te contrato para peinar a tu madre.

Se me abren los ojos imaginando a mamá calva.

— ¡Dios, no, papá! ¡El pelo de mamá es precioso! —lanzo en pánico.

Se ríe fuerte y yo me llevo la mano al pecho, sonriendo y respirando aliviada. Uf… era broma.

Entonces saca la mano del bolsillo y saca un pen drive. Sé lo que es porque en el cole los usamos para llevar trabajos a casa.

— Necesito que escondas esto para mí, Arcoíris.

Lo miro, curiosa, sin saber por qué. Él solo me sujeta la mano y me entrega el aparatito diminuto. Después señala una muñeca que está sobre mi cama: esa vieja que no me gusta mucho, pero que no he tirado porque me da pena que desaparezca.

— ¿Puedo? Prometo que no le pasará nada —dice papá sosteniendo la muñeca como un médico, inspeccionando su cuerpecito. Mete el pen drive en la nuca de la muñeca y me mira—. Esto tiene que ser un secreto solo nuestro, Arcoíris. No se lo cuentes a nadie.

Asiento, dándome cuenta de que papá me eligió para guardar un secreto. Parece que también soy su mejor amiga, y no el

tío Richard. Me confía más a mí.

— Igual es buena idea meterlo en el escondite que hicimos para tu diario —susurra.

El escondite fue necesario para proteger mi diario de Sebastian; es demasiado curioso. Papá me ayudó a levantar una tabla suelta del suelo y hacer un hueco falso. Ahora mi diario está a salvo y puedo escribir todo lo que siento por Austin Prince.

Todavía voy a salir con él.

Le conté a papá por qué necesitaba un escondite. Le dije por encima a Sebastian que quizá me gustaba el amigo suyo y ya; mi hermano empezó a interesarse tontamente en leer mis cosas.

Papá se agacha y coloca la muñeca en el hueco del suelo.

— Papá, ¿puedes pedirle a Austin que salga conmigo? — pregunto, con toda la seriedad que merece esa petición.

Se queda pensativo por un segundo, poniéndose serio también. Luego se lleva la mano al mentón como si evaluara la situación.

— Creo que puedo hacerlo, sí. Pero ya sabes que el noviazgo es cosa seria, Emory. Tengo que conocer mejor a ese chico antes de dar el visto bueno. Esto exige años, mi Arcoíris —se apoya en una rodilla junto a mi cama—. Si pasa todas las pruebas, sabré que es digno de ti.

Asiento y cruzo los brazos.

— Vale, pero puedes pedirle ya y decir que solo quedaremos cuando yo sea mayor, ¿sí? Para que sepa que soy con quien se va a casar.

Papá suelta una risita. Uf, igual me pasé.

— Hija… esperemos un poquito más, ¿vale? Cuando seas mayor.

— ¿Por qué? —pregunto.

— Porque primero tienes que conquistarle el corazón, Arcoíris.

Pienso en sus palabras. Austin siempre está más atento conmigo que otros chicos. Creo que ya tengo su corazón y papá solo está ganando tiempo. Pero mi amor no va a querer salir conmigo siendo niña; tendré que esperar a estar más crecidita.

— Está bien —meneo la cabeza aceptándolo por ahora—. Pero cuando sea más mayor y más guapa, ¿le pedirás que salga conmigo?

Asiente con una sonrisa ladeada.

— Trato hecho. Lo apunto en mi agenda. Pero si no pasa los exámenes, lo mando bien lejos.

— Justo —respondo, pensando que si papá lo manda lejos, yo iré detrás.

Me da un beso en la frente y se va del cuarto.

No sé por qué, pero siento que papá no está del todo bien, que el extraño que a veces ocupa su cuerpo ha desordenado su cabeza. El otro día lo vi hablando con la estantería de libros. Cuando le pregunté a mamá, dijo que estaba en una reunión por videollamada y que quizá no vi el móvil apoyado ahí. Tiene sentido.

— ¿Hija? —me llama mi madre desde la planta de abajo.

— Hola, mamá.

— Voy al mercado. ¿Quieres algo?

— Chocolate —respondo de inmediato. Siempre pido chocolate.

— Ya sabes lo que te traeré. —Sí… lo sé. Fruta, como mucho unas uvas muy dulces para sustituir el chocolate. Mamá no entiende que no es lo mismo. Pero siempre mantengo la esperanza. La oigo salir.

Me tumbo en el centro de la cama y dejo que el cansancio del ensayo de hace un rato me venza. La señorita Isabelle se puso

entusiasmada y me hizo saltar como cuatro mil trescientas veces. Cierro los ojos y siento que me vence la siesta de la tarde.

Creo que he dormido poco porque al despertarme mi padre está al lado de la cama, algo agitado.

— Arcoíris, no salgas de la habitación. Vienen, y papá necesita seguir con la limpieza. Quédate aquí pase lo que pase — dice, y sin darme tiempo a responder se va de la habitación. Oigo la puerta cerrarse con llave.

¿Quién viene?

¿Quizá mamá le pidió que ordenara otra vez la oficina?

No importa. En un rato ella vendrá y gritará para que baje a cenar. Decido ordenar también mi cuarto, por si hoy a la señora Maxwell le da por el espíritu de la limpieza.

Un tiempo después, noto un olor extraño. Fuerte. Como a algo quemado. Me arde la nariz y abro los ojos, aturdida. ¡Hay humo entrando en la habitación!

Se me acelera el corazón y corro hacia la puerta, pero está cerrada con llave. Busco en la mesita de noche y saco la llave de repuesto. Nadie sabe que existe; me alegro de tener esa copia. En cuanto salgo del cuarto solo veo una niebla gris.

— ¿Papá? ¿Mamá? —toso un poco, atragantada con el humo.

Sigo por el pasillo, tapándome la nariz con la camiseta que llevo.

¿Dónde está papá?

Es lo único que me preocupa.

Entonces lo veo en su despacho, a través del salón en llamas. No puedo alcanzarlo por las llamas que han ganado el lugar. Está de espaldas, pero hace algo que no entiendo: hay una pila de papeles ardiendo en el suelo y él echa más encima.

La luz del fuego refleja en su cara, pero no parece el papá que conozco. Los ojos se le han abierto de par en par, la expresión vacía. Parece… poseído.

— ¡Papá! —lo llamo y su expresión me aterra.

No responde. Se me aprieta el pecho y un miedo que nunca había sentido me invade. Intento dar un paso hacia él, pero un crujido fuerte me obliga a retroceder: parte del techo cae en llamas, bloqueando el paso.

No sé qué hacer.

Los ojos me arden y el humo se vuelve más denso. Corro de vuelta a mi cuarto, sorteando escombros. Cierro la puerta y voy a la ventana. Intento abrirla, pero está atascada. Regreso a la puerta; no abre, como si algo la obstruyera por fuera. Empujo con todas mis fuerzas, pero no hay manera.

Solo me queda la ventana. Me acerco y doy golpes en el cristal con los puños.

— ¡Ayuda! —grito desesperada.

Veo gente fuera: los empleados de la casa que han logrado salir. Mi padre está entre ellos, mirando el incendio como si no supiera lo que ha hecho. Pero está ahí. Está fuera. Está a salvo.

De repente veo una silueta conocida corriendo hacia la casa. Es Sebastian. Mi hermano.

Me ve y sus ojos se abren como platos. Aun de lejos noto su desesperación. Acelera, esquivando a la gente.

— ¡Quédate lejos! —grito, pero él nunca me ha escuchado bien, y menos ahora.

Sebastian llega a un lateral de la casa y empieza a trepar. Usa los huecos donde mamá pone macetas, sube con la agilidad de un jugador de hockey transformado en acróbata. Sus músculos tensos tiran del cuerpo con una fuerza que yo no sabía que tenía. Parece Spider-Man.

Alcanza la ventana, me mira y, sin pensarlo, golpea el cristal con todas sus fuerzas. Un estallido agudo llena la habitación; el vidrio se hace añicos. Mete la mano entre los trozos y empuja hasta abrir la ventana atascada.

— ¡Ven! —grita, la voz firme aunque suene asustada.

Tiemblo, pero corro hacia él. Sebastian se inclina y me alza sobre sus hombros, como si fuera una mochila.

— ¡Agárrate fuerte, Emory!

Lo hago, apretando los brazos a su cuello. Después empieza a bajar por el mismo camino que ha subido, apoyándose en las macetas y salientes de la pared. Cuando por fin pisamos el suelo, respiro con cortes y todo mi cuerpo tiembla.

— ¿Estás bien? —me pregunta, sujetando mi cara entre sus manos.

No puedo decir nada. Asiento con la cabeza. Entonces me abraza con fuerza, protegiéndome del mundo por un instante.

A pesar del caos que nos rodea, sé que voy a estar bien. Mi hermano es mi héroe, mi gladiador. Siempre lo ha sido.

En un momento vislumbro a mi padre: deambula perdido, se pasa las manos por el pelo y camina de un lado a otro. Mamá intenta alcanzarlo, pero él no se detiene.

— Todo va a ir bien —dice Sebastian sobre mi cabeza, su altura notoria cuando estoy entre sus brazos.

Las lágrimas calientes ruedan por mi cara y siento un miedo que me supera.

Mi padre ya no es mi héroe. Es tan frágil como yo. Ya no es mi protector; él también necesita protección.

Papá es solo un hombre perdido, luchando contra el alienígena que invadió su mente.

El pecho se me contrae en un dolor profundo. Quisiera correr a abrazarlo y decir que todo estará bien, pero no puedo. Estoy

paralizada. Porque mi cielo se ha vuelto completamente oscuro, cargado de nubes pesadas.

Miro hacia arriba, aún atrapada en la burbuja que son los brazos de mi hermano. Él me salvó y en este abrazo de oso es donde me siento segura. Aquí estoy protegida de la lluvia, de los rayos y de los truenos.



Presente

— ¿Qué le vas a regalar a Gelito? —le pregunto a Sebastian sobre el regalo de cumpleaños para su novia. Después doy un golpe y consigo meter una bola en la tronera de la izquierda.

Vinimos al bar 213 a tener nuestro momento de hombres, despejarnos de los entrenos jugando al billar. O al menos eso fue lo que Sebastian le dijo a su novia después de oír que ella tenía otros planes para el sábado por la tarde. Planes que no lo incluían. Solo a las chicas. Aunque… hacerse las uñas estaba en la lista de ellas, y a mí sí me molaba lo de la manicura, pero no fui invitado.

Así que para no parecer un pringado, Sebs dijo que también necesitábamos un tiempo de colegas. Cosas de tíos. Y supongo que buena parte de la tropa masculina sí que necesita esos ratos de sobredosis de testosterona. Aunque este amigo mío sigue en modo koala. Preferiría estar pegado a su Gelito que aquí con nosotros, metiéndole bolas al billar.

Lo mismo aplica a Kyle, al que también despacharon por Brooke. Pero él y Jordan prefirieron cuidar de sus coches, yéndose a uno de esos autolavados que incluso hacen pulido. Seguro se quedaron allí admirando los vehículos con el resto de clientes. Hasta se llevaron un cooler con cervezas.

— Todavía me queda una semana para pensarlo —responde, da su golpe y mete una bola, arruinándome la jugada. Chasqueo la lengua y me pongo a analizar el resto.

— Mejor cómpralo ya, tío. El año pasado fue el día en que se te encendió la bombilla de que te molaba la Gelito —le recuerdo, y veo el instante en que la ficha le cae.

Me apoyo con una mano en la esquina de la mesa, el brazo estirado, el peso solo en una pierna, y empiezo la cuenta atrás. Uno, dos…

— ¿Y si vamos ahora al centro comercial?

Sí… yo juraba que al menos iba a contar hasta cuatro. El tiempo que tardaría en tomar una decisión de supervivencia. Esa es la movida de cuando sales con alguien y la tía es tu mundo entero. Estar sin ella después de tenerla es muerte súbita.

Lo sé.

Yo morí, y andaba como un espíritu errante. Me di cuenta de la cagada cuando otro cabrón ocupó mi lugar.

Aprieto los labios, guardándome mis pensamientos. No tengo a nadie con quien soltar el caos sentimental en el que está mi corazón. Y quizá por eso me estoy tardando tanto en mover ficha.

¿Cómo planear algo si todo lo que he hecho hasta ahora fue discutido y diseñado con otras tres cabezas, eh?

Esta vez soy un lobo solitario.

Joder. No tengo ninguna vocación para eso.

— ¿No era un pack de belleza completo? —pregunto, pasándome la mano por la barbilla.— Mándale un mensaje a Emis y averigua dónde están.

El parpadeo que me dedica es el de siempre cuando reconozco que he tenido una buena idea. Me ha pasado muchas veces, solo que mis colegas no ven el potencial de cada una.

Sin decir nada, Sebs saca el móvil y empieza a escribir rápido. Un minuto después me mira.

— Van al súper y después directas a la Kappa. Parece que Emis tiene cólicos.

Mi alarma interna suena como una sirena en mi cabeza.

— Bueno… no tienes ni idea de qué regalarle a Gelito, ¿no?

— Todavía no… —desvía la mirada, derrotado.— Quería darle algo especial.

— Pues vamos a la Kappa. Tendrás oportunidad de averiguarlo y yo de estar rodeado de más de cincuenta chicas. — Solo me interesa una, pero eso no lo puedo decir en voz alta.

— No puedo preguntárselo directo, tío —Sebs suena gruñón. — Se pondría de mala hostia. Emis dijo que está mal y que se cabrearía.

— No te digo que se lo preguntes. Sino que tantees. Le tiras una indirecta, ¿entiendes? —Otro de esos parpadeos que reconocen mi genialidad. Joder, lo estoy clavando.

Sebastian se inclina sobre la mesa, apunta y da un golpe seco y preciso; dos bolas entran a la vez en sincronía perfecta. Mi capitán también sabe jugar.

— Fin de la ronda. Gané. Vamos a la Kappa —dicta, y yo solo cuelgo el taco en el soporte para seguirlo, con una sonrisa satisfecha.

Media hora después pasamos el umbral de la fraternidad que transpira estrógeno.

Inhalo hondo, apreciando el aroma femenino. Uno de mis favoritos.

— Creo que aún no han llegado. Está todo demasiado tranquilo. —Pero entonces oímos risas desde un rincón de la casa.

— O están conspirando para la próxima Guerra de los Sujetadores —comento, alzando una ceja y sonriendo malicioso. Él

pone los ojos en blanco.

Seguimos el sonido de las carcajadas hasta la sala, y es como si hubiéramos entrado en una sesión de cine organizada por hadas madrinas adictas a las palomitas y los sofás mullidos.

Estamos invadiendo una tarde de cine de chicas, y cuando otra oleada de risas retumba, fijo la vista en la pantalla. Están viendo La cruda verdad.

Emory ya ha visto esa peli varias veces. ¿Cómo lo sé? Porque siempre me fijaba en ella. Y esa constatación es una hostia en toda la cara. ¡Carajo!

Las chicas están desperdigadas por todas partes. Almohadones en el suelo, mantas por ahí tiradas y, para nuestra sorpresa, comentarios sobre Gerard Butler que hasta a mí me hicieron ponerme rojo. Sebs me mira y se encoge de hombros, avanzando en busca de su chica.

¿Y yo?

De la mía.

Había un desnivel en la sala, con más sofás arriba para que cupieran más chicas mirando la tele. En el sofá de delante hay tres, mientras que en el de atrás solo está una. Emis.

Está bien acomodada en medio del sofá grande pegado a la pared del fondo, con un bol de palomitas en las manos.

Sebastian localiza rápido a su Gelito en el suelo, tumbada delante, con la cabeza apoyada en un cojín. Va hacia ella mientras las voces femeninas protestan por nuestra invasión.

— ¿Es prejuicio no dejarnos quedarnos aquí? Nunca negamos cuando alguna de vosotras va a la Alpha —Sebs puntualiza, justificándonos.

— Pero es noche de chicas —se queja alguien.

— Dejad que se queden, chicas. Todas estamos vestidas, y las que van solo en bragas no es nada que ellos no hayan visto ya —

interviene Riley, la presidenta de la Kappa, y auténtica convocadora de asesinas de Gladiadores.

Lo digo porque el fulgor de ojos que Gelito lanza directo a Sebastian es de matar.

— Y que no veo desde hace más de un año, ¿vale? —Sebs se apresura a arreglar el desaguisado. Se sienta en el suelo, apartando la almohada de su chica para arrastrarla y usarla como cojín.

No sé qué le susurra al oído a la rubia, pero surte efecto, porque ella esboza una sonrisa tímida.

Aprovecho la distracción, doy la vuelta sin estorbar la visión de la tele y me dejo caer en el hueco vacío junto a Emory. Ella me lanza una mirada de desconfianza.

— Has visto esta peli como tres veces ya —comento, acomodándome a su lado. Ella frunce el ceño, intentando espantarme. Spoiler: no funciona.

— Si quieres marcar punto, mejor desiste. El partido ya está ganado —retruca, seca como siempre, sin despegar la vista de la pantalla.

— El partido solo termina cuando los equipos salen del hielo, pequeñaja —devuelvo, viendo cómo arruga la nariz al oír el apodo que yo mismo le puse. No tiene ni idea de cuántas veces me la machaqué llamándola así. Nada que ver con el contexto que ella imagina.— Y por lo que veo, tengo ventaja en este juego. Al fin y al cabo, soy yo quien está aquí.

— Porque Theo respeta la noche de chicas —replica, tan gruñona como su hermano. Luego gira de nuevo hacia la tele y se mete un puñado de palomitas en la boca, sujetando el bol entre las piernas como si le fuera la vida en ello.

— No voy a jugar limpio. Voy a dar fuerte. Él no va a marcar. Porque yo ya marqué. —Le guiño, insinuando claramente aquella

noche que compartimos.— De hecho, necesito marcar otro para que recuerdes que soy tu ganador.

Ella tose, atragantándose con las palomitas. Eso parece.

— Venga, pequeñaja… ven aquí, que te ahogas. —La suerte está de mi lado, porque uso la excusa para arrastrarla a mi regazo. Le doy unos golpecitos en el estómago, y Sebastian no ve ninguna maldad en lo que hago, vuelve la vista a la película.

Detalle: no la suelto de nuevo en el sofá. Cuando intenta escabullirse, la sujeto entre mis piernas.

— ¡Austin, suéltame! —susurra al hombro, y yo exhalo una risa leve en su cuello. La oigo bufar y me hace gracia.

— Mira la peli, Emis —ordeno, rozando con los labios su cuello.— Dudo que nunca pensaste en liarte conmigo en el fondo de un cine —provoco. Soy un hijo de puta, lo sé.

— Eso fue antes…

— ¿Antes de qué? ¿De que me fijara en ti? ¿De tener por fin la oportunidad de tenerte para mí? —le suelto las preguntas.— No tiene nada que ver con Theo, Emis. Se trata de tener la tentación tan cerca y no poder resistir más.

— Suéltame —exige, apretando los dientes. Intenta forzar mi brazo hacia abajo, en vano.

— Vas a tirar las palomitas y todo el mundo verá que sigues en mi regazo. Relájate, pequeñaja. Voy a ayudarte a que se te pase la regla —declaro, cogiéndola de la cintura. Ella resopla, pero se acomoda, empujándome con la espalda como si quisiera hacerme daño, hundiéndose más entre mis piernas.

— No sé qué pretendes con esto, pero mis cólicos no van a mejorar por estar sentada en tu regazo —reclama, llevándose otro puñado de palomitas a la boca.

Sonrío de lado. Ay, Emis… Ya verás que sí. Yo hago milagros.

La peli sigue y entre escena y escena siento cómo su cuerpo vibra con las risas. Se está divirtiendo y la tensión inicial se disuelve como humo.

Aspiro hondo, oliendo su champú. Compré de la misma marca con la excusa de cuidar mi pelo. Mentira. Me engañaba. La verdad era que quería hundir la cara y perderme en sus mechones sedosos.

Su cabeza cae hacia atrás, más relajada. Entonces decido aprovechar un poco más. Todos están pendientes de la película, las luces apagadas, el bol cubriendo mis manos apoyadas en su vientre.

Mi dedo meñique inicia la provocación, rozando despacio el elástico de su pantalón de chándal. Ella aún no lo nota. Lo deslizo hacia abajo y los demás dedos le siguen con calma.

Siento cómo su cuerpo se tensa, la respiración se corta de golpe.

— Respira, pequeñaja. Respira… —mi maldad sigue bajando, rozando su braguita de algodón.— Tan buena chica, mi Emis. Nada de encaje hoy, ¿eh? Me acuerdo de unas braguitas negras de encaje. Uno de los recuerdos que me han estado jodiendo la cabeza más de un año.

— Si te atormento, mejor lo dejamos. No quiero ser la pesadilla de nadie.

— Ah… pero lo eres. —Hundiendo mis dedos bajo la tela suave.— Eres mi pesadilla por no estar conmigo.

Y entonces encuentro su coño. Ella suspira, expectante. Juego con su raja sin invadirla, yendo y viniendo, sintiendo cómo la humedad crece. En ningún momento aparta mi mano.

— ¿Estás mojadita para mí, Emis? —susurro muy bajo, mi nariz acariciando su cuello fino y perfumado. Después beso la curva entre su oreja y el hombro, sintiendo su piel erizarse.— Tengo tantas ganas de comerte el coño… no borracho en una fiesta, sino despacio, como mereces. Déjame redimirme contigo, ¿sí?

— Jadea, conteniendo un gemidito en cuanto deslizo un dedo por sus labios hinchados. Su torso se arquea y yo sujeto su cadera contra el sofá.

— Mejor agarra bien el cubo de palomitas —sugiero, esparciendo su humedad arriba y abajo. Ella se derrite, pegando más la espalda a mi pecho, sujetando el bol con las dos manos. La sonrisa me sale sola.

Encuentro por fin el botoncito sensible y lo rodeo sin tocar justo el centro. Resopla y levanta el pubis buscando mis dedos. La empujo de nuevo contra el sofá.

— ¿Está rico, Emis? ¿Te gusta que te toque a escondidas en el fondo de la sala el mejor amigo de tu hermano? —Es un pecado, lo que nos separa. Pero justo por eso me enciende más. Joder. Tendría que estar enfermo, pero me pasa lo contrario.

El hecho de hacerlo ocultos, rodeados de gente, lo hace aún más intenso. Ella se mueve suave contra mí. Mi polla está tan dura que me duele en los vaqueros, desesperada por ella.

— ¿Puedes correrte sin hacer ruido?

— Uh-hum… —asiente apenas.

Muerdo bajo su oreja, dejo besitos hasta atraparle el lóbulo. Ella se frota, restregando ese culazo contra mi erección.

Suelto un taco, y ella se ríe bajito, divertida de lo que me provoca. Entonces mi dedo se hunde en ella con facilidad y gime ahogado. Entro hasta el fondo y salgo, mientras acaricio su clítoris con suavidad, masajeando hasta arrancarle otro suspiro. Aprieto con dos dedos justo en ese puntito duro, presionando y moviendo como olas lamiendo la orilla.

Es una mezcla explosiva: placer y lo prohibido.

Emory es lo que no debería tener, pero lo tomo igual.

— Austin… más rápido, por favor.

— Hum… Emis… —jadeo en su oído.— Quiero tanto oírte decir eso con mi polla enterrada en ti, preciosa.

La imagen de su cuerpo debajo del mío me acelera la mano. La muevo más rápido, metiendo dos dedos en su interior estrecho. Ofega y le tapo la boca con la otra mano.

— Calladita. Ni un ruido o paro. —Sí, soy un cabrón. La dejo al borde y después la amenazo con no darle lo que su cuerpo pide.

Pero Emis no es cualquiera.

Abre la boca y empuja la lengua entre mis dedos. Entiendo la señal y le ofrezco el dedo corazón. Ella lo chupa… hostia, casi me corro ahí mismo. Se restrega contra mi polla mientras me chupa fuerte. Es su forma de vengarse.

Me muerdo el labio para no soltar un gemido.

Nuestros cuerpos hierven, las llamas del placer creciendo en oleadas.

Mis dedos trabajan su clítoris, círculos rápidos, hasta volver a hundirse en su interior. Cuando su respiración se acorta, me concentro solo en su botoncito, moviendo más rápido.

Ella aprieta mi dedo con la boca, y al morderlo sé que se corre. Aprieto su boca con mi mano, temiendo que cualquier sonido nos delate. Su jadeo es tan bajo que casi parece mi imaginación.

Aflojo el ritmo cuando noto que se calma. Tiembla en mis brazos con espasmos pequeñitos, agotada por el orgasmo.

— El dolor ya pasó, ¿a que sí? —pregunto, descarado. Ella se inclina a mi oído.

— Me niego a contestar —susurra.

— No hace falta. —Le beso el cuello.— Ya lo sé. —Sonrío de oreja a oreja.

Antes de que acabe la película, la dejo volver a su sitio en el sofá.

Miro mi polla, dura a reventar, marcando una tienda descarada en mis pantalones. Mierda. Tengo que pensar en todos los culos peludos del vestuario para que baje rápido y poder disimular, porque ahora mismo el nivel de calentón está en máximos.

¡Otro gol, Theo jodido Rodrigues! grito en mi cabeza.

A ver si un besito delante de todo el mundo vale lo mismo que un orgasmo en secreto.

Miro de reojo a mi chica, con mechones sueltos escapando de su moño. Le aparto uno detrás de la oreja, y esta vez no rechaza mi toque. Tampoco me mira. Intenta ignorarme.

Me da igual. Cojo un puñado de palomitas, estiro el brazo por el respaldo, justo detrás de ella, relajado como siempre. Y sigo viendo la película.

No podrá ignorarme para siempre.

Y esta noche, soñará conmigo… igual que yo sueño con ella cada maldita noche.



¿Dónde estará?

Rebusco mejor en mi cajón, empujando de un lado a otro mis prendas de ensayo. Encuentro de todo menos lo que busco. Hay maillots de todos los colores, mis ballet skirts, wrap cardigan… parece que las prendas se multiplicaron solo para esconder justo…

— ¡Aquí está! —exclamo, alzando el pantalón de chándal gris y abrazándolo como si fuera una amiga a la que no veía hacía siglos.

No es que me apegue a la ropa, para nada. Pero cuando estoy chunga, con ganas de aislarme del mundo en un estudio de danza, me gusta ponerme algo que me dé confort. Ese pantalón está tan gastado que prácticamente tiene la forma de mi cuerpo.

Mi día estaba siendo una mierda enorme con "M" mayúscula. Por eso quería esconderme del mundo, y mi hermandad tenía el lugar perfecto. Todavía no había subido al último piso de la Kappa, donde las chicas habían montado un espacio con instrumentos y sitio para ensayar. Nada profesional, claro, como si hubieran tirado paredes y dividido dos ambientes. Para mí, más que suficiente.

La casa estaba medio vacía. La mayoría tenía clase en ese horario, incluyéndome a mí. Pero decidí no ir; no podía concentrarme en nada.

Mi corazón se estrujó de culpa cuando vi a Theo en el pasillo de Bellas Artes con un cappuccino en la mano, buscándome con la mirada.

¡Dios! ¿Cómo voy a mirarlo a la cara después de lo del sábado?

Austin Prince es un cabrón.

Supo jugar y seducirme justo en un momento de debilidad. ¡Tenía la regla, joder!

Y resulta que correrse es un santo remedio.

Argh, mierda.

Ahora esquivo a Theo porque siento que hice algo muy mal. No tenemos nada hablado, pero… ¿no estábamos empezando algo? Yo sentía atracción por él, y…

Ya no sé. Mis sentimientos son un puto caos.

Amé al idiota de Prince durante tanto tiempo, luchando por una migaja de su atención. Y él hizo todo lo posible por apartarme. No era friend zone, era un vacío enorme. Que se hizo más grande después de aquella noche en que me entregué.

Y de repente, porque otro jugador mostró interés, ¿me convierto en un trofeo?

Es imposible entender qué quiere.

Y tampoco sé si quiero intentarlo.

Pero ahora, después de lo que pasó, no me apetece seguir con Theo.

¿Cómo jodí todo tan rápido?

Suspiro fuerte varias veces, resoplando como si cada escalón fuera un recordatorio de mis malas decisiones.

Cuando llego al espacio de recreo, un piano suave me envuelve. La melodía es dulce, pero cargada de melancolía.

Reconozco la canción: Ceilings, de Lizzy McAlpine. La voz suave y profunda llena el aire como si hubiera nacido para ese momento. La letra me golpea de frente, cada palabra arrancando un pedazo de mi confusión.

"But it’s not real

Y nada de esto es real

And you don’t exist

Y tú no existes

And I can’t recall the last time I was kissed

Y no recuerdo la última vez que me besaron

It hits me in the car

Lo noto en el coche

And it feels like the end

Y parece el final

Of a movie I’ve seen before

De una película que ya vi

Before"

Antes…

Sin pensar, dejo que mi cuerpo se mueva. Mis pies acarician el suelo con ligereza, y mis brazos siguen el ritmo como si fueran guiados por otra persona. Cada gesto es un desahogo, un grito silencioso que no puedo convertir en palabras.

Entonces lo oigo.

No es solo el piano.

Una voz entra en escena, vibrante, llena de fuerza, subiendo y bajando con la intensidad de la música.

Es como si piano y voz hubieran nacido para encontrarse, para hacer cada nota más honda.

Un escalofrío me recorre y los ojos se me llenan de lágrimas. No controlo la emoción. No quiero hacerlo.

Dejo de danzar, pero sigo caminando despacio, temiendo romper el hechizo, hacia el otro lado del salón. Allí, entre los instrumentos, la veo de espaldas.

El pelo recogido a lo loco en lo alto de la cabeza. El jersey cayéndole de un hombro, dejando a la vista un top que un día fue blanco.

Está sentada al piano, los hombros frágiles moviéndose con el peso de la música. Y esa voz… joder, esa voz.

Las lágrimas se escapan solas, resbalando por mi cara. No lloro solo por la canción, sino por todo lo que arranca dentro de mí. Por lo que quise tanto y al mismo tiempo fue mentira.

La canción termina. La voz se apaga en un susurro y el piano sostiene una última nota que queda flotando.

Respiro hondo, y cuando ya estoy a su lado, descubro el secreto de la Kappa.

— ¿Tú cantas…? —pregunto, más afirmando que dudando.

Ella da un salto en el banquillo, casi cayendo hacia atrás. La sujeto firme.

— ¡Hostia, Emis, qué susto! —exclama Madison, con una mano en el pecho y la otra apoyada en mí para no caerse.

— Perdón… es que… cuando dijiste que tocabas, no pensé que…

— ¿Que fuera buena? —suelta una risa irónica.— Tranquila. No eres la primera.

— No quise decir eso…

Ella arquea las cejas.

— Vale. Sí quisiste. Pero… —exhalo fuerte.— No eres solo buena. Eres sensacional.

— Bueno, venga. Te perdono por subestimarme después de eso. —Me da un golpecito en el costado.

Me río, y al apartarme un poco noto un portátil abierto sobre el piano. En la pantalla, un gráfico extraño, lleno de líneas y barras de colores. Nada que ver con música.

— ¿Qué es eso? —pregunto, señalando el ordenador.

Ella duda un instante, como calibrando qué decir. Luego cierra el portátil con calma, sin prisa, sin nervios aparentes.

— Ah, nada del otro mundo. —Se encoge de hombros.— Tengo cierta facilidad con los ordenadores. Me ayuda a pagar las facturas. Pero decidí que, en la uni, era hora de seguir mi sueño. Tocar piano, dar clases. Ya sabes, hacer lo que realmente amo.

Parpadeo, todavía intrigada, porque por más convincente que suene la explicación, algo me chirría. Algo que no sé nombrar.

— ¿Te dedicas a programar o algo así? —insisto, fingiendo naturalidad.

— Algo así. —Maddie sonríe, pero no con los ojos, como cuando está a gusto. Es más bien una máscara.— Hago algunos freelas por aquí y por allá. Nada grande. Nada de qué preocuparse.

¿Nada grande? El gráfico que vi en la pantalla parecía profesional. Y aunque yo no sea ninguna experta, alcancé a leer un archivo minimizado en la barra antes de que cerrara el portátil. KRG_Dados_Confidenciais. Eso no tiene pinta de ser de piano ni de trabajos sueltos.

— Cómo es que nadie dijo nunca lo mucho que eres… — Intento cambiar el enfoque, aunque la palabra “confidenciales” sigue martilleando en mi cabeza.— Talentosa.

— Porque no me muestro a cualquiera. —Maddie cruza los brazos, relajada, como si acabara de cerrar una puerta invisible entre nosotras.— Y si no lo notas, la casa está medio vacía. Tenemos voto de silencio, ¿recuerdas? Lo que pasa en la Kappa…

— Se queda en la Kappa —concluyo, forzando una sonrisa. Pero mi mente sigue en aquel archivo. Ella estudia música.

¿Por qué tendría algo "confidencial" en su portátil?

— Ellas saben que toco bien… —añade, desviando la conversación.— No me gusta cantar delante de mucha gente… —lo dice bajito.

— Pero eres increíble. ¿Quién diría que bajo esa pinta de empollona tímida se esconde la nueva Avril Lavigne? Tu familia debe estar orgullosa.

— No tengo a nadie. Bueno… nadie que importe. —Desvía la mirada. Y noto que he metido la pata. Su reacción es la misma que la mía cuando me preguntan por mi padre.

— Perdona, Maddie. No debería hablar tanto.

— Tranquila, Emis. Es normal. En una uni de élite, una becada es una entre cien. No se puede adivinar.

Otra pieza del puzzle: Maddie es becada. Así que ese "nadie importante" no la apoya económicamente.

Sí… cada quien con su carga.

— Aun así… —bajo la cabeza, avergonzada.

El silencio se hace raro, hasta que Madison carraspea para espantarlo.

— La gente que sube aquí suele hacerlo para esconderse del mundo de fuera. ¿Es lo que haces tú, Emis?

— Sí. A veces mi realidad es bastante complicada — respondo, pensando no solo en Austin y Theo, sino en todo: mi padre, mi madre, mi abuelo… y la porquería que Sebs y yo nos hemos convertido en barrenderos.

— Te contaré un secreto… —susurra, poniéndose una mano a modo de concha junto a la boca.— El de todo el mundo lo es.

Suelto una risita sin humor, y después sonrío. Me siento acogida, por fin con una oyente. Nunca había tenido una charla con

ella sin más chicas alrededor. Y confieso que me gusta.

En ese momento, mi estómago gruñe fuerte, delatando que me salté el almuerzo.

— Guau… o tu barriga quiere hacer un dúo conmigo, o está pidiendo comida a gritos.

— Creo que la segunda opción.

Ella se pone de pie, baja la tapa del piano y coge el portátil bajo el brazo.

— ¿Qué te parece si vienes conmigo y volvemos a la realidad con un buen bocata, eh? —me ofrece, sonriendo de verdad.— Yo tampoco he comido. Cam me dijo que podía coger todo su rosbif. Hay suficiente para las dos.

— Yo puedo prepararme algo, no te preocupes.

— No es preocupación. Solo sé que hay un montón. Esa tía está flaquísima por la solitaria que vive en su estómago. Cameron come por tres, te lo juro.

Me río. Ella intenta borrar cualquier resto de tensión con su humor.

— Vale, acepto.

Bajamos a la cocina charlando sobre las clases en Bellas Artes. Maddie me cuenta rarezas de las aulas y de los profes que compartimos. Se detiene un momento solo para dejar el portátil en nuestro cuarto.

Pocos minutos después estoy frente a un bocata gigante, pensando por dónde darle el primer mordisco.

— ¿Ya sabes cuál será tu disfraz?

— ¿Eh?

— La fiesta de Halloween, Emis. Riley quiere que sea tradición. Y mientras Winter esté en la uni, siempre habrá tarta a medianoche del día uno.

— No pude comprar nada el sábado con las chicas. Estaba con la regla. Pero Paige me dijo que no me preocupe, que ella me montará algo.

— Es buena en eso. Creo que le monta el disfraz a la mayoría. —Sonríe cómplice.

— ¿Y tú sabes ya el tuyo?

— No… a ella le gusta sorprender. O espera al último minuto para que no tenga escapatoria. Juega a ser diseñadora y nos usa de modelos.

— ¿Debería preocuparme?

— Como mucho tendrás que ver si la fantasía lleva ropa interior o si la propia fantasía ya lo es —dispara, tan natural.

Sonrío. Maddie parece esconderse en el campus, pero en la última fiesta dejó que Cam la produjera de arriba abajo. No me cuesta imaginarla en un disfraz sexy. Le pega. Más aún después de haberla visto cantar. Es una caja de sorpresas.

Seguimos almorzando, hablando de Paige y de los posibles disfraces. Por un rato me olvido de mis preocupaciones. Incluso de la confusión que tendré que resolver con Theo.

No se puede huir para siempre.



Cameron está sentada en mi cama, con una pierna cruzada sobre la otra, mientras acomoda sus pestañas postizas como quien lo hace con los ojos cerrados – literalmente.

La morena sensual parece salida de un comercial de maquillaje, lista para dominar el mundo con un delineador impecable.

Quisiera que su autoconfianza se me pegara por ósmosis. No sé cómo voy a sobrevivir, usando un vestido corto que muestra más piel de la que debería, incluso en una fiesta llena de gente distraída.

Todavía estábamos en nuestra habitación, que parecía una zona de guerra de brillo con un toque gótico. Mi cama se había convertido en el aparador de los maquillajes, la de Maddie contenía parte de los disfraces, mientras que la de Cam era una mezcla de accesorios. Creo que la morena quería incrementar aún más su disfraz.

Por fin, después de modelar su mirada con una máscara de pestañas que la deja más poderosa, Cam retoma su tarea de convertirme en otra de sus muñecas.

¿En qué momento pensé que era buena idea dejarla terminar mi maquillaje?

— ¡Quédate quieta, Emis! — protesta Cameron, sujetando mi rostro con una mano mientras pasa un labial rojo intenso por mis labios. — Vas a terminar pareciendo un payaso si sigues moviéndote así.

— ¡Yo no pedí todo esto! — protesto, pero mi voz sale apagada con el labial siendo presionado.

— Oh, sí que lo pediste. Te encantó el labial de Maddie. Solo estoy siendo una buena amiga — replica de inmediato. — Ahora sé una buena chica y masajea los labios para que pueda terminar el contorno, ¿vale?

Obedezco, sin querer cambiar mi disfraz por el de alguien que hace chistes en un circo.

— Chicas, ¿necesitan ajustes también? — aparece Paige, con Riley justo detrás, entrando en el caos de nuestro espacio.

De repente, me siento en una reunión de la Kappa, ya que tengo a la presidenta y a la vicepresidenta en mi habitación. Eso, si no estuvieran magníficas con sus disfraces. ¡Guau!

Riley ya está lista, impecable en su disfraz de general romana. La capa roja fluida y el corsé dorado que envuelve su cuerpo aumentan su sensualidad de gobernante de la Kappa. Sonrío, imaginándola dando órdenes a su tropa. Parece salida de una película épica.

Por otro lado, Paige es una visión delicada y… brillante. Ajusta la tiara de cristales que caen en cascada sobre la peluca de cabello negro estilo bob con flequillo.

Su disfraz de Cleopatra es un vestido ajustado dorado con detalles en azul vibrante y un corte estratégico en la pierna. Todo en ella grita "Reina Fatal."

— Todo bien por aquí, chicas — Cameron se apresura a responder, mientras ajusta el dobladillo de la falda de cuero de Maddie. Ella está frente al espejo, intentando verse en el reflejo, pienso. Esta noche, nuestra nerd es una rockera con botas altas,

chaqueta con tachuelas y un top brillante. Pero lo que realmente llama la atención es el cabello suelto y ligeramente despeinado, además del delineado negro que Cameron convirtió en obra de arte.

— ¡Maddieeee! Tú estás… — comenta Paige, con el rostro indescifrable.

— ¿Qué? ¿Está mal? — Mira a Cameron. — Cam… te dije que era demasiado y…

— ¡Qué va! Quise decir que estás increíble. Me encantó todo. Quedó perfecto — declara la vice, sonriendo con aprobación.

La nerd suspira, aliviada, y enseguida camina hasta donde estoy sentada, comenzando a ayudar a Cam que decidió poner adornos en mi cabello.

— ¿Hablaste con Theo, querida? Estuvo todo el tiempo preguntando por tu disfraz, ¿sabes? — pregunta Paige, tomando un gloss que yo elegiría para esta noche. Digamos que maquillajes muy cargados me dan gatillos. — Creo que quería ir combinadito contigo. — Esconde esa risita traviesa con una mano.

Mi conciencia pesa cien kilos más por la culpa. Él también me lo preguntó… y envió un millón de mensajes que respondí vagamente.

Inventé tantas excusas para no verlo que podría escribir un manual: Mil excusas para rechazar a tu ex crush.

Mierda.

Se suponía que debía ser el actual. No el ex.

Solo que ahora… Ni siquiera sé si quiero tener a alguien. Mi cabeza es un nudo.

Para empeorar la situación… ¿adivina?

Después de la sesión cachonda de cine, Austin cabrón Prince volvió a ser la figurita rara que jamás estaría en mi álbum.

¿Yo quería que se repitiera? Claro. En realidad, llenaría el álbum entero solo con este jugador de hockey.

Debería haber aprendido hace mucho…

Hasta tuve que cambiar de deporte después de perder la virginidad. Y cuando entré a la universidad, con Theo, me di cuenta de que solo sé coleccionar jugadores de hockey. Entonces decidí enfrentar la realidad y recomenzar, con alguien que enfrentó a su propio capitán para tener una cita conmigo.

Pero… mi tendencia a enamorarme del chico equivocado fue más fuerte. De nuevo, caí en la tontería de recibir migajas de la persona que nunca me quiso de verdad.

Todo lo que vivimos es pura mentira y represalia por un ego herido. ¿Cuándo voy a aprender que Austin no me quiere como mujer? ¿Cuándo voy a dejar de engañarme?

Tal vez en el momento en que deje de mirar su contacto, tentada a mandarle un mensaje. Pensé en insultarlo primero. Pero estaría aceptando su juego.

Su silencio me ha dado fuerzas para enfrentar la situación esta noche. No quiero vivir otra mentira. Entre mí y Sebastian, Austin jamás me elegiría.

— Eh, astronauta, vuelve a la Tierra. — Siento a Paige tocando mi hombro con el dedo índice. Salgo de mis pensamientos y la miro; la pelirroja que hoy luce cabello negro y corto. Cómo escondió esa melena es un misterio.

— No conseguimos combinar nada. Así que no sé sobre su disfraz. Solo que llegará con los chicos — informo, casualmente.

De repente, veo una notificación en mi celular. Mi estómago se revuelve, imaginando que es otro mensaje de Theo. Debería emocionarme y no ponerme nerviosa.

Abro la aplicación y noto que se trata de un correo electrónico. Y solo para darle un plus a mi Halloween, el fantasmito decidió aparecer justo ahora. Exhalo un suspiro, con el más puro tedio.

¿Será que no puedo tener un día normal de universitaria en mi vida?

— ¿Qué pasa, Emis? — pregunta Cam, preocupada.

— Nada… solo… un correo que no quiero ver ahora.

— Creo que todavía voy a tardar un poquito con tu pelo, si quieres distraerte, adelante — avisa Maddie, ajustando los últimos detalles de mi disfraz.

Presiono los labios y respiro hondo. Podría al menos mirar el texto del correo rapidito, pienso. Y luego, simplemente lo hago. Pero… solo hay un documento. Un documento con una extensión que jamás vi en mi vida.

¿Me estás tomando el pelo, fantasmita?

— Es un archivo .ENCX… necesita contraseña — dice Maddie, mirando por encima de mi hombro.

Ay, joder. ¿Qué estoy haciendo?

Esto es confidencial y lo estoy abriendo como si fuera cualquier trabajo de la uni, con espectadoras incluidas.

— Eh… ¿cómo lo sabes?

— ¿Tú no sabías? — responde Paige, probándose otro collar para sumar al adorno de su cuello. — Maddie es como la gata de los ordenadores aquí. Siempre arregló todo a todo el mundo.

Y mis ojos se clavan en ella con mil preguntas, junto con la alarma mental de lo que vi el otro día.

— Tampoco es para tanto…

— Maddie solo sabe lo básico, Paige. Ni exageres. Que tú no sepas reinstalar un programa no significa que otra persona tampoco pueda — interviene Cameron, aunque noto su mirada cómplice hacia la amiga nerd.

— Ya… puede ser. Aun así, me ha salvado un montón de veces.

— Porque confundes la tecla delete con enter, amiga — complementa Riley.

Reímos todas con la revelación divertida.

— Entonces… Winter va otra vez de ángel — continúa la presidenta, cambiando por completo de tema. — Si Sebastian aparece de Don Juan, sabemos lo que va a pasar… — Mira a Paige, que suelta otra risita.

— Ellos saben que el timbre suena. El tiempo en el cuarto secreto es limitado. Creo que van a desaparecer de la fiesta después del "feliz cumpleaños" — explica Cameron sobre el cuartito que descubrí que era algo así como un armario para siete minutos en el paraíso. Como la fiesta es de Halloween, lo adaptaron claramente para quince minutos en el infiernillo.

Antes de oír cualquier comentario insinuante sobre Theo — porque la mirada de Riley hacia mí no dejaba dudas de lo que pensaba—, me salva Cameron. Termina mi maquillaje y me gira hacia el espejo.

Me miro, viendo el resultado de su obra. Estoy vestida como una especie de ninfa del bosque, con un vestido verde oscuro fluido que termina encima de las rodillas, adornado con detalles dorados que parecen ramitas delicadas. Cameron añadió una tiara de hojas brillantes en mi cabello, suelto en ondas naturales. El maquillaje resalta mis ojos con tonos dorados y verdes, como si acabara de salir de un cuento de hadas.

— Guau… parezco…

— Una ninfa deslumbrante. Exactamente lo que tenía en mente. — Cameron sonríe, satisfecha con su obra maestra.

— Sí… amiga… una pena que no le contaras a Theo tu disfraz. Le encantaría ver a uno de los chicos con un pantalón bien ajustado de Elfo — comenta Paige, y Riley suspira, imaginando la figura masculina con sus músculos definidos en unas mallas ajustadas.

— Creo que un elfo no necesita ser necesariamente así — contrapone Cameron.

— Ah, cariño. En la tienda a la que fueron los chicos a ver sus disfraces, solo había de esos. — Ambas ríen. — Bueno… quizá alguno quiera ser un ser del bosque. Quién sabe, un Rhysand de Corte de Espinas y Rosas, o incluso un Tamlin… ayyy… — Otro suspiro.

— Solo lo sabremos después de bajar, ¿no? — apunta Maddie, comenzando a empujar a Cameron y tirando de mi brazo. — Vamos, que necesito ya un trago de Brooke para ver elfos, brujas, zombis y a saber qué más.

Maddie prácticamente nos arrastra fuera del cuarto, riendo y parloteando sobre cómo la fiesta será un desfile de criaturas mágicas y desastres de última hora.

El sonido de la música crece a medida que nos acercamos y, al cruzar el pasillo, podría jurar que el aroma de perfume masculino y algo dulce, quizá alcohol, ya anuncia que la noche apenas está comenzando.



El vaso helado se desliza entre mis dedos mientras doy otro trago del cóctel que Kyle preparó. El cabrón tiene talento, no lo voy a negar. Este ya es el segundo, y si sigo así, quizá me convenza de dejarle asumir la barra en las fiestas de la Alpha. Solo quizá.

El menú de bebidas de Halloween de las chicas está mucho más currado, con mezclas que suenan horribles hasta que lees el contenido.

Nada mortal, supongo.

El mío, por ejemplo, sigue siendo el "veneno de vampira". Lo probé el año pasado hecho por Winter, y este año, de las manos del grandullón.

Hasta me da envidia la pareja de barmans que ahora parece llevarse tan bien. Y encima van con disfraces a juego. Brooke está brutal con el look que recuerda a Bonnie, en una versión aún más sexy. La falda es prácticamente un trapito que apenas tapa su culo y se completa con medias de rejilla. La cartuchera y la boina dan el toque final.

Y Clyde nunca tuvo una versión tan alta. Me tiraba sin pensarlo a mi colega grandote si me gustara la polla, que no es el caso. Su estilo gangster fue el disfraz más fácil de los cuatro.

— ¿Qué pasa, Prince, no vas a bailar? — pregunta Jordan a mi lado, levantando su cerveza. Rechazó el cóctel de Brooke, quizá por orgullo. Pero no sabe lo que se pierde.

— ¿Me estás invitando, amor? — bromeo, guiñándole exageradamente y dejándome caer sobre él. Me empuja con cara de asco fingida.

— Idiota — resopla, sonriendo.

— No me apetece ahora. Más tarde. De momento prefiero este show. — Señalo con la barbilla hacia la pista de baile.

Sebastian y Winter están en el centro, rodeados de miradas envidiosas y admiradas. Ella va otra vez de ángel, como el año pasado, y él de Don Juan, con una rosa en la mano como si fuera el puto maestro de la seducción. Y, por la manera en que Winter lo mira, parece que le está funcionando.

— Y el infierno realmente se congeló. Quien haya apostado contra esa pareja, la cagó bonito — Jordan levanta el mentón hacia ellos.

— Yo siempre aposté que perdería a mi amigo.

— Tío, lo dices como si Sebs fuera tuyo — comenta Kyle. — Eso suena muy raro, ¿lo sabes?

— Es mi primer amor, querido. Después vienes tú y Jordan, claro — sigo con la coña, dándole otro sorbo al dulce que hace la combinación perfecta para que el alcohol suba más rápido.

— Cállate, Prince — Jordan replica con mi propia frase. A veces tengo la impresión de que es más un saludo que una bronca, de tanto que me la suelta.

Dos chicas aparecen, poniéndose prácticamente entre nosotros. Me inclino, admirando el trasero de cada una y encontrando la mirada de Jordan al otro lado. Le levanto la ceja con intención.

No es que quiera terminar la noche con ellas. Pero si no me comporto como el Austin de siempre, acabaré con un ojo morado

antes de tiempo.

Porque sé que, tarde o temprano, me van a dar una paliza. Yo mismo me la daría si fuera masoquista. Y sé que cuando Sebastian descubra toda la mierda que hice… Carajo, va a doler.

Pero mientras estoy recuperando el brillo en la mirada de mi chica, prefiero quedarme solo con los moratones inevitables del hockey.

— Las tías buenas están todas aquí hoy — comenta Jordan, recorriendo el salón con la vista.

— Qué asco — gruñe Brooke desde el otro lado de la barra, mientras organiza las botellas. Ella y Kyle se mueven como un dúo sincronizado.

— Mis ojos son solo tuyos, baby — bromea Kyle, guiñándole.

— Asqueroso — digo yo ahora, girando el vaso en mi mano y aguantando la risa. Brooke pone los ojos en blanco y Kyle solo ríe, preparando otro trago.

Entonces, mi mirada va directa hacia la escalera.

Las chicas están bajando y, aunque la música suena a tope y la multitud bulle alrededor, parece que todo el ambiente se desacelera.

La primera en aparecer es Maddie, una rockera con chaqueta de tachuelas y botas altas, como si hubiera salido directo de un videoclip de los 2000. Tal vez Jordan haya soltado aire entre los dientes, lo que es rarísimo. Por eso, sigo contemplando el paisaje frente a nosotros.

Cameron viene justo detrás, toda sensual y segura, con una falda ajustada y accesorios brillantes que hacen que su disfraz de diosa de la noche resplandezca todavía más.

Pero es Emory la que me hace parar.

Baja despacio, con los dedos apoyados levemente en la barandilla, como si el mundo estuviera hecho de cristal. Su disfraz es

sencillo, pero parece sacado de un cuento de hadas.

El vestido verde oscuro, con detalles dorados que parecen ramas, se amolda a su cuerpo de un modo que me aprieta el pecho. Lleva botines marrones de tacón bajo que alargan sus piernas. La tiara de hojas en el pelo, junto con las ondas naturales, solo refuerza el contraste entre su suavidad y el caos de esta fiesta.

Joder.

Nuestros ojos se encuentran al instante. Veo que también lo siente cuando su pecho sube despacio. Por un momento, el tiempo se congela. El resto de la fiesta desaparece; solo estamos ella y yo. Y entonces…

Aparece Theo.

¡Joder!

Ese cabrón da un paso más allá cada vez que se mete entre la caçulinha y yo.

Le toca el brazo, diciéndole algo que no consigo oír desde aquí. Pero basta para romper el contacto. Ella aparta la mirada, despertando del trance.

— ¿Y bien, gente? ¿Tardamos mucho? — pregunta Cam, apoyándose en la barra y sacando el culo para quien quisiera mirar.

El instinto masculino es una mierda, porque tanto yo como Jordan miramos y luego apartamos la vista de inmediato. Mierda. Si Emis me pilla, ya me gano un punto menos.

— Un poquito, ¿no, guapa? ¿Qué tanto os demorasteis? Ya estabas casi lista cuando bajé — responde Brooke.

— Esa hadita de ahí. ¿La ves? — señala a Emory. — Fue un suplicio terminarle el maquillaje. Hasta en Maddie fue más fácil.

— Eso porque hace años ya me rendí en luchar contra la fuerza de la naturaleza que es Cameron Ross — replica la rockera, con ironía juguetona.

— ¿Es un hada de algo? ¿Del estilo de Campanilla y sus amigas? — pregunto, recordando uno de los dibus que vi justo con ella. Joder. Hice tantas cosas con esa chica que ya ni sé.

— Estás puesto, ¿eh, Prince? — Cam sonríe, cogiendo el cóctel que Brooke le entregó. La cosa suelta humo y apenas se le ven los dedos alrededor de la copa. — Solo que no tiene nada que ver. Es una elfa, sin más.

— ¿Y qué coño es la pareja de eso? — La pregunta me sale con un tono más cabreado de lo que quería. Elegí venir de Kristoff, pensando que ella seguiría con el traje que siempre decía que le molaría como disfraz, o sea, Anna de Frozen.

Y va la tía y aparece con el disfraz equivocado.

— Quizá un elfo, no sé… Pero Theo la cagó bien si quería hacer pareja con ella viniendo de pirata.

— Pero está buenísimo… no se puede negar. — El comentario sería normal si viniera de cualquiera menos de Madison. Por eso todos nos giramos a mirar a nuestra versión rockera.

— ¿Habéis bebido en la habitación? — Brooke pregunta lo que todos pensamos. — Porque… ¡Dios mío! Metieron a otra persona en el cuerpo de Maddie y se olvidaron de avisar.

— ¿Y acaso dije una tontería? — Ella se encoge de hombros, sorbiendo de la pajita y observando la fiesta, tan tranquila.

— No, tía. Y tienes toda la razón. Theo Rodrigues puede que no sea la pareja de fantasía de Emis, pero fijo que hacen pareja perfecta debajo de la calavera.

Ni de coña, pienso yo.

— Yo también puedo ser tu pareja debajo de la calavera. Igual te enseño a besar, Mad Maddie — ofrece Jordan, dejando a todos flipando.

¿Mad Maddie?

¿En serio, cabrón?

La pregunta brilla en mi frente, mientras él se encoge de hombros.

— Prefiero besar la calavera, gracias. — Ella agarra del brazo a Cameron y, sin más, se la lleva lejos de nosotros.

— Eso fue… — murmura Kyle.

— Interesante — concluye Brooke.

— Joder. ¿Ahora empezáis con la movida de hablar completándoos la frase? — resoplo, cogiendo mi bebida. — No, no… esto ya es demasiado para mí.

Dejo a mis colegas en la barra y empiezo a moverme por la fiesta. Y si no lo conté antes, Jordan va disfrazado de Jack Frost.

Ni sabía que existía ese personaje hasta que me pidió que le echara spray plateado en el pelo esta tarde. El tío vino a la fiesta con un puto bastón, colega.

Al menos el disfraz era eso y una sudadera azul estilizada. Va a tardar una semana en quitarse esa pintura del pelo, fijo.

Pero ahora tenía un objetivo. Y lo iba a conseguir.

La fiesta estaba petada, y vi todo tipo de disfraces imaginables. Parece que la peña se preparó todo el año para este día. Si digo que vi a una Caperucita Roja morreándose con un lobo, ¿alguien me creería?

Pues eso.

Mi foco, sin embargo, era otro.

Camino entre la multitud, esquivando brujas, zombis y… ¿un Pikachu? ¿En serio?

Entonces, por fin veo a quien buscaba. O al menos, creo que es él.

El tío está en la esquina, con un vaso de refresco, disfrazado de elfo. Pero no cualquier elfo: un blazer azul royal rollo años 80, con lentejuelas doradas, y unas mallas de ballet que no dejan absolutamente nada a la imaginación.

— Eh, novato — digo tranquilamente. Me mira con los ojos como platos, como si no pudiera creer que un Gladiador le estuviera hablando.

— ¿Yo? — Su voz casi se pierde entre la música.

— Sí, tú. Necesito tu disfraz.

— Mi… ¿qué? — Suelta una risita nerviosa, mirando alrededor como si buscara una salida.

Doy un paso hacia delante, bloqueando cualquier intento de fuga.

— Mira, tío, te lo voy a poner fácil. Vas al baño, te quitas esa ropa y me la das. Así de simple.

— Pero… ¡me tiré semanas montando esto! — intenta defenderse, gesticulando como si esas mallas fueran una puta obra de arte.

Cruzo los brazos y le dedico mi sonrisa más peligrosa.

— Escúchame bien. ¿De verdad quieres empezar la uni con la fama de ser el tío que me dijo que no?

Debería sentirme fatal, porque nunca me moló usar el rollo de jugador de hockey para conseguir cosas. Pero… situaciones extremas requieren medidas extremas.

— Pero… — resopla, mirando su traje.

— Mira… te la devuelvo, ¿vale? — Hasta me da pena. — Solo la necesito un rato, ¿ok? — le digo, y su cara se relaja.

Cinco minutos después, estoy en el baño, mirando mi reflejo.

— ¿Quién inventó esta mierda? — murmuro, intentando moverme sin parecer un pingüino. Las mallas son tan ajustadas que se me marcan hasta las venas de la polla. — Joder. Tenía que haber buscado otro elfo.

Suelto unos cuantos tacos, intentando que no se me partan los huevos por la mitad, mientras estiro un poco la lycra hacia abajo.

— Aiii, Emis… mira lo que me haces con nuestros futuros bebés — digo mientras camino, sintiendo mis pelotas aplastadas.

Después me acomodo mejor el blazer y la máscara que encontré en la bolsa del novato.

— Al menos la máscara tapa la vergüenza.



El salón parece aún más lleno cuando salgo. Joder. Pero mi radar para la peque nunca ha fallado. Ni aquella noche en la que dormimos juntos, porque yo quería a esa morena y fui directo a por ella.

La veo enseguida. Emis está riendo y bailando con sus amigas.

Camino hasta ellas, aprovechando que están distraídas. Cuando me acerco, agarro a Emory del brazo, suave, pero lo bastante firme como para que no tenga tiempo de reaccionar.

— Vamos, hadita.

Me mira, sorprendida, y por un momento parece lista para protestar. Pero algo en mi expresión, o quizá la máscara que me cubre el rostro, hace que dude.

— Austin, ¿qué estás…? — empieza, pero la arrastro con calma lejos del grupo.

— ¿Cómo sabías que era yo?

— Por desgracia, te reconocería hasta disfrazado de oso. — Refunfuña y aparta la vista. Sonrío, satisfecho con sus palabras. — ¿Qué quieres?

— Tranquila. Solo quiero un baile. O dos.

La llevo conmigo por uno de los pasillos más vacíos.

— La pista está en esa dirección…

— ¿Quién dijo que nuestro baile sería delante de todo el mundo?

— ¿Eh?

No espero otra pregunta y abro una de las salas que conozco bien de esta fraternidad. Espero que no pregunte demasiado. Decido no encender la luz principal, solo la lámpara de la mesilla lateral.

El sitio es pequeño. Normalmente lo usan Riley y Paige, las líderes actuales. Hay un escritorio, una silla de oficina y tres archivadores con las fichas de todas las Kappas.

Me quito la puta máscara que me estaba matando y empujo a Emory hasta sentarla sobre la mesa.

— No estabas con Theo — constato, sonriendo tanto que me dolerían los labios si paro.

— Estaba con sus amigos — replica, segura, aunque abre las piernas cuando me acerco para encajarme entre ellas.

— No… Tú no le quieres a él… — Enredo mis dedos en su nuca, inclinando su cabeza hacia atrás. Me mira con esos ojos que nunca tienen un color definido. Cada día los veo distintos. Hoy brillan verde oliva, a juego con su disfraz. — Deja de luchar, peque. Me quieres a mí.

— ¿Y tú me quieres, Austin? ¿Quieres estar conmigo?

— ¿Lo dudas?

— Siempre me llamas peque. ¿Cómo quieres que me lo crea?

— Ah… Emis… suena enfermo de cojones… pero he perdido la cuenta de las veces que me he cascado una llamándote así. — Hundo la cara en su cuello. — Si quieres que pare, lo dejo. Te llamaré como quieras.

— No necesito apodos. — Gime bajito cuando beso la curva de su cuello.

— ¿Qué necesitas, entonces? — Yo le daría lo que fuera. La luna, el sol, el puto universo entero.

— No lo sé… — ronronea suave, cerrando los ojos, esperando mi siguiente movimiento. Sonrío, viéndola rendirse. Mía. Siempre ha sido mía… Su presencia tan cerca me dispara el gatillo para reclamarla.

— Yo sí sé lo que quiero… solo necesito que digas "sí". — Susurro, echando aire sobre su piel para ponerle la piel de gallina. Joder. Quiero arrancarle ese disfraz y lamerle cada centímetro. — Vamos, peq… — me corrijo a tiempo. — Emis. Mi Emis… Sé valiente.

Mis manos recorren sus costados, apropiándose de cada rincón. El vestido es corto, así que alcanzo el dobladillo fácil. Mis dedos suben por la piel suave de su muslo y la contención casi se me va a la mierda. Pero no.

No quiero cagarla. Necesito oír su "sí".

— Sí… — su voz susurrada dispara mi corazón. Mis labios se curvan y aprieto su cintura con ambas manos, pensando cómo tener acceso a su cuerpo sin destrozar el disfraz.

Cuando creo que voy a tomar el control, me empuja de golpe. Se reclina sobre el escritorio, apoyando las manos tras de sí.

Y luego, para probar mi cordura, dobla la rodilla y apoya el tacón de la bota en la mesa. Algunos papeles caen, y me importa una mierda. Riley que me perdone.

Me está regalando la vista de mi chica enseñando una braguita de encaje color nude. Ese tono que debería cortar el rollo a cualquier macho, pero que a mí me está volviendo loco. Es la lencería más sexy que he visto en mi vida. Y mira que he visto mucha.

— ¿De verdad no sabes lo que quieres, Emis? — Mi voz sale ronca y peligrosa. Un aviso de lo que tendrá si sigue provocando.

— Ay… mi príncipe… — dice con burla, haciendo un puchero mientras aparta el puto encaje a un lado. ELLA. APARTA. EL. ENCAJE. Estoy en shock. Podría correrme solo con mirarla. — No sé lo que quiero de ti, ¿sabes? Sé lo que quiero de cualquier tío bueno esta noche. — Sus dedos juegan con sus labios internos, húmedos de excitación.

— Nadie va a ponerte un dedo encima, peque. Y me suda que odies el apodo. — El gruñido que me sale no parece ni mío. Quizá ni ella lo reconozca, porque vacila un segundo en su determinación. — Ya me he corrido gritando tu nombre, muchas veces, gritando "peque" mientras imaginaba tu culo cabalgándome.

La sorpresa se dibuja en su cara. Avanzo un paso y me frena con el tacón en mi pecho. El movimiento revienta un botón del disfraz de elfo del novato.

— Vas a destrozar el disfraz que tanto me costó encontrar… — digo en tono de aviso. Ella se ríe, y en segundos me mira con unos ojos cargados de promesas.

No quiero morirme de un infarto, pero si Emory sigue con esta tortura voy a tener que pedir hora al cardiólogo. Para colmo, su flexibilidad y equilibrio de bailarina se notan, porque la otra pierna sigue doblada, la rodilla ladeada, y sigue dejando a la vista el plato que me voy a comer en un rato.

Mi mano abraza su tobillo y busco la cremallera de la bota corta. Bajo el cierre, mis ojos clavados en su cara. Quito el calzado, lo lanzo a un lado y le saco el calcetín que escondía el pie que a mi chica no le gusta enseñar porque lo cree feo.

Qué absurdo. Emis tiene pies de bailarina: los callos en los puntos justos por las zapatillas, dedos pequeños y delicados. No hay ni un trocito suyo que no me vuelva loco.

Agarro su pantorrilla y la hago subir hasta mi cara. Le beso la curva interior. Ella suspira, con esa vocecita achuchable. Sus ojos se pierden en mi boca, que sigue bajando por el interior de la pierna como si fuera un camino delicioso.

Mi bailarina mantiene la pose mientras estiro la pierna hacia arriba. Me acerco despacio y, cuando la carne rosita y jugosa está ahí pidiendo ser lamida… solo soplo.

Emis suelta una palabrota y yo muerdo la piel blandita un poco por debajo de su ingle. Luego succiono la zona y la beso, dejando la primera marca que va a llevar durante días.

—Me estás marcando —dice. —¿Y si alguien ve eso?

—Te estoy dejando un chupetón al lado de tu coño, Emis. ¿Quién va a verlo? —Aún no sabe que va a tener más marcas, pero su comentario despierta al cavernícola que llevo dentro.

—Me ducho en el vestuario, Austin. Ese morado va a quedar casi por delante. —Miro mi obra maestra y tenía razón. Me da igual. Estoy firmando lo que es mío.

Me encojo de hombros, con aire despreocupado.

—Di que te encontraste con un elfo buenorro en la fiesta y que te fuiste a su cabaña en medio del bosque. —Se ríe. Y por eso me explotan fuegos artificiales en el pecho. —Eres tan preciosa, Emis. Siempre te he encontrado preciosa.

Me levanto y meto los dedos por debajo de su pelo hasta atrapar su nuca. Quiero controlar su movimiento para que no mire a otro lado mientras le declaro lo que siento.

—Te vino la regla por primera vez con trece años, y al año siguiente tu sujetador cambió de talla. Tengo en la memoria cada día en que pasó. ¿Te das cuenta de lo enfermizo que suena? —Miro su cara, queriendo entrar en su cabeza. Es raro subir el estatus de la hermanita del colega de "monada" a "putamente sexy". Y mi polla lo aprueba todo. —Casi tenía dieciocho, Emis. —Cierro los ojos y respiro hondo. —Tú eras mi secreto más escondido. La chica que estaba ahí y al mismo tiempo lejos de mis manos.

—Yo quería ser tuya… —murmura. —Quería que mi primer beso fuera tuyo.

—Yo también lo quería, cariño. Lo quería con todas mis fuerzas. —Me viene a la cabeza el día que me acorraló y me pidió un beso en el pasillo de su casa. Yo ya estaba en la uni, saliendo con mil chicas, pero quería a una adolescente. —Cuando dejaste la puerta de tu cuarto abierta para arreglarte antes de salir con ese idiota, tuve ganas de entrar y besarte.

—Te pedí que me besaras aquella tarde.

—Sí lo pediste, pero no podía. No era justo robarte el primer beso si tú no ibas a tener el mío. —Me mira con mezcla de ilusión y nostalgia. —¿Sabes por qué me importaba? —pregunto, y ella niega con la cabeza, confusa. —Porque sabía que si probaba tu boca, me iba a volver adicto.

Con esa última declaración presiono nuestros labios en un beso denso, con significado. Poco a poco lo suavizo y la beso despacio, saboreando sus labios carnosos con toda mi devoción.

Nuestras bocas se acoplan como si la química juntara dos elementos y saliera algo sublime.

Muerdo su labio inferior y deslizo la lengua sobre su textura. Emory jadea, gime y responde, profundizando el beso. Sus uñas se clavan en mi nuca y me atrae hacia ella.

El vestido se amontona en su cintura y el pantalón del elfo va a quedar con una mancha mojada justo encima de la polla.

La puta que voy a devolver la fantasía, pienso.

Enredo los dedos en los tirantes del vestido y lo tiro hacia abajo hasta dejar al descubierto sus pechos. En el armario de las hadas parece que los sujetadores no abundan.

Me echo un paso atrás solo para grabar en la memoria el momento en que desmonto a una hada… a mi hada.

—Deja de mirarme y ven a follarme ya. —Emis abre la americana, arrancando y mandando a tomar por culo los botones del disfraz de elfo. Menudo parejón: una hada en pelotas y un elfo con

solo pantalón. Si a eso se le puede llamar pantalón; más bien parece una tortura china.

—No puedo follarte, Emis. No tengo condones. Dejé los que tenía en la otra fantasía cuando me la pillé prestada.

—¿Te has robado una fantasía?

—La cogí prestada —corrijo, intentando arreglarlo.

—Da igual. —Saca una bolsita de tela pegada al vestido y levanta una. —Yo tengo.

—Por favor, dime que no pensaste usar eso con el gilipollas del Theo… —Una mezcla de dolor y rabia me revuelve el estómago.

—No lo iba a usar con él. Pero se volvió costumbre, después de que…

—¡Ay, Dios! ¡Para! No sé si quiero saber.

—Siempre ibas con preservativos, Austin. Te veía la cartera. —Resoplo, pillado in fraganti.

— Que se joda lo que pasó antes. Ahora eres mía. — retomo el beso con más ferocidad. Mis manos ya no son delicadas, son dueñas, tomando lo que es mío.

Acaricio sus tetas, pellizcando los pezones hasta arrancarle un gemido. La saliva se me espesa con las ganas de sentirlos en mi boca. Sigo, dejando besos por su mandíbula hasta atrapar la areola rosada.

Emory arquea el cuerpo, ofreciéndose todavía más. Succiono fuerte, mamando de su pecho mientras masajeo el otro. Después de unos minutos, voy alternando mi boca entre ambos, castigando la piel clara con pequeñas mordidas. Que tenga que esconderse en la ducha por mis marcas me da igual. Le presto mi baño privado en la fraternidad. El único detalle sería ocultarla entera de su hermano…

Hoy no. No quiero pensar en Sebastian.

La giro, empujándola hasta que queda tumbada boca abajo sobre la mesa. Su culo en forma de corazón queda bien alto, y su coño rojizo y húmedo, suplicando por mi polla. Pronto, pienso.

Apoyo una rodilla y le paso la lengua desde el clítoris hasta el hueco arrugado. Su cuerpo se tensa y sonrío. Era pronto para eso, pero no pude resistirme.

— Eres guapísima, Emis. Me quedaría de rodillas aquí para siempre.

— Puedes quedarte de rodillas chupándome, ¿eh? — me mira por encima del hombro, descarada, y solo por eso le meto un dedo de golpe en su interior. Ella jadea, sorprendida, sin esperar esa represalia.

— Sé buena chica y te voy a comer el coño, preciosa. Te voy a comer de un modo que vas a querer repetir todos los días.

— No sé si Sebs lo entendería si pasara tanto tiempo en tu cuarto — provoca.

— ¿Quién dijo que sería en mi cuarto, eh? Puedo comerte en tantos sitios, Emis.

— Es verdad… — Sus ojos recorren la sala. — Como en el despacho de la presidenta de Kappa, ¿no? — suena irónica y divertida a la vez.

— Exacto.

Y para demostrarlo, entierro la cara en su raja, pringándome con su excitación. Su sabor se esparce en mi boca mientras lamo, chupo y hundo la lengua en ella.

— Pon las rodillas en la mesa y baja la cabeza, que quiero verte todavía más arqueada para mí — le ordeno, ayudándola a colocarse.

La postura la deja aún más provocadora. Le abro los labios y encuentro el clítoris duro. Empiezo a mamarlo, chupando hasta oírla gemir alto. Le meto dos dedos en la entrada, marcando un vaivén que sigue el ritmo de mis succiones.

No tarda en soltar un gritito agudo, señal de que se corre. Sigo lamiendo, saboreando su jugo. Cuando me siento satisfecho, me pongo de pie y le doy una palmada sonora en una nalga, apretando después.

— Siempre quise azotarte ese culo cada vez que tomabas el sol con ese bikini diminuto.

— Ni me mirabas, Austin.

— ¿Si no te miraba cómo sé que tienes el dibujo de Europa en la ingle, eh? — confieso mi obsesión. — Debí darme cuenta de que eras tú aquella noche. Debí parar en cuanto vi tu marca de nacimiento. Pero no pude. Me mentí a mí mismo para seguir imaginando que te estaba follando.

— Por si no te enteraste: lo estabas haciendo — replica, juguetona. Le doy otra palmada.

— Solo que era un puto cobarde mintiéndome. Yo…

— ¿Austin? — Levanto la vista, viéndola a cuatro patas delante de mí. — Ahora es cuando te pones duro y me follas, ¿vale? Ya tendrás tiempo de lamentarte después de hacerme correr otra vez.

Resoplo, sorprendido, y sonrío al verla levantar aún más el culo, apoyada en los codos.

— Si no tuviéramos el tiempo contado, te azotaba el culo toda la noche — le advierto, quitándome la chaqueta y peleando con el puto pantalón de elfo.

Al fin libero mi polla, que parece aún más hinchada tras soltarla. Suspiro, aliviado, y rasgo el envoltorio plateado, desenrollando el condón hasta la base. Cuando veo la altura que necesito para enterrarme en mi chica, opto por lo práctico y bajo una de sus piernas de la mesa.

Ella lo entiende y se acomoda para recibirme. La sujeto fuerte de la cadera y encuentro su entrada, deslizándome dentro poco a poco.

— Austin… ve despacio. Eres grande.

— Nunca me canso de oírlo, ¿sabes? Pero tú puedes, cariño. Haz tuyo mi rabo. Siempre fue tuyo. — Mis palabras logran que su coño se relaje un poco y me deje entrar más.

Cuando estoy enterrado hasta el fondo, le subo el vestido por encima de la cabeza, dejándola desnuda. Bajo una mano por su espalda, presionando la zona lumbar, mientras la otra aprieta su cintura. Ella murmura palabras incoherentes y estoy demasiado concentrado para descifrarlas.

Espero un segundo y luego empezamos nuestra danza, sin coreografía, pero perfecta. Entro y salgo, en un vaivén sincronizado, como si nuestros cuerpos supieran exactamente qué hacer.

La danza prohibida, pero inevitable.

La danza que siempre quise.

Emory era perfecta para mí, y yo quería serlo para ella.

Su melena está desparramada sobre la mesa, y la imagen ya es hipnótica de por sí, pero encima con el brillo de los adornos de su disfraz reflejando la luz. Parece de verdad un hada. Contengo un gemido grave, mordiéndome el labio inferior. Entonces muevo la cadera con más fuerza, acelerando poco a poco hasta volverme intenso, bruto, febril.

El impacto de nuestros cuerpos retumba en la sala, y eso me pone aún más caliente. Miro a Emory, su rostro ladeado, la boca entreabierta, la frente ligeramente fruncida. Hermosa.

— Gime, preciosa. Gime alto, quiero oírte correrte — le ordeno, dándole un azote en el culo, dejando la marca de mis dedos. Mi excitación crece con cada embestida, como si fuera a explotar de un momento a otro.

Deslizo la mano por delante y presiono su clítoris con dos dedos mientras meto con fuerza. Ella jadea y suelta un gritito, seguido de otro. Froto su botoncito hinchado con un vaivén frenético.

En nada, un grito se prolonga, su respiración se corta y su cuerpo vibra en llamas.

Me dejo arrastrar por la ola, sujetando su cadera con ambas manos, sintiendo mi cuerpo estremecerse y mis piernas flojear un poco. Unas cuantas embestidas más y me derramo dentro de ella, rugiendo con uno de los mejores orgasmos de mi vida.

Joder, Emis… siempre fuiste tú.

En mi mente, en mi corazón, siempre… solo tú.

Mi respiración se calma y aflojo el agarre de su cintura.

— ¿Y ahora? — pregunta, girándose hacia mí y sentándose en la mesa.

— Ahora… voy a buscar a algún novato y decirle que no pienso devolverle el disfraz. — Me mira con reproche. — Nunca va a oler tu perfume, pequeña. — Me pongo la chaqueta del suelo. — Y espero que tengas el don de autolimpiarte, porque tu pintalabios me ha destrozado la cara.

La despreocupación se le escapa y Emis corre a por su vestido, sacando de un bolsillito lateral algo parecido a una toallita… milagrosa, porque le borra todo el maquillaje. Y de repente, ¡zas!, otro pintalabios. Dios. ¿Eso es un portal a otra dimensión? Pues que lo sea… De golpe aparece también un espejito de bolso. Se dispone a retocarse.

— Si fuera tú, no lo haría — le sujeto la mano en el aire.

— ¿Y por qué no?

— Porque voy a besarte otra vez antes de que acabe la noche y vas a volver a mancharte.

Ella suspira, soltando un ruido de pura frustración.

— Las chicas me van a preguntar…

— "Las chicas…" — imito con voz de quejica. Emis arquea una ceja y ahora me toca bufar. — Hay mil cosas que pueden

haberte borrado el pintalabios, Emis. Bebida, comida… o un beso del tío del que estás pillada. — Voy contando con los dedos.

— No sé si sigo pillada…

La atraigo por la cintura, pegándola a mí.

— Claro que sí. Y si ya no lo estás, volverás a estarlo. — Le doy un beso rápido. — Pásame esa toallita a mí también… seguro que tengo la boca roja por ese pintalabios asesino. — Ella ríe antes de hacerme caso.

No iba a aparecer con un disfraz de elfo y la boca manchada de rojo, ¿no? Ya era suficiente con la chaqueta medio abierta. Emis arrancó todos los botones.

— ¿Se lo vamos a contar a Sebs? — duda, tanteándome.

— ¿Quieres que sea ahora? Solo te pediría esperar hasta después del cumple de la Gelito. No quiero arruinarle la sorpresa. Sebs ni siquiera le ha dado el regalo aún.

— Tienes razón.

— Eh… no voy a huir esta vez — recalco, abrazándola de nuevo. — Solo deja pasar el día de hoy. — Ella asiente y empieza a acomodarse el vestido.

— ¿Sabes qué le va a regalar a Winter?

— Sí… hasta le ayudé a elegirlo.

— ¿Y puedo saberlo?

— Claro… debería estar a punto de dárselo. — Me agacho frente a ella para ponerle la bota. — Es una cadena con un colgante en forma de copo de nieve con rayos de sol.

— Qué bonito… Sebs pensó en la hermana de Win.

— ¿Y la parte de "yo le ayudé"? — protesto, queriendo el crédito.

— Pero es Sebastian quien se lo va a dar y quien aceptó tu ayuda. No seas celoso, Prince.

— Nah… soy feliz así. — Y consigo arrancarle una risa deliciosa.

Antes de salir del cuartito, me coloco de nuevo la máscara de elfo.

Emory me ayuda y después se adelanta unos pasos. Cuando nos acercamos al resto, decidimos bordear un grupo y evitar aparecer juntos.

Sobre mi disfraz, me limité a decir que tuve un accidente con el anterior, y no mentí al asegurar que lo cogí de un novato.

El resto de la noche, me dediqué a vigilar cada movimiento de mi chica.

Cada vez que Emory estaba cerca, mi corazón latía tan fuerte que ni el hielo lo calmaba.

Lo peor era notar cómo mi polla reaccionaba cada vez que recordaba su cuerpo sobre la mesa de Riley.

Mi cuerpo gritaba lo mismo que mi corazón:

No voy a dejarte escapar, pequeña. Nunca más.



Ya lo había visto todo en la pista: palos partidos en la cabeza, patinadores tropezando con sus propios pies e incluso a Jordan expulsado por soltar un taco contra un juez con un acento sureño que ni él sabía que tenía. Pero nada, absolutamente nada, se comparaba con el caos que se estaba montando en mi vida fuera del hielo.

Quién diría que Austin Prince, el tío capaz de convertir cualquier excusa cutre en arte, estaría ahí, en la sala común de la fraternidad Alpha, estrujándose el cerebro para pedir consejo sin que nadie supiera ni de quién ni por qué.

Estoy tirado en el sofá, justo al lado de Sebastian, que está clavado en el partido de hockey que ponen en la tele. Kyle trastea el móvil en su sillón, tecleando algo que lo deja con la sonrisa tonta. No hace falta que diga con quién está hablando, ¿no?

Jordan, por su parte, está en el equipo de Sebs y de vez en cuando suelta una observación sobre una jugada.

— ¡Mira esa mierda! ¿Ves? El árbitro pitó falta, igual que en el último partido. — Jordan gesticula mientras ponen el replay en la pantalla.

— Aún no me trago la derrota contra los Spartans — opina Kyle, levantando la vista del móvil.

Resoplo, aburrido, cruzándome de brazos.

— Bueno… hice lo mío, pero parece que nadie más tenía ganas de jugar — digo, echándome hacia atrás, casi tumbado en el sofá. — El gol que nos metieron en el último periodo fue ridículo.

— La culpa la tuvo ese árbitro ladrón — Jordan no suelta la presa.

Sebastian suspira fuerte.

— Dejad al árbitro fuera de esto. Perdimos porque jugamos mal. Punto — responde.

— Igual si tuvieses más gente en ataque en vez de depender solo de Austin... — Kyle se encoge de hombros; está picándome a propósito.

— ¡Eh! Llevo cargando con vosotros a la espalda años. Que lo sepáis.

— Vale, héroe — replica Kyle entre risas.

¿Héroe? Joder… si supieran que me estoy comportando como Doctor Strange protegiendo el Ojo de Agamotto, ¿eh? Héroe se queda corto. Además, stalkear a Emis sin que me vean ha requerido no solo poderes, sino magia negra.

¿Por qué saco lo de Doctor Strange? Desde la fiesta de Halloween no consigo un momento a solas con la cañita. Y van como diez días. He descubierto que se me escapa más que una rana en jabón — y sí, lo digo también en plan doble sentido.

Incluso después del partido que perdimos, ella se pegó a su hermano. Pensé que la Gelito iba a montarla y a mandar a mi chica a pastar, pero parecía que estaban confabuladas para volverme loco.

Tras la derrota fuimos a la Kappa. Pensé que por fin podríamos hablar, y zas: desaparece. Ni rastro en su cuarto. Solo estaban Cam y Madison. Tenía vía libre por los pasillos de la fraternidad, así que caminé tranquilo hasta la puerta del dormitorio de Emis. Abrí como siempre con la excusa de que buscaba a alguien. Pero esta vez no mentía.

Esa noche hice algo fuera de lo habitual post-partido: me fui a dormir… solo. No estoy acostumbrado a querer a una tía y no conseguir nada. Primero, porque nunca había deseado a nadie así. Segundo, porque normalmente, aunque sea por una noche, consigo lo que quiero.

Necesitaba a mis otras tres cabezas pensantes. Aunque no fuesen expertos en ligar. Además, Sebastian me mataría si me plantease comprarle un vibrador a su hermanita, lo mismo que hizo con Winter.

Y Kyle… él usa sus dotes culinarias, algo que yo no manejo.

Ni hablemos de Jordan… el tipo nunca se interesa de verdad por nadie; cuando lo intenta, apoda a la chica "Mad Maddie". Solo una loca cae en su labia.

Pero era lo que tenía. Estaba perdido.

Pasamos un rato más debatiendo la derrota hasta que sonó el segundo gol de los Nashville Predators. Silencio, atención al televisor.

En un momento la cámara enfoca a una pareja en la grada: se ven en la pantalla, se sonríen y se besan. Casi suspiro; ese tipo de secuencias del marcador siempre hacen efecto.

La chica del plano es rubia y no tiene nada que ver con Emory. Aun así, en mi cabeza soy yo el que está a su lado. Pero no… la realidad me trastoca. Estoy jodido.

Así que escupo:

— Sabéis… tengo un amigo que… — Empiezo a pensármelo mejor, pero ya que he abierto la boca, tiro pa'lante. — Me pidió consejo sobre una tía.

Silencio raro en el aire; mis colegas se miran. No les cuadra lo que estoy contando.

— ¿Tú…? ¿Dando consejos? — suelta Kyle en plan irónico. — Ese colega debe estar loco o estar desesperado.

— Puede que esté… — contesto bajito. — En fin. Lleva unos palos de una tía.

— Deja que adivine: ¿tu amigo la ha cagado? — Sebastian alza la ceja y su "tu amigo" suena más que cínico. Sí… no cuela. Pero sigo con el teatro.

— ¡No! — respondo al tiro. — Quiero decir… él cree que no. El problema es la tía.

Jordan deja el mando y se gira con una sonrisa ladina.

— ¿Me estás diciendo que te están dejando tirado por una tía? — El ser maligno llamado Jordan va al grano. Revuelvo los ojos teatralmente.

— Ok. Sí. ¿Contentos?

— ¿Te está ignorando? — pregunta Kyle, también en modo burla. — ¿No eras tú el que hacía eso con todas?

— ¡Exacto! Eso es lo que me vuelve loco. Yo soy el maestro de las excusas, no la víctima. El mundo se ha puesto al revés y nadie avisó.

Sebastian suelta una risa baja y por fin me mira.

— ¿Es viejo el caso o nuevo?

Lo que pienso es: es tu hermana y siempre me ha molado, pero me cagaba de miedo perder su amistad y hasta la suya por decir lo que siento.

Pero lo que digo en voz alta:

— Antiguo. Yo… — Desvío la mirada. Joder, es más difícil de lo que pensaba. — Ya he salido con ella.

La risa maliciosa de mi futuro cuñado no pasa desapercibida.

— Entonces, quizá ella aprendió del mejor.

Ajá… "del mejor", pienso. Sebs no tiene ni idea de cuántas excusas fabriqué para que su hermana me mandara a la mierda. Y aprendió bien. Joder.

— Vale, admito que fui buen profesor. Pero en serio, se me está yendo de las manos. — Me inclino, apoyando los codos en las rodillas. — Le mando mensaje, me responde "estoy ocupada". Llamo y me suelta "hablamos luego". Luego. Y sé que no habrá un "luego"… porque yo decía eso.

— Eso se llama karma, tío — sentencia Kyle con cara de "bien merecido".

— ¿El universo no tenía otra cosa que hacer? — me paso la mano por el pelo, frustrado. — Y estábamos bien… hasta Halloween y… — me corto antes de soltar algo de más.

No me vieron con nadie en la fiesta de la Kappa. Conté con su desinterés; estaban muy ocupados para vigilar mi vida.

— Lo de elfo lo explica todo — Kyle me señala acusador y casi me atraganto. — Debes haber follado con la tía y destrozado su disfraz.

Suelto el aire aliviado: acertó lo de follar con la tía, pero falló con lo del disfraz. Menos mal.

— A la mierda. — hago un gesto de desprecio. — El tema es que desde entonces solo recibo excusas. Y, sinceramente, empiezo a pensar que fui yo quien la cagó… pero no sé en qué.

— A ver si lo pillo. — Jordan se ríe, negando con la cabeza. — Pides consejos porque estás pillado por la chica que ahora te trata como tú tratas a todas.

— No estoy pillado — replico demasiado rápido, y eso lo empeora todo.

— Sí que lo estás. — Su risa, por primera vez, me cabrea. — Ya fue, Austin.

— Cállate, Jordan — le gruño. Jesús… suena raro que le diga eso a otro gladiador que no sea yo.

— Ya ves… señalando todos los síntomas — continúa mi querido amigo.

Me echo a reír con sorna.

— Sois el peor apoyo del mundo.

— ¿Y para qué lo pediste? — se mofa Sebastian.

— Porque estoy desesperado — aclaro, y el calor me sube a la cara—. ¿Qué hago? ¿La ignoro de vuelta? ¿Finjo que me la pela?

— O haces lo de siempre: desapareces y la dejas con la espinita. Funciona con todo el mundo, ¿no? — Kyle se encoge de hombros como si fuera obvio.

— Eso no es un plan — le devuelvo.

Sebastian me mira serio por primera vez.

— Si de verdad te gusta, vete y habla con ella. Si no, déjala en paz. Simple.

Mi capitán da las mejores instrucciones dentro de la pista. Fuera de ella, tengo dudas. Al final, él se quedó con la chica, ¿no?

— ¿Y si voy y ella no quiere hablar?

— Pues lo aceptas, tío — sentencia Jordan, seco. — A veces pierdes. Como en el partido.

Me jode admitir que llevan razón. Igual toca dejar de jugar y ser directo. Perder no es opción — porque siento que Emis sigue medio pillada por mí. Lo intuyo.

— Sois unos consejeros de mierda — protesto poniéndome en pie, pensando ya en el texto que le voy a mandar a la cañita. — Pero gracias, supongo.

Subo las escaleras maquinando un plan infalible para recuperar la confianza de Emory. Su corazón fue mío: me lo cedió con diez años. Y no pienso devolverlo.



Salgo de la clase avanzada de ballet con los músculos pidiendo auxilio a gritos. La profesora hoy se pasó tres pueblos, pero era justo lo que necesitaba. Concentrarme en cualquier cosa que no fuera mi vida amorosa.

— Hoy ha sido durillo, ¿eh? — comenta Clara, una de mis compañeras, mientras caminamos por el pasillo del edificio de Bellas Artes.

— Ni lo digas. Mi tobillo me está chillando desde el plié inicial.

— Al final del semestre tendremos espinillas de elefante o por fin haremos los saltos perfectos que exige la profe Greta.

— Espero que sea la segunda opción — respondo, y sonreímos a la vez.

— Aquí me quedo. Nos vemos luego, Emis — se despide, entrando en un aula al lado.

Entonces, mi mundo vuelve a girar cuando noto quién está apoyado en la pared, esperándome. Austin está ahí, con ese aire despreocupado que me irrita y me fascina al mismo tiempo. Joder.

Por instinto, acelero el paso para alcanzar a un grupo de compañeros que todavía no se han ido a la siguiente clase. Cualquier

cosa para evitar lidiar con él ahora.

— ¿Todo bien, Emory? — me pregunta uno de ellos, Rick, ajustándose los cascos alrededor del cuello.

— ¡Todo genial! — contesto, intentando sonar natural.

Siento la mirada de Austin quemándome la espalda, pero sigo andando, tirando de conversación con Rick para distraerme. Él se fija en Austin y arquea una ceja.

— ¿Qué hace el príncipe de los Gladiadores por aquí? — Echo un vistazo rápido hacia atrás, fingiendo sorpresa, antes de soltar la mentira más descarada.

— Seguro que está quedando con alguna chica que estudia en este edificio. — Me encojo de hombros.

Rick me mira de reojo.

— O quizá está esperando a cierta bailarina…

Me atraganto con mi propia saliva al instante. No esperaba eso. Me doy golpecitos en el pecho para desatascar las vías respiratorias. Cuando me recupero, lo encaro.

— Ni de coña. Él me ve como a una hermana pequeña. — Le suelto una de mis sonrisas más falsas, tragándome las náuseas de decirlo en voz alta.

— Ya… pero que conste. Si intentas dar celos hablando conmigo, no va a funcionar. Austin sabe que soy gay. Ya le tiré los tejos. — Mi cuello gira demasiado rápido hacia él con esa última confesión.

— Y-¿ya… saliste con Prince? — La curiosidad me mata, pero, vamos a ver… nunca imaginé que Austin pudiera ser bi.

— Ojalá… — suelta una risa corta. — Pero fue majo y me elogió el pelo después de decirme que jugaba en otro equipo.

Austin siendo Austin: conquistó a Rick tocándole el punto débil. Mi compañero tiene adoración por su melena negra hasta la espalda.

— Yo me quedo aquí, guapa. Suerte rechazándole otra vez. — Rick me guiña un ojo, y me quedo plantada, confesando mis pecados con el cuerpo momentáneamente paralizado.

Miro por encima del hombro y veo que mi acosador personal sigue mis pasos, aunque va mirando el móvil mientras camina. Malísimo hábito para quien quiere seguir a alguien, ¿no? Pero para mí es una ventaja: si acelero, puedo desaparecer. Me pongo en marcha rápida, casi como en una competición de marcha olímpica.

— ¡Emory! — me llama. Mierda. Todo el mundo se gira a mirar y si echo a correr, quedo aún peor.

Así que me paro, respiro hondo y me giro. Está mucho más cerca de lo que esperaba, con las manos en los bolsillos y una sonrisa… rara.

— ¿Austin? — Mi voz suena más cortante de lo que pretendía. Carraspeo y estiro los labios en un intento de parecer mínimamente simpática. — ¿Qué haces aquí?

Él arquea las cejas, como si la respuesta fuera obvia.

— Hablar contigo.

— Creo que no tenemos nada que hablar.

— Entonces vamos a no hablar en un sitio más privado, ¿vale? — replica de inmediato, con esa sonrisa llena de segundas intenciones.

Pongo los ojos en blanco y sigo caminando hacia la salida del edificio. Todavía me parece surrealista que esté viviendo esta situación en la que Austin me acorrala prácticamente todos los días.

Me manda mensajes tiernos, mensajes picantes… Me llama con cualquier excusa. Vamos, todo lo que siempre soñé que hiciera.

Y eso me aterra.

— No tengo tiempo ahora. — Me giro y echo a andar antes de que pueda decir nada más.

— ¿Por qué? ¿Qué tienes que hacer?

— Porque… tengo un trabajo de clase que terminar. — Mi voz sale más alta de lo normal, y la excusa es tan patética que hasta yo me avergüenzo.

Austin se ríe, pero no de forma burlona. Es esa risa corta, acompañada de un suspiro frustrado.

— Emory, estoy intentando entenderte. Intentando que esto funcione. Quiero que sea real, para poder hablar con Sebastian sobre nosotros.

Me congelo un instante, como si sus palabras tuvieran peso físico.

¿Quiere hablar con Sebastian?

¿Sobre nosotros?

La idea de ser la causa de una grieta en su amistad es como un golpe en el pecho. El miedo late en mí. Antes de que diga nada más, levanto la mano, pidiendo silencio.

— No… Ahora no — respondo, mirándole apenas. — No hasta que esté segura… de lo que siento. De lo que realmente podemos ser.

— Emis… — Niega con la cabeza, más calmado de lo que esperaba. — Si no lo intentamos, nunca sabremos lo que podríamos llegar a ser.

Lo miro, notando cómo mi corazón se encoge un poco. Quiero responder que todo irá bien, que siempre lo amé y lo esperé… pero ahora quiero que él haga lo mismo por mí. Sin embargo, lo único que logro soltar es:

— Estoy confundida.

Él resopla, soltando el aire con una risa triste. Y me duele el pecho, porque odio ser la persona que le causa cualquier sufrimiento.

— Y lo siento mucho por haberte dejado así. — La sinceridad en su voz es casi demoledora.

— Necesito pensar… necesito tiempo — digo rápido, odiándome por la duda en mi propia voz.

— Voy a intentarlo, ¿vale? Si necesitas tiempo, voy a intentar dártelo. — Cruza los brazos, como si levantara un escudo para protegerse. — Pero ni siquiera sé qué significa eso.

Joder. Está tan perdido como yo.

— Aparecer de la nada al final de mis clases seguro que no es… — Miro alrededor, viendo que algunas personas nos observan con curiosidad. Él también mira y se da cuenta de lo que quiero decir.

— No lo pensé… — Se pasa una mano por la nuca, incómodo. Luego levanta la mirada. — ¡Vale! — Asiente, y ya no insiste, retrocediendo y caminando con los hombros caídos.

Antes de girar el pasillo, me mira. Yo arqueo las cejas, gesticulando para que se vaya, intentando disimular la confusión que me devora.

En cuanto desaparece, corro al baño de chicas y me encierro en un cubículo hasta que mi pecho deja de doler. Austin hizo exactamente lo que le pedí, sus ojos gritando que quería quedarse, pero se fue.

Y ahora, con el corazón sangrando otra vez, no sé si he elegido bien. ¡Arg! Me froto la cara, intentando aclarar mi mente.

Ese es el gran problema: desear algo durante tanto tiempo solo para darte cuenta de que no sabes qué hacer cuando por fin lo tienes.

Es como una tortura, ¿sabes?

Como sostener una llama viva: por un lado, quieres más, por otro, sabes que puedes quemarte.

Un rato después, reúno fuerzas y consigo llegar a la fraternidad. La idea era darme una ducha eterna, comer uno de los bocadillos naturales de Cameron y dormir hasta mañana. Pero el destino decidió que hoy era el “Día D” para mi vida amorosa hecha

mierda, porque nada más entrar en la Kappa veo a Theo en la sala común.

Me sonríe.

— Hola, Emory. Sé que he venido sin avisar. Pero quería saber si estabas bien.

Y ahí me cazo en otra de mis mentiras.

¿Ves? Pura mierda.

No conseguía enfrentar la situación de frente y aclarar que mi interés había caducado.

Cuando Theo me pidió vernos después de la fiesta de Halloween, le dije que estaba enferma. Tosí y hablé con voz ronca para enfatizar mi estado deplorable. Luego dejó de venir a mi edificio cuando le pedí vernos más fuera de la uni. Lo pilló al vuelo.

Y el día de la derrota contra los Spartans, cuando parte del equipo se consoló en la Kappa, tuve que aguantarme el estornudo dos veces debajo de la cama de Cameron. La primera fue cuando justo Theo, el jugador educado, llamó y preguntó amablemente por mí. La segunda, cuando otro capullo atrevido abrió la puerta de golpe. Por si queda duda: el primero era Theo, y el segundo… Austin.

Él solo no me descubrió porque alcancé a verle de perfil antes de que empezara a escanear el cuarto con la mirada. Descubrí que tengo habilidades dignas de una espía profesional: caí de la cama sin hacer ruido. O quizá Maddie dejó caer su libro favorito en ese mismo momento. Quién sabe.

Mis nuevas amigas no preguntaron nada, lo cual me alivió. Aún no sabía qué decirles, y tampoco estaba lista para juicios.

Y ahora aquí estoy, viendo la sonrisa incómoda de Theo al comprobar que, obviamente, mi salud había mejorado y no se lo había contado.

Él mira a los lados, viendo a algunas chicas pasar, intentando disimular el mal rollo. Ellas captan la tensión y pronto nos quedamos

solos. Como si supieran que necesitábamos ese momento.

Cuando su mirada decepcionada se cruza con la mía, siento el peso de la culpa. Él fue un encanto desde el principio y yo…

Por culpa de Prince estoy en esta situación. Qué horror tener que rechazar a alguien, Dios.

Lo peor es que ni siquiera tengo un motivo de verdad. Va a pensar que estoy loca. Y no es del todo mentira: me pasé la vida detrás de un tío, y ahora que lo tengo arrastrándose por mí, no sé cómo actuar.

Pero después de lo que pasó con Austin… nada con Theo parece correcto.

— ¿Podemos hablar? — pregunto, acercándome.

— Cuando una conversación empieza así… — Suelta una risa sin humor. — Supongo que debería haberlo entendido cuando desapareciste en Halloween. Pero quise engañarme un poco más.

— Theo, yo… — Intento disculparme, pero me corta levantando la mano.

— Tranqui, Emis. Estuvo bien… y es mejor acabar antes de que de verdad me haga daño.

— ¿Podemos ser amigos?

— Uf… esa pregunta es complicada de responder ahora, ¿sabes? Porque hasta hace unos minutos tenía la esperanza de que mis instintos me engañaran. Que todavía pudiéramos intentar algo más…

— Lo siento… — digo bajito.

— No tienes por qué disculparte, Emis. Creo que alguien más ha entrado en el juego y yo no tenía ninguna posibilidad. — Alzo la cabeza de golpe. — Sí… lo sabía.

— Cuando esto se me pase… — Hace un gesto circular en su pecho, señalando sus sentimientos. — Vuelve a hacerme esa

pregunta de amigos. Porque quiero decir que sí. Pero cuando sea real. Ahora sería mentira.

— No sé qué decir…

— No digas nada. Soy defensa, nena. No pasa nada. Estoy acostumbrado a recibir golpes.

— Perdón. De verdad no quería que fuera así.

— Espero que él te merezca. Porque tú vales mucho.

— Gracias. — Mi voz es un susurro.

Theo se acerca, me da un beso en la mejilla y se marcha enseguida.

Camino hasta mi habitación con una mezcla de alivio y confusión. Terminar con Theo era lo correcto, pero eso no lo hace más fácil. Porque aún tengo que saber si lo que siento por Austin es real. Y si lo que él siente es suficiente como para valer su amistad con mi hermano.

¿Por qué todo tiene que ser siempre tan complicado para mí?

Cuando me dejo caer sobre la cama, siento un peso en el pecho, esa mezcla de alivio y confusión. Cameron y Madison todavía estaban viendo alguna de sus clases y llegarían más tarde. Tenía la habitación entera para mí, y con el torbellino de emociones que sentía, hasta se me quedaba pequeña.

No podía usar a Theo como muleta. No era justo para él. Tampoco para mí…

Sí… terminar algo que ni siquiera había empezado fue lo mejor. Sebastian no quería que yo saliera con él desde el principio, como si ya supiera que esto iba a pasar.

Sebastian…

Mejor avisarle de una vez para que deje de cargarla con su compañero de equipo.

Cojo el móvil y marco su número. Contesta al segundo tono.

— ¿Emis? ¿Estás bien?

— Ajá… más o menos. Necesito contarte algo antes de que lo escuches por ahí.

— Soy todo oídos.

— Terminé todo con Theo.

— Hum… — murmura, quedándose en silencio después.

— ¿Solo eso? ¿Hum? Espera… necesito comprobar si he llamado al hermano correcto. — Aparto el móvil de la oreja, mirando el número que marqué, actuando como si él pudiera verme.

— Emory… soy tu único hermano.

— Aun así. Tenía que comprobarlo — digo, con tono irónico, hasta que una alerta me salta en la cabeza. — ¿Sebs? ¿Ha pasado algo?

— No, Emis. No ha pasado nada. ¿Por qué?

— ¿Yo qué sé? Porque pensé que dirías algo distinto.

— No tengo energía para eso hoy. — Suspira, demostrando que quiere colgar cuanto antes. — ¿Hay algo más que quieras contarme?

¿Lo veis? Hay algo que está escondiendo.

— Sebastian, ¿qué pasa?

Hace una pausa, como si decidiera entre seguir esquivando o soltar la verdad.

— Es sobre papá. Richard presentó por fin esa demanda que llevaba planeando. La audiencia fue hoy.

Mi corazón se acelera.

— ¿Cómo? ¿Ya ocurrió?

— Sí. Todo se llevó en secreto judicial, pero los médicos presentaron un informe diciendo que está estable. La audiencia confirmó el dictamen y el juez autorizó su salida de la clínica.

— Dios mío… — murmuro, intentando procesarlo.

— Tranquila, Emory. — Su voz es firme, pero no brusca. — Es algo bueno. Papá por fin va a tener la oportunidad de reconstruir su vida. Va a salir, pero con supervisión. Richard acompañará todo el proceso como tutor temporal.

— ¿Y tú de verdad crees que eso va a salir bien? O sea… ¿y si el abuelo se entera? Aún no tenemos nada concreto contra él. ¿Y si… si intenta algo contra nuestro padre… y…?

— Simon nos está cubriendo, ¿ok? Y Richard está de nuestro lado. Papá se quedará en su piso en Grand Rapids. — Hace una pausa, su voz más suave. — No te preocupes, Emis. Ese hacker maldito va a descifrar de una vez el archivo y vamos a tener pruebas de sobra para devolver con intereses todo lo que Gregory hizo contra nuestra familia.

Y pensar que estamos hablando de nuestro abuelo… que debería formar parte de esta familia, pero decidió destruirla.

— ¿Richard se puso en contacto con el fantasmito para decirle cuál es la clave de ese documento loco que envió por última vez? — pregunto sobre el último envío que ni Sebs ni yo pudimos abrir, ya que el hacker parecía creer que le estaba enviando archivos a otro hacker.

— Dijo que ya lo envió y que tenemos que esperar.

— Esperar… — resoplo, contrariada, pero dejo morir el tema. Mi cabeza ya está en otro sitio. Quizá sea el cansancio de tantas cosas pasando, o solo la necesidad de sentir algo familiar. O a alguien. — Seb, creo que voy a casa a ver a mamá — digo, escuchando cómo él emite un sonido de duda.

Unos segundos después, habla:

— Está bien. A ella le va a gustar — replica, su voz firme pero con un toque de preocupación. — Y tú también necesitas eso, Emis.

Asiento, aunque él no pueda verme.

A veces, un poco de seguridad en medio de este caos emocional es todo lo que necesito. Mi madre puede ser una montaña rusa con sus propios sentimientos. Pero cuando yo lloraba en la oscuridad, era ella la que aparecía para encender la luz.



Mi móvil vibra otra vez, marcando el final de otra media hora. Reinicio el temporizador y, durante los primeros tres minutos, me quedo ahí, embobado, mirando cómo cambian los segundos.

¿Por qué? Entrenamiento.

Descubrí que, igual que en el deporte, algunas cosas en la vida exigen práctica. Practicas hasta clavar un regate, deslizar los patines con precisión o frenar de golpe sin acabar de culo en el hielo.

Ahora estoy practicando cómo lidiar con el tiempo.

Fue lo que mi enana me pidió, y por eso aquí estoy, aprendiendo este nuevo ejercicio que nunca había hecho.

Ayer fue una tortura terminar el día sin mandarle ni un mensaje. Antes, por más que las respuestas fueran excusas baratas, al menos tenía algo. Alguna conexión, aunque mínima. Hoy, lo único que tengo es su foto de perfil, mirándome en silencio.

Escribí "buenos días, enana" y lo borré. Luego, "el Pollo dijo buenos días" — también lo borré. A la tercera intentona, puse: "¿para darte tiempo tengo que dejar de decir buenos días?", y lo borré aún más rápido. Patético.

¡Joder! Nunca tuve que darle "tiempo" a nadie antes. Nunca necesité medir mis palabras ni calcular si un mensaje iba a hacer más daño que bien. Ahora ni siquiera sé si puedo mandarle algo o no. Y este silencio… me está matando.

El aleteo interrumpe mis pensamientos. Mi hijo emplumado está subido en la silla de estudio, recolocándose con aires de importancia. Seguro se prepara para su primer canto de la mañana.

Suelto un suspiro largo, porque sé lo que viene. Desde las tres de la madrugada mi sueño fue un caso perdido. Decidí darle tiempo a mi mente y a todo lo demás, pero parece que el pollo decidió que su tiempo es ahora.

El Pollo finalmente suelta un cacareo potente, y me levanto antes de que active el modo "concierto completo".

— Vale, campeón, ya pillé la indirecta. — Lo cojo con cuidado y lo llevo a la zona de servicio. En la esquina del patio, le espera la casita climatizada que montamos. — Tu suite de lujo está lista. Ahora relájate, ¿sí?

Con él acomodado, vuelvo dentro y decido empezar el desayuno. Soy malísimo, pero hace tiempo que no quemo los huevos revueltos, así que…

Minutos después, escucho pasos perezosos en el pasillo.

— ¿Estás enfermo? — Kyle aparece en la puerta, con el pelo hecho un desastre y un bostezo escapando mientras me mira. — Nunca te vi levantado antes de las siete.

— No estoy enfermo. Solo tuve insomnio — respondo, removiendo los huevos en la sartén.

— ¿Insomnio? ¿Tú? — Levanta una ceja, claramente escéptico. — Imposible. Duermes con el pollo toda la noche y mira que el bicho canta tres veces de madrugada.

Antes de que pueda defender a mi hijo, Sebastian aparece en la cocina, todavía con la camiseta arrugada con la que durmió. Me lanza una mirada curiosa mientras va directo a la nevera.

— ¿Insomnio y preparando desayuno? Que alguien avise que empezó el apocalipsis.

Le regalo una sonrisa cínica y sigo moviendo la cuchara en la sartén. Otros de la Alpha empiezan a invadir la cocina y la mesa del comedor, algunos hablando más alto de lo que soporto.

— Joder… ¿nadie entiende el concepto de despertar en paz en esta fraternidad? — me quejo.

— Algo muy raro pasa aquí… tú eres el más ruidoso por las mañanas, Austin. ¿Qué te ocurre? — Kyle apunta, y me hace repensar mis palabras.

— ¿Insomnio? ¡Hellooo! — canto, de mal humor, señalando mi sien.

— Muy raro de verdad — remata Sebastian.

— ¿Qué tiene de raro? — Zack pregunta, apareciendo sin avisar y abriendo el armario para coger un bol. — ¿Que tu hermana cortó todo con Theo, eso?

Y el tema hace que mis orejas se pongan en alerta.

— Eso… — Sebs gesticula, usando el dedo como si fuera un puntero explicativo. — No es raro, es demasiado correcto.

Antes de que Zack suelte otra gracieta, Theo entra en la cocina. Parece calmado, pero tiene esa mirada de quien sabe que va a ser el centro de la conversación y ya se está preparando.

— Zack, déjalo, tío — dice Theo, parándose junto a la mesa y cruzándose de brazos. — Entiendo a Sebastian. Tú eres el único que no tiene nada que ver en esto.

Zack pone una mueca, pero no responde. Solo tira el cereal en el bol con exageración, derramando la mitad en la encimera.

Permanezco en silencio, dejando que la discusión siga mientras me concentro en los huevos de la sartén. Pero entonces noto a Kyle mirándome de reojo, como si intentara leerme la mente.

— Vas a acabar quemando eso. Aparta. — Kyle me empuja un poco y se coloca en mi lugar frente al fogón, con la autoridad de quien ya lo ha hecho mil veces.

— Perfecto. Diviértete — murmuro, apartándome y yendo a la nevera. Cojo un vaso y lo lleno de zumo de naranja.

Mientras bebo, dejo que las palabras de Theo retumben en mi cabeza. ¿Así que Emory terminó con él?

El simple hecho de escuchar su nombre me pone inquieto, pero disimulo bien… o eso creo.

Finalmente, cuando los ánimos empiezan a enfriarse, Theo y Zack salen de la cocina, llevándose con ellos la tensión.

— Sebs…? — lo llamo en un tono más bajo. Él levanta los ojos y arquea una ceja. — ¿Emis está bien?

— Sí. — Asiente. — Decidió ir a Traverse City, a visitar a nuestra madre.

La información me agarra desprevenido, pero mantengo el rostro neutro. Solo asiento mientras termino el vaso de zumo. Y ahí surge la tentación de tomar una decisión arriesgada.

¿Dos días serán suficientes para ella?

— ¿Qué pasa, gente? — Jordan aparece, acercándose a la sartén y robando un puñado de huevos revueltos con la mano. Se gana una cucharada de advertencia de Kyle. — ¡Hostia, joder!

— Siéntate y espera a que te sirva en el plato.

— Sí, mamá — replica al grandullón, y todos soltamos una carcajada.

— Tú llegas tarde. Austin se despierta temprano. Estoy empezando a preocuparme — bromea Sebastian.

— Y encima haces chistes… — añade Kyle. — Sí, definitivamente es el fin del mundo.

— ¿Yo hago chistes, no? — Sebs me pregunta a mí. Giro la cabeza, buscando que mi sombra responda en mi lugar. Ni de coña.

— No, Caps. Tú no haces — Jordan me salva. — Pero estuvo bien. Te lo juro.

— Austin dijo que tuvo insomnio, ¿y tú? ¿Cuál es tu excusa? — Kyle le pregunta a Jordan.

— Salí con alguien anoche.

— ¿Quién? — Sebs, más curioso que nunca.

— No me acuerdo del nombre.

— Típico — Kyle chasquea la lengua, desaprobando.

Jordan se encoge de hombros, roba otro puñado de huevos directamente de la sartén y sale corriendo de la cocina, riéndose mientras la cuchara del grandullón golpea en el aire.

Los minutos pasan y terminamos el desayuno entre más bromas y tonterías que solo hombres extremadamente maduros, con el espíritu de chavales de instituto intacto, serían capaces de entender.



El sonido de los patines cortando el hielo resuena por la pista, mezclado con los gritos de ánimo y el golpe apagado del puck contra las tablas. Para los demás tíos, es un entrenamiento como cualquier otro. Para mí, Austin Prince, es todo menos eso.

Estoy concentrado, pero no precisamente en el juego. Mi mente está en la jugada que estoy a punto de ensayar. Una que me sacará del hielo este finde contra los Minnesota Mavericks. Mi plan tiene que ser perfecto, o alguien podría sospechar.

— ¡Austin, céntrate! — Sebastian grita, interrumpiendo mis pensamientos. Está en el centro de la pista, con los ojos fijos en mí como si pudiera leerme la mente. Joder. — ¿Qué coño estás haciendo?

— Relájate, Sebs. Solo probando una idea — gruño, intentando sonar casual.

— Más bien parece que estás soñando despierto — me suelta, empujando el puck hacia mí con fuerza.

Agarro el stick con firmeza y me preparo para la jugada. Patino a toda velocidad hacia la esquina de la pista, simulando un movimiento para esquivar al defensor. Todo calculado.

Justo cuando llego a la valla, cargo el peso en el tobillo izquierdo y finjo un movimiento brusco. Mi cuerpo cae de lado, deslizando hasta detenerse con un golpe seco contra el hielo.

El sonido atrae todas las miradas.

— ¡Joder, Austin! — Sebastian patina hasta mí, la cara preocupada. — ¿Estás herido?

— Mi tobillo… — murmuro, sujetando la pierna y poniendo una mueca digna de un Oscar. — Creo que me lo torcí.

— Mierda, tío, ¿justo ahora? — Kyle se acerca, frunciendo el ceño. — ¡El próximo partido es contra los Mavericks!

Sebastian se agacha a mi lado, inspeccionando mi tobillo con atención. Su preocupación me hace sentir un poco culpable, pero no lo suficiente como para abandonar el plan.

— Vamos a sacarlo del hielo — ordena, llamando a otros dos jugadores para ayudar.

Mientras me levantan, el *Coach* Williams aparece en la banda, con la cara seria.

— ¿Qué ha pasado? — pregunta, cruzándose de brazos.

— Se torció el tobillo. Parece grave — Sebastian responde por mí.

— Mierda. Justo esta semana — el *Coach* resopla, ya calculando el impacto en el equipo. — Bien, parece que Eric Hansen va a entrar en su lugar. Entrenó bien estos días, así que aguantará el tipo.

Eric Hansen, el suplente, apenas logra disimular los nervios cuando lo mencionan.

— Espero que estés listo, Hansen — dice Williams, señalándolo.

— ¡Sí, señor! — responde Eric, casi atragantándose de la ansiedad.

Mientras me sacan hacia el banquillo, Kyle me lanza una mirada sospechosa.

— ¿Estás seguro de que solo es un esguince? — pregunta, frunciendo el ceño.

— Creo que sí. Solo necesito unos días de descanso — respondo, intentando sonar despreocupado, pero evitando sostenerle la mirada demasiado tiempo.

En cuanto me dejan sentado, empiezo a relajarme. Mi plan está funcionando. Con esta "lesión", me quedaré fuera del partido y nadie sospechará si prefiero ir a casa para pasar un rato en el regazo de mi madre. Y bueno… en el peor de los casos, mi chica me mandará a paseo. Pero la señora Maxwell me adora, y nunca le molestó que pasara tiempo con su hija antes.

Al fin y al cabo, siempre fuimos amigos, ¿no?



Estamos en el sofá, mi madre y yo, con un bol de palomitas entre nosotras, viendo La boda de mi mejor amigo por enésima vez. Es de esas pelis que nunca cansan, y la parte en la que Rupert Everett canta I Say a Little Prayer todavía me hace reír como si fuera la primera vez.

Mi madre tiene los pies descalzos y una manta enredada en las piernas. De vez en cuando me roba palomitas. Dijo que no quería un bol para ella porque "es tarde y no como nada después de las ocho", pero ya he perdido la cuenta de cuántas veces ha metido la mano en el mío.

— ¿Sabías que Julia Roberts hizo esta peli casi como una villana? — comenta, entre risas.

— Mamá, dices eso cada vez que la vemos — respondo, rodando los ojos.

— ¿Lo dije? — se hace la despistada, sonriendo.

— Un millón de veces — declaro, soltando una risita.

Volvemos la atención a la pantalla. Echo un vistazo al reloj de la pared: marca las nueve de la noche. Esa era la hora en la que Theo solía mandarme un mensaje de buenas noches. Y Austin

empezó a mandar también, solo que diez minutos después… a veces antes, a veces después. Nunca tenía un horario fijo.

Casi confundí los mensajes una vez. El alivio que siento ahora es señal de que hice lo correcto. De repente, siento un codazo en el brazo.

— ¿Cuándo me vas a contar por qué viniste antes del puente? Sé que me quieres, cariño. Pero cambiarme por alguna de esas fiestas a las que siempre quisiste ir… — alarga la última palabra para darle énfasis.

— Creo que necesitaba un tiempo después de terminar lo mío con Theo — respondo, suspirando mientras escojo una palomita como si fuera diferente de todas las demás.

— Hum… pero estabas ilusionada cuando hablamos.

Le conté sobre el jugador de hockey antes de que Sebastian metiera baza y le llenara la cabeza en contra de mi ex-futuro algo.

— Sí, lo estaba. Pero no era justo para él — la frase se me escapa, y mamá Maxwell levanta las cejas.

— ¿Y por qué no era justo?

— Porque… no lo era — digo, intentando sonar convencida. Pero ella no se da por satisfecha.

— Emory, sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿no?

— Lo sé.

También sé que ciertos secretos deben guardarse bajo siete llaves.

— Y también sabes que no tienes que contarme tooodo. — Ahora llena la mano de palomitas. — ¿Fue por otra persona? No tienes que decir quién, pero sí puedes decir si fue o no. Va bien desahogarse.

Me quedo callada, mirando la manta sobre mis rodillas. Mi madre tiene esa forma de desarmarme sin esfuerzo.

— Bueno… si no quieres contar, no cuentes. No quiero invadir tu privacidad — continúa, mirándome de reojo. — Pero sea lo que sea, tienes que hacer lo que sea correcto para ti. No para los demás, para ti.

Inspiro hondo y suelto el aire despacio.

— Salí con otra persona — confieso de golpe, mi voz más baja de lo que pretendía.

Ella aprieta los labios, procesando la información. ¡Dios! ¿Pensará que soy otro Sebastian?

— No fue planeado, mamá… simplemente… pasó. — Bufo, derrotada. — Y… después de eso, estar con él parecía mal. Theo es genial, se merece a alguien que de verdad quiera estar con él. Yo no…

— No alguien que ya está interesada en otra persona, empezando algo con él, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y nos quedamos en silencio un rato.

— Eso es bueno, Emory — dice finalmente.

— ¿Bueno? — pregunto, sorprendida.

— Sí, porque lo entendiste antes de hacerle daño. Es horrible seguir con alguien solo porque parece lo correcto. Porque cuando realmente te gusta una persona, nadie es capaz de interferir.

¿Nadie puede interferir?

¿Y si somos nosotras mismas?

¿Es posible romper el círculo vicioso y cambiar lo que sentimos?

Mis sentimientos por Austin me destrozaron en el pasado, y siento que lo mismo pasará si le dejo entrar ahora.

Por eso corrí a casa en cuanto lo de Theo se acabó. Él servía de escudo contra las embestidas de Prince, y cuando dejó de serlo, tuve miedo.

Miedo de mí misma.

— ¿Aún piensas en la otra persona? — me pregunta, sin juzgar.

Mi mente grita "sí" en un cartel luminoso.

— No lo sé… — murmuro, tirando de la manta hacia mí. — Es complicado.

— Normalmente lo es — explica, con una leve sonrisa. — Sea lo que sea, solo no tengas miedo de ser honesta contigo misma. No hay nada peor que vivir atrapada en una decisión solo porque parece la más fácil.

Mierda.

Estoy haciendo exactamente lo contrario de lo que aconseja mi madre. Niego con la cabeza, espantando el pensamiento.

Suelto un suspiro largo. Vine a casa justamente para no lidiar con esto. Espacio y tiempo. Necesito ambas cosas para que Austin Prince no vuelva a pasarme por encima.

— ¿Volvemos a la peli? — pregunto, agarrando de nuevo el bol de palomitas.

Ella ríe y se acomoda en el sofá.

— Claro. Pero, hija… solo una última cosa sobre este tema y me callo. Lo juro. — Asiento para que continúe. — No escondiéndote vas a descomplicar la vida. A veces, para ser feliz, hay que desordenar un poco el jardín. Entre todo ese caos, encontrarás la solución.

La miro un instante.

El problema es que cuando desordené mi jardín… vino sanidad y me multó. Por eso temo reincidir en el mismo error.

Entonces, escuchamos voces en el pasillo.

Mi madre frunce el ceño hacia la puerta.

— ¿Quién será a estas horas? — pregunta. Pongo cara de saber tanto como ella, o sea, nada.

— Ni idea… — respondo, incapaz de identificar.

— Será alguien hablando con Berta — concluye, rindiéndose, y vuelve a mirar la pantalla.

La voz en el pasillo se hace más clara, y cuando la puerta del salón se abre, quien entra me congela por completo.

— ¡Ay, me encanta esta peli! — Austin Prince aparece en la sala, cojeando un poco, escoltado por Berta, la gobernanta, que parece genuinamente intrigada con su presencia.

Está casual, con una chaqueta vaquera sobre la jersey de los Gladiadores, y esa media sonrisa chulesca en la cara.

— ¿Austin? — pregunto, sorprendida, poniéndome de pie de golpe. Él camina con dificultad. — ¿Estás bien?

— No hace falta que te levantes así, peque. ¿Te preocupaste por mí? — Su tono es juguetón. La sonrisita torcida indica que adoró verme reaccionar.

— Estás cojeando. ¿Qué pasó?

No puede haberse lesionado viniendo a verme, ¿no? No…

— Me lesioné en el entrenamiento. Nada grave, solo un esguince en el tobillo. — Se encoge de hombros, como si fuera una tontería. — Llamé a mi madre y ella exigió que viniera a casa. — Le sonríe a la mía: — ¿Cómo está, señora Maxwell?

— Bien, Austin. Qué pena. Los chicos deben de estar desolados sin uno de los Gladiadores en el partido. — Traducción: tu hermano está desolado.

— Mi suplente lo está haciendo bien. Y seguimos arriba en el marcador.

— Menos mal, cariño.

— ¿Y por qué estás aquí? ¿No deberías estar en tu casa? — pregunto, cruzando los brazos.

Mi madre me mira, luego lo mira a él, y sonríe como disculpándose por mí. Joder.

— Quedaba de camino — responde, ampliando la sonrisa. — Y Sebastian tiene un inmovilizador que quería pedirle prestado. Le prometí al *Coach* que lo usaría y pensé que estaría aquí.

— Pobrecito… — mi madre es demasiado inocente. ¡Dios! — ¿Y viniste conduciendo así?

— El pie malo es el izquierdo. No afecta mi conducción. — Levanta las manos, como diciendo "lo tengo todo pensado".

— Bueno, entonces siéntate, Austin. Quédate a terminar la peli con nosotras.

— No quiero molestar… — empieza, pero mi madre agita la mano, descartando cualquier excusa.

— Nada de eso. Quédate. Estamos en la mejor parte.

Antes de que pueda protestar, Austin se sienta a mi lado en el sofá más rápido de lo que un cojo debería. Levanta mi manta y se cubre con una parte. Entrecierro los ojos hacia él, que me devuelve la mirada de reojo, desafiante. Y sí, me suelta esa maldita guiñada canalla.

Intento concentrarme en la pantalla, pero es imposible ignorar el calor de Austin justo ahí. Su pierna roza la mía, y aunque haya manta, siento como si un campo magnético nos envolviera.

— ¿Tiempo y espacio no existen en tu diccionario? — murmuro, confiando en que la música de la peli tape mi voz.

— Practiqué lo del tiempo y descubrí que soy pésimo. Lo del espacio, nunca dijiste nada — susurra de vuelta, robando palomitas de mi bol.

— Rrrr… — gruño bajito.

— Estás gruñendo, peque. Si quieres jugar a perrito, yo encantado. Estoy loco por ponerte a cuatro. — Sonríe cabrón, y mi

pelvis arde con la contracción inmediata. Trago saliva, nerviosa, y miro rápido a mi madre.

Ella parece completamente ajena, ojos fijos en la tele. Yo intento imitarla, ignorando al gladiador cabrón a mi lado.

En la pantalla, Julia Roberts llora en el hombro de Dermot Mulroney. Yo, en cambio, estoy en otra escena: la de Halloween, con nosotros como protagonistas.

De repente, siento un roce suave en mi rodilla, bajo la manta. Discreto, pero intencionado. Giro hacia Austin, que sigue mirando la tele como si nada.

— Concéntrate en la peli, peque. Es tu parte favorita, ¿no? — susurra con tono provocador. Sus dedos suben despacio, conquistando terreno, hasta rozar sutilmente mi clítoris a través de la tela. Mi braguita ya está perdida.

— Austin… — suplico, y él arquea una ceja, desafiante.

— Tranquila. Es solo un dedo.

Reviro los ojos, intentando disimular lo que en realidad es un esfuerzo para no gemir.

Mi madre suspira feliz a nuestro lado, y él retira el dedo, pero deja la mano apretando mi muslo.

— Nunca cansa esta peli, ¿eh? — ella comenta, riendo.

— Para nada, señora Maxwell. Es un clásico. — Austin responde impecable, pero esa sonrisa maliciosa que me dedica cuando mamá vuelve a mirar la tele me da ganas de matarlo.

Deslizo mi mano bajo la manta y atrapo sus dedos. Y me sorprende cuando entrelaza los suyos con los míos.

El gesto es sencillo, pero para mí significa el universo. Era así como imaginaba caminar a su lado en mi mundo perfecto, donde él siempre me amaba. Suspiro sin darme cuenta.

Pero ese mundo se rompió cuando eligió olvidarme. Austin durmió acurrucado conmigo nuestra primera vez solo porque

pensaba que yo era otra. Ese recuerdo todavía me destroza.

Cuando la peli termina, el aire se vuelve demasiado denso. Me aparto de golpe, poniéndome de pie.

— Creo que es tarde. Me voy a duchar y a la cama.

— ¿Ya? Siempre quieres ver los extras — mi madre me mira sorprendida.

— Hoy no, mamá. Estoy cansada. Buenas noches. — Le doy un beso rápido en la mejilla y me apresuro hacia la puerta.

— ¡Emis! Despídete de Austin — me llama.

— Buenas noches, Prince — digo rápido, sin mirarlo. No quería ver esa sonrisa prometiendo travesuras que nunca fueron realmente para mí.

Corro al pasillo, cierro la puerta de mi cuarto y me apoyo contra ella, soltando un suspiro profundo.

Necesito una ducha fría.

Nunca en mi vida la había necesitado tanto.



Se escapó de mí.

No me lo creo.

Emis, la chica que siempre quería estar a mi lado aquí mismo en esta sala… huyó de mí.

Esa sensación rara de ser descartado es… horrible. Joder. Tengo ganas de apretar mi propio pecho para darle un poco de cariño a mi corazón, ya que su dueña decidió dejarlo tirado a la intemperie.

¿Será que así fue como ella se sintió aquella mañana de nuestra primera vez?

Si pudiera volver al pasado, le daría un collejón en la nuca al antiguo Austin para que se diera cuenta de que la que estaba en la cama no era cualquiera. Era Emis. Mi chica.

La culpa es un sentimiento de mierda que alimenta a los cobardes. Yo fui uno. Algo de lo que siempre me enorgullecí de decir que no era.

Quizá el Pollo se encariñó realmente con alguien igual. De los cuatro, el que más merecía ser llamado pollo… era yo.

Pero quiero cambiar mi futuro. Y voy a demostrarle que puedo ser ese Austin que ella siempre quiso. Bueno… tal vez no tan perfecto como ella idealiza, pero suyo.

Aún siento que está enamorada de mí. Sus ojos no mienten. Necesito que entienda que es recíproco y que ahora no voy a empujarla lejos. En realidad, estoy con una idea rondando: atarla a la cama y demostrarle lo persuasiva que puede ser mi boca.

— Sra. Maxwell, ¿puedo ir al cuarto de Sebastian a coger el inmovilizador? — pregunto con mi mejor voz de golden boy.

— Claro, Austin. Adelante. Has entrado en ese cuarto más veces que yo. Siéntete en casa. Y, querido… si quieres dormir aquí hoy, no pasa nada. Solo avisa a tu madre para que no se preocupe. — Y mi futura suegra me da el pase frente a la portería. — Es muy tarde y con ese tobillo… necesitas descansar.

— Gracias. Pero no quiero molestar.

— Qué va, hijo. Eres como de la familia.

Y bueno… yerno al final viene a ser un poco eso, ¿no?

Sonrío y avanzo por el pasillo hacia los cuartos de Sebs y Emory.

En cuanto entro al cuarto de mi amigo, tiro mi chaqueta en la butaca y me meto en su vestidor. Sebastian de verdad tenía un inmovilizador de tobillo, algo que me vino a la memoria en el último segundo. Todas las excusas encajando perfecto para que pudiera estar aquí, cerca de ella.

Parece que voy a tener que arrastrarme para que Emory crea que la quiero de verdad.

Pues que así sea.

— ¿Eh… por qué está cerrada esa puerta? — escucho su voz.

Ahora sí, el destino empieza a hacer bien su trabajo. Ella se acerca a un armario y saca de allí un secador de pelo.

— ¡Eh, Emis! — la llamo, mostrándome desde el vestidor. La chica, incluso con una camiseta vieja sin cuello de un azul desteñido y la toalla enrollada en el pelo, sigue estando preciosa. Inclino la cabeza, repasando sus piernas torneadas, y respiro entre dientes imaginando que debajo no lleva nada. Ay, joder…

Ella parpadea varias veces, sorprendida, y entorna los ojos.

— ¿Austin?

Levanto las manos, como quien no debe nada.

— ¿Qué haces aquí?

— Cogiendo el inmovilizador de tobillo. Mira. — Alzo el objeto para demostrar que tenía un motivo real para invadir el cuarto de su hermano.

Ella ladea la cabeza, desconfiada.

Sí… creo que no está colando.

— Hum… interesante. Tú, el tipo que jugó con una costilla rota y ni pestañeó, ¿de repente te quedas fuera de un partido por un tobillo?

— Para que veas… Ahora mi *coach* sí valora lo que tengo y me quiere guardar por precaución.

Ella cruza los brazos.

— Ya… ¿y por qué me suena a mentira? — dice, esbozando una sonrisa conspiradora.

— Mira, si no quieres confiar en mí, vale. Pero puedo presentarte un informe médico legítimo.

— ¿Firmado por quién? ¿El Dr. Prince?

Definitivamente no coló. Pero me da igual.

— El mismísimo. Muy respetado en el sector de las lesiones convenientes.

Ella pone los ojos en blanco, pero la comisura de su boca tiembla en una casi sonrisa.

— Has mentido — constata.

Doy un paso más cerca de ella, sonriendo.

— ¿Y si te digo que sí?

— Entonces te digo que eres un idiota.

— Un idiota que quería verte.

Ella parpadea.

— ¿Qué?

Respiro hondo y paso la mano por mi pelo.

— Nunca he perdido un partido por nadie, Emis. Nunca.

Sus ojos brillan con algo que no logro descifrar.

— Pero por ti… — continúo. — Perdería la temporada. El trofeo. El Frozen Four entero.

Ella abre la boca como para decir algo, pero la cierra de nuevo. Después sacude la cabeza, como si quisiera apartar lo que sea que esté pensando.

— Eso es ridículo.

— No, ridículo fue que huyeras de mí.

— No huí.

— ¿Ah, no? Entonces ¿por qué saliste de la sala más rápido que el Pollo cuando ve una bolsa de pienso?

Ella suelta un suspiro dramático, como si yo fuese lo más irritante del mundo.

— Porque sabía que ibas a hacer exactamente esto. Decir tonterías, confundirme y… y…

— ¿Y hacerte sentir lo que ya sabes que sientes?

Ella traga saliva, pero intenta mantener la pose.

— Eres insoportable.

Sonrío, porque sé que estoy ganando terreno.

— Sí, pero soy un insoportable que viajó con un supuesto tobillo torcido solo para verte.

Ella me mira, buscando algo para rebatir. Solo que no encuentra. Sus mejillas se tiñen de rojo, y me entran unas ganas locas de agarrarla y ver ese rubor en otros lugares.

Controlo mi respiración con miedo de asustarla otra vez. Espero.

Y… sigue en la habitación.

No huye.

Emis suelta un suspiro exasperado y sacude la cabeza. Sus ojos brillan de un modo que me hace querer sonreír.

En ese momento, mi mirada baja hasta el secador que tiene en la mano y señalo.

— Espera… ¿por qué has cogido el secador de Sebastian? El tuyo es mucho mejor.

Es una jodida locura que yo sepa hasta la potencia de su secador, ¿no? Pero si sirve de excusa… quería comprarme uno igual.

— ¿Porque el mío se rompió? — Me mira como si fuera idiota.

— Hum. Y viniste a coger el secador de Sebs. ¿Sabías que yo compré ese secador?

— Sí, lo sabía… el impecable pelo de Austin Prince — dice, aburrida, agitando el secador.

— Lo sabes todo de mí, ¿ves?

Ella resopla, pero una sonrisita se asoma antes de que intente ocultarla.

Aprovecho el momento, cojo la silla del escritorio de Sebastian y la arrastro cerca de ella.

— Siéntate.

— ¿Qué?

— Siéntate aquí, Emis.

Ella duda un segundo, pero obedece, acomodándose en la silla con una expresión desconfiada.

Le quito la toalla de la cabeza y dejo que sus mechones húmedos se deslicen entre mis dedos. Nunca me había fijado en lo suave que es su pelo. Cojo el secador de su mano, lo enciendo en el nivel más bajo y empiezo a secar, pasando los dedos entre los mechones.

Ella suspira, relajándose un poco.

— Sabes que esto no cambia nada, ¿verdad?

— Lo sé — respondo. — Pero voy a seguir intentándolo de todas formas.

Ella cierra los ojos por un instante, y yo aprovecho para observar su rostro, la forma en que muerde el labio suavemente antes de hablar.

— Mi vida ya tiene demasiadas mentiras, Austin. No puedo con una más.

Su declaración me pilla de sorpresa.

— No quiero mentirte. Ni a ti ni a nadie.

Ella suelta una risa sin humor, tensa.

— Es solo que… ya no sé en qué creer, Austin. Mi padre pasó la vida entera siendo una mentira.

— ¿Y eso te hizo pensar que todo a tu alrededor también puede serlo?

Ella asiente levemente.

Le aprieto los hombros, inclinándome un poco.

— Emis… yo no soy una mentira. Lo que siento por ti no es una mentira.

Ella levanta la cabeza y nos miramos durante unos segundos.

— ¿Y si algún día lo es?

— No lo será.

— Quizá ahora no lo creas. Pero cuando las cosas se pongan difíciles… ¿estás seguro de que no vas a volver a huir?

Trago saliva, intentando aliviar ese nudo que siento. Sé que tiene motivos para pensar así. Sé que yo mismo se los di.

— No voy a huir nunca más de lo que siento. Ni volveré a empujarte lejos. Conozco tu equipaje, peque. Y voy a estar a tu lado, igual que con Sebs. Bueno… al menos después de que él me dé una paliza cuando se entere de lo nuestro.

Ella murmura algo en concordancia. No estoy seguro si se refiere a mi paliza o a entender que voy a estar aquí pase lo que pase.

— Siempre te he querido, Emory. Cuando eras niña, tenía ese instinto de protección enorme en todo lo que te concernía. Y después… después de que creciste… de que te pusiste así de jodidamente guapa… — un gemido se me escapa, recordando su cuerpo delicioso — ese amor se convirtió en pasión. No tienes ni idea de cuántas veces quise follarte en cada rincón de esta casa. Mi polla sufría como un condenado cada vez que tú avanzabas y yo retrocedía.

— Pasaste casi toda mi adolescencia huyendo de mí. Solo cuando… cuando descubrí lo de mi padre, no tuviste reparos en quedarte a solas conmigo.

Ella estaba destrozada y traicionada. En cuanto recibí su mensaje desesperado no pensé en los detalles, solo supe que tenía que estar ahí, para ella y por ella. Emory estaba enfadada con Sebastian y lloró prácticamente todo el día. Intenté consolarla lo mejor que pude. Al final, sorprendió a todos siendo lo bastante madura para entender que Sebs la estaba protegiendo.

— Me necesitabas…

Su suspiro viene seguido de un pequeño sollozo.

— Ah, Emis… todo se va a resolver. Falta tan poco para que tu abuelo se joda bien jodido. Aguanta un poco más, ¿sí?

— ¿Sebs te contó que mi padre salió de la clínica?

Frunzo el ceño, sintiendo la duda clavarse entre mis cejas. Hasta donde yo sabía, John Maxwell no podía salir sin autorización de su padre, ese senador sin escrúpulos.

— ¿Y tu abuelo? ¿Está todo bien con eso?

— Él no lo sabe. Richard consiguió quitarle la tutela. Pero creo que mi abuelo aún no se ha dado cuenta de que perdió el control sobre su hijo.

De repente, la puerta se abre de golpe y aparece la señora Maxwell, con los ojos rojos y las lágrimas corriendo por todo su rostro.

Nos quedamos en shock, sin saber qué hacer.

— ¿S-su padre está vivo? — pregunta, con la voz rota, señal de que escuchó buena parte de la conversación.

El cuarto entero se congela en el instante en que sus palabras resuenan en el aire.

La mirada devastada de la señora Maxwell se fija en Emory, que sigue inmóvil en la silla, los ojos abiertos de par en par, sin poder emitir un sonido.

Di algo, mi amor. Por favor…

Pero se ha vuelto una estatua viva. El pecho de Emis sube y baja con una lentitud que me pone de los nervios. Podría ser que su madre hubiera descubierto mi intención de ser su futuro yerno. Sin embargo, la cuestión más urgente era el motivo de esa mirada rota de la madre de mi chica y de Sebastian.

El impacto de la verdad sacudió los cimientos sobre los que Gregory construyó su imperio como un terremoto silencioso. Y, por desgracia, el mundo entero de la madre engañada por sus propios hijos es uno de esos pilares.

Le aprieto el hombro a Emory, mostrándole que estoy aquí con ella.

Ahora, es lo máximo que puedo hacer.



— ¿Dónde está? — pregunta mi madre, bebiendo el vaso de agua con azúcar que le entregué.

— Está en el apartamento de Richard, mamá. Papá no puede salir en público hasta que tengamos todas las pruebas y esté seguro.

— ¿Seguro? — Se sienta en la cama junto a la silla en la que yo estaba, pasándose una mano por el rostro para secar algunas lágrimas. — ¿Seguro de qué? ¿De quién?

Inclino la cabeza hacia atrás y veo a Austin enrollando el cable del secador, mirándome con una expresión preocupada. Luego cierra los ojos y niega suavemente con la cabeza, como animándome a iniciar el nuevo ciclo de la familia Maxwell.

Un ciclo en el que las mentiras son desenmascaradas.

— Seguro de mi abuelo, mamá — respondo con una firmeza que me sorprende hasta a mí.

Ella me mira, las lágrimas aún corriendo por su rostro. El shock empieza a transformarse lentamente en comprensión, pero también en confusión.

— ¿Tu abuelo… Gregory? — Su voz casi se quiebra al decir su nombre. — ¿Él es una amenaza para su propio hijo?

Asiento despacio, con las manos apretadas en mi regazo. El peso de la verdad está aquí, entre nosotras, ocupando cada rincón de la habitación.

— Siempre lo fue. Mi abuelo mantuvo a papá en clínicas, cambiándolo de un lugar a otro para tener el control sobre él… y sobre nosotros.

La mirada de mi madre se pierde, intentando asimilar todo lo que acabo de decir. Cuando por fin me enfrenta de nuevo, sus ojos están aún más rojos.

— Tu padre siempre tuvo esquizofrenia. Eso nunca fue un secreto en nuestra familia… Pero el accidente… — titubea, las palabras atascadas en su garganta. — Él dejó de tomar la medicación y sufrió aquel accidente contigo. Así empezó todo.

Respiro hondo, sintiendo el peso del momento y de la verdad que sé que va a destrozarla.

— No hubo accidente, mamá.

Ella me mira como si acabara de decir lo imposible.

— ¿Cómo que no? ¿Qué estás diciendo? Claro que lo hubo.

— El abuelo lo fingió todo. — Mi voz sale firme, pero suave, intentando preparar el terreno para el impacto. — Usó la enfermedad de papá como excusa para hacer creer al mundo que había muerto en ese supuesto accidente.

De repente, empieza a caminar por la habitación, como si necesitara moverse para pensar.

— Eso… eso es una locura. Él no haría algo así. No podría.

— Pero lo hizo. — Me pongo de pie, acercándome a ella. — Todo fue planeado. Quería el control total de Titan Defense. Con papá fuera del camino, asumió la presidencia, mamá. Sebastian no tenía madurez ni edad en aquel entonces.

El llanto apagado de mi madre es doloroso para cualquiera que lo presenciara. Se sienta de golpe en la cama, cubriéndose el

rostro con ambas manos.

Austin se acomoda a su lado y acaricia su espalda en un intento silencioso de consolarla.

— Yo… yo necesito ver a tu padre — dice, con la voz temblorosa pero firme. — Necesito ver con mis propios ojos que está vivo.

Cruzo una mirada rápida con Austin, que permanece en silencio, respetando el momento.

— Mamá… no es tan simple — intento explicar. — Está en el apartamento de Richard, a salvo. Pero no puede aparecer en público hasta que tengamos todas las pruebas y garantías de que el abuelo no va a hacerle daño.

— ¿Pruebas? ¿Garantías? — Se pasa las manos por el rostro, frustrada. — ¡He pasado todos estos años creyendo en una mentira, Emory! Tengo derecho a verlo, a hablar con él.

— Lo sé… y lo harás. Pero necesitamos ser cautelosos. El abuelo todavía no lo sabe… pero en cuanto descubra que perdió el control, puede intentar algo contra papá.

Ella sacude la cabeza, incrédula.

Mi madre se levanta de nuevo, caminando de un lado a otro, como si necesitara liberar la tensión acumulada. Cuando se detiene, sus ojos se clavan en los míos, cargados de dolor y determinación.

— Emory, entiendo que quieran proteger a tu padre, pero pasé la mitad de mi vida creyendo que estaba muerto. ¡Muerto! — Su voz se quiebra, pero no pierde la firmeza. — Y ahora me dices que está vivo… ¿y no puedo verlo?

— Mamá, no es que no puedas. Es solo que… — Intento encontrar las palabras adecuadas, pero nada parece suficiente.

— ¡No es justo! — me interrumpe, la voz más alta ahora. — He vivido el luto de una persona viva, Emory. Yo… estuve rota tanto tiempo que hasta me perdí de mí misma. Y ustedes… ¿quieren que

siga en la oscuridad? — Resopla, limpiándose el rostro hinchado por el llanto compulsivo. — ¡Tengo derecho a ver al amor de mi vida!

Trago en seco. El peso de esas palabras me golpea de lleno.

— Lo harás, mamá. Haré todo para llevarte con papá, pero tenemos que ser cautelosos.

— Cautela… fue la cautela la que me dejó en la oscuridad todos estos años. ¿No confiaron en mí para ser parte de esto?

— Mamá… yo lo descubrí después… y si hubiera dependido de Sebastian, también me habría quedado fuera. Él quería protegerme.

— ¿Y te sentiste bien al saber que te habían engañado, hija?

Su pregunta es una bofetada.

Entonces me mira a mí y después a Austin. Su expresión refleja decepción al darse cuenta de que los amigos de mi hermano sabían.

— ¿Hace cuánto tiempo lo sabes tú? — La pregunta es directa, casi una acusación. Luego levanta la mano hacia él. — No. No lo digas.

Austin se rasca la nuca, completamente incómodo.

— Sebastian no sabía cómo manejarlo… — admite.

— Mamá… no es culpa de nadie este secreto. Queríamos protegerte, y también a papá. Y… tú estabas enferma. Ya no vivías, solo sobrevivías.

— ¿Y ustedes no pensaron que yo podría mejorar si supiera que el amor de mi vida seguía vivo?

Exhalo una bocanada de aire, dejando salir toda mi tristeza y frustración.

— El abuelo no podía sospechar, mamá. Él metió a su propio hijo en una clínica y lo escondió como si estuviera muerto. ¿Qué crees que podría hacer contigo?

— No sería peor que el infierno que viví. Y… ahora estoy bien. Y… quiero verlo, Emis. Necesito verlo.

Austin y yo cruzamos una mirada rápida.

Enseguida, ella no espera más. Se pone de pie, sus pasos firmes y decididos hacia la puerta.

— ¿Sabes qué? No voy a quedarme esperando a que nadie organice una visita controlada. Está en casa de Richard, ¿verdad?

Mi cabeza asiente en automático. Ella sale decidida del cuarto.

— ¡Mamá… espera! — suplico, sin que me escuche. Me acerco a la puerta cerrada y apoyo la frente en ella.

No me escucharía. No ahora.

Me quedo quieta, sintiendo el peso del caos que acaba de explotar a nuestro alrededor. Austin camina hacia mí y coloca una mano suave en mi hombro.

— Esto no va a ser fácil… — murmura.

— Para nada. — Suelto un suspiro, dejándome caer de hombros. — Ella está al límite, Austin. No sé cómo vamos a hacer esto sin que todo se derrumbe.

Él me mira con una expresión seria, pero su tono mantiene ese toque tranquilizador.

— Lo vamos a descubrir. No estás sola en esto. — Me atrae hacia sí y me envuelve en su abrazo.

— ¿Sebastian ya está en casa?

— Aunque el partido haya sido largo… sí. Ya debe estar en casa — confirma.

Hoy era el día del partido del que Austin se quedó fuera. Contaba con que mi madre esperara un poco antes de llamar a mi hermano y soltarle lo que pasó.

Sé que se va a enfadar por mi descuido. Entonces, recuerdo algo que complica aún más mi vida.

Estamos en medio de un huracán, a punto de girar nuestro mundo 180 grados. Sebastian se ha mostrado firme, pero está lidiando con el campeonato y las reuniones de Titan Defense. Un gladiador entrando en la arena a pelear todo el tiempo, sin descanso.

Y descubrir lo que yo y su mejor amigo estamos viviendo puede no ser recibido con calma. Incluso Austin prevé que se va a llevar una paliza.

¡Mierda!

— ¿Sebs sabe que viniste aquí?

— Jordan debe de estar contándole ahora. — Levanto la mirada rápidamente, ansiosa. ¿Será que alguno de ellos sabía lo nuestro? — Le mandé un mensaje durante el partido diciendo que mi madre quería verme. Él va a contarle a los demás que estoy en Traverse City.

Increíble que haya conseguido todas las cartas correctas.

— ¿Cómo conseguiste tramar el plan perfecto, eh? — Suelto el aire con una risita nerviosa.

— Para que veas lo perfecto que es tu hombre. — Se pone la mano en la cintura, ladeando la cadera. Pero mi mente se queda detenida en "tu hombre".

Austin y yo estamos en silencio unos instantes, pero la vibración insistente de su móvil rompe el momento. Miro la pantalla y veo el nombre de Sebastian parpadeando.

Joder…

— ¿Está llamando? — pregunto, respirando hondo.

Austin asiente, cruza los brazos y lleva el teléfono al oído con cuidado, como si se estuviera preparando para recibir una bronca.

— ¿Estás con Emory? — Oigo la voz de mi hermano a la distancia, aunque no esté en altavoz.

— Sí… — Austin es breve, demostrando que tiene práctica lidiando con un Sebastian enfadado.

— Pásamela ya.

Él me mira pidiéndome perdón, y me entrega el aparato.

— ¿Por qué no me contestaste cuando te llamé? ¿Y por qué Austin está ahí en nuestra casa? — Una voz femenina suena de fondo, calmándolo, y oigo a mi hermano bufar. — Olvídalo. Solo… ¡Emis! ¿Qué mierda habéis hecho?

— Sebs…

— ¡Maldita sea, Emory! — Su voz explota al otro lado y mis hombros se encogen automáticamente. — ¿Estás jugando con mi paciencia, no? ¿Cómo dejaron que esto pasara?

— ¡Yo no planeé nada de esto, Sebs! — intento defenderme, pero a él le da igual.

— Más les vale mantener a mamá ahí hasta mañana. Yo me encargaré de estar en el piso de Richard antes que ella. Voy a llamarle en cuanto termine esta llamada.

— Entendido.

— ¡Y dile a Prince que duerma en su casa! Si quiere el regazo de una madre, que busque el de la suya y no el nuestro — ordena, cortante. — Cuando llamé, fue lo primero que mamá dijo. Que mi amigo sabía lo de papá y ella no… — Vuelve a bufar. — ¡Cuánta mierda habéis hecho los dos!

— Ella se enteró sola, Sebs. No fue culpa de Austin.

— Fue culpa de estar en el sitio equivocado y en el momento equivocado. ¡Joder, Emis! No lo defiendas.

— Vino aquí a por tu aparato del tobillo — replico, empezando a enfadarme con su tono acusador. — Y tarde o temprano mamá iba a enterarse de todo.

— Pero no tenía que ser ahora… — rebate enseguida, y noto que acabaríamos en un ping-pong eterno si uno no cedía. Suspiro hondo, rindiéndome.

— Sebs… ya está hecho. Déjame ir a contener el daño — digo, con voz más suave.

Él murmura algo para sí, dándome un momento de silencio.

— Al menos el idiota servirá para acompañarte en el viaje hasta la casa de Richard — se refiere a Austin. — Pero mándalo fuera. Mamá dijo que dormiría ahí, y no hace falta. Puede irse perfectamente a su casa.

Suelto un suspiro largo, aburrida.

— Está bien, Sebastian. Se lo diré.

— ¡Perfecto! — Respira hondo y se despide: — Cuídate, Emis.

— Tú también.

La llamada termina y siento como si un camión me hubiera pasado por encima.

— Bueno, si la tozudez de Sebs viene de tu madre… toca sacar a Tom Cruise en esta misión imposible — Prince bromea, intentando suavizar el ambiente. Exhalo una risita floja.

— No será una misión imposible. Mi madre va a esperar para viajar mañana. Solo estaba… decepcionada.

— Lo sé, solo quería ver tu sonrisa.

Él me mira, sus dedos acariciando mi mejilla.

— Todo va a salir bien, Emis. Estoy contigo. — Me dejo envolver en sus brazos. Luego alzo el rostro para encontrar sus ojos.

— Mi hermano ordenó que te fueras a tu casa — revelo la determinación del capitán Sebastian.

— ¿Por qué será que no me suena raro, eh?

— ¿Crees que sospecha de nosotros?

Austin duda un segundo y alza las cejas, su expresión volviéndose demasiado radiante.

— Entonces, ¿existe un "nosotros"? — Sus brazos aprietan un poco más mi espalda.

— Austin… por favor…

Él ríe bajito y besa mi frente.

— Creo que es la preocupación normal de un hermano mayor por mi reputación, peque. Y tu fuerte tendencia a lanzarte sobre mí — dice, sonriendo victorioso. Le doy un puñetazo suave en el pecho.

— Esa tendencia se extinguió hace tiempo.

Entonces me aparta y siento sus dedos enredarse en el pelo de mi nuca. Sus ojos, siempre risueños, ahora están serios.

— Y me arrepiento amargamente de haber causado eso. — Se inclina hacia mí y su nariz roza la mía. — Pero ya no tienes ni que lanzarte encima, amor. Si es por debajo, te prometo que doy lo mejor de mí.

La sonrisa lasciva que promete acabar con mi cordura está ahí, estampada en sus labios, que humedece con la lengua mientras mira mi boca en una provocación irresistible.

Sí… era mi final.



— Empújame ahora si no quieres que te bese — advierte. Estoy sin neuronas para decir nada, y las pocas que logran hacer sintaxis ordenan a mis músculos que tiren de Austin hacia mí.

Él sonríe al instante.

— Cállate, Prince. Y bésame.

No sé en qué momento adiestré al gladiador, pero obedece al pie de la letra. Nuestro beso es hambriento, exigente, como una coreografía de paso doble. Su mano se cierra en un puño, tirando de mi pelo en la nuca, mientras la otra desciende hasta alcanzar mi culo. Aprieta con ganas, sin miedo.

Levanto una pierna, enlazándola en su cadera. Entonces siento su erección dura rozando mi centro. Mi cuerpo responde haciendo que mi coño palpite, suplicando más contacto. Su otra mano sigue el mismo camino y, con un impulso hacia arriba, ya estoy enroscada alrededor de su cintura.

Camina conmigo, sin dejar de besarme, hasta la puerta.

— ¿A dónde vas? — susurro entre sus labios.

— Emis, muero por follarte, pero hacerlo en el cuarto de Sebs suena muy mal. — Asoma la cabeza al pasillo, dejándome dentro, y después da pasos rápidos hasta mi habitación. Cuando

estamos dentro, me mira. — Ahora sí… preciosa. Vamos a seguir donde lo dejamos.

Vuelve a besarme como si no hubiera un mañana.

Cuando alcanzamos mi cama, mi cuerpo cae como una pelota de baloncesto en el centro del colchón. Repto hacia atrás, apoyándome en los codos. La camiseta vieja que encontré en el baño fue lo primero que me puse antes de ir a por el secador de Sebs. Así que, abajo, no llevo nada.

Sintiéndome audaz, levanto la camiseta y revelo mi coño desnudo. Durante la ducha me depilé entera. Y no… no tenía nada que ver con la presencia de Prince este finde en Traverse City.

— Deliciosa… — dice con voz ronca, apoyando una rodilla en la cama. Se quita la jersey por la cabeza y revela los cuadritos de su abdomen. Mi boca se llena de saliva queriendo lamer cada uno. — Quítate la camiseta, preciosa. Enséñame ese cuerpo que me vuelve loco de ganas.

Obedezco, tirando de la camiseta hacia arriba y lanzándola a un lado. Austin se queda quieto, observando.

— ¡Qué vista de la hostia!

— La hostia está ahí — señalo su entrepierna. — Y podría estar descubierta para que yo también la vea. — Muerdo la comisura de mis labios.

— Peque traviesa. ¿Quieres ver mi polla, eh? — Asiento, y él baja la cremallera, quitándose el pantalón junto con los calzoncillos. No sé cuándo se quitó las zapatillas.

Austin me mira con esa sonrisa descarada y se agarra el miembro, moviendo la mano arriba y abajo.

Amoago con incorporarme, pero me empuja de nuevo contra la cama. Le lanzo una mirada de enfado inmediato.

— Quiero que te quedes ahí. Quiero verte sabiendo que te estoy follando con los ojos. Nunca notaste que te devoraba cada vez

que ibas con esas minifaldas de ballet. Es hora de que veas lo obsesionado que estaba contigo.

Él nunca me miraba dos veces cuando pasaba delante en casa. Muchas veces parecía que ni se daba cuenta de mi llegada.

— Abre ese coño, Emis. Enséñame si ya está mojado. — Abro mis rodillas y uso las dos manos para separar mis labios mayores. Él no aparta los ojos de mi carne expuesta.

— Mojada y deseando que me folles — digo, con mi mejor voz seductora. Estoy totalmente entregada al momento. Austin, por fin, se inclina con la boca muy cerca.

— Debería castigarte por cada vez que me provocaste en esta casa. Por cada vez que mostraste tu culo perfecto no solo a mí.

— ¿Estás celoso de tus amigos, Prince? — provoco.

— Tengo celos de cualquiera contigo. — Es lo último que dice antes de lamerme con la lengua ancha toda la raja abierta. Mi cabeza cae hacia atrás y un gemido áspero me escapa de la garganta. Espero que empiece a chupar y lamer, pero lo que recibo es un mordisco fuerte en la ingle. Gruño, incrédula. — Esa maldita mancha de nacimiento siempre fue mi perdición. — Me mordió justo ahí.

— Juraba que era mi coño…

— También. Y todos los demás agujeritos que pienso follar.

— ¿Quieres follarme las orejas, Prince? — pregunto, burlona, y recibo una palmada justo en mi clítoris. Mi cadera salta por el susto. La sensación de ardor mezclada con placer hace que mi musculatura interna se contraiga y mi entrada chorree aún más.

Él lo nota y, sin demora, desliza su dedo índice dentro de mi abertura, esparciendo mi lubricación y presionando hacia un lado. Siento la piel estirarse, provocando placer.

— ¿Ya has jugado un poco más fuerte, peque? — pregunta, con los ojos fijos en su tarea de ensancharme. Mi boca se seca.

— N-nunca… — jadeo, llevando la mano a mi entrepierna. Austin me mira frunciendo el ceño y me da otra palmada. — ¡Aiii…! — Quito las manos de inmediato.

— Pero parece que te gusta. — Sonríe. — ¿Lo quieres?

No respondo enseguida, dudando de lo que me estaba ofreciendo.

— Respóndeme, Emis. ¿Quieres que te folle con fuerza?

Respiro hondo. Quiero todo con él. Lo que sea que me dé. Solo quiero estar con él.

— Puedo hacerlo bruto con cariño, amor. Pero necesito saber si te gusta esta pegada.

En nuestra primera vez no tenía con qué comparar lo que era un polvo duro o suave. Después, con Liam, lo entendí. Mi novio era genial, pero siempre me trataba con delicadeza, como si fuera a romperme.

Tal vez mi manera de actuar lo llevaba a eso. Pero ahora sé… que nada ni nadie puede derribarme si yo no lo permito.

— Me gustas tú.

— Y yo estoy loco por ti. Quiero follarte y hacerte correrte mil veces.

— S-sí quiero. Quiero fuerte y rico, Austin.

Su sonrisa se vuelve diabólica. El dedo que jugaba en mi entrada se convierte en dos, luego tres. Se acomoda entre mis piernas abiertas y con la mano libre pellizca suavemente alrededor de mi clítoris, dibujando mis labios menores.

Los dedos dentro de mi coño entran y salen con un sonido húmedo. De repente, un cuarto dedo se hunde en mí y mi torso se arquea del colchón por reflejo.

— Shhh… preciosa. Has aguantado mucho más. Mi polla es prácticamente esto, y entré entera en ti — dice, penetrándome con

cuatro dedos mientras frota mi clítoris. Mi respiración es superficial, luchando por no gritar.

Sus ojos son dos llamas incandescentes devorándome. Sonríe lascivo antes de hundir la cara en mi coño y chupar con fuerza mi clítoris, succionando como un poseso mientras mete y saca los cuatro dedos rítmicamente.

— Ah… Austin… voy a…

— ¿Correrte? — completa. — Ah, no, peque. No todavía. — Deja de chupar, se incorpora y me sorprende dándome una palmada en un pecho, masajeándolo después. Suelto un gritito de susto. — Shhh… mejor cállate o alguien te puede oír. — Otra palmada, ahora en el otro pecho. Me muerdo los labios, tapándome la boca con una mano. — Joder, qué rica estás.

Apreta un pecho mientras sigue metiéndome los cuatro dedos. De golpe, pellizca mi pezón y la punzada de dolor viaja directo a mi entrepierna. Cierro los ojos, temblando con espasmos que hacen vibrar mi coño.

Gimo bajito, arqueando mi cuerpo. Entonces su boca caliente se aferra a mi pezón, chupando y mordisqueando con fuerza. La succión es más bruta, seguro me va a dejar chupetones.

Aspiro el aire por la boca cuando lo siento soltar mi coño. Se sienta frente a mí y me levanta de las axilas, colocándome justo encima de su polla. Y en cuanto la corona de su glande roza mi entrada, me suelta de golpe, haciéndome caer sobre él con brusquedad.

El grito se ahoga porque me tapa la boca con una mano. Gimo bajito.

— ¿Te dolió, amor? — pregunta, y veo otro lado de él. Sus labios se curvan, satisfecho de llenarme así.

Mis ojos lagrimean por el esfuerzo de mi coño al abrirse de golpe. No puedo responder, aún buscando aire. Así que asiento, confirmando que sí.

— ¿Pero te gustó? — La pregunta me desarma tanto como mi reacción. Porque sí. Me gustó. Asiento otra vez.

— Hmm… Mi bailarina… quiero follarte de tantas maneras. Llevo años con esta calentura escondida para desquitarme contigo — me roza la barba por el cuello, arañándome la piel.

Yo me acostumbro a su grosor, apretando su polla con mis músculos internos, el contraataque que consigo.

Su mano pierde fuerza y libera mi boca.

— Si sumas tu calentura con la mía, no salimos de este cuarto en un año entero — susurro, maliciosa.

— Me encantaría. Pero ahora me conformo con cumplir una de mis muchas fantasías: follarte en este cuarto y en esta cama.

— Su deseo es una orden, señor. — Elevo la cadera, cabalgando su miembro duro. Él gime, la cabeza echada hacia atrás y la nuez subiendo y bajando. Tan sexy.

Repito el movimiento, sentándome con más ímpetu. Y ahora es él quien gime y tengo que taparle la boca.

— Shhh… no puedes hacer ruido, ¿recuerdas? — le soplo al oído y le chupo el lóbulo, tirando de él con los dientes.

— Ah… peque… estás jodidísima — amenaza, agarrándome de la cintura para ayudarme en el movimiento. Las embestidas se aceleran y mi canal se vuelve cada vez más resbaladizo, adorando las estocadas que recibe de vuelta.

Austin coloca una mano alrededor de mi cuello, su tamaño descomunal frente al mío. Aprieta un poco, con los ojos fijos en mi rostro para asegurarse de que estoy de acuerdo. Le guiño y le doy una sonrisita lateral como consentimiento. Enseguida siento que aprieta un poco más, dejándome la respiración entrecortada.

Me muevo sobre él y gimo bajito. Usa la otra mano para alcanzar mi clítoris con el pulgar, presionándolo y moviéndolo en círculos.

El placer sube y me quedo sin aire. Austin frota más rápido su pulgar y su polla enterrada hasta el fondo es mi perdición.

Mi cuerpo entero vibra con la potencia del orgasmo que me estalla. Su agarre en mi cuello se libera y su boca se pega a la mía, tragándose el sonido que no puedo contener mientras el placer explota en millones de estrellas formando una nueva galaxia. La galaxia de Austin Prince, en la que yo viviría desde ahora.

Antes de que termine el cosquilleo, me tumba en el colchón e invierte el ritmo, buscándose ahora su propio placer.

Las estocadas son voraces, impetuosas. Me aprieta un pecho y chupa el pezón. Mi coño llora de lo mojado que está. Joder… tengo la sensación de que voy a hacer pis.

El sonido de su cadera chocando con fuerza es un tambor proclamando que Austin es el dios del sexo. Unas embestidas más y siento un chorro salir de mí con otra oleada intensa de placer.

Él se desliza hacia fuera y se corre sobre mi abdomen, pringándome entera. Mierda. Estoy hecha un desastre de semen y de líquido.

Murmuro algo bajito, tapándome la cara con ambas manos, completamente avergonzada.

Siento cuando se acuesta a mi lado y me aparta el brazo, revelando mis mejillas encendidas por el esfuerzo y también por la vergüenza.

— Austin… yo hice…

— Tuviste un squirting y me encantó, amor. No es pis — aclara, revelando que tuve lo que yo pensaba que era una leyenda urbana. — Solo demuestra lo perfecta que eres para mí. Ahora ya no puedes pensar en olvidarme, porque tu coño acaba de decretar que me pertenece con este bautizo.

— ¿Cómo consigues eso?

— ¿Hacer que tu coño sea mío? Es fácil… solo tengo que meterla ahí y…

— Cállate, Prince — digo, sonriendo. — Hablo de hacer que todo sea así… siempre tan rico, haciéndome… — Giro el rostro hacia él. — Feliz.

— Estoy en deuda contigo en eso. Tengo que hacerte feliz de verdad. Esta sensación post-orgasmo no cuenta. — Su expresión se vuelve seria. Luego aparta unos mechones pegados a mi frente por el sudor. — Es una promesa, peque. Te voy a hacer muy feliz.

Cierro los ojos y asiento. Porque lo que más quiero es verlo cumplir esa promesa.

— Pero ahora necesitas otra ducha y yo tengo que irme. No quiero cabrear más a mi mejor amigo y futuro cuñado, o me pegará un mes entero. — Me mira de arriba abajo. — En realidad, un año entero cuando descubra lo que te hago…

— No voy a suavizarlo, porque conozco a mi hermano. Un año puede ser poco.

— Podrías mentirme en esa parte — dice con un puchero. Y después me besa la cara, empezando a vestirse. — ¿Quieres que te traiga una toalla? O mejor… coge este trapo viejo que estabas usando. ¿Es de Sebs, verdad? — Se agacha y coge la camiseta. — Voy a limpiarte y me la llevo para tirarla. Dudo que la eche de menos.

— Yo soy la que lo ha estado usando — aclaro. Austin se encoge de hombros y me limpia rápidamente.

— Listo. Ya no queda nada de tu meada/*squirting* en la cama. — Le doy una palmada en el hombro y él se ríe, atrapando mi mano en el aire y besando el dorso. — Algún día quiero sacarte de aquí y darte una ducha bien larga, Emis. Pero ahora es demasiado arriesgado. Creo que lo que acabamos de hacer ya fue bastante arriesgado.

— Sí… lo sé…

— Mañana vengo temprano, y quién sabe, quizá te traiga el desayuno a la cama, ¿eh?

— ¿Y qué le vas a decir a mi madre?

— No puedo decirle que hice el amor con su hija toda la noche, porque tu hermano me exigió que me fuera. Así que, ¿qué tal un: "quiero llevarle el desayuno a mi novia"?

— Austin… — lo digo en tono de alerta, escondiendo la alegría que me revienta en el pecho al escucharlo llamarme su novia.

— ¿Qué pasa? Tenemos que empezar a contárselo a alguien, ¿no?

Respiro hondo, pensando en todo lo que estamos viviendo y sobre todo en la reacción de mi madre. Todos estamos bajo una tensión emocional gigantesca, y ahora… no es el momento de echar más leña al fuego.

— Creo que es mejor esperar un poco más. Estamos pasando por demasiadas cosas — justifico, sentándome en la cama. — No es justo poner otra crisis en los hombros de mi madre y de Sebastian. Esto… — señalo de él a mí — tiene que quedarse en secreto.

Él suelta el aire, cansado pero aceptando.

— Solo tienes que saber que yo pelearía una guerra por ti, Emis. ¿Lo sabes, verdad?

Suspiro, soltando el aire despacio.

— Sí… lo sé.

Siento sus dedos acariciar mi rostro. Apoyo la mejilla en su palma y lo miro, recibiendo un besito rápido en los labios.

— Te veo mañana, amor — se despide y empieza a alejarse. Con la mano en la manija, me mira por encima del hombro y me lanza un beso al aire. Sonrío.

— Ah… recuerda cojear, ¿vale?

— ¡Uf! Se me había olvidado. — Cierra la puerta moviéndose con dificultad, exagerando aún más su farsa. Acabo riéndome de la

forma cómica en que sale de mi cuarto.

Austin es el hombre que me hizo llorar muchas veces, pero me hizo sonreír aún más. Espero que en ese marcador, el segundo equipo siga ganando, porque llorar por él no fue una simple derrota de partido… fue perder el campeonato entero.



El silencio dentro del ascensor es casi asfixiante. Estoy agarrada al pasamanos de metal, que me sirve de apoyo para no desmoronarme.

Mi madre está a mi lado, mirando el visor digital que marca los pisos en ascenso. Está más arreglada de lo habitual, y juraría que ese look era para una cita. Bueno… de alguna forma lo es.

Suspira de vez en cuando, encogiéndose levemente de hombros. Puedo ver los nudillos blancos por la presión con que aprieta la correa del bolso. Si yo estoy ansiosa por ver a mis padres juntos de nuevo, ¿imagínate ella?

El camino hasta aquí fue una mezcla de tensión y regaños interminables de Sebastian por WhatsApp. No paraba de escribir, diciéndonos qué tan "cabezotas" habíamos sido anoche. Mierda. No podía ni siquiera contradecirlo.

Austin cumplió su promesa y vino muy temprano a nuestra casa para acompañarnos. Antes de subir al coche, tuve que gesticular más de una vez un no para que no dijera nada sobre lo nuestro a mi madre, y también recordarle que tenía el tobillo torcido, porque el muy descarado se había olvidado de cojear.

Por supuesto discutimos con la mirada. Para él, desviar el foco del problema actual podría disminuir el estrés. Para mí, traer

otro problema a la mesa solo lo aumentaría. Nuestra "conversación" fue como esas peleas mudas en las que pierde quien aparta la vista primero. Yo gané. Y él no aceptó bien la derrota, pasando buena parte del trayecto concentrado en la carretera, sin decir ni pío.

Media hora después, noté que su celular no paraba de sonar. Eché un vistazo a la pantalla y vi los mismos nombres de siempre. El grupo de los cuatro Gladiadores estaba echando humo. Probablemente Winter conducía para que Sebastian pudiera teclear tanto.

— Si quieres… puedes cogerlo y mirar, Emis — me ofrece Austin, sacando el móvil del portaobjetos y sosteniéndolo en alto para mí. La tentación de cruzar ese límite de la privacidad era casi insana. Pero mi curiosidad no superaba mis principios.

Allí estaban sus charlas de amigos y una intimidad que yo jamás pensaba invadir.

— No, gracias. Paso — le agradezco, girando el rostro hacia la ventana. Mis mejillas se encendieron al instante, delatando mi vergüenza.

— Solo me están llamando "hijito de mamá" y Sebastian me está insultando. Nada del otro mundo — comenta, dejando clara su habilidad de lectura rápida, porque tenía que leer conduciendo.

— No hace falta que me lo cuentes, Austin. Me llamó la atención porque… — miro por encima del hombro y veo a mi madre perdida en sus pensamientos, sus ojos en el paisaje al borde de la carretera.

Él lo nota, y en un movimiento rápido aprieta mi mano, que descansa sobre mi pierna. Su sonrisa es una caricia para mi corazón, que espera ansioso lo que viene.

— Y también… si yo miro tus mensajes con los chicos, tú querrás ver lo que escribo a mis amigas.

— ¿No voy a poder verlo?

— Claro que no.

— Qué pena… me encantaría saber lo que vas a contarles de ese chico, ¿sabes?

— ¿Perdón?

— Ese chico del que dijiste que estás enamorada, chiquita. Me muero por saber tooodo lo que vas a contarles de él.

— ¿Y qué te hace pensar que voy a contarles algo a mis amigas?

— Uff… ¿no es eso de lo que hablan las chicas cuando están juntas? De cuántas veces el tipo puede hacerlo, del tamaño del…

— ¿Austin? — La voz de mi madre resuena en el coche. — Podré parecer que no estoy aquí, pero te estoy escuchando. Así que deja de controlar la vida de mi hija. Tú y los chicos tienen que dejar de escuchar a Sebastian y dejar que Emory viva.

Él aprieta los labios, escondiendo la sonrisa.

Le doy una palmada en el hombro.

— ¿Oíste? Mi madre tiene razón. Tú y todo el mundo tienen que dejar de fastidiarme.

— Está bien, Sra. Maxwell. Intentaré comportarme — responde a mi madre, y me mira moviendo los labios sin emitir sonido: "solo que no".

Por fin, las dos horas de carretera pasaron como un borrón, entre charlas aleatorias sobre el campeonato y las canciones de la playlist que había elegido. Llegamos en el tiempo estimado por la aplicación. Sin embargo, Sebastian —que debería tardar lo mismo— ya llevaba aquí media hora.

Él es el capitán incluso cuando se trata de nuestra familia.

Y aquí estamos. En el edificio más elegante de Grand Rapids, con una fachada de vidrio espejado y una recepción de mármol tan pulido que casi me dejó ciega al entrar.

El ascensor está revestido con paneles de madera oscura y detalles dorados, algo que exhala riqueza de una forma discreta.

Como si dijera: “No necesito impresionar, porque ya soy impresionante”.

Escucho otro suspiro corto de mi madre, que mira fijamente el visor con los números subiendo. Giro un poco hacia ella.

— Mamá, ¿estás bien? — pregunto en voz baja.

No responde de inmediato. Solo mueve la cabeza hacia mí, con sus ojos azules opacos, como si estuviera muy lejos de aquí. Finalmente, murmura:

— Creo… creo que sí.

La respuesta es breve. No insisto. Antes de que podamos decir algo más, el ascensor emite un pitido suave, indicando que hemos llegado al último piso.

La puerta se abre y revela un pequeño vestíbulo iluminado con luces cálidas. Richard está allí, vestido de manera elegante pero relajada. Sonríe al ver a mi madre.

— Rachel, qué alegría verte. — Inclina la cabeza con cortesía, aunque su mirada es cautelosa. Quizás Richard sea una de las pocas personas que entiende el peso de este reencuentro.

— Richard… — ella susurra, levantando la mano en un leve saludo.

Él nos guía por la entrada espaciosa, donde los ventanales ofrecen una vista espectacular de la ciudad.

Mi mirada se desvía enseguida hacia la escena en la sala de estar. Sebastian está sentado en uno de los sofás, con Winter a su lado. La rubia le sostiene las manos como si pudiera cargar con todo su mundo si fuese necesario.

¿Será que ella sabe que para mi hermano, ella es su mundo?

Los labios de Sebastian rozando su frente con ternura significan exactamente eso. Y por un instante, siento envidia de que Sebs tenga aquí el apoyo de quien ama, sin reservas.

— Estoy aquí, chiquita — Austin susurra a mi oído, de pie detrás de mí, con una mano en cada hombro. — Justo aquí.

Increíblemente, leyó mis pensamientos. O quizás la situación lo decía todo: cuánto necesitábamos apoyo. Sebs y yo.

Por eso, mi hermano le hace un gesto de agradecimiento a Austin. Claro que no tiene idea de que su apoyo va mucho más allá de la amistad.

Escucho a mi madre soltar un sollozo entrecortado. Uno de esos sonidos que anteceden al llanto. La miro y noto que tiene ambas manos sobre la boca, los ojos fijos en una figura junto a la ventana.

El hombre que antes tenía el cabello tan oscuro como el de Sebastian, ahora con un gris leve en las sienes.

John Maxwell.

Nuestro padre.

Está allí, de espaldas, observando la ciudad. Viste unos vaqueros oscuros y una camisa blanca arremangada hasta los codos. Sus brazos están cruzados detrás, una postura que aún transmite imponencia.

Y, como si nos sintiera, se gira lentamente.

Todos miran a mamá, que sigue inmóvil. El mundo empieza a girar en cámara lenta y, cuando sus ojos por fin encuentran los de él, el tiempo se detiene.

Ella lleva una mano al pecho, respirando con dificultad. Las lágrimas que había contenido empiezan a deslizarse silenciosas, una tras otra. Ninguno de los dos dice una palabra, pero la intensidad de su mirada compartida es devastadora.

Una década de mentiras, dolor y añoranza se despliega frente a nosotros.

— John… — ella susurra al fin, con la voz rota.

Él no responde de inmediato. Da un paso hacia adelante, con los ojos también empañados.

— Rachel… — murmuró con una voz ronca, como si pronunciar su nombre doliera tanto como sanara.

Ninguno de nosotros se atreve a moverse ni a interrumpir. Este es su momento. Un momento que les fue robado durante años y que, ahora, por fin les es devuelto.

Cruzo una mirada con Sebastian, y él asiente levemente, casi imperceptible. Nadie parece saber cómo actuar.

Mi madre finalmente camina hacia mi padre, vacilante, como si cada paso la hiciera regresar a un pasado que había intentado olvidar. Porque pensar en nuestro padre era recordarle que él se había ido. Y, para ella, era para siempre.

Verlo allí, vivo, significaba que podía, sí, recordarlo y pensar en él. Pensar que podría volver a ella.

Cuando está a pocos centímetros de él, levanta la mano y le toca el rostro, como para confirmar que realmente estaba allí.

— Eres tú de verdad… — Su voz es apenas un susurro.

Mi padre cierra los ojos al sentir su toque, apoyando el rostro en su palma. Se quedan así un momento, atrapados en una burbuja de tiempo que no pertenece a nadie más.

— Lo siento… por todo… — dice al fin, con la voz temblorosa por la emoción contenida.

Mi madre niega con la cabeza, con lágrimas corriendo libremente ahora.

— No… yo lo siento. Creí en todo. Debería haber luchado más por ti.

Ver a nuestros padres reencontrarse era algo que siempre había soñado. Sin embargo, duele verlo. Años se han perdido entre ellos. Momentos que no volverán jamás.

Entonces, el sollozo que escapa del pecho de mi madre es la señal para que papá la envuelva en un abrazo apretado.

El sonido suave de su llanto llena la estancia.

Es un sonido de alivio y de dolor al mismo tiempo.

Llevo una mano a mis labios y trato de contener mis propias emociones.

Sebastian se acerca y pone una mano firme en mi hombro. Estamos juntos, todos juntos… otra vez.

— Por fin… — murmura en voz baja, y yo asiento con la cabeza.



Después de un tiempo, mi padre y mi madre caminaron hacia mí y Sebastian, y los dos fuimos envueltos en sus brazos. En ese instante sentí que una parte rota de nuestra familia empezaba a curarse. Mi pecho se llenaba de alegría y alivio.

La risa sincera que salió de mi madre desencadenó las demás, y pronto todos estábamos sonriendo por el momento.

Fue liberador. El telón de las mentiras se había abierto, dejando entrar la luz de la verdad y aclarando la oscuridad en la que vivíamos desde aquel maldito incendio. Suspiro, sintiendo mi pecho expandirse, pleno, rebosante de esperanza.

Nada podría detenernos. Nuestro abuelo, Gregory Maxwell, iba a pagar por todo lo que nos hizo pasar.

Tardamos un tiempo en separarnos, pero pronto estábamos acomodados en la sala de estar. Sebastian y Winter retomaron sus lugares en el sofá; papá y mamá estaban a su lado, con las manos unidas, mientras yo estaba en un sillón con Austin sentado en el brazo del mueble.

—Bueno… ya que estamos todos aquí, quiero aprovechar para hablar de mi último hallazgo —Richard camina hasta la mesa de centro, donde reposa una tableta. Inspira hondo antes de mirarnos a

todos—. Conseguí acceder al último documento que me envió mi informante.

El tema y el tono serio con que habla rompen todo el clima anterior.

—¿Y qué había en ese archivo? —pregunto, ya que fui yo quien se lo envió, aclarando que desconocía la extensión que el fantasmita había usado para guardarlo.

—Además de la continuación de los nombres correspondientes a las abreviaturas que vimos, se trata de un mapa con una ruta de cibercrímenes.

—Mi padre está fuera de control —papá pasa una mano por su cabello—. ¡Dios mío!

—Ya lo demostró cuando te manipuló, papá —Sebastian argumenta.

—¿Y tú estás bien ahora, John? ¿Estás bien? —pregunta mi madre, girando el rostro de papá hacia ella. Él sonríe y besa la palma de su mano.

—Estoy bien, querida. Mi medicación está al día y hace tiempo que no tengo ninguna crisis.

Ella respira aliviada. Yo también.

—¿Pero estos cibercrímenes?

—Además de registros de blanqueo de dinero, hay un historial de soborno y corrupción digital —responde Richard.

—O sea, terroristas —interviene Sebastian.

Richard asiente lentamente.

—Sí, y esa lista de transacciones está vinculada muchas veces al senador. Claro que muchas veces usó nombres de empleados. Pero es fácil hacer la conexión.

—¿Por qué hizo una lista que pudiera incriminarlo? Eso no tiene sentido —pregunto, asombrada de la torpeza de Gregory Maxwell.

—Era una garantía. Quiso tener en sus manos una forma de protegerse de los ataques virtuales que sufrieron muchas empresas. Te sorprendería cómo un código escrito de la forma correcta… o incorrecta… —chasquea la lengua para enfatizar— destruye fortunas.

—O incluso controla satélites, misiones militares… Titan Defense tiene una estructura con varios profesionales que combaten justamente este tipo de crisis —papá añade, mostrando su conocimiento del negocio familiar.

Mi madre suelta un suspiro sorprendido, tapándose la boca con la mano. Mi estómago se revuelve. Tiene sentido que tanta gente busque ese pendrive.

—Gregory siempre fue cauteloso. Sin embargo, confió demasiado en uno de los contactos que está en esta lista. Las demás transacciones pueden rechazarse fácilmente en el tribunal. Salvo si… el primer nombre de la lista declara contra él.

Richard intercambia una mirada significativa con mi padre, que asiente con la cabeza en señal de acuerdo.

—Pero el primer nombre es ese banquero que desapareció —aclara Austin, indignado.

—Exacto. Leonard Armitage. Tu abuelo era amigo íntimo de él —papá revela.

—Mientras siga desaparecido, es difícil consolidar un caso completo contra Gregory. Todos los demás nombres son secundarios comparados con él.

Mi madre se inclina hacia adelante, con una expresión seria.

—¿Y la CIA? ¿Por qué no podemos pedir ayuda a ellos? Titan solía atenderlos, ¿no es así, John?

—Sí, cariño. Richard se puso en contacto con ellos.

Richard suelta un suspiro antes de continuar:

—Envié una copia encriptada del pendrive para ellos. Era arriesgado mantener toda esa información solo aquí con nosotros.

Están monitoreando posibles escondites y contactos en otros países, especialmente en lugares donde Armitage podría estar ocultándose.

—¿Y crees que podemos confiar en la CIA? —pregunto, cruzando los brazos. Este tipo de operación siempre tiene sus complicaciones—. Estamos hablando de corrupción. La CIA también puede estar implicada.

—Puede. Sin embargo, ellos quieren a Armitage. Tenemos a los partidos políticos contrarios a tu abuelo metidos hasta el cuello para sacarlo del Senado. Creo que ha peleado demasiado con sus colegas de estrado.

Pongo cara de quien trata de digerir todo. Parece un guion de película de espionaje, pero es nuestra vida real. Es surrealista.

—¿Titan no se verá perjudicada por la vinculación del abuelo con criminales? —pregunto, dirigiéndome a mi padre.

—Si los balances financieros están correctos y logré borrar el único que mi padre usó, podemos decir que nuestra empresa está limpia. Tenemos un abogado muy bueno que puede montar una defensa solo con prueba documental —sonríe a Richard—. Si no hay aumento en el capital de giro que supere las previsiones del mercado, no hay cómo involucrar a Titan.

—Ese fantasmita debe ser de tu confianza, ¿eh? ¿No tienes miedo de que venda la información al mejor postor, Richard? —Sebs cuestiona, frunciendo el ceño. Todavía no logra tragarse que no haya descubierto nada sobre el hacker que nos está ayudando. Mucho menos que haya sido puesto en su lugar por él.

— Confío. Trabajo con profesionales que, de cierta forma, me deben favores, Sebastian. Y el… fantasmita… — dice, haciendo comillas en el aire— me debe su nueva vida.

Creo que todos abrimos los ojos más de lo normal con esa revelación.

Mi hermano murmura un sonido de aprobación, indicando que le gustó la idea de que su rival tuviera el rabo atrapado.

— Bueno… podemos felicitarlo no solo por descifrar la encriptación del pendrive, sino también por saber esconderse de cierto capitán de hockey — digo, con una pizca de sarcasmo, lanzando una mirada divertida a Sebastian, que solo revuelve los ojos.

— Ja, ja, ja… muy gracioso, Emis. Dudo que no tengas curiosidad por saber quién es.

— Yo no. Si nuestro fantasmita está feliz en permanecer en la sombra, no le veo problema alguno. Al fin y al cabo, nos está ayudando a acabar de una vez por todas con esta dinastía criminal.

— ¿Dinastía criminal? — Mi padre arquea una ceja. — Ahora sí que suenas como esas series de televisión, Arcoíris.

— Ah, pero sin duda daría una serie. Tenemos de todo: villanos, secretos de familia, cibercrímenes y un equipo de protagonistas carismáticos — enumero, con un gesto exagerado hacia todos en la sala, intentando mejorar el clima.

— ¡Eh! ¿Protagonistas carismáticos? — Austin se lleva una mano al pecho. — Acepto ese papel, pero necesito un aumento en el caché. — Mi pareja perfecta arranca unas risas de mi madre y yo le sonrío.

— Ya dije todo lo que tenía que decir y ahora necesito irme antes de perder mi vuelo. — Richard se levanta de repente.

— ¿Vuelo? — mamá pregunta.

— Pasaré unos días fuera, Rachel. Siéntete libre de quedarte aquí el tiempo que quieras — le dice a ella y sonríe con complicidad a mi padre.

— Pero no traje nada. Ni ropa y…

— Yo hice tu maleta, mamá. — Ella me mira rápidamente. — Richard llamó poco antes de que saliéramos y corrí para que tuvieras algo si querías quedarte.

— Hija… — Me mira con cariño y sorbe, emocionada. — Si no es molestia, Richard. Yo… — Toma la mano de mi padre y lo

observa con toda su devoción. — Me gustaría pasar un tiempo con mi marido.

Papá eleva sus manos unidas y deposita un beso prolongado, cerrando los ojos. Noto una lágrima resbalar y él murmurar un "gracias".

Mamá acaricia su rostro, volviendo a derramar lágrimas de alegría.

Un rato después, nos levantamos todos para despedirnos y dejarlos a solas.

— Vamos, Emory, como estás sin coche, puedes volver conmigo a Ann Arbor. — Su voz es firme, casi autoritaria.

Arqueo una ceja, sorprendida por la exigencia repentina. Mi madre nota la actitud de Sebs, pero no hace ningún comentario esta vez. Solo observa en silencio.

— ¿Y yo voy a volver solo? — Austin pregunta, ganándose el Óscar al levantarse del sillón y cojear hacia nosotros. — Es horrible viajar sin compañía.

Antes de que pueda decir algo, Winter interviene, levantando la mano como si estuviera en clase.

— Yo puedo volver con Austin. No hay problema.

— ¡No! — Sebastian y yo respondemos al mismo tiempo.

Winter parpadea, sorprendida, pero sonriendo como si lo hubiera hecho a propósito.

— Tranquilos, era solo una sugerencia — murmura, soltando una risita corta.

Sebastian resopla, revolviendo los ojos.

— Sugerencia, una mierda. Vuelves conmigo — gruñe, sacudiendo la cabeza. Sin más, toma a Winter del brazo y la conduce fuera del ático. — ¡Vamos! — dice en un tono irritado.

Winter solo ríe, saludando rápidamente a mis padres.

— ¡Chao, chao, señor y señora Maxwell! Encantada de conocerlo, señor — se despide mientras ambos atraviesan la puerta. Creo que ni escuchó a mi padre responder que el placer era suyo.

Pero en fin.

Cuando la puerta se cierra, él se gira lentamente hacia Austin. Su mirada tiene un brillo distinto, como si contuviera una sonrisa.

— Sabes, Austin, hace mucho tiempo, una niñita me pidió un favor. Ella quería que hablara contigo y te preguntara si aceptarías ser su novio. — Hace una pausa, mirándome con una sonrisa nostálgica. El recuerdo de ese momento aparece en mi mente, y mi rostro empieza a arder de vergüenza. — Ahora dime: ¿te gustaría salir con ella?

El calor en mis mejillas aumenta y mi corazón galopa en mi pecho. La mezcla de aprensión y nervios retuerce mi estómago de una forma terrible. Oigo a Austin carraspear, y me atrevo a mirarlo de reojo. Está sonriendo de oreja a oreja. Mierda.

— Sí, suegro. — Le doy una palmada en el hombro. — Quiero decir, sí, señor Maxwell — se corrige rápido.

— Después del consentimiento, necesito también saber otra cosa, Austin. ¿Eres digno de esta chica?

La expresión del gladiador cambia poco a poco, poniéndose seria. Mira a mi padre y luego me mira a mí, atrapándome en su mirada.

— Lo soy. Y aunque no lo fuera, haría de todo para llegar a serlo.

Mi padre sonríe, satisfecho, y me guiña un ojo de manera discreta, lo que me deja completamente avergonzada.

— Cuida bien de ella, muchacho — añade con una firmeza tranquila.

Austin solo asiente. Mi madre, que había estado callada durante toda la escena, finalmente suspira, rompiendo el silencio.

— ¿Mamá? — La miro, con el ceño fruncido, esperando el primer sermón de la familia. El segundo vendría de mi querido hermano.

— ¿Qué, hija? ¿De verdad pensaste que yo no lo sabía?

— Yo… hum… pensé que no.

— Siempre supe de tu enamoramiento por Austin. Y también siempre lo vi rondando por la casa. Solo una madre que no cuida de sus hijos no vería ese tipo de cosas.

— Señora Maxwell, yo… yo nunca avancé mientras Emis era menor de edad, ¿eh?

— Lo sé. Por eso, no necesitas preocuparte conmigo. Ya tendrán suficiente cuando Sebastian lo descubra.

— No se lo digas, mamá. Por favor…

— ¿Crees que estoy loca, hija? Jamás haría eso. Ni siquiera quiero estar presente cuando suceda. Es más… prepara la bolsa de hielo, Prince. La vas a necesitar.

— Sí, señora… — Él suelta el aire, cansado.

— Es mejor que se vayan, Arcoíris. No es bueno tomar carretera de noche — aconseja mi padre. Asiento con la cabeza aceptando. Entonces, lo abrazo fuerte.

— Gracias por volver a nosotros, papá — digo en voz baja.

— Gracias por esperarme, Arcoíris — responde en el mismo tono.

Luego abrazo y beso a mi madre, que me hace algunas recomendaciones sobre la comida. Para ella, nunca como lo suficiente. Austin también se despide y salimos.

En el camino de regreso a la universidad, el coche está en silencio. Observo el paisaje nocturno pasar por la ventana, perdida en mis pensamientos.

— Ha sido un gran día, ¿verdad? — comenta Austin suavemente, sin apartar los ojos de la carretera.

— Sí… — respondo, demasiado cansada emocionalmente para hablar y temerosa de todo lo que estaba por venir.

Él me lanza una mirada breve antes de volver a concentrarse en la dirección.

— Siempre voy a estar aquí, caçulinha. Nunca olvides que siempre estuve y estaré. — Coloca la mano sobre mi pierna, en un gesto de cariño.

Esbozo una pequeña sonrisa, sintiéndome reconfortada con sus palabras.

— Lo sé. Gracias. — Enlazo su brazo en un abrazo, usando su hombro como almohada. Dejo que el sueño me venza y me duermo, sabiendo que estaba segura con él.

Finalmente, mi gladiador se convirtió en mi príncipe.



Hay algo casi poético en el ruido de los patines cortando el hielo, o quizá sea solo mi cansancio hablando. El cronómetro marca 6 minutos para el final del tercer período y el marcador sigue 3 a 3 contra los Buckeyes de Ohio State. Malditos Buckeyes. Están pegados a nosotros como un chicle en la suela de la zapatilla.

— ¡Austin, concéntrate en el partido, joder! — grita Sebastian, pasándome el puck con precisión.

Él está en el centro de la pista, mientras yo acelero por la derecha, intentando meter más velocidad a la jugada.

El problema es que su defensa parece haber entrenado para ser una muralla humana. Amago por la derecha, corto hacia la izquierda, lo engaño. Avanzo, pero antes de disparar, otro armario con patas me estrella contra la pared.

Me siento como una lagartija pegada al cristal por unos segundos, hasta que vuelvo al hielo. El jugador que me tumbó sonríe de lado. Escupo al suelo y pongo cara de cabreo… que enseguida se convierte en una sonrisa diabólica. Se va a enterar.

— ¿Estás bien, Prince? — Kyle aparece de la nada, recoge el rebote y dispara directo a portería. Contengo la respiración, rogando que entre.

Pero el portero rival la saca con una manopla que hace volar el puck como un proyectil. Mierda.

— ¡Tienes suerte de que me caigas bien, Sanders! — le grito, riéndome mientras patino hacia la línea azul. Kyle me responde con una peineta y una sonrisa.

— ¡Atrás, Prince! ¡Atrás, hostia! — En el banquillo, *Coach* Williams gesticula como un loco, moviendo los brazos como muñeco hinchable de gasolinera.

Sebastian recoge el puck en defensa y avanza con esa habilidad irritante suya — lo hace parecer demasiado fácil. Se carga a uno, a dos rivales, y me la pasa en la entrada del área.

— En medio de la selva oscura de la vida… — empiezo a recitar La Divina Comedia de Dante, patinando hacia el ataque.

— ¡¿Qué coño haces, Austin?! — Sebastian me grita, al borde de la paciencia.

Ajusto el puck en el stick y sigo:

— …me encontré en una selva salvaje…

Kyle, que patina cerca de mí, se parte de risa. Fue él quien recitó ese poema una vez y yo lo memoricé.

— ¡Te vas a perder en esa selva si no marcas ya! — me grita, cubriéndome.

Giro el cuerpo como un paso de ballet de esos que vi a Emis ensayar mil veces. Cargo el puck y…

— …el camino recto estaba… — dudo la última palabra. — ¡…perdido!

El defensa intenta derribarme, pero lo esquivo en el último segundo y disparo. La red se agita.

— ¡¡¡GOOOOOOOL!!!

Levanto los brazos, y enseguida me cae encima una montaña de músculos. Sebastian me golpea el casco con cariño.

El marcador cambia a 4-3, y la grada explota. La presión sigue en los últimos minutos, Jordan bloquea dos tiros con el cuerpo y casi se mata, pero aguanta.

El tiempo vuela y…

El árbitro pita. ¡Aleluya!

Se acabó. Ganamos.

La gente se vuelve loca. Nuestro sector de la grada hace un ruido ensordecedor.

Escaneo entre las caras, buscando en el sitio de siempre. Y ahí está. Emis. Con sus amigas.

Ella vino a verme. Vale, un poquito también por Sebs, ¿no? Pero el 82% era por mí. Le lanzo un beso al aire. Si mi colega lo ve, da igual: hay mil chicas mirando y tengo coartada.

Emis baja la cabeza, tímida. Y sonríe.

Joder, adoro esa sonrisa.

— ¡Vamos, cabeza hueca! La fiesta de la victoria no es en el hielo — me llama Jordan, patinando delante. Voy tras él, junto al resto.

En el vestuario, es un festival. Música a todo volumen, olor a sudor mezclado con hielo derretido — huele a casa. Sebastian está más relajado, aunque mantiene esa cara de "sois unos imbéciles, pero os quiero igual".

— Buen partido, Austin — me dice, golpeándome el hombro. — Pero la próxima vez intenta no distraerte recitando poesía en medio del jodido juego.

Me río, levantando mi botella de agua en un brindis improvisado.

— Eh, échale la culpa a Kyle. Él fue quien me la hizo memorizar, y me pareció que encajaba perfecto en la jugada.

Sebastian rueda los ojos, aburrido. Está en pelotas, con la toalla al hombro, y se va directo a las duchas.

Kyle se baja el pantalón y deja a la vista ese culo de acero y… vale, un paquete que parece digno de graffiti en su coche. Miro el mío y me digo mentalmente que tres centímetros menos tampoco es tan grave. Suspiro fuerte.

Él se apoya en uno de los casilleros, brazos cruzados, esperando que yo y Jordan nos quedemos como vinimos al mundo también.

— Si llego a saber que te iba a dar por recitar poemas en medio del hielo, te habría hecho memorizar La Odisea. Así te desmayabas antes de acabar el primer canto — provoca, lanzándome la toalla. La atrapo al vuelo y se la devuelvo.

— Tú eres mi inspiración… oh, gran, grandioso, magnánimo.

— Tío… cada vez que hablas así, me parece que hablas de su polla — suelta Jordan, medio alucinado, medio de coña.

Le lanzo una mirada a mi amigo de abajo arriba.

— Bueno… tampoco deja de ser eso. — Chasqueo la lengua y le tiro un besito a Kyle, manteniendo el nivel de la coña. Él murmura un "idiota". — Pero me refería a tu intelecto, nada más.

— Mi intelecto se pregunta si las chicas van directo al bar 213 o tendremos que pasar por su casa. ¿Sabéis lo que Sebs quedó con la Gelito? — pregunta el magnánimo.

— Si hay que pasar por la Kappa, yo os encuentro en el bar. No pienso esperar a que alguna tarde tres horas en arreglarse — se queja Jordan.

— Eh… ¿y desde cuándo eso es un problema para ti? — comento.

— Desde ahora — responde tan seco que me obliga a mirarlo dos veces. Literalmente se transformó en Sebastian.

Paso de todo. Saco el móvil y, en vez de esperar respuesta de la novia de mi colega, decido escribirle a la mía.

Yo: Eh, amor, ¿vais directo al bar?

Mi calentón desde las tetas: Sí, guapo. Te veo allí.

Yo: ¿Alguna chance de conseguir un beso por la victoria esta noche?

Mi calentón desde las tetas: Hay un pasillo perfecto de camino al baño.

Yo: Por favor dime que nunca te liaste allí con Theo/el idiota.

No soy celoso. No soy celoso. Intento repetirlo como un mantra para tragarme el orgullo.

Mi calentón desde las tetas: ¿Y si sí? ¿Cuántas te has liado tú ahí también, eh?

Uf… qué pedazo de cagada acabo de hacer. Mejor cambiar de tema.

— ¿Con quién hablas tanto? — pregunta Jordan, intentando espiar mi móvil. Me muevo un paso al lado y escondo el aparato rápido.

— ¿Estás loco, tío? ¿Y si me estuviera mandando nudes? — provoco, y él se aparta un poco.

Entre nosotros había una regla: jamás compartir nudes. Aunque hubiéramos estado con la misma chica, eso era intocable.

— No sé, bro. Pero nadie teclea tanto solo por nudes. Y justo cogiste el móvil después de que Kyle preguntara por las chicas — rebate Jordan con una sonrisilla cínica.

— Es solo una tía con la que salgo, ¿vale? Relájate — contesto, desviando el foco.

— Huele a serio, ¿eh? — Kyle comenta, sacando de mi taquilla mi neceser.

— ¡Eh! ¿Cuándo vais a traer vuestro propio champú al vestuario?

Se miran entre ellos y responden al unísono:

— Nunca. — Encogen los hombros y seguimos por el pasillo de taquillas.

— Si tocamos el de Sebs nos gruñe como un perro rabioso. Y tú nunca dejas que falte — explica Jordan.

— Si Sebs gruñe, voy a empezar a ladrar yo, a ver si espanto a los parásitos del champú… — resoplo.

— ¿Ves? Solo te ayudamos a practicar el idioma de tu cuñado — suelta, natural.

— Sebastian hace más que gruñir, fijo.

Tardo dos segundos en procesarlo y me giro hacia ellos con cara de susto. Los dos tienen los labios apretados para no reírse. Al final bufan una carcajada ligera.

— Joder — me quejo.

— Sí, Austin. Estás jodido — Kyle sentencia lo obvio.

— ¿Ya lo sabíais? — suena más a afirmación que a pregunta.

— ¡Claro que sí, tío! — Kyle responde, dándome palmaditas en el hombro. — No sé cómo Sebastian aún no se ha enterado.

— Será por todo lo que pasa con su familia — Jordan puntualiza, un poco más serio. — Pero cuando lo descubra, prepárate para visitar al dentista. Dudo que salves todos los dientes.

— Y seguro te rompe un par de costillas… — añade Kyle.

— ¿Quizá la nariz? — La conversación sigue como si yo no existiera. — Si fuera tú, ya tendría cita con el padre de Cameron. Dicen que es un cirujano plástico top.

— ¿No fue él quien le arregló la nariz a Chloe? — Kyle pregunta.

— ¡La madre que os parió! ¿Podéis callaros? — Ellos se contienen, fingiendo seriedad para disimular la risa. — Ya sé que voy a recibir hostias, ¿vale? ¡Y me da igual! Si significa estar con la chica que siempre quise, lo aguanto sin devolver ni un golpe.

— Eso no me lo creo — el grandullón insiste. — Ya os pegasteis una vez en el hielo, y fue brutal. Sebastian se convirtió en el demonio y tú no te quedaste atrás. Puedes ser todo mimoso fuera de la pista, pero dentro… — silba. — Te transformas.

— Pero la paliza no será en la pista, ¿te enteras?

— ¿Ah, no? — Jordan pregunta, y Kyle hace un gesto de "me da lo mismo". — Qué lástima. Pero venga, ¿cuándo piensas decírselo?

— Ya quería haberlo hecho. Pero Emis pidió esperar hasta que se resuelva lo del abuelo. Así que ni se os ocurra abrir la boca, ¿ok?

— Tranquilo, nosotros no hemos dicho nada — Jordan asegura. — Ese marrón es vuestro.

— Al final, Austin Prince está fuera del mercado.

— Ni sabía que estaba en venta — gruño, de mala leche sin saber muy bien por qué.

— ¡Eh! En venta y en liquidación, tío. Emis está pillando un producto que, en nada, se va a averiar. Así que seguro le salió por cuatro duros.

— Ella sí que le está sacando provecho al producto, idiota. Y te garantizo que valgo la pena.

— Ah… eso solo Emis puede decirlo. — Kyle replica. — Por lo menos no será ella quien rompa el juguete, ¿no? Jordan está jodido porque el suyo aún se recupera después del ataque de la Mad Maddie.

— ¿Ataque? — pregunto, girándome hacia él justo cuando abrimos la puerta de las duchas.

— Ya dije que fue sin querer… — Jordan comenta, menos risueño.

— Esa historia está muy mal contada, bro. Si fue sin querer, ¿por qué empezaste a huir de la chica como el diablo de la cruz?

La curiosidad mató al gato, pero como yo estoy aprendiendo a ladrar y no a maullar, me callo y presto atención. Me di cuenta de que estaba tan distraído con mi vida que dejé de vigilar la de mis colegas. Algo imperdonable para alguien atento como yo.

— Porque… — Jordan se rasca la nuca mientras lanza la toalla al banco en el centro del amplio baño colectivo y se coloca bajo una de las duchas libres. — Es demasiado complicada…

Suelta un suspiro pesado.

— ¿Y existe alguna chica fácil? Si existe, se olvidaron de presentárnosla, tío — opino.

— ¿Sigues huyendo de Madison, Jordan? — Sebs, que ahora está cerca, pregunta.

— No huyo de nadie.

— Vino a casa con Winter y casi te metes en el gallinero del Pollo — Kyle lo delata, echándose medio bote de MI champú en las manos. Suelto un gemido de frustración y él lo nota, guiñándome antes de dejar el frasco en el estante frente a nosotros.

Lo agarro rápido, antes de que Jordan se adueñe. Él me sonríe y cuando lo devuelvo, lo coge. Gruño bajo, y tanto él como Kyle sonríen, mirando después a Sebastian.

— Ni lo intentéis. Ahora estamos hablando de cómo Mad Maddie le pateó las pelotas a Jordan — declaro, quitándome del foco.

— ¿Y de qué hablaban antes? — pregunta nuestro capitán, y enderezo los hombros para que no se encogan.

— De cómo Brooke me está volviendo loco con la regla de "sin tocar" en clase. La tía no quiere que le ponga la mano encima, pero tampoco me lo pone fácil viniendo a la uni vestida de burka. — Kyle interviene, y la noticia me hace parpadear varias veces.

— ¿En serio? — se me escapa. El grandullón me fulmina, con el ceño fruncido, y su mirada va y viene hacia Sebs. Joder… se suponía que pensara que ya lo sabíamos.

— Una burka tapa muy poco si contamos el tamaño de tus celos, tío — comento, enjabonándome la cara para formar espuma. Mi capacidad de actuar se está yendo a la mierda.

— ¿Cuántas clases os quedan juntos? — Sebs pregunta.

— Tres.

— Yo solo tuve una con Winter el año pasado — dice, pensativo. — Lo echo de menos, tío. Creo que voy a coger alguna optativa el próximo semestre.

— Paso. Ni loco me apunto a una clase extra — le recuerdo, sabiendo que compartimos casi todas por el mismo grado. Salvo dibujo, porque ese talento es solo de nuestro capitán.

— ¿Quién dijo que tengas que hacerlo? Es hasta mejor dar un poco de espacio. Búscate una chica que se ocupe de tu vida, Prince.

La respuesta subió, rozó mi lengua, hizo la curva… y se tragó de vuelta por mi garganta. Jordan y Kyle se ríen como hienas y el resto del equipo sigue la onda. Pero solo ellos dos saben el chiste completo.

— Idiotas — gruño. Y me cae encima otra ola de carcajadas.

Seguimos la ducha con más coñas que no tenían nada que ver con Sebs ni conmigo. Minutos después, ya vestidos, vamos camino al bar 213.

No veía la hora de ver a mi chica, aunque tuviera que aguantar la regla del "sin tocar" de Brooke. Igual estaría cerca de mí.

Es raro: todo cambió y al mismo tiempo nada cambió. Emis sigue frente a mis ojos, pero lejos de mis brazos.

Pronto esas dos realidades estarán en la misma página, porque ya estamos en el mismo libro.



El sonido alto me hace vibrar de los pies a la cabeza mientras balanceo la jarra de cerveza, mirando a mi alrededor en el bar 213. El ambiente postpartido está entregado; hoy parece que todo el mundo se ha soltado.

Hemos decidido quedarnos en una zona distinta, con mesas de billar. Es donde la peña monta una pista improvisada y baila rodeada de mesas. Sentada en una de ellas está Winter, enrollada a Sebastian como si fuera una bufanda humana; a él le da igual.

Brooke, Sidney y Maddie bailan juntas cerca de la barra como si fueran las protagonistas de un videoclip. Yo estoy con Cameron, de pie, cerca de la pista.

La banda sonora de la noche no para de sorprender: la *jukebox* manda temazos al azar y de vez en cuando algún valiente coge el micro y tortura nuestros oídos.

El último en intentarlo fue mi querido gladiador, Austin Prince.

Entendedme… tiene muchos talentos, pero cantar no es uno de ellos.

— Ese tío canta peor que yo en una coreografía improvisada — le digo a Cameron, que suelta una risa corta.

— ¡Eh! ¡Yo he oído eso! — aparece Austin de la nada y me da un empujoncito en el hombro. — Mi voz es un don. Tú lo que no tienes es cultura musical.

Revuelvo los ojos y esbozo una sonrisa.

— ¿Un don de quién? ¿Del Demonio de Tasmania? — le provoco, y él se ríe, ladeando la cabeza con esa sonrisa traviesa. Entonces siento que me aprieta el culo y doy un brinco.

Miro rápidamente hacia donde está Sebastian y lo veo completamente abstraído, susurrándole algo al oído a su novia.

— Quiero apretarte entera, caçulinha. ¿No tenías un short más corto, no? — le oye decir en voz baja, y veo a Cameron apartar la mirada; ya lo había pillado y estaba esperando a que yo contara. Yo quería y hasta lo intenté… pero siempre aparecía alguien en la habitación. Al final quedó entre nosotras que era un lío prohibido.

— En mi armario no había. ¿Por qué? ¿Me lo prestas? — respondo, atrevida.

— Te dejo mi jersey para el próximo partido, amor. Y me importa un carajo la excusa que le pongas a tu hermano, porque luego quiero follarte llevando solo esa camiseta. — No estoy acostumbrada a que me hablen así y, sin querer, cruzo los tobillos para intentar sujetar el desmadre de mi braga. Mierda.

Doy un sorbo a mi jarra fingiendo que no me afecta, pero no ayuda cuando él me guiña un ojo mientras se aleja hacia el pasillo oscuro. Me mira por encima del hombro con una sonrisa descarada. Es mi señal.

No sé qué me late más rápido: si la polla o el corazón. Austin Prince sabe exactamente cómo ponerme a cien.

Espero unos minutos.

— Oye, Cam. Necesito ir al baño, ¿puedes guardar mi jarra?

— La dejo aquí… mira — ella la pone en la mesa detrás suyo —. Sé que vas a tardar un poquito. — Sonríe y me da un pico con la barbilla hacia mi perdición.

Le sonrío y me lanzo hacia el pasillo antes de que se me vaya la osadía. A los quince pasos entro en una zona más oscura. Respiro hondo preguntándome si fue buena idea. El pasillo no está vacío; hay gente pasando. Tropiezo con dos chicas que cuchichean y se ríen a escondidas. Las segundas intenciones campan a sus anchas.

De pronto, siento un brazo fuerte y musculoso que me coge por la cintura desde una grieta oscura. Respiro agitada al notar mi espalda contra la pared mientras el cuerpo de Austin me tapa casi por completo.

— Pasa gente por ahí… — susurro sin aliento.

— Y nadie vio cuando te arranqué para mí — replica, rodeándome el cuello con una mano, mientras la otra se desliza directo a mi culo. — Tengo unas ganas de apretar ese trasero, Emis. — su aliento caliente roza mi boca.

— ¿Por el short? Joder… si hubiera sabido que iba a causar esto, lo habría usado más veces.

— Tú los usabas, amor. Los usabas demasiado, y mi mente enferma hervía con mil y una situaciones en las que te los quitaba.

— No puedo quedarme sin shorts en el bar, Austin. — Quería que mi voz sonara como una advertencia, pero salió baja y melosa. Él aprieta aún más y un dedo se cuela por la cinturilla, rozando la curva de mi culo con el muslo.

Peligro, alerta roja… mi coño está ardiendo y mi braguita tiene la lava para demostrarlo.

— No hace falta que te los quites aquí y ahora — murmura, con la boca pegada a mi oído. — Sé trabajar con lo que tengo. — Le sostengo la mirada hambrienta, mi boca entreabierta, deseando lo que él tiene para darme. Y entonces, por fin, sus labios me devoran de tal forma que me hace ponerme de puntillas. Casi uso las zapatillas como si fueran puntas de ballet.

Austin me encierra en ese rincón, ampliando sus hombros para mantenernos ocultos en el hueco que ya había visto a muchas parejas aprovechar.

Quien pasa por el pasillo sólo ve la espalda de mi gladiador y se imagina lo que ocurre por sus movimientos.

Me chupa los labios y busca mi lengua, rozándola levemente en una caricia cargada de lujuria. Enredo mis brazos en su cuello y juego con los mechones de su nuca.

La mano que estaba en mi culo se desliza hacia delante, desabrochando el botón de mis shorts vaqueros.

— Austin… — gimo contra sus labios.

— Shhh, amor. No voy a quitártelos — promete, y vuelve a besarme. Sus dedos encuentran hueco bajo mi braguita, directo a mi centro. Él gime en cuanto percibe el desastre. — Joder… estás tan mojada, mi guarra preciosa. Cómo me encantaría follarte contra esta pared.

Abro un poco más las piernas, dándole vía libre.

— Sería un buen espectáculo para los que van al baño — bromeo, y él gruñe bajito, metiendo un dedo en mi interior, arrancándome un jadeo.

— Puedo follarte con mis dedos, peque. Y puedo hacerlo fuerte y rico. La cuestión es… — Su barba incipiente raspa mi cuello mientras sus dedos suben y giran alrededor de mi clítoris con maestría. Mi saliva se espesa, mi garganta sólo logra soltar sonidos rotos. — ¿Podrás no gritar?

— Ya he demostrado que puedo antes. Así que haz lo mejor que sepas. — Sonríe cabrón, vuelve a mi boca y desliza el dedo corazón por mi coño, entrando en mi canal. Lo mete hasta el fondo, limitado por el short, y al mismo tiempo presiona mi botoncito con la palma. El movimiento circular reparte aún más mi lubricación. Soy un desastre de fluidos ahí abajo. Se oiría si no fuera por el ruido del bar.

La caída es inevitable. He saltado desde un acantilado en ala delta directo al hielo de mi gladiador. Me vuelve loca, subiendo y bajando la mano, metiendo dos dedos en mí mientras no deja de rozar mi clítoris.

— Qué delicia… tengo tu coño en la palma de mi mano — gruñe, su voz ronca seduciendo cada fibra de mi cuerpo. — Córrete en mis dedos, peque. Enséñame lo mucho que le gusta a tu coño ser follado así.

Acelera el ritmo, vuelve a besarme. Entonces, el terremoto empieza.

Apoyo la frente en su hombro, perdiendo la fuerza en las piernas cuando una vibración intensa recorre el interior de mis muslos. La sensación sube más, contrayendo con fuerza toda mi pelvis.

Le muerdo el cuello, chupando con ganas mientras siento el suelo temblar y mi interior retorcerse al compás. Cada pulsación parece ir al ritmo de la tierra moviéndose bajo mis pies. La adrenalina recorre mi cuerpo, dejando un rastro de euforia en mis músculos.

Su mano se ralentiza hasta detenerse. Mis pulmones reaprenden a funcionar, respiro hondo, soltando el aire despacio.

— Me has hecho un chupetón, guarra. ¿Sabes que se van a descojonar de mí en cuanto vuelva al bar? — dice, sacando los dedos expertos de mí y abrochando mis shorts.

Miro el trabajo bien hecho y sonrío sin vergüenza alguna.

— No será la primera vez que apareces así después de escaparte al baño.

— Pues sí lo será. Porque nunca dejé que nadie me hiciera esto. — La confesión me deja helada. Parpadeo varias veces, recuperando el sentido.

— Pero… ¿c-cómo? O mejor dicho… ¿por qué?

Austin se pasa una mano por la nuca, claramente incómodo.

— Nunca quise que vieras la marca de alguien en mí. Sabía que antes de nuestra primera vez, mi deseo era una locura. ¡Eras una cría, joder!

— Una cría que menstruaba y tenía tetas.

— Ugh… sí… ¡eso! Tía, soñaba con el día en que pudiera mamarlas. Joder, peque. No me estás ayudando. Ya voy a aparecer con un chupetón, ¿y encima con la polla dura? Las coñas van a destrozar mi orgullo.

— ¿Quieres que yo…? — ofrezco, agarrando su miembro. Pero él aparta mi mano, besando el dorso con dulzura.

¿Cómo consigue volverme loca y ser tan tierno al mismo tiempo?

¿Ves por qué me enamoré a los diez años?

— No, amor. Ahora lo que quería era follarte de algún modo aquí en el bar. Aunque fueran solo mis dedos, sigue siendo una follada en condiciones. — No puedo evitar soltar una risita con la constatación. — Otra fantasía cumplida.

— Con marca de recuerdo incluida. — Le toco el lugar del chupetón. — Perdona, Austin… no lo pensé.

— Amor… — Levanta mi cara para que lo mire. — Nunca dejé que nadie me marcara porque siempre fui tuyo. Si quieres, puedes marcarme entero.

— Hablas de una forma… que ni parece que huías de mí.

— Huía porque eras mi deseo prohibido. La persona que más quería, pero que no podía tener.

— ¿Y ahora, qué ha cambiado?

— Emis… me gustaba estar contigo y tenía un calentón de la hostia. Pero nunca pensé en que pudiera ser amor, porque… mi miedo a perder a Sebs me cegaba.

— Sabes que puede no aceptarlo, ¿no? Quiero decir… puede explotar y liarse a hostias contigo.

— Ahí es donde entra nuestra Gelito. Sé que ahora me va a entender. Él también se enamoró y… sí, me va a soltar una hostia. Pero no me va a echar de su vida. Bueno… — aparta la mirada. — Confieso que tuve valor para ir a por ti después de eso. Y, sinceramente… cuando salías con otros lejos de mí, podía soportarlo. Pero delante de mis narices, era insoportable.

— Yo no salí con Theo.

— No. Pero le besaste al cabrón delante de mí. Nunca habías besado a un tío en mi cara. Y, tía… me dolió como el puto infierno.

— Siempre te quise, Austin. Besar a otro delante de ti estuvo mal — balbuceo, sintiendo cómo aparta un mechón de mi pelo detrás de la oreja. Me coge la cara con ambas manos.

— Perdona por tardar tanto en atreverme. Tenía miedo de confundir pasión con deseo. Y necesitaba estar seguro para arriesgarme.

— Si todas tus disculpas vienen acompañadas así… voy a tardar una década en perdonarte. — Sonrío, y él me devuelve una sonrisa ladeada.

— Haré lo que sea por tu perdón, amor. Todo para demostrarte que quiero que estés a mi lado. — Me besa la puntita de la nariz.

En ese momento, escuchamos voces masculinas y noto cómo su cuerpo se tensa. Me cubre aún más, escondiendo su cara y la mía. Cuando pasan, vemos que no eran ninguno de los chicos.

— Volvamos ya… — Le doy un besito en la cara. — Seguro que ya notaron que no estamos en la pista.

Austin suspira con desespero, dejando caer los hombros. Luego asiente. Me hace una seña para que salga detrás de unas chicas que acababan de salir del baño. Miro por encima del hombro y lo veo cabizbajo, pensativo.

Estoy replanteándome lo de "no contárselo a Sebastian" hasta que mi abuelo esté completamente controlado. Tal vez esta

vez pueda ser un poquito egoísta y tener a alguien sujetando mi mano delante de todo el mundo. Al fin y al cabo, mi hermano tenía a Winter.

La música vuelve a rugir en mis oídos, con una voz chillona capaz de hacer llorar. Camino unos pasos y ya estoy de vuelta junto a Cameron. Ella estaba en un sitio estratégico, donde podía bailar libremente y también charlar con la gente que prefería estar sentada.

Cuando me coloco a su lado, me da mi jarra, que había dejado detrás de ella.

— La amistad entre vosotros es preciosa de ver — dice, con ironía rezumando en cada palabra. — Todavía no entiendo cómo el capitán gruñón no se ha enterado.

— Tiene demasiadas cosas en la cabeza. Y siempre estuve muy pegada a Austin. Para él, verme con su amigo es lo más normal. Pasé buena parte de mi adolescencia colgada de él.

— La promesa de follarte seguro que no pasaba cuando eras adolescente, guapa. — Recuerda lo que mi gladiador dijo poco antes de irnos al baño. Me pongo roja como un tomate, y ella se ríe.

— Esa parte no — respondo bajito. — Él más bien huía de mí. Intenté tantas veces que me besara…

— Y ahora está ahí, hecho un perrito faldero contigo. — Me mira de pronto, como si se le ocurriera una idea. — Por favor, ponle un collar. ¿Por favor? Va a ser la hostia ver al gladiador salido con un título de propiedad de Emory Maxwell.

— Tonta… — Le empujo el hombro, soltando una risa floja. — Capaz de que luego sea él quien me ponga el collar a mí.

— ¿Para qué un anillo de compromiso si estamos en la era de la sumisión, eh? — suelta, burlona. Reímos, hasta que cambia su expresión al ver a Madison en la pista. — Mierda… ya va por la cuarta jarra.

— ¿Maddie? — Miro a la chica empollona que, incluso con sus gafas de pasta negra, está tremenda con unos vaqueros ajustados y un jersey que deja un hombro al aire. — Nunca la he visto borracha.

La verdad es que Madison todavía era un misterio para mí. Lo único que había descubierto es que algo pasaba entre ella y Jordan. Pero discutieron. Y mientras el gladiador está tan pancho, bebiendo su cerveza con una patinadora en las piernas, nuestra amiga está descompuesta, mirándole sin disimulo.

Cuando sus ojos se cruzan con los de Cameron, veo cómo la morena le lanza un "no" gigante con los labios, pero sin sonido alguno.

Madison respira hondo y se detiene en seco, deja de beber y de fulminar con la mirada a Jordan y a la chica de turno. Camina hacia nosotras y pienso que va a quedarse en nuestra mesa. Pero no. Pasa de largo y se dirige directa a la *jukebox*.

— Maddieeee… — Cam alarga su nombre en tono de advertencia, pero ella parece en misión secreta mientras elige una canción y agarra el micrófono.

Entonces empieza Drivers License de Olivia Rodrigo. La gente se queda rara con el cambio brusco de ritmo, pero enseguida empiezan a formarse parejas en la pista, y los que conocen a Madison se quedan con la boca abierta. O sea, medio bar.

Poco a poco algunos silban en señal de aprobación, flipando con la voz que yo ya conocía. Cameron la mira alucinada, orgullosa de ver a su amiga, por fin, mostrándose como realmente es.

Los ojos de Madison no se apartan de Jordan ni un segundo.

Dios… está cantando para él.

Miro al gladiador, que aparta de un empujón a la chica que tenía encima y se queda clavado, devolviéndole la mirada. Se apoya con los codos en las rodillas, entrelazando los dedos frente a la boca. Sus ojos se estrechan, desafiándola a seguir.

El estribillo sube, y Maddie lo entona con toda la fuerza, llevando la emoción de la canción hasta las entrañas. Alza una mano hacia él, confesando su amor en cada verso.

'Cause I still fuckin' love you, babe

Porque aún te amo con toda mi puta alma, amor

Sidewalks we crossed

Las aceras que cruzamos

I still hear your voice in the traffic, we're laughing

Aún oigo tu voz entre el tráfico, riendo conmigo

Over all the noise

Por encima de todo el ruido

God, I'm so blue, know we're through

Dios, estoy hecha polvo, sé que lo nuestro terminó

But I still fuckin' love you, babe

Pero aún te amo con toda mi puta alma, amor

— ¡Uhuuuuu, Madison! ¡Brutal, tía! — Zack, el suplente de Sebs, tiene el móvil grabando la escena. Y de repente me doy cuenta de que no es el único.

Miro a Maddie, que siempre ha sido tan reservada, y ahora está expuesta ante todos. Su rostro, que estaba iluminado, se apaga

de golpe. Una lágrima da paso a otra, y cuando me doy cuenta, está llorando a mares.

— Ay, amiga… — Cameron murmura, con el corazón encogido. Y no solo ella, cualquiera con un poco de alma siente lo mismo.

En un segundo, Jordan ya está a su lado, cogiéndola de la mano y arrastrándola fuera de allí, atravesando la multitud.

— ¡Eh, gilipollas! ¡Suelta a mi amiga! — grita Cam, pero Maddie le hace un gesto para que no se preocupe. Cam frunce el ceño, se lleva dos dedos a los ojos y después los apunta hacia Jordan: "te estoy vigilando".

— ¡Madre mía! ¡Ya tiene más de cuatro mil visualizaciones en cinco minutos! — Zack exclama, enseñando la pantalla a Theo.

— Dame eso, idiota. — Cam ni le deja reaccionar y borra el vídeo. — Y vosotros, borradlos todos ya.

— ¡Eh, Cam! ¿Qué coño haces? Solo estábamos dándole apoyo a Maddie. ¿Quién iba a pensar que cantaba así, eh? — protesta el jugador.

— Si ella quisiera publicarlo, lo haría ella misma.

— Si no quería que la grabaran, no tendría que haber cantado en un bar. Y deja ya el drama, Cameron. La chica tiene talento. Cualquier cantante quiere que lo descubran algún día — Theo rebate, poniéndose del lado del colega.

Cam se lleva las manos a las sienes, exasperada. Yo y los demás seguimos sin entender nada.

— Sois todos unos gilipollas — espeta, dando un pisotón antes de salir del bar.

Yo ya sabía que Maddie escondía su talento, pero no imaginaba que hasta su mejor amiga lo tratara como un secreto tan sagrado.

La cuestión es… ¿por qué?

Madison sigue siendo un gran misterio. Pero no voy a poder preguntarle nada ahora, porque Jordan se la ha llevado lejos, quién sabe dónde.

Me quedo quieta en mitad del bar, viendo cómo el caos se va disipando poco a poco.

Austin se acerca, con Sebastian y Winter detrás. Luego aparecen Kyle y Brooke por el otro lado.

— ¿Todo bien? — pregunta Sebs.

— Creo que sí. Pero Jordan se va a meter en un buen lío si no devuelve a Maddie entera.

— Está en fase de negación — dice Austin ahora.

— ¿Eh?

— Sabe lo que quiere, pero no quiere admitirlo. Sebs también pasó por eso con la Gelito — explica, levantando la barbilla hacia la puerta por donde se fue la pareja más improbable de todos los tiempos.

— Para cuatro tíos que se autoproclaman Gladiadores, estáis más para cuatro pollitos — suelta Winter, y solo nosotras dos nos reímos.

— Si el tema es enamorarse, puedes estar segura de que sí. Pero… después de esa fase, luchamos con orgullo.

— ¿Y ese chupetón en el cuello es recuerdo de la última batalla, por casualidad? — Kyle señala la zona, sonriendo como si supiera algo.

— La gata se lo ha currado de verdad, ¿eh? — Brooke no me facilita la vida y mete más leña al fuego.

Austin se tapa el cuello al instante y fulmina al amigo con una mirada de pocos amigos. Ay, Dios. Lo sabe. El corazón me late desbocado, ansioso. Miro al grandullón en un ruego silencioso y él asiente, con un guiño discreto.

— ¿A ver? — Sebs le agarra del brazo y se queda mirando mi obra, partiéndose de risa. — Joder, tío. Es la primera vez que te veo con un chupetón así. ¿Quién ha sido? — Mi hermano empieza a mirar alrededor. Distingo las sonrisas estampadas en la cara de Kyle y Brooke. Parece que el club de cómplices de mi crimen acaba de aumentar.

— Ya se ha ido. Creo que se emocionó con el show de Madison — responde rápido.

— Ah… colega. Vas a tener que presentarme a la chica que marcó a Austin Prince. Eso es un hito para la historia.

— ¿Quieres saberlo tanto, por qué? ¿Te has interesado tú también? — Winter le da un pellizco, y Sebs se queja, sobándose el sitio.

— Cariño… mi interés es solo tuyo, ya lo sabes. Solo estoy vacilando al Prince.

— Más te vale… — Ella lo abraza por detrás, y enseguida el tema del "chupetón" queda fuera de la mesa.

Seguimos charlando de cosas aleatorias, y de vez en cuando volvíamos al talento recién descubierto de Maddie.

Sí… si la empollona quería pasar desapercibida, eligió el peor sitio para declarar su amor. Y ahora le tocaría lidiar con su fama de la nueva revelación en el campus de la Universidad de Míchigan.



Me despierto poco a poco, aún medio atontada, cuando escucho el sonido frenético de unas teclas siendo machacadas. El brillo del monitor ilumina la cara de Cameron, que está sentada delante del ordenador de Maddie, mordiéndose el labio inferior y bufando de frustración.

— ¿Cam…? ¿Qué coño estás haciendo? — pregunto con la voz todavía ronca de sueño.

Ella me lanza una mirada rápida, con los ojos abiertos de par en par, puro nervio.

— Borrando los vídeos. No conseguí despertar a Maddie y esto se está yendo de las manos. Hay más grabaciones de las que imaginaba. — Cam vuelve a teclear como si le fuera la vida en ello.

Me incorporo en la cama, los flashes de anoche pasando por mi cabeza como una secuencia confusa. La vuelta del bar, Sebastian pinchando a Austin todo el rato por culpa de ese maldito chupetón… joder.

Por eso ni siquiera conseguimos escaparnos para estar a solas. Acabamos volviendo juntas: yo, Cam, Winter, Brooke y Sidney, directas a la Kappa.

Madison había desaparecido con Jordan. Pero por lo visto, regresó en algún momento de la madrugada. Ahora está boca abajo, KO total. Parece que se le esfumó toda la energía del cuerpo tras una maratón.

Y algo me dice que esa maratón tenía nombre de uno de los gladiadores, porque está llevando su jersey. Suelto un bufido, con un puntito de envidia. Yo jamás he llevado una de las Jerseys de los Gladiadores, ni siquiera la de Sebastian. Para ellos esa prenda es sagrada.

Una vez quise hacerme una para mí. Pero Sebastian lo prohibió. Y ahora, ver a Maddie babeando encima del tejido demuestra que Jordan siente algo fuerte por ella. Podría haberle dejado cualquier otra camiseta si la suya se estropeó por lo que fuera, ¿no?

En fin. El tec-tec constante no es la típica nana con la que me gusta dormir.

— Déjalo, Cam. Es imposible borrar todos los perfiles para eliminar el vídeo.

— Maddie me enseñó a hacer algunas cosas, pero yo estoy lejos de ser buena en esto — Cam sigue murmurando más para sí misma que para mí. — Ella lo haría con los ojos cerrados. Pero yo no soy la genia del ordenador.

Me siento en la cama, ladeando la cabeza al escuchar esa información. Cameron está tan concentrada que habló sin filtro. Me quedo quieta, rascándome la cabeza mientras intento procesar lo que está pasando.

— Espera… Maddie te enseñó ¿qué exactamente? — pregunto, aún tratando de entender.

— Cosas de seguridad digital. Borrar rastros. Esas movidas que ella controla. — Cameron hace una pausa, respira hondo y se frota la frente. — Pero el vídeo ya es viral, Emis. Tiene miles de visitas y yo intento minimizar el desastre. ¡Mierda! — Golpea el teclado y yo pego un salto del susto.

Se me cae la mandíbula. ¿La empollona callada que casi nunca habla resulta que es una crack en seguridad digital? ¿Desde cuándo?

Por fin, un ruido en la otra cama indica que el ataque de Cameron sirvió de despertador. Maddie se incorpora con un quejido bajo, llevándose la mano a la cabeza.

— Ayyyy… siento como si tuviera una cuchilla clavada en el cráneo — gruñe, somnolienta. — Joder… creo que bebí demasiado anoche. — Parpadea varias veces, adaptándose a la luz.

Cam aparece de golpe a su lado con una botella de agua y una cara nada amable.

— Bebe. Te va a hacer falta. El dolor de cabeza es lo de menos comparado con lo que está pasando. — Señala el monitor del portátil.

Maddie arquea una ceja, intentando descifrar a su amiga. Genial. Porque yo sigo aquí intentando hacer lo mismo con ella.

— Mierda, mierda, mierdaaaa… — Se lanza de la cama, tropieza y se deja caer en la silla frente al ordenador. En la pantalla aparecen vídeos de su actuación en varias ventanas, y más abajo otra con el código que Cameron tecleaba. — ¿Por qué hice esto? ¡Joder!

Sus dedos vuelan sobre el teclado y toma el control de la nave nodriza. Confieso que me siento en una misión interestelar en la que la empollona se convierte en el capitán James T. Kirk y Cam es el señor Spock, primera oficial de la USS Enterprise, guiándonos hacia un agujero negro gigantesco. Al menos así es como me siento con todo el drama que hace que estas chicas se estresen tanto por los dichosos vídeos.

Maddie parece otra persona, completamente concentrada y leyendo las letras minúsculas sin la menor dificultad. Joder… ¿entonces para qué demonios usa esas gafas?

Teclea códigos complejos y murmura términos técnicos que no pillo ni de coña.

— Vale… no estoy entendiendo nada. ¿Qué coño estás haciendo exactamente? — pregunto, cruzándome de brazos, aprovechando el despiste de las dos para que suelten las verdades que llevan tiempo guardando.

— Intentando rastrear dónde se compartió el vídeo y minimizar el daño. Todavía no se ha hecho completamente viral, pero me queda poco tiempo. — Hace una pausa, me lanza una mirada cautelosa. — Emis… yo…

Suelto una risa corta y me acerco.

— Eres de verdad una friki de los ordenadores — constato. — Pero tienes un talento brutal para la música. Así que entiendo por qué escogiste esa carrera.

Ella exhala despacio y vuelve a centrarse en la misión de borrar su fugaz carrera musical del mapa.

— Tía… si hubiera sabido que tenías estas habilidades, te habría contratado para tumbar a mi abuelo. — Es una broma, pero hay más verdad en ella de la que me gustaría admitir.

Las dos se miran tensas, como si acabara de soltar algo que no debía.

— Espera un momento… — Mi cabeza empieza a encajar las piezas. — ¿Eres tú la hacker? ¿El fantasmita en realidad es la fantasmita?

Maddie baja la cabeza, suspira con los hombros caídos. El silencio pesa, y yo sólo observo, esperando…

— ¡Dios santo! ¿Eres tú de verdad? — Me tapo la boca con las dos manos, flipando con el descubrimiento. — Pero ¿por qué? ¿Por qué no me lo contaste? ¿Y por qué…?

Ella levanta un dedo para que espere, y teclea unos comandos más. Todas las ventanas con vídeos abiertos desaparecen y queda sólo una pantalla negra.

— No confiaba en ti — suelta, sin rodeos. — Mi vida nunca ha sido fácil, Emis. Y confiar… me cuesta demasiado.

— ¡Pero confías en Cameron!

— Uf, nena… no sabes lo jodido que fue ganarse a esta ratita. Pero ya sabes, soy irresistible — Cam se acaricia la tripa y pone cara de femme fatale.

— No quiero parecer pesada, pero… tía… ¡eres el fantasmita! — Mi voz sale más alta de lo que debería.

— ¿Quieres anunciarlo en las noticias, guapa? Como sigas así, toda la Kappa se entera. Winter aún vive aquí, y no creo que le mole escuchar ese apodito cariñoso — me reprende Cam con un aire burlón.

— Perdón, perdón… — Me tapo la boca. — Te escondes porque eres una hacker increíble, ok, entendido.

— Ojalá fuera sólo eso… — refunfuña Maddie, mirando al suelo. Luego fija la vista en Cameron, y noto que se comunican sin palabras. La morena le dedica una sonrisa de apoyo. — ¿Crees que él lo habrá visto?

— Puede que no, tía. Conseguí borrar de un montón de sitios mientras tú estabas en tu sueño de belleza.

Él… él… ¿Él quién?

— Emis… — Se vuelve hacia mí. — Mi padre no es un buen hombre. Yo huí de él, y él piensa que estoy muerta. Sospecha de la mentira… pero mientras no tuviera ninguna pista sobre mi paradero, sabía que estaba a salvo.

— Amiga… sigues a salvo. Estabas medio camuflada, ¿recuerdas? Esa montura horrenda es prácticamente una máscara que te tapa toda la cara.

— Eres hacker y cantante… ¡joder! ¿Qué combo es ese? — La pregunta se me escapa.

— Fue precisamente la música lo que me ayudó a disfrazarme. Mi padre me escuchó cantar pocas veces. Yo solía hacerlo con mi madre… y después de que ella muriera, él… — Respira hondo, como si abriera una herida. — Nunca más me dejó cantar.

— El cabrón aprovechó que Maddie es un genio y la encerró en un cuarto para trabajar para él — completa Cameron.

— ¿Genio? — repito, sin disimular la sorpresa.

— No me mola esa palabra… — murmura Maddie, cruzándose de brazos y apartando la mirada.

— Tiene un CI absurdo, Emis — insiste Cameron, mirándome para dejar claro que no exagera. — Aprendió a programar sola antes de los diez años.

— Mi padre lo descubrió pronto — retoma Maddie, con la voz fría, como desconectando de la emoción. — No era sólo un empresario cualquiera. Siempre estaba metido en chanchullos ilegales… y necesitaba a alguien que pudiera manipular cuentas, borrar rastros, acceder a información confidencial. ¿Y quién mejor que la hija a la que tenía controlada?

— ¿Te obligó a cometer delitos cibernéticos? — pregunto, alucinada.

— Sí. Robo de identidades, transferencias ilegales, blanqueo de dinero… — Maddie suelta una risa amarga. — Mi padre creía que yo era el arma más poderosa que tenía. No tardó en hacerse enemigos en todas partes.

— ¿Y eso fue lo que te hizo huir? — insisto, sintiéndome como si tuviera entre manos un libro de mafia.

Maddie suspira y se pasa la mano por el pelo, como si intentara ordenar los recuerdos.

— La ama de llaves de nuestra casa me ayudó. La historia no es bonita. Pero funcionó y desaparecí.

— Dios mío… — murmuro, llevándome la mano al pecho.

— El problema es que no tenía dinero — continúa. — Podía haber robado de cuentas, claro, pero no quería seguir cometiendo delitos. Así que ofrecí mis servicios a la gente adecuada, manteniendo mi identidad en secreto. Así me he mantenido hasta ahora.

— Y estudiando música… es un pedazo de disfraz.

— Sí… salvo que mi padre tenga un equipo buscándome — menea la cabeza en dirección al portátil.

— Sebastian nunca lo va a creer — pienso en voz alta.

— Por favor, Emis. No le digas nada. Ni a él ni a nadie. Necesito que guardes mi secreto.

— No voy a contarlo — afirmo. — ¿Jordan lo sabe?

Maddie aparta la mirada, negando con la cabeza.

— Es la razón de nuestras peleas. Ayer le conté lo máximo que podía. Quiere entrar en mi vida, pero yo… — suspira. — ¿Cómo puedo hacerle eso?

— Maddie… tienes derecho a ser feliz — declara Cameron, apretándole los hombros.

— Cam tiene razón, Madison. Tienes ese derecho.

Ella suelta una risa sin humor y me mira.

— Ese ni siquiera es mi nombre. ¿Cómo voy a arrastrar a alguien como Jordan, con un futuro brillante, al abismo conmigo? Mi tiempo aquí es prestado, Emis. Y ahora… — señala de nuevo el ordenador. — Ya ni sé si podré terminar la carrera.

— No puedes vivir huyendo — digo, compadeciéndome de su situación.

— Pero tampoco puedo volver a vivir en un encierro. Prefiero morir.

— Amigaaaa… no digas eso. Yo jamás te dejaría encerrada en una torre otra vez. No importa el tamaño del dragón. ¡Yo me lo cargo! — Cam intenta bromear, sacándole una sonrisa triste.

Sí… delante de Maddie, sea cual sea su nombre, empiezo a darme cuenta de que nuestras historias se parecen más de lo que imaginaba. No se trata de competir por quién sufrió más, sino de reconocer que cada una lleva cicatrices invisibles.

Ella vivió bajo el control asfixiante de un padre monstruoso; yo, bajo el peso de las expectativas y el poder de mi abuelo. Ambas fuimos moldeadas por el miedo y la necesidad de escapar. Tal vez por eso, en el fondo, entiendo la desesperación de sus ojos.

Espero que sepa que no tiene que luchar sola. Ya tenía a Cameron; ahora, yo también estoy de su lado. Y, si ella lo permite, estoy segura de que tendrá a un gladiador.



Han pasado algunos días desde que entré en la burbuja de Madison, que en realidad no se llama Madison. Otra sorpresa. Pero su nombre real tendría el mismo apodo de Maddie. Debió de ser más fácil asumir una identidad en la que la siguieran llamando como estaba acostumbrada, pienso.

Mi relación con las chicas se volvió más cercana, aunque ya me sentía acogida por ellas, supieran o no mis secretos. Al fin y al cabo, ellas también guardaban el mío.

Quedamos en hacer otra sesión de cine en nuestra habitación, solo nosotras tres bajo las mantas y un cubo de palomitas. Y hoy, de verdad, solo necesitaba eso.

Tener una relación con Austin Prince siempre fue mi sueño. Y como todo sueño, en mi cabeza era perfecto. Por eso, la parte de lidiar con mi hermano y sus celos quedaba fuera de mi mundo imaginario.

Ese era uno de los motivos que me hacían retroceder. Intenté pensar como Austin y ser positiva respecto a la reacción de mi hermano. No lo conseguí. Lo único que vino a mi mente fue una escena en la que los puñetazos que ya había visto dar a Sebastian dentro de la pista iban directos a la cara de Prince.

Suelto un suspiro fuerte, guardando mis zapatillas en la bolsa. El ensayo había terminado y estaba exhausta. La coreografía elegida para el festival de invierno era Bella Figura. El evento estaba compuesto por varias presentaciones, y participar era un punto extra en el currículum.

La flojera que siento en las piernas ahora me hace replantearme si escogí bien la música. Siempre admiré esa coreografía, llena de tensión y de una belleza cruda, pero que exige muchísimo del cuerpo de una bailarina.

Era una secuencia sin respiro. Estaba sin fuerzas, totalmente agotada. Por eso, la sesión de cine sonaba como el plan ideal para esta noche.

Cojo mi bolsa en el vestuario, me pongo el abrigo y me preparo para volver a la Kappa. Solo quería una ducha caliente y, quizá, dormir un siglo. Estoy ya dentro del coche cuando mi móvil vibra en el bolsillo lateral de la mochila.

Sebastian.

Él normalmente está en el entrenamiento a esta hora. Raro.

— ¿Dime, Sebs? ¿Qué pasa? — pregunto, ya anticipando que no se trataba de una buena noticia.

— ¿Estás en la Kappa? — responde directo. Su voz sonaba tensa.

— Acabo de salir del ensayo. Estoy en el coche. ¿Por qué?

— Te veo allí en 10 minutos. — Y simplemente cuelga. Mi cuerpo se congela al instante en un estado de pánico. Dios mío. ¡Lo ha descubierto!

¡Lo ha descubierto!

¿Y ahora qué hago?

Miro a los lados como si la respuesta fuera a saltar del guantera. Quedarme parada aquí no es buena idea. Cierro los ojos y

respiro hondo, intentando calmar mi corazón acelerado.

¿Estará bien Austin?

Sebastian estaba serio, pero no parecía furioso. Bueno… ni tuve tiempo de fijarme demasiado. Arranco y me dirijo directo al cadalso. Es ahora.

Tardo todo lo posible en salir del coche y entrar en la fraternidad. Hasta para cerrar la puerta voy más lenta que una tortuga.

— ¿Qué pasa, Emis? ¿Tan cansada que ni puedes cerrar la puerta? Venga ya, o la calefacción no va a dar abasto — aparece Riley, llegando de su entrenamiento de cheerleader. Todavía llevaba el uniforme bajo un abrigo de peluche.

— Perdón… — balbuceo, siguiéndola hacia la sala común.

En cuanto entro, veo a mi hermano sentado al lado de Winter. Están hablando en voz baja, y Win le acaricia la espalda en un gesto de consuelo. Mierda.

Él levanta la mirada y se cruza con la mía. Siento una punzada en el estómago, una mezcla de miedo y ansiedad.

— Emis… por fin llegas.

— No es culpa mía que no sepas conducir despacio. — Camino hasta ellos y, antes de poder acomodarme en el sillón de enfrente, él se pone de pie.

— ¡Hola, Win! — saludo a mi cuñada.

— ¿Todo bien, Emis? Ensayaste mucho, ¿eh? Pareces agotada.

— No tienes ni idea.

— ¡Ven! Necesito hablar contigo. — Sebs me agarra del brazo y prácticamente me arrastra escaleras arriba. — Ya podéis hablar de coreografía más tarde. Ahora, anda de una vez, Emis. ¡Qué coñazo! — gruñe.

Winter sube justo detrás de mí. Menos mal, tendré una testigo que certifique mi asesinato… o quizá su cómplice.

La segunda opción, obviamente.

— Mi cuarto está en esta planta — indico la dirección de mi dormitorio.

— El cuarto de Win está vacío ahora. Y no quiero a nadie más escuchando nuestro asunto.

Asunto… mi muerte prematura a los 19 años se resume en la palabra "asunto".

Suelto un bufido y dejo que me arrastre. Arrastrada. Porque no estoy obligada.

En fin, abre la puerta y me empuja dentro. Espera a que Winter cierre y, en ese momento, formulo un millón de excusas para que acepte mi relación con su mejor amigo. Estoy a punto de hablar cuando él se adelanta:

— Gregory lo ha descubierto todo — suelta la bomba. Mi reacción es volver al congelador y quedarme helada otra vez, solo que ahora con la boca abierta.

— ¿C-cómo? — logro mover los labios.

— Ha descubierto que nuestro padre salió de la clínica.

Parpadeo varias veces. Es rarísimo, pero siento alivio. La noticia empieza a encajar en mi cabeza y esta vez la sensación no es de hielo, sino de fuego. Mi corazón late a toda prisa, pensando en mis padres y todo lo que estaba en juego.

¿Nuestro abuelo sigue siendo una amenaza, incluso ahora que papá está bien y Richard tomó el control de todo?

— ¿Cómo reaccionó?

— ¿Cómo crees? — Sebastian suelta una risa corta y amarga. — Se volvió loco. Dijo que tenía que ir a verle de inmediato.

— ¿Y vas a ir?

Sebs asiente con la cabeza.

— Voy contigo.

— No hace falta. Sé cómo manejar al abuelo. Solo quería que supieras que he puesto un guardaespaldas para ti en la uni.

— ¿Qué? — mi voz sale chillona. — ¿Estás loco? No pienso ir con un tío pegado a mí todo el día.

— Le he dado instrucciones para que parezca un estudiante. Nadie lo notará. Y el rector está al tanto.

Mi vida ya era un puto caos escondiendo mi relación con él, ¿y ahora también tengo que preocuparme por un guardaespaldas?

Respiro hondo, inflando el pecho, y luego le sostengo la mirada.

— Puedo lidiar con lo de la seguridad cuando volvamos. Voy contigo.

— Emis… — dice, en tono de advertencia.

No espero más. Le arranco las llaves del coche del llavero que cuelga de su chaqueta.

— Si no quieres ir, vale. Voy yo a enfrentarme al abuelo sin ti — digo, pasándole por delante con la barbilla en alto, pura insolencia.

Sebastian ruge y me quita las llaves de un tirón rápido.

— Pero tú vas en el asiento de atrás. Gelito va delante — ordena.

No estamos yendo a un parque de atracciones, pero aun así doy un saltito y suelto una risa divertida. Me encanta doblar a mi hermano. Sí… quizá consiga lo mismo con Prince, ¿no?

— ¡Venga, mueve el culo! — me saca Sebs del ensueño. Le saco la lengua, toda madura yo, y vuelvo a caminar detrás de él.

Una hora después estamos en Lansing, la capital del estado, donde está el Senado de Michigan, más conocido como la guarida de

Gregory Maxwell.

Por fin llegamos. El Capitolio de Míchigan me da la misma sensación de siempre: como si el edificio quisiera aplastarte con toda la pompa histórica que arrastra. Mármol reluciente, retratos gigantes de figuras políticas serias…

No puedo dejar de pensar que estas paredes ya han visto muchísimos más juegos de poder de los que cualquiera de nosotros puede imaginar.

Sebastian está a mi lado, callado y concentrado, pero yo conozco bien esa mirada suya. Está hirviendo por dentro, esperando el momento justo para explotar. No sé cómo no está machacando la mano de Winter, que camina a su lado.

Ella calla, porque sabe cuándo observar sin meterse. Y aquí, claramente, es una de esas situaciones.

Seguimos a un empleado por el pasillo de la segunda planta. Puertas y más puertas de despachos, todas con placas doradas. Nuestro destino final está al fondo del pasillo, donde figura el nombre que buscábamos: Gregory Maxwell.

La puerta ya está entreabierta. Claro. Como si él ya nos estuviera esperando, controlando cada detalle, como siempre. Su secretaria nos mira un segundo, nos dedica una sonrisa educada que no llega a los ojos y nos guía hasta el despacho principal.

El ambiente es… asfixiante.

Enorme, pero asfixiante.

Hay una ventana gigantesca con vistas panorámicas de Lansing, pero las cortinas de terciopelo rojo, pesadas, apagan la luz natural.

Más al fondo, veo un escritorio que parece más bien un trono. Y nuestro abuelo está allí, sentado como el rey de toda esta mierda.

—Emory, Sebastian —nos saluda con ese tono severo y lleno de segundas intenciones.

Sebastian avanza un poco más en la sala, manteniendo lo que yo llamo su "pose de guerra": hombros tensos y mirada directa.

—Estoy aquí, como pediste —dice con la voz firme, pero con esa punta de irritación contenida—. ¿Qué quieres?

El abuelo se inclina levemente hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesa pulida.

—Quiero que firmes esto. —Desliza un documento hacia nosotros.

Sebastian coge el papel sin prisa, los ojos pasando por las líneas con un desinterés casi ensayado. Luego suelta una risa seca, cargada de sarcasmo, y devuelve el papel sobre la mesa.

—Estás de coña, ¿no? ¿Renunciar a la presidencia de Titan Defense? Ni de broma.

La sonrisa de nuestro abuelo desaparece, y algo sombrío se apodera de su rostro.

—No estoy bromeando, Sebastian. No subestimes lo que puedo hacer. La seguridad de tu padre y de tu madre no es algo que debas tomarte a la ligera.

El aire se vuelve todavía más pesado. Se me hace un nudo en el estómago. Éste es el verdadero Gregory Maxwell. El hombre que ve a todos como piezas en su tablero.

—No te atreverías a tocarlos. —Sebastian da un paso más, su voz baja pero cortante—. No después de todo lo que ya has hecho.

Gregory se recuesta en la silla, entrelazando los dedos de las manos.

—¿Quieres apostar? —amenaza, y Sebastian se inclina sobre la mesa, apoyando ambas manos con un golpe seco. Nuestro abuelo ofrece una sonrisa maliciosa.

—No voy a apostar la vida de mis padres. Y tú no serías capaz.

—Tuvisteis la desfachatez de sacar a mi hijo, alguien mentalmente inestable, de una clínica donde estaba seguro.

—¿Seguro de quién? —mi hermano interviene—. Estaba en peligro en esos sitios asquerosos donde lo metías al principio. ¡Es tu hijo, joder!

—Yo sólo hice lo que era necesario para proteger a mi familia. —En ese momento me mira, como buscando apoyo.

—Yo estaba protegida con mi padre, abuelo. Estaba protegida con él cerca de mí —digo, un poco intimidada. Nunca me he sentido del todo cómoda en su presencia. Y que use lo que me pasó como excusa me revuelve de mala manera. Me siento otra vez aquella niña indefensa encerrada en una habitación en llamas.

Winter se acerca a mí por instinto de protección y me abraza.

—Tranquila… —me susurra al oído—. Confía en tu hermano.

Asiento con la cabeza.

—Era prácticamente una cárcel sin muros. Sometiste a tu propio hijo a una vida miserable —Sebs vuelve a acusarle.

—Él prendió fuego a la casa —nos señala a mí y a Sebastian —, a vuestra casa.

Sebastian vuelve a reír, pero esta vez es una risa helada.

—Alguien cambió su medicación, y sospecho que tienes mucho que ver con eso.

El golpe es certero y Gregory Maxwell se recuesta en la silla. Una penumbra se cierne sobre él, sus ojos se entrecierran.

—No sé de qué hablas —responde con una calma forzada.

—¿No sabes, eh? —Sebastian sonríe de lado, pero es una sonrisa peligrosa—. Quizá necesites refrescar la memoria, porque si quieres seguir este juego, yo tengo un as bajo la manga. Recuerdas que mi padre sigue vivo, ¿verdad? Imagínate que decide salir ante la

prensa y contar tu historieta de control y manipulación. ¿Cómo vas a mantener tu imagen de senador íntegro después de eso, abuelo?

Él no se mueve, pero veo cómo se le tensa la mandíbula.

—Y si eso no basta, hay más. —Sebastian cruza los brazos, mirando al hombre de enfrente con una calma amenazadora—. ¿Te suena el nombre de Leonard Armitage? O quizá deba citarte algunos más de la lista… ¿Quieres que siga?

Silencio. El rostro de nuestro abuelo se queda pálido, como si toda la sangre le hubiera desaparecido de golpe. Por primera vez, parece realmente descolocado.

—Tienes el pendrive… —balbucea, atónito, su postura perdiendo toda la pompa.

—¿Pendrive? ¿Qué pendrive? —La sonrisa irónica salta de los labios de Sebastian como una invitación al peligro. No necesita decir nada más.

—No harías eso. —La voz de nuestro abuelo es apenas un susurro.

—¿Quieres apostar? —Sebastian devuelve—. Estoy armado hasta los dientes, abuelo. Y créeme, los gladiadores no retroceden cuando les acorralan.

Gregory nos mira largo rato, como intentando recuperar el control de la situación, pero es demasiado tarde.

—Nos vamos —Sebastian ordena, dándose la vuelta.

Winter da un paso al frente y me da miedo lo que pueda hacer. Pero simplemente coge uno de los caramelos de un tarro que estaba sobre la mesa del senador.

—Voy a coger uno, ¿vale? Me encanta este caramelo y salió de mi bolsillo, ¿no? —Desenvuelve el papel brillante, metiéndose el caramelo duro en la boca—. ¿O éste viene del crimen?

Él gira la cara a un lado, ni se digna a contestar.

—Me da igual. Ya lo tengo. —La rubia se echa el pelo al hombro y sale.

—Esperaba más de ti, Emory.

Me detengo un segundo, pero no me giro. Respiro hondo y contesto tranquila:

—Pues yo también esperaba tener un abuelo de verdad. Pero la vida no es perfecta, ¿no? La familia no se elige.

Me encojo de hombros y sigo al dúo temerario hacia la puerta. El sonido de mis pasos, firmes y decididos, retumba por los pasillos del Capitolio.

El aire frío me envuelve en cuanto dejamos aquel despacho asfixiante. Es como si por fin pudiera volver a respirar.

Por un instante dejo que mis pensamientos se escapen: Gregory Maxwell puede creerse invencible, pero ahora sabe que tiene enfrente a dos enemigos que no van a retroceder. Tiene la navaja en el cuello… y si es listo, no se va a mover.



Mi cama es cómoda, tiene un colchón blandito y con la firmeza justa para aguantar mi peso, pero no paro de dar vueltas. No encuentro ni de coña una posición para dormir desde que Emis me mandó un mensaje diciendo que estaba sola en su cuarto.

Esta semana ni hemos podido estar juntos. Sebastian activó su modo alerta nivel hard. Cada vez que quedábamos, aparecía alguien de la nada. A veces era Winter, otras el propio Sebastian. Yo diría que se turnaban.

Sin contar al guardaespaldas.

Todavía no he desplegado mis encantos para ganármelo y que cierre el pico.

Me froto la cara, frustrado.

Yo entendía la preocupación de Sebs. También tenía miedo, porque ahora todos estábamos en la diana de tipos muy chungos. Y el peor de ellos compartía la misma sangre.

Vaya mierda.

Richard los convenció para no esperar más. Tenían que soltarlo todo sobre su padre, aunque no pudieran probar aún el

tinglado del abuelo con las clínicas donde mantenían a John Maxwell en "arresto domiciliario" encubierto.

Había sido tan cauto que usaba otros nombres y repartía sobornos a mansalva. Aún no habían encontrado a ningún testigo dispuesto a ayudarles contra el senador. Y este cabrón supo escabullirse como nadie. Actuó mejor que un actor de Hollywood fingiendo sorpresa y emoción por el regreso del hijo.

¿Lo ves? Razones de sobra.

Yo lo entendía, lo juro. No quería ser otro problema en la vida de mi cañita pequeña. Pero el problema no era yo, sino mi cama, que de repente tenía pinchos.

¡Eso es! Se me ocurre una idea de golpe.

—Pollo, tú tienes la culpa —acuso a mi cómplice de fechorías, que ladea la cabeza y suelta un póc indignado. Está en su percha hecha a medida para dormir a gusto. —No de verdad. Pero necesito una excusa, ¿vale? Emory es difícil de narices. No veo la hora de que se acabe esta fase de secretos. Es jodido, tío.

Salto de la cama y empiezo a vestirme: pantalón de chándal gris y camiseta negra.

—Póóóoc… —responde el Pollo, girando el cuello para usar un ojo cada vez, como si eso le ayudara a verme mejor.

—Vuelvo antes de que amanezca para darte el desayuno, ¿ok? Si te portas bien, hasta te compro ese cereal cargado de azúcar que te flipa. —Le miro, con la cabeza haciendo zigzag en el aire. El cabrón sabía cuándo yo iba a salir de noche.

Lo malo era el regalito que me dejaba a la vuelta. Y no, no hablo de mierda en la almohada. Le encantaba saltar por todas partes y montar follón. Por eso empecé a vaciar la mesilla y el escritorio antes de salir.

Y justo eso hago ahora.

De un salto, con aleteo incluido, se sube a la mesita de noche. La había abierto para coger unos condones y guardar el

portarretratos que tengo ahí. Me gusta mucho esa foto: estamos los cuatro con las jerseys de los Gladiadores en nuestra primera fiesta en la uni. Solo que ahora el cristal del marco está rajado por la última batalla del Pollo.

Ahí está, picoteándome la mano sin hacer daño, pero para que me quede.

Confieso que el Pollo ha ganado algunas veces y he cancelado polvos esporádicos para ver pelis de comedia con él, su género favorito.

Pero ninguna de esas chicas era mi chica. Y no había pasado tantos días sin sexo desde que entré en la universidad.

—Vamos, tío. El grandullón aquí está azul de frío y necesita el huequecito calentito de Emis —me justifico, diciendo algo que solo él oye. Creo que a veces soy más íntimo con él que con mis colegas. —Además del cereal, te compro esa gallina de plástico del anuncio que te gustó. Ahora no me pongas esa carita de pena.

Gira la cabeza al otro lado y veo en su ojito el del Gato con Botas. Bueno, un ojo solo mirándome. Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro.

—Pollo… necesito follar, ¿vale? —Lo cojo con cuidado, sujetándole las alas y lo pongo de nuevo en la percha—. Sé buen chico y duerme pronto. Mañana papi vuelve.

No emite ningún sonido. Me pongo la chaqueta de Michigan y le hago un gesto de ok, luego agarro el regalo de mi cañita pequeña y voy hacia la puerta. Estoy a un paso de salir del cuarto cuando oigo un golpe seco. Me giro rápido y veo al Pollo estirado en el suelo, de lado y con los ojos cerrados.

—¡Hostia puta! —corro hacia él y sacudo su cuerpecillo emplumado—. ¡Pollo! Venga, Pollo… cacarea, no me hagas esto.

Estoy a punto de hacerle el boca a boca cuando de repente revive, da un salto y corre hasta la puerta, bloqueándome el paso.

—Ah… cabronazo… ¿era mentira? —Me dejo caer al suelo, aliviado—. Quedas prohibido de ver Chicken Run otra vez, ¿me oyes? Prohibido. Has aprendido de lujo a hacerte el muerto, hijo de…

Me levanto y doy pasos decididos, ahora seguro de que nada me va a parar. Hasta que escucho ese póc triste. Mierda.

—Voy a ver a Emis hoy, Pollo. —Otro póc. Al tercero ya estaba cogiendo una manta y envolviéndolo para llevármelo conmigo.

La custodia compartida con el resto de la fraternidad no funcionó porque el Pollo solo se encariñó conmigo. Por eso, ni podía pedirle a alguien que se quedara con él. Capaz que se hacía el muerto y a algún cabrón se le ocurría cocinar un caldo.

—Ni un pío. O nos echan de la Kappa. Joder, Pollo. Si ya tenía que ingeniármelas para entrar en la habitación de Emis solo, imagínate con un edredón encima… —murmuro—. Tendré que improvisar, ¿no?

A veces estoy segurísimo de que oigo a mi hijo reírse. Lo juro.

Diez minutos después, estoy subiendo las escaleras de la fraternidad, que huele a dulce. Siempre que entro aquí tengo la sensación de estar entrando en una pastelería llena de chuches, unas más ricas que otras.

Pero ahora solo quiero un tipo de dulce. Espero que su estantería esté sin candado.

Paige fue la que me abrió la puerta. Como tengo pase libre, mi entrada fue pan comido. Y cuando preguntó por la manta, dije que era de Emory y que se la iba a dejar en su cuarto antes de ver a una de las chicas.

Por suerte, la pelirroja no es de las cotillas, y no me preguntó quién era la chica ni me dio el sermón de "vete antes de la medianoche". Gloria.

—Eres un puto suertudo, Pollo —susurro al edredón. Está callado y hasta me asusta que su numerito de hacerse el muerto fuera real y le diera un jamacuco. Acelero el paso y entro como si no estuviera haciendo nada malo cuando me cuelo en la habitación de Emory.

Consejo de colega: actúa natural cuando estés haciendo una cagada. Cuanta menos atención llames, mejor. Todo el mundo mira al que corre, nunca al que camina.

—¿Austin? —Respiro aliviado al oír la voz de mi dulce favorito. Echo un vistazo por encima del hombro para comprobar que está sola, antes de cerrar con llave. Nadie.

Emis está tumbada de lado en la cama, con el portátil abierto y un bol de palomitas, vestida con un baby-doll azul oscuro… Mi boca saliva al instante con semejante visión del pecado.

—¿Qué haces aquí? ¿Y con un… edredón? —frunce el ceño, incorporándose en la cama.

—Primero… hola, amor. —Voy hasta ella y le planto un beso largo, chupándole el labio superior. Entonces, el Pollo decide que ya puede volver a la vida y suelta un cacareo bajito. —Segundo… no aguantaba más de echarte de menos. Hemos estado toda la semana sin vernos.

—Vale… has venido a verme. ¿Pero y eso? —Señala mi paquete misterioso. Desenvuelvo a mi niño, que hasta parecía sonreírle a Emis si tuviera dientes.

—Se desmayó cuando salía de mi cuarto. Así que lo traje conmigo. No iba a renunciar a verte.

—Austin… —Se frota la sien, negando con la cabeza—. No puedes quedarte aquí con el Pollo.

—¿Por qué no? Dentro de nada estará dormido.

—Canta de madrugada —dice, señalando a mi hijo, que le responde con un póc.

—Lo meto a dormir en tu armario, que amortigua el sonido. Además, está educado, ¿eh? Le diré que no puede cantar de madrugada. Solo hay que ponerle un bol de palomitas delante y lo pilla.

—¿Un bol de palomitas?

—Siempre funciona. Confía en mí, Emis. Y además… puede que ni me quede hasta las cuatro de la mañana. Si tienes miedo, me piro antes de que cante.

Emory aún está con la mosca detrás de la oreja, pero deja que el Pollo coma de sus palomitas. Ella acaricia su cresta y lo oigo gozando bajito, en modo gallo feliz. Ya se ganó un mimo, ¿no?

—Creo que voy a tener que hacer otra tanda de palomitas —comenta, dejando el bol en el suelo, y el Pollo baja de la cama directo a ponerse en modo engorde. —Pero ya que estás aquí… quiero hacer algo que siempre he querido.

Me tira del elástico del pantalón, sentándose delante de mí. Hostia puta. Me quito la chaqueta a toda prisa, lanzándola a cualquier lado. Luego adelanto las caderas, sonriendo como el cabrón que soy.

—¿Vas a chupármela, cañita? —pregunto, con una sonrisa de sinvergüenza. Ella levanta la mirada, y veo la comisura de sus labios curvarse. Tiro la manta y su regalo sobre la cama, pensando solo con la cabeza de abajo.

—¿Es lo que quieres? ¿Quieres sentir mi boca alrededor de tu polla?

—Eso es como preguntarle al Pollo si quiere palomitas, Emis. Todavía no he conocido a un tío que diga que no a una mamada.

Ella suelta una risa floja, bajándome el pantalón.

—¿Sin calzoncillos, amor?

—Para facilitarnos la vida —respondo, con la erección justo a la altura perfecta de su boca. Sostengo la base gruesa, con las venas marcadas y la punta rosada. El líquido preseminal brilla en una gota

perfecta en la uretra, como un anillo de compromiso con perla incluida en la punta.

— Hum… — murmura, sujetando mi base. Estoy gimiendo antes incluso de sentir la primera lamida. Joder.

Siento una pasada lenta de su lengua desde la base hasta la punta, recorriendo toda la circunferencia. Jadeo, frunciendo el rostro con el placer delicioso.

Ella sonríe y rodea la glande con la lengua rígida, empapándola, dejando que la saliva resbale hasta su mano. Después aprieta más y gira con presión. Suelto un gemido ronco en cuanto se traga mi erección de golpe hasta donde alcanza, respirando por la nariz para acomodarse mejor hasta la garganta.

Joder… perfecta, jodidamente perfecta.

Entonces su osadía va más allá: con la otra mano me agarra los huevos, masajeándolos y pringándolos de baba.

— Puedes quedarte con todo, pequeñaja. Mis huevos, mi polla… todo tuyo.

Enseguida empieza despacio, con movimientos de vaivén, mirándome fijo, enseñándome que está tan cachonda como yo. Respiro por la boca, tomando aire a pequeños bocados entre los dientes.

Ella gime, y siento la vibración directa en mi polla dentro de su boca. El masaje en mis huevos gana ritmo, y me doy cuenta de que está explorando el terreno, acariciando la piel fina, rodeando las pelotas con los dedos.

Luego marca la succión con más intensidad y acelera, subiendo y bajando hasta el fondo de la garganta.

— Quítate eso, amor. — Tiro del tirante del baby-doll. Mi miembro queda libre solo para volver enseguida a su boca ansiosa. Ella no llevaba sujetador, lo que me facilitó las cosas. Acaricio una de sus tetas, pellizcando el pezón entre el índice y el pulgar. — Qué rica estás… — jadeo, respirando a trompicones.

Ella sigue, tragando y chupando mi polla como una posesa.

Aprieto más fuerte su pezón hasta arrancarle un gemido. Voy a mamar de esas tetas toda la noche, pienso. Ella chupa con más fuerza, arrancándome un gemido más alto. Sus uñas se clavan en mi culo, empujándome hasta que casi se atraganta. Miro hacia abajo, viendo sus ojos lagrimear. Le agarro el pelo en una coleta improvisada, marcando yo mismo el ritmo a medida que mi necesidad crece.

El vacío que hacen sus mejillas es mi perdición.

— Voy a correrme — la aviso, porque era el momento de tragar o escupir. Su elección. A mí me daba igual mientras siguiera mamándomela así para siempre.

Ella no se aparta. Al contrario, me aprieta el culo hacia adelante, con tanta fuerza que me va a dejar marcas de uñas.

Entonces lo dejo salir, sintiendo el orgasmo recorrerme entero, concentrado en la ingle que hormiguea y reparte la descarga por todos lados. Noto el momento exacto en que le lleno la boca, mi corrida caliente mezclándose con su saliva. Emis cierra los ojos y se lo traga sin una sola mueca.

— Me voy a casar contigo — suelto, convencido. Ella se aparta, limpiándose la comisura de los labios.

— Dicho así voy a pensar que nunca te habían hecho una mamada decente — contesta, burlona. Me dejo caer a su lado, con las piernas flojas, recuperándome poco a poco.

— No… o sea, sí… — Ella me clava una ceja arqueada. — Eh… no sé qué decir. Pero no es eso. — Intento reformular: — Lo que siento por ti es demasiado especial. Yo… — Miro mi polla medio caída. — Nunca pensé que diría esto mientras intento reponerme para la segunda ronda. Pero… te quiero, Emis.

Ella parpadea, y su cuerpo se queda en pausa unos segundos. Cuando vuelve a respirar, un sonrisa victoriosa se dibuja en su cara.

— Pensé que ibas a tardar más en decirlo — responde al fin. — Nunca negué lo que siento por ti, Austin. Y aunque creyera que era un capricho de niña… no lo era. Nunca lo fue. Siempre te he querido. Yo… — Aparta la mirada, pero la obligo a volver a mí, sujetándole la barbilla.

— Perdona por hacerte esperar — digo, con el pecho a punto de estallar por la aceptación de lo que mi corazón sabía y mi cabeza negaba. — Prometo que voy a compensar todo el tiempo perdido.

Ella suspira, soltando el aire despacio. Sus tetas libres subiendo y bajando, provocándome. De golpe, la sangre vuelve a circular con fuerza hacia mi ingle.

— Y voy a empezar ahora. — Me quito el pantalón y las zapatillas a toda hostia. Me arranco la camiseta, quedando como Dios me trajo al mundo. — Ahora te toca a ti. — Le agarro la cintura, la arrastro hasta el centro de la cama y deslizo hacia abajo el shortcito del baby-doll que hacía de braguita. — Joder… ¿te has puesto así de mojada solo con chupármela?

Ella muerde la comisura del labio y asiente, una mezcla de morbo y timidez que la vuelve aún más irresistible.

— No puedo dejar a mi novia así. — Chasqueo la lengua varias veces.

La empujo suavemente hacia atrás, colocándome entre el triángulo de sus piernas. Ella se abre para mí, desprendiendo un olor embriagador.

Con la punta rígida de mi lengua recorro desde la entrada hasta el clítoris, que muerdo sin previo aviso, sacándole sonidos ininteligibles. Ella se mueve contra mi boca, guiándome. La dejo un rato, hasta que retomo el control, girando y chupando una, dos, tres veces, hasta sentir su clítoris duro entre mis labios.

Emis jadea, ronroneando y susurrando mi nombre, pidiéndome más.

Le muerdo el pubis, arranco un gritito y sonrío.

— Austin… — iba a ser una advertencia, pero lo escucho como si me llamara. Así que vuelvo a chuparla, mamando su piel suave mientras acaricio su entrada con la yema de los dedos. Me pringa el índice y el corazón al instante. No la penetro aún, solo extiendo su humedad y deslizo hacia el otro agujerito.

— Algún día voy a entrar aquí. — Ella gime justo cuando hundo el dedo.

— Tendrás que convencerme muy bien, gladiador. Puede que sea una batalla perdida.

— Un gladiador nunca se rinde. — Sonrío, girando el dedo en su culito y volviendo a succionar su clítoris con más hambre.

Ni se da cuenta de que, con cada chupada más intensa, mueve las caderas sobre mi dedo ahí detrás. Aprovecho la lubricación, mojo bien el corazón dentro de su coño y luego lo meto también en su culo apretado.

— Dios… qué rico… — empiezo despacio, dándole tiempo a acostumbrarse.

Paso mi lengua por toda su vulva, la penetro un instante con la punta y vuelvo arriba para golpear su clítoris. Con la otra mano la abro más, y me pego de nuevo a ella, lamiéndola sin pausa mientras mis dedos la trabajan atrás.

No tarda nada en romperse en gemidos más altos, dejándome claro que se está corriendo. Y a mí me da esperanzas de una noche de locura.

Cuando noto que la ola se calma, saco los dedos despacio, subo por su cuerpo y la beso en la boca. Ella me devora, nuestras lenguas se enredan, devorándose con ansia.

— Déjame follarte el culo, amor. Te prometo hacerlo con cariño — le susurro bajito.

— Te dejo. — La respuesta que cualquier tío sueña.

— Si duele, me lo dices y paro — le aviso, sujetando mi base con una mano y pringando mi polla con su propia humedad. Encuentro su culito, que intenta cerrarse. La miro a la cara: tiene la boca entreabierta, sintiéndome entrar poco a poco. — ¿Duele, amor? — pregunto, empujando un poco más.

— Un poquito. Pero sigue — autoriza, mientras masajea su clítoris.

— La primera vez siempre duele, ¿no? — bromeo, y veo algo en su mirada… la revelación de una duda que siempre me corroyó. — ¿Emis?

— ¿Hum?

— ¿Yo fui tu primero? — Su cara lo confirma antes de que sus palabras salgan.

— No quiero mentiras entre nosotros. Sí. Tú fuiste mi primero.

— Joder, peque… — gruño atormentado. — Tenía que haberlo hecho mejor… no así. — Mi polla, dura como una piedra, empieza a aflojarse.

— Shhh… — me agarra la cara para que la mire. — La primera vez de todo el mundo es una mierda, Austin. Solo una amiga mía dijo que le gustó. Así que relájate. Haz que mi segunda primera vez sea mejor. Fóllame el culo, amor. Quiero que sea bueno.

Respiro hondo, decidiendo dejar el tema para luego. Ahora bajo a sus tetas, muerdo un pezón y mi erección resucita. En segundos estoy listo otra vez.

— Vamos a cambiar de posición. Cruza la pierna sobre mí, bailarina, en tu mejor spagat, y nos ponemos de lado. — Ella asiente y obedece. — Ahora levanta la pierna, que yo me encargo del resto — digo, llevándole dos dedos al clítoris.

La penetro despacio, notando cómo se relaja con gemidos que me vuelven loco.

— Estoy enterrado en tu culo, amor. ¿Todo bien?

— Uh-hum…

Empiezo con embestidas cortas, suaves, sin dejar de acariciarle el clítoris. La sensación de estar dentro de ella, sintiendo cómo me aprieta la polla, es de puto infarto.

Las contracciones de su anillo me estrangulan la verga mientras su cuerpo vibra en espasmos que me tienen al borde.

Acelero el ritmo, más profundo, más fuerte, y cuando escucho sus gritos de orgasmo, me dejo arrastrar con ella. Nos caemos los dos del precipicio a la vez.

Las olas de placer me llegan cada vez más intensas, más fuertes, haciéndome arquear hasta la punta de los pies. Suelto un rugido grave, escondiendo la cara en su cuello.

Estoy temblando después de uno de los mejores orgasmos de mi vida. Nuestras respiraciones van desbocadas, al mismo compás. Nos quedamos en la cima del mundo unos segundos más, hasta que los sentidos vuelven después de la descarga de energía.

Noto el cuerpo de Emory más tranquilo y relajado entre mis brazos. Le beso el cuello con cariño.

—Tenemos que hablar —digo, con la voz suave.

—Después de que me duche —salta de la cama y se pone el pijama deprisa—. Voy a traerte una toalla para que te limpies, ¿vale?

Asiento, viéndola alejarse demasiado rápido. Solo espero que sea por mi corrida en su culo y no porque esté huyendo de mí otra vez.

Estoy tirándole palomitas al Pollo cuando vuelve con una toalla húmeda en la mano.

—Toma —me la ofrece y la cojo, limpiándome y volviendo a ponerme el pantalón y la camiseta. Antes de que abra la boca, ella se adelanta:

—Quería que fueras tú. Quería que fueras mi primero en todo. Siempre me negaste el primer beso y me cansé de esperar.

Pero lo de la virginidad… ahí sí esperé. Y por suerte, fue contigo.

—Lo siento —susurro—. Perdón por salir así aquella mañana. Fui un completo idiota. Entré en pánico y… me sentía culpable porque también lo deseaba. Deseaba tu cuerpo como un loco.

—Está todo bien ahora. Estamos bien —sonríe, y no aguanto, la agarro para besarla de nuevo; me responde al instante.

—Te quiero —repito las tres palabras—. Te quiero más que nada.

—Qué gusto oírtelo. Repítelo.

—Te quiero, Emory Maxwell. Estoy completamente colado por ti desde que estos dos de aquí crecieron —le aprieto los pechos, pegándola de espaldas contra mi pecho. Suelta una carcajada sonora.

—Ah… te he traído un regalo —cojo el paquete que se había caído al suelo y se lo doy. Sus ojos van de mí al paquete, sin entender—. Venga… ábrelo.

Sonríe y desgarra el papel; su sonrisa crece cuando ve lo que es.

—¿Me has mandado hacer una camiseta de los Gladiadores?

—Sí. Siempre la quisiste, y para mí ya la tendrías desde hace tiempo. Sebastian es el más celoso de todos nosotros.

—Pero ahora la tengo —se la coloca sobre el pecho. Luego se quita la parte de arriba del baby-doll y se la pone. La imagen me da un pinchazo ahí abajo. Pero hoy ya he tenido el culo liberado; no sé cómo aceptará otra ronda por delante, así que me contengo.

—Es mejor que la uses fuera de este cuarto cuando todo el mundo sepa lo nuestro —digo, y ella asiente.

—Me encanta mi regalo —me da un besito y luego me empuja para que me tumbe en su colchón, con ella sobre mi pecho.

—Quiero seguir viendo mi peli.

—¿Qué peli?

—Amanecer —sonríe de oreja a oreja. Pongo los ojos en blanco. Creo que ya me sé los diálogos de tantas veces que la hemos visto en su casa.

—Vale. Voy a guardar al Pollo —me escapo de debajo de ella, metiendo a mi hijo en su armario. Ya estaba dormido, así que no costó mucho que aceptara su dormitorio.

Luego vuelvo a mi posición favorita: servir de almohada para Emory.

Al rato, la habitación está en silencio salvo por el sonido lejano de los créditos de la peli.

No tengo ni idea en qué parte de Amanecer nos quedamos dormidos cuando oigo la música final. Pero considerando que nadie aquí se ha convertido en vampiro ni ha hecho un pacto raro con un lobo, creo que nos perdimos el clímax. Cierro la pantalla de su portátil y la acurruco en una cucharita deliciosa, volviendo a dormirme.

Me quedaría solo un ratito más y me iría antes del primer horario de mi despertador andante.

Mi cabeza está medio nublada cuando oigo un sonido familiar.

El Pollo.

Ese maldito pollo se ha escapado del armario y está cantando como si fuera el rey del amanecer. Estoy acostumbrado a oírlo, pero por el sueño tardo en entender dónde estoy.

Por un segundo, mi cerebro medio grogui cree que estoy en mi cuarto. Pero no… mi cuarto no tiene almohadas tan blandas. Ni tan perfumadas. Ni llamadas Emory.

Antes de procesar nada, la puerta se abre de golpe como si la hubiera pateado un caballo. La luz me ciega un instante, pero el sonido de pasos pesados me devuelve rápido a la realidad.

—¡¿QUÉ CARAJOS ES ESTO?! —la voz de Sebs retumba en la habitación.

¡Joder!

Sebastian Maxwell está ahí, con mirada asesina. Está rojo, casi bufando, y juro que parece que la sangre le sale literalmente de los ojos. Si fuera Edward, este sería el momento en que yo saldría volando por la ventana.

Pero no: es solo el capitán de los Gladiadores y mi mejor amigo… lo que, pensándolo bien, puede ser bastante peor.



— No es lo que parece, Sebs. — Miro a Emory, todavía medio dormida sobre mi pecho. Sus párpados están pesados de sueño, y levanta la cabeza despacio, completamente ajena a la tensión en el aire.

— Vuelve a dormir, amor. Es solo el Gallo — dice, mimosa, con la voz suave y tranquila, acariciándome la cara como si estuviéramos solos.

Ay. Qué. Coñooo.

Cierro un ojo en una mueca, anticipando lo que vendría después. Ella se queda mirando a su hermano y parpadea, confundida.

— ¿¡AMOR!? — La voz de Sebastian estalla en la habitación, haciendo que Emis se despierte del todo, sus ojos abriéndose tanto que parece que se le van a salir de las órbitas.

Él avanza unos pasos más, ahora perdiendo oficialmente la paciencia.

— Emory Maxwell, ¿cómo puedes ser tan idiota de caer en la labia de este tío? — gesticula hacia mí como si fuera el mayor cabrón que ha pisado la faz de la Tierra.

Vale. Lo era. Pero ahora estoy completamente reformado. Solo que mi colega ahí, bufando como un toro, todavía no lo sabe.

Suelto un suspiro, intentando mantener la calma. Con cuidado, aparto a mi chica y la acomodo en el colchón, quitándola de encima de mí. Ella me mira asustada, su ficha cayendo de que estamos despiertos y no viviendo un sueño, o mejor dicho, una pesadilla.

— ¿Sebastian? — Su voz, antes cargada de sueño, ahora tiene un tono de alerta. — ¡Ay, joder! ¡Sebastian! — constata, y yo asiento con la cabeza, confirmando que no era ninguna alucinación.

— ¿Qué parte de "no ha pasado nada" no entiendes, Sebs? — refuerzo, aun sabiendo que la respuesta sería un bonito "que te jodan".

Él no escucha. En lugar de eso, avanza hacia Emory, la agarra del brazo y la aparta de mí, como si fuera algún tipo de amenaza.

— ¿Nada, eh? — Señala hacia ella, y entonces sus ojos caen sobre la camiseta que lleva puesta. El regalo que debía usar fuera del cuarto cuando todo el mundo supiera lo nuestro. Mierda. La expresión de Sebs se transforma en una mezcla de shock y rabia al notar que es un modelo más femenino de la prenda.

— ¿Qué coño es esto? — Agarra el dobladillo de la camiseta, girándola un poco. Y entonces ve el nombre estampado en la espalda: PRINCE. Con mi número.

— Me estás vacilando… — Sus ojos chisporrotean de puro odio. — ¿Nada? ¿Y ella lleva una camiseta que nunca había visto, con el logo de los Gladiadores? ¿Con tu nombre? ¿Eso es lo que llamas nada?

— Tío, es solo una camiseta. — Intento calmarlo, pero sé que no va a servir de nada. Imaginé este momento tantas veces, pero nada me preparó para la mirada que veo en mi mejor amigo. Está en un conflicto interno para decidir qué sentimiento se impone: la decepción o el odio.

Sebastian suelta a Emory y viene directo hacia mí.

Definitivamente, ganó el odio.

Antes de que pueda decir nada más, me agarra por el cuello de la camiseta y me levanta de la cama como si fuera un muñeco de trapo. No opongo resistencia. Tiene razón en esto.

— Hijo de la grandísima puta — gruñe, y acto seguido, suelta el primer puñetazo que impacta en mi cara con fuerza. El dolor explota en el lateral de mi cabeza, y veo estrellas por un instante.

— ¡Joder, Sebs! — Emory grita, intentando meterse entre nosotros.

Me llevo la mano a la cara, notando el sabor metálico en la comisura de la boca. Por más que duela, sabía que esto iba a pasar. Está enfadado, y yo solo necesito sobrevivir al resto de esta escena sin llevarme demasiada paliza. Me enderezo, dejando el cuerpo levemente inclinado hacia delante, esperando el siguiente golpe.

Sebastian no duda, me agarra la camiseta con fuerza, y recibo otro puñetazo en el mismo sitio. Esta vez, caigo al suelo. Intento levantarme, pero no me da tiempo. El tercer golpe llega directo al estómago, doblándome en dos. Inspiro con dificultad, sintiendo el aire escaparse de mis pulmones. Joder… espero que no me rompa una costilla.

Tarda un poco más en continuar, y me doy cuenta de que también está roto por dentro. Mierda.

Entonces, su puño de hierro retoma la paliza como una puta taladradora queriendo romper una roca.

No devuelvo. No voy a hacerlo. Porque, por más jodido que esté, lo entiendo. Es el hermano de ella.

— Adelante, Sebs... — murmuro, jadeando. — Sácalo todo.

Cada vez que me levanto del suelo, me tumba de nuevo. El siguiente golpe es en la mandíbula, me agarro el maxilar para comprobar que no se me ha salido del sitio. Algunas lesiones ya me

habían pasado cuando el partido se ponía demasiado intenso y acabábamos a hostias. Así que sé bien lo que es pegar y que te peguen.

Me golpea otra vez, y estoy en caída libre. La habitación gira por un segundo, pero no me muevo. Oigo a Emory de fondo, llorando, la voz desesperada.

— ¡Sebastian, para! ¡Por el amor de Dios, para! — grita, sollozando.

— ¡No te metas, Emory! — replica él, furioso.

Emory intenta acercarse, pero él levanta una mano, no para golpearla, sino como aviso para que se mantenga lejos. Antes de que pueda recomponerme, Winter aparece en la puerta, los ojos desorbitados al ver el caos en la habitación.

— ¡Sebastian Maxwell, estás loco?! ¡Para ya! — grita, corriendo hacia nosotros.

Sebastian no contesta. Me agarra de la camiseta otra vez, como si quisiera mantenerme preso allí para seguir con el ataque. El Gallo, de la nada, aparece como una criatura salida de las profundidades del infierno, batiendo las alas como si viniera a salvarme.

Salta sobre Sebs, picoteando y golpeándole la cara con las alas. Es casi cómico, pero ni eso lo hace parar.

— ¡Quita, joder! — grita, apartando al gallo con una mano mientras intenta darme otro golpe.

Winter arrastra a Emory lejos, y antes de que la cosa pueda ir a peor, el sonido de pasos apresurados inunda el pasillo.

De repente, casi todas las Kappas aparecen como una avalancha. Una, dos, tres chicas se lanzan sobre Sebastian, intentando sujetarlo.

— ¡Agarradle! — grita alguien.

Se le tiran encima como si fuera un pogo en un concierto de rock. Es un puto caos.

Sebastian forcejea para soltarse, pero acaba siendo aplastado contra mi cuerpo. Siento el peso de todas ellas reteniéndome en el suelo, lo cual, sinceramente, es mejor que seguir recibiendo hostias.

Al fin deja de forcejear, pero aún me mira con los ojos llenos de odio.

— Me has traicionado, Austin… — murmura, la voz baja pero cargada de rencor. — Podías tener a todas las tías del mundo, pero no a ella. Confié en ti, joder. ¿Y tú? Fuiste y hiciste justo lo que siempre supe que harías. Cuando te canses de ella, será solo otra más en tu maldita lista.

— Ella no es cualquiera. — Me doy cuenta de que capto su atención. Respiro con dificultad, todavía sintiendo el peso de mil chicas y de mi colega encima de mí. — Me importa de verdad.

— ¿Ah, te importa? Vale, entonces respóndeme: ¿cuánto va a durar? Porque, cuando se acabe, ella va a estar destrozada. ¿Y qué? ¿Vas a fingir que no pasó nada, como siempre haces?

Sus palabras me golpean más fuerte que sus puños. Me quedo helado, tragando en seco, intentando encontrar algo que decir que no suene vacío. Pero no puedo. Me conoce mejor que nadie y me está juzgando por mi historial.

— ¿De verdad crees que soy esa mierda? — balbuceo, la voz más baja, pero cargada de amargura. — ¿Que solo uso a la gente y luego la tiro?

Sebastian me mira, los ojos ardiendo de rabia, pero hay algo más allí. Decepción. Eso es lo que realmente me rompe.

Por fin las chicas entienden que es un buen momento para soltarlo, facilitando que nos separemos.

— No lo creo, Austin. Lo sé. — Se levanta, da dos pasos atrás y se pasa la mano por el pelo despeinado. — Ya no somos

amigos. Se acabó.

— No hagas eso, Sebs… — intento decir, pero él ya se está apartando.

— Ya lo he hecho. — Se detiene en la puerta, sin girarse. — La única regla que no podías romper era no tocar a mi hermana. Y la rompiste.

La habitación se queda pesada, como si hubieran drenado el aire. Emory solloza bajito mientras se acerca a mí, el rostro lleno de preocupación y dolor. Se arrodilla a mi lado, sin saber dónde tocarme. Debo de estar bastante hecho polvo. La atraigo con un brazo a mi regazo, no queriendo verla sufrir. Ella me rodea el cuello con sus brazos, su cuerpo temblando por el llanto.

— Austin... — susurra, con la voz rota. — No sabe lo que dice... solo está dolido.

Suelto una bocanada de aire más fuerte y me arrepiento al instante al sentir la punzada en mi costado. Joder. Si no se ha roto, al menos se ha fisurado una costilla. Intento concentrarme en su caricia, pero las palabras de Sebastian laten en mi cabeza.

— Todo va a estar bien... — mi chica me consuela, acariciándome el pelo. Asiento, aunque sin creerlo. Nada va a estar bien. He perdido a mi amigo.

Trago saliva, sintiendo el peso de la mierda que acaba de pasar.

Se siente traicionado… y por eso entiendo lo jodido que está.

Pero Sebastian no sabe que su hermana me obligó a practicar un nuevo ejercicio. Algo que no me funcionó con ella, pero que con él tenía que lograr para recuperar nuestra amistad.

Darle tiempo.

Le daría tiempo para que Sebs aceptara mejor mi relación con su hermana. Y entonces, entraría en la pista para luchar por él.

Tío… suena raro de cojones. Pero no deja de ser la pura verdad.



Han pasado cinco días desde nuestra pelea.

Cinco miserables días sentándome solo en clase por primera vez desde que entré en la uni.

Cinco días sufriendo como un cabrón por la ausencia de mi mejor amigo.

Pensé que podría darle más tiempo.

Solo que al día siguiente, aunque estaba hecho polvo, me planté delante de su puerta, intentando acercarme. Lo único que recibí fue un portazo en la cara.

Y así ha sido desde entonces.

Sebastian me evita en los pasillos, en el vestuario, y solo no lo hace en la pista porque jugamos en el mismo equipo. Pero mi estado deplorable me ha dejado más tiempo en el banquillo que sobre el hielo.

Las veces que he entrado a jugar durante los entrenos, he recibido más empujones y codazos de nuestro capitán que me han devuelto al banquillo en plan “siéntate y calla”.

Hasta el *coach* Williams ha preferido no arriesgarse para no tener que mandarme directo a la enfermería.

Estoy tan hecho polvo que parece que me atropelló un camión sin frenos. Mis costillas aún duelen, pero al menos no están rotas. Mis ojos, en cambio, están tan hinchados que veo todo a medias.

El exterior refleja lo que mi interior está viviendo en el post-pelea. Creo que nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con Sebastian. Y él tampoco había estado tanto tiempo sin hablar con nosotros tres.

Sí… la situación también salpicó a Kyle y a Jordan. Según ellos, Sebs llegó bufando a casa y cuando notó que todos lo sabían, se cabreó todavía más.

Solo pudo apoyarse en la Gelito, que era la única ciega. O no lo vio, o no pensó que yo tendría la cara dura de ir detrás de Emory mientras ellos luchaban contra el mundo.

¿Es tan difícil entender que yo no tenía elección?

Mi destino estaba marcado desde que Emis decidió venir a Michigan.

En realidad, acabaríamos juntos en algún momento de nuestras vidas. Ella estando más cerca solo aceleró el proceso.

Sebastian tiene que entenderlo… y perdonarme.

Como este rollo es completamente nuevo para mí, estoy intentando de todo. Por eso ahora mismo estoy aquí, en la cocina de la Alpha, intentando cortar una piña para él. ¿Quién sabe si es mi pase para la redención, eh?

El problema es que no tengo ni puñetera idea de pelar piñas y el dolor de costillas no ayuda a cortar de la mejor forma.

— Tío, esto es patético — comenta Kyle, apoyado en la nevera, analizando con ojo crítico la escena frutal.

— No es patético. Es estratégico — replico, intentando cortar una rodaja recta, pero casi se me cae la piña al suelo.

— Estratégico, ¿no? — Jordan se une al club de opinadores. — En serio, Austin, una cesta de frutas y una tarjetita de disculpas funcionarían mejor.

— Esto es un gesto de paz, ¿vale?

— ¿Gesto de paz? — Kyle coge aire con impaciencia y lo suelta de golpe. — Parece más un gesto de "voy a acabar en urgencias con un cuchillo en la mano". Dame eso. — Me quita el cuchillo antes de que acabe cortándome yo mismo.

— Sebs está demasiado cabreado para que lo compres con piña, tío — comenta Jordan. — Ni aunque plantases una plantación de esta mierda te perdonaría ahora. El tío está mosqueado con todo el mundo.

— Sí… lo sé. Me he convertido en Judas — digo, suspirando. — Y os he arrastrado conmigo. Lo siento.

— Me apetece decir que la culpa es toda tuya. Pero nosotros también nos quedamos callados — Kyle asume parte de la culpa.

— Si te hubiera obligado a soltarlo de una vez… — Jordan niega con la cabeza.

— Me da mal rollo porque solo tiene el apoyo de la Gelito — lamento. — La piña tiene que ablandarlo aunque sea un poco. Aunque tenga que comprarle una cada día.

El sonido de pasos en el pasillo interrumpe nuestra charla. Nos quedamos quietos en el instante en que Sebastian entra en la cocina.

Lleva esa expresión de pocos amigos, ojos entrecerrados como si evaluara el ambiente. Cuando se da cuenta de que estamos todos allí, y ve la piña cortada en la encimera, pone los ojos en blanco y da media vuelta sin decir ni una palabra.

— Joder, ha sido más rápido de lo que esperaba — murmuro.

— Me da que ni aunque cortes la piña en forma de corazón se quedaría — suelta Jordan, intentando aligerar el clima, pero su expresión muestra que, en el fondo, está tan chafado como yo.

— ¿Mañana la cortas tú así, Kyle? — pido con una sonrisa amarilla, aunque el humor esté por los suelos.

— Puedo intentarlo, Prince. Pero el tema es que, con nosotros, aún hay arreglo. Ahora contigo... — Kyle me lanza esa mirada que dice más de lo que quería.

— ¿Qué pasa? — pregunto, sabiendo que la respuesta no va a ser la mejor.

— ¿Vas a dejar de liarte con la hermana de él, por casualidad? — Kyle provoca, pero el tono es más serio que burlón.

— No me "estoy liando" con su hermana. — Hago comillas en el aire y suspiro, cansado. — Es mi chica. Estamos juntos. Es serio, tío.

Jordan se pasa la mano por la nuca y mira al suelo antes de hablar.

— El problema, Prince... es que para él acabarás rompiéndole el corazón. Todo el mundo sabe que Emory siempre ha estado colada por ti. Siempre. Y ahora, para él, estás tocando lo que más le importa.

Me quedo en silencio un momento, dejando que sus palabras pesen. Lo sé. Joder, siempre lo he sabido. Y fue precisamente por eso que luché contra lo que sentía. No quería que las cosas llegaran a este punto.

— Yo también luché contra lo que sentía, justo porque no quería perder su amistad. — Señalo hacia la puerta por donde Sebastian salió. — Pero al mismo tiempo, no puedo ignorar lo que siento por Emory. Y ahora estoy metido en esta mierda.

Kyle masculla un taco por lo bajo.

— Tal vez... cuando se dé cuenta de que de verdad te importa, de que es en serio, se le pase un poco. Va a llevar tiempo, pero Sebs no es de hierro todo el tiempo.

— O sí lo es — rebate Jordan, intentando mantener el tono ligero. — Gladiador de Hielo, ¿recuerdas? Puede tardar toda una estación en derretirse.

— Genial… entonces solo tengo que esperar al próximo deshielo global, ¿no? — resoplo, pasándome la mano por la cara dolorida.

Kyle suelta una risita corta, pero nadie está de humor para reír de verdad. Estamos todos hartos de esta mierda de ambiente.

— Tienes razón en una cosa, Prince — dice Kyle, mirándome serio. — No te rindas, pero… ve con calma. Él se preocupa por Emory. Más que por sí mismo.

— Lo sé. Y por eso duele como el demonio que piense que soy solo otro cabrón más para ella. — Trago saliva, sintiendo el nudo en la garganta.

Jordan niega con la cabeza, cogiendo otro trozo de piña.

— Solo no hagas más cagadas, ¿vale? La próxima vez, ni el Pollo va a poder salvarte.

— El Pollo ya está en modo supervivencia. Creo que necesita vacaciones — murmuro, intentando sonreír, pero no lo consigo.

El silencio se instala por unos segundos, y lo único que podemos hacer es quedarnos mirando la encimera llena de piña cortada.

— ¿Y qué coño vamos a hacer con todo esto? — Kyle señala las rodajas de fruta.

Jordan coge otro pedazo.

— Pues nada… a comer y ver si esta mierda está tan dulce como dicen — suelta, saliendo de la cocina.

Miro al grandullón, encogiéndome de hombros y cogiendo mi rodaja. Él pilla otra más y dejamos el resto sobre la encimera.

Como mucho, los Alpha acabarán siendo conocidos como los empalagosos del campus. Al menos hasta que Sebs vuelva a hablarme y se coma él solo todo, otra vez.



El silbato corta el ruido de la arena, anunciando el tiempo técnico. Estamos todos junto al banquillo, jadeando, con el sudor escurriendo bajo el equipo.

Coach Williams camina hacia nosotros como una locomotora a punto de explotar. Sus ojos se clavan en Sebastian y, antes de que nadie pueda parpadear, lo agarra por la rejilla del casco.

— ¿Estás loco, Maxwell?! — ruge, escupiendo rabia en cada palabra. — ¿Quieres perder este puto partido? ¿Por qué no le pasaste el disco a Prince? ¡Estaba libre, joder! ¡Era gol seguro!

Sebastian no se mueve. Ni parpadea.

— No estaba en la línea. — Su respuesta sale helada, seca.

Mentira. Yo estaba en la línea. Y él lo sabe. Simplemente prefirió perder la jugada antes que pasarme el disco. Mierda.

El *Coach* suelta a Sebastian con un empujón leve y me mira. No digo nada. No voy a empeorar la situación, pero por dentro estoy hirviendo. No es solo el partido lo que está en juego aquí. Es la confianza que siempre tuvimos en el hielo. Y esa mierda se está haciendo añicos.

— ¡Quiero foco! No me vais a joder esto ahora. Jordan, Prince, cambiad de posición en la jugada. ¡Y tú, Maxwell, haz tu trabajo!

Volvemos al hielo y, mientras nos colocamos, le echo una mirada a Jordan.

— Ocupa mi sitio en la jugada, tío.

Aprieta los labios, visiblemente incómodo, pero asiente.

El equipo de los Minnesota Golden Gophers sigue agresivo. El disco cae al hielo y todo pasa demasiado rápido. Su presión es intensa, pero Kyle entra firme en defensa, derribando a uno de sus atacantes y liberando la pista para que Sebastian acelere.

Bajo la velocidad, dejando que Jordan tome mi lugar en la jugada. Él pasa por mi lado, el cuerpo fluyendo como si fuera una extensión del hielo. Sebastian se da cuenta y sus ojos captan el movimiento. Esta vez hace lo que debía haber hecho antes y impulsa el stick con fuerza, mandando el disco directo a él.

Jordan no pierde la oportunidad, fija al portero y suelta un disparo perfecto hasta que… ¡gol!

La arena explota en gritos de euforia. El marcador cambia: 3 a 2 para nosotros. Sebastian finalmente sonríe — casi sin darse cuenta.

Le da una palmada en el hombro a Jordan y Kyle ya lo abraza enseguida.

— ¡Así se hace, joder! — grita Kyle. — ¡Por fin has vuelto al puto partido, capitán!

— Pensé que me iba a hacer viejo esperando ese pase — provoca Jordan, riendo.

— Idiota. — Sebastian ríe, sin poder evitarlo.

Por un momento, el hielo entre ellos parece derretirse. Al menos, con los dos, ha dejado la rabia de lado.

¿Conmigo?

Bueno… eso ya es otra historia.

Patino hasta el centro y miro hacia la grada. Y allí está ella. Mi chica. Sus ojos están fijos en mí, preocupados, como si pudiera sentir toda la mierda que está pasando.

Por instinto, le lanzo un beso y veo cómo el alivio suaviza sus rasgos. Ella me lo devuelve, mandando otro beso, que yo atrapo en el aire y, en un gesto algo cursi, me lo llevo al pecho. Su sonrisa calienta el hielo que me rodea.

Sí, por ella vale todo.

Es mi amor. No hay más dudas sobre eso. Pero, joder, todavía tengo la esperanza de que Sebastian consiga verlo también. Que entienda que no estoy jugando, que no se trata de una chica más en mi vida.

Respiro hondo, dejando que su imagen me calme.

Algún día él se dará cuenta. Tiene que darse cuenta. Porque, al final, no quiero perder ni a ella… ni a mi mejor amigo.



La música empieza y se apodera del ambiente. Giro la cabeza, sintiendo mi cuello estirarse antes de dar los primeros pasos. Dejo que el ritmo me guíe, mi cuerpo responde solo. Mis brazos se extienden mientras mis pies se deslizan sobre el parquet del escenario.

Salto, giro, aterrizo. Todo como tiene que ser.

Estoy centrada en la coreografía cuando un escalofrío me recorre, avisándome de su presencia. Mis ojos vagan por el auditorio hasta encontrarlo.

Austin Prince.

Está ahí, sentado en medio de la nada, solo, como si fuera el dueño de todo el puto lugar. Sus ojos están clavados en mí y, aunque algunas chicas intenten llamarle la atención, no les dirige ni una palabra. Solo me observa.

Esos ojos… Dios. Me recorren el cuerpo de una forma que me calienta la piel.

Una mirada suya basta para incendiarme entera.

Intento ignorarlo. Fracaso miserablemente.

En lugar de desconcentrarme, su presencia me impulsa. Siento unas ganas incontrolables de darlo todo en esta danza.

¿Quiero impresionarlo?

Claro que no… o sí. Siempre.

Hago una pirueta fuerte y termino con un développé, la pierna estirada hasta el cielo. Mi corazón late rápido, pero sigo. Hago un cambré, arqueando el cuerpo hacia atrás, y luego salto en un en tournant que casi me lleva directo a la luna.

La coreografía gana una intensidad que ni yo sabía que tenía.

Austin sigue mirándome, y sé que está disfrutando cada segundo. El calor en mi cara no es solo del esfuerzo. Es por él.

La música llega al final. Entonces, aterrizo suavemente y mi pecho sube y baja como si hubiera corrido una maratón.

— ¡Muy bien, Emory! — grita la profesora Greta. — ¡Esto sí que es una presentación! Pasión, intensidad… era exactamente lo que quería ver.

Le sonrío, jadeante, y hago un gesto con la mano.

— Gracias, profe.

Ella me lanza esa mirada de "así se hace, chica" y se va, dejándome el escenario entero. Alzo la vista hacia mi espectador especial.

Austin está con los brazos cruzados, una sonrisa traviesa llena de promesas indecentes. Para mi felicidad, las cumpliría todas.

Bajo del escenario, caminando hacia él, intentando parecer tranquila y no como alguien que casi se muere bailando para impresionar a su novio.

— ¿Qué, impresionado? — bromeo, parándome frente a él.

— Impresionado es poco, amor. Casi tiro un lazo para que no salieras volando con ese salto — dice con ese falso asombro. — Y…

“pasión”. La profe no se equivocaba. Pero si dijera que era por mí, te daría la razón.

— Idiota. — Pongo los ojos en blanco, intentando contener la sonrisa. Pero él se levanta y me rodea la cintura, atrayéndome hacia él.

— Estabas increíble. Solo faltó prender fuego al escenario. Me has puesto cachondo de la hostia. ¿Una rapidita detrás del escenario? — murmura, los labios cerca de mi oído.

— Están todos los alumnos aquí… — susurro, tapándole la boca, como si pudieran oírle.

— ¿No pueden saber que follamos rico, amor? ¿Eso es? — susurra de vuelta.

— No necesitan oírlo ni verlo, ¿no?

El rubor me sube por el cuello hasta las mejillas. Él ríe, viendo que me ha dejado desconcertada.

Ya me estaba acostumbrando a tener esta versión suya cada día, pero cuando hay gente delante aún me da cierta vergüenza.

— Estoy bromeando. Y soy celoso de cojones. No iba a dejar que supieran que mi novia es todavía más sexy cuando se corre. Con ver que su cuerpo es una delicia con estas ropas de bailarina me basta.

— Te gustan mis ropas de bailarina — digo, sujetando la falda ligera.

— Me gustan más cuando te las quito — responde, mirándome con tanta intensidad que me da vueltas el vientre al recordar la última noche. Ahora que somos oficiales no es tan difícil subir a su habitación. Aunque esquivar a Sebastian sigue siendo complicado.

— Eso puede pasar más tarde. Maddie aún no ha vuelto del viaje. Y Cam ha empezado a salir con el presidente del club de ajedrez.

— Esa tía sí que tiene debilidad por los nerds, ¿no? — comenta Austin, con una sonrisa juguetona. — ¿No se pondrá Maddie celosa?

— No sé… ¿Jordan se puso celoso de ti?

— Claro que sí, amor. Pero le dije que nuestra relación es abierta. Y ya está, se quedó tranquilo. — Me da un empujoncito hacia un lado. — ¿Y? ¿Vas a contarle a todo el mundo que soy tu amuleto de la suerte? — pregunta, riendo.

— Solo si tú no vas contando que estoy completamente obsesionada contigo — retruco, divertida.

Él se detiene un instante, gira mi rostro hacia él y me da un beso suave que me desarma por dentro. Sus labios rozan los míos, dejándome húmedo el camino y encendiéndome por dentro. Cuando nos separamos, murmura bajito:

— Nuestro secreto. — Me besa la puntita de la nariz y tira de mí para que lo siga. — Vamos. Quiero llevarte a casa.

— Espera, voy a coger mi mochila — digo, soltándome de sus brazos el tiempo justo para encontrarla y correr de nuevo hacia él.

Cuando estoy a su lado, coge la mochila y la lanza sobre su hombro, para después agarrar mi mano, entrelazando nuestros dedos. Un suspiro enamorado se me escapa sin remedio.

Caminar así por los pasillos del campus, de la mano de Austin Prince, parece demasiado irreal. Un sueño.

Durante años imaginé cómo sería estar a su lado de esta manera, siendo algo más que la hermana pequeña de su mejor amigo.

Miro más de una vez nuestros dedos entrelazados, solo para asegurarme de que no estoy soñando. Es real.

Suspiro, embobada.

Sin embargo, los murmullos me sacan de mi burbuja perfecta. Noto algunas miradas curiosas en nuestra dirección. La gente cuchichea mientras pasamos. No es un gran revuelo, pero sí lo suficiente para incomodarme un poco.

— ¿No tienen otra cosa que hacer? — mascullo, intentando sonar indiferente, pero Austin suelta una risita baja.

— Es el precio de andar con un tío irresistible — bromea, guiñándome un ojo.

— Y engreído — constato, con tono burlón.

— Es la pura realidad, amor.

Suelto una risa floja, aceptando que sí, era la pura realidad.

— Me alegra que esto ahora sea real. — Alzo nuestras manos. — Siento como si estuviera viviendo un sueño. Un sueño que siempre quise.

Él se detiene un momento, tirando de mí suavemente para acercarme más.

— Yo también. Siempre lo negaba ante mí mismo. Pero siempre quise vivir exactamente esto contigo — dice, con la voz más suave ahora. Luego me besa la frente y seguimos andando hacia la salida del edificio. Uno de sus brazos se posa sobre mis hombros, dejando claro que soy suya y protegiéndome del mundo.

La sensación es tan plena que me olvido de que nos sigue el guardaespaldas que Sebs me puso durante el día.

A su lado, es fácil olvidar todo lo que está pasando con mi familia. Y también el juicio silencioso de Sebastian que flota sobre nosotros. No me dice nada, pero puedo sentir lo dolido que está.

— ¿Y la reconciliación con Sebs? — pregunto, preocupada. — ¿Sigue muy cabreado contigo?

Austin respira hondo, desviando la mirada por un segundo. Ese brillo divertido desaparece.

— No te preocupes, Emis — responde, apretándome contra él. — Lo resolveremos.

Pero yo noto la tristeza en sus ojos. Esto le afecta mucho más de lo que quiere admitir.

— Quizás debería hablar con él. Explicarle que fue mi elección también — sugiero, pero él niega con la cabeza antes incluso de que acabe.

— No. Por favor, no te metas. Sebs y yo tenemos que arreglarlo solos. Es cosa nuestra.

Suspiro, pero termino asintiendo.

— Eh — vuelve a llamarme, parando en medio del pasillo. — Mírame. Estoy feliz, ¿vale? Porque ahora, por fin, estoy con la mujer de mi vida. Y no voy a dejar que nada ni nadie me la quite.

Mi corazón se derrite con sus palabras. Es la declaración que necesitaba escuchar.

— Yo también soy feliz — digo, sonriendo leve.

Él se inclina y me da otro beso suave, solo de labios.

— Todo va a salir bien. Confía en mí.

Asiento con la cabeza. Confío en él, y confío en lo que sentimos el uno por el otro. El amor que tenemos no es perfecto, pero sí real, intenso, construido sobre miedos que al final se volvieron certezas y nos llevaron hasta nuestro destino.

No se trata solo de estar juntos ahora; se trata de haber luchado contra nuestros propios temores y, aun así, habernos elegido mutuamente.



El avión aterrizó en Sioux Falls, Dakota del Sur, ayer por la tarde, y ahora vamos del hotel a la arena en autobús. Ya siento ese cosquilleo en el estómago que siempre aparece antes de un partido decisivo.

El lugar elegido es neutral para ambos equipos, precisamente para que no haya influencia de la afición. Ojalá que hoy el color de este sitio sea amarillo, azul y blanco.

No es que no hayamos ganado con la grada en contra. Claro que sí. Pero toda ayuda es bienvenida. Sobre todo cuando necesitamos la victoria para seguir en el torneo.

Miro por la ventana del autobús y veo que el aparcamiento del Denny Sanford Premier Center está a rebosar. Nuestra llegada está marcada por flashes de cámaras y el murmullo de la afición. Sí… definitivamente, aquí no gustan de nuestros colores. La mayoría está contra nosotros.

Bajamos del autobús uno a uno, con ese aire serio que aprendimos a mantener. Cabeza fría para controlar la emoción antes del partido. El bicho sólo muerde de verdad cuando ya estamos deslizándonos sobre el hielo.

Miro a mi alrededor, sintiendo la adrenalina subir, pero algo me falta.

Llevo una americana gris, pero sin la camiseta azul marino que Sebs y yo siempre usábamos debajo los días de partido grande.

¿Tradición absurda? Puede.

Pero era nuestra. Pasara lo que pasara, siempre lo hacíamos. Hasta ahora. Porque ya van tres meses desde que Sebastian cortó relaciones conmigo.

Tres. Malditos. Meses.

Intenté hablar con él, lo juro. Pero Sebastian Maxwell es más terco que la hostia.

Hasta Winter intentó intervenir. Un día, después del entrenamiento, trató de que bajara la guardia. Me sentí fatal al ver a mi colega ser borde con su novia. Y hacía siglos que eso no pasaba. Desde que por fin se dio cuenta de que estaba colado por ella, porque antes vivían a hostias.

Cuando se dio cuenta de la cagada, casi se arrodilla pidiendo perdón. Después le suplicó que no se metiera entre nosotros.

La única que no se corta es Emory.

Mi chica no para de plantarle cara siempre que puede. Aun así, no he tenido ni una rendija para recuperar nuestra amistad.

Y yo… le echo de menos.

Le echo de menos una barbaridad.

Querría disipar la tensión previa al partido con nuestras coñas de siempre, los cuatro juntos. Jordan y Kyle andan en tierra de nadie, como camareros cargando bandejas en un barco en plena tormenta.

Joder.

Ellos tampoco deberían cargar con esto.

Media hora después estamos en el vestuario, escuchando al míster dar las últimas instrucciones, mientras cada uno repasa sus rituales prepartido.

Algunos cierran los ojos y respiran hondo, otros crujen los dedos o revisan la cinta del stick por enésima vez. Yo me quedo mirando el número 11 de mi camiseta e intento ignorar que, hasta hace unos meses, ese número siempre estaba al lado del 23.

Suelto el aire en un suspiro audible para quien quisiera oírlo. Tal vez sea hora de rendirse y seguir adelante, sabiendo que, al menos, de los Maxwell yo me quedo con la chica de mi vida.

Avanzamos como pingüinos gigantes hacia la pista de hielo. El rugido de la afición retumba en los pasillos. Suena Enter Sandman de Metallica. El volumen sube a la vez que el ruido ensordecedor de la hinchada rival.

Las gradas son un mar rojo y negro: los fans de los Bulldogs de Minnesota Duluth gritan como si el infierno entero se hubiera materializado allí.

Patino hasta el centro, mis ojos recorriendo al equipo, buscando esa mirada de complicidad que siempre estuvo ahí. Pero Sebastian ya está concentrado en el otro lado, con la vista clavada en el rival. Sigo su mirada, que apunta a un jugador en concreto: Blake Donovan.

El cabrón que siempre provocó a Sebs y que, por lo visto, sigue necesitando tocarle los cojones. Haber sido expulsado de su antiguo equipo no le cambió la personalidad.

Aunque sí cambió de táctica. Dejó de llamarle pollito, para ahora golpear más bajo.

— Así que, Maxwell… — Donovan se desliza cerca, la voz cargada de ironía. — Parece que tu viejo volvió de entre los muertos, ¿eh? ¿O será que nunca estuvo realmente fuera del juego? Alguna guarrada habría para salir ileso… si es que salió.

Sebastian se tensa, la mandíbula apretada. Ese tema está prohibido. Nadie lo toca. Nadie.

— Cuidado con lo que dices, Donovan — Jordan se adelanta, patinando hasta ponerse al lado.

— Sólo digo lo que todos ya están pensando. — Donovan se encoge de hombros. — ¿Y si tu papá nunca estuvo encerrado? Qué conveniente desaparecer de escena justo cuando todo se tapaba.

Sebastian avanza. El tiempo se ralentiza. Kyle y Theo se interponen antes de que aquello explote.

— No merece la pena, tío — murmura Kyle. — Quiere que pierdas la cabeza.

Sebastian aprieta el stick hasta que los nudillos se le ponen blancos. Respira hondo, forzando una sonrisa sarcástica.

— ¿Eso es todo lo que tienes? — le suelta. — Ya estás desesperado, Donovan.

— No más que tú… — el hijo de puta articula "pollito" sin voz, sólo moviendo los labios, y antes de que Sebs se lance vuelve a su sitio para que el partido empiece.

El silbato corta el sonido de la arena, anunciando el tiempo muerto. Estamos todos cerca del banquillo, jadeando, con el sudor escurriendo bajo el equipo.

Coach Williams camina hacia nosotros como una locomotora a punto de explotar.

El disco cae al hielo… y empieza la guerra.

El puck se desliza y el partido se enciende. El marcador está 2-1 para Michigan y Minnesota Duluth viene con todo para empatar. Pero no dejamos espacio para errores.

Jordan recupera el disco detrás de nuestra portería y, antes de que uno de ellos logre presionarlo, lo envía con un pase perfecto a Kyle en la zona neutral.

— ¡Vamos, joder! — grita, acelerando ya el contraataque.

Kyle patina rápido, se cuela entre dos defensores y me deja el disco a la derecha. No lo pienso dos veces. Ajusto el stick y suelto un bombazo a portería. El portero la desvía por reflejo, pero la jugada no termina ahí.

Sebastian ya está colocado para el rebote. No necesita decir nada; sólo intercambiamos esa mirada rápida antes de soltar el golpe. El disco entra en la red y la sirena explota junto con la afición.

— ¡GOOOOOOOOL! — grito, vibrando, yendo directo a Kyle y Jordan. Nos abrazamos sobre el hielo, chocando los cascos.

— ¡Joder, ha sido precioso! — Jordan ríe, golpeando su stick contra el mío.

Sebastian pasa de largo, sin celebrar como antes. Pero cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo, me da ese leve gesto con la cabeza. Nada espectacular, pero suficiente para saber que seguimos en la misma sintonía dentro del hielo.

3-1 para Michigan.

Minnesota lo siente. Se ve en los ojos de Donovan. El cabrón no dice nada, pero el hielo a su alrededor hierve de odio.

Entramos de nuevo en formación. Sebastian recibe el puck en el centro y despega. Vuela, como si el propio hielo lo empujara hacia delante. Pasa al primer defensor con un corte seco, amaga con el cuerpo y deja al segundo en el vacío.

La grada ruge, sintiendo que va a rematar. Pero Donovan y sus secuaces sobre patines están justo detrás. Se nota en sus movimientos que ya se la sopla el partido: el objetivo no es el puck… es Sebastian. Y vienen como un tsunami.

Mi corazón se acelera. Sé lo que va a pasar. Peor aún: sé cómo puede acabar. ¡No! Sólo pasando por encima de mí. Y antes de que ocurra lo peor, me lanzo delante.

El impacto es un trueno.

Me pasan por encima como una excavadora. Gimo o grito… ni lo sé. El dolor es alucinante.

Siento el hombro de Donovan estrellarse en mis costillas y, en el acto, sé que algo se ha roto. El aire se me escapa del pecho como si me hubieran dado un puñetazo por dentro.

No hay tiempo de recuperarse porque otro cabrón me golpea la pierna y noto mi rodilla torcerse en un ángulo en el que definitivamente no debería.

Mi cuerpo sale disparado como un muñeco de trapo, girando en el aire antes de estamparse contra el hielo con un golpe seco.

El estadio entero se congela un segundo.

El dolor me alcanza de lleno. Un dolor cortante y devastador que hace que todo a mi alrededor se apague.

Mi pecho arde, mi pierna palpita, e intento respirar, pero es como aspirar por una pajita agujereada.

El sonido a mi alrededor se vuelve un zumbido.

Gritos.

Silbidos.

El pitido distante del árbitro.

Gente hablando. Pero mi cabeza está pesada, mi cuerpo no responde.

Mi vista se emborrona y mis ojos parpadean despacio. Siento el dolor empezar a disminuir, y eso me asusta.

Algo va mal. Muy mal.

Abro los ojos, o creo que los abro.

La luz es demasiado fuerte. Todo se mueve a mi alrededor.

¿Por qué?

Entonces me doy cuenta… me están cargando. Hay manos sujetándome, hay voces que van y vienen. Una sirena corta cualquier pensamiento que pueda tener.

— ¿Está consciente? — pregunta alguien. Parece lejano… un eco.

— ¡La presión está cayendo! ¡Tenemos que actuar rápido! — responde otra voz, llena de urgencia, llena de pánico. Debería

preocuparme. Lo sé. Pero mi cabeza está demasiado ligera, mi cuerpo ya no responde.

Intento mover los dedos. Nada. Intento hablar. Nada.

La oscuridad empieza a tirar de mí otra vez y, por primera vez, no puedo luchar contra ella.



El escenario está iluminado y yo estoy en el centro, respirando hondo, sintiendo cada músculo prepararse para el siguiente movimiento. Esta presentación no es una más. Es la oportunidad. Mi momento de demostrar que soy capaz, que mi sitio está en la Juilliard.

Eso fue exactamente lo que la profesora Greta nos dijo a mí y a otros tres bailarines elegidos para representar a la Universidad de Míchigan en este evento: Rick, Juliet y Roxine. No es que no valore el programa donde enseña —al contrario—, pero todo el mundo sabe que Juilliard es la cima, el lugar al que llegan los mejores. Y ese siempre ha sido mi sueño.

A mi lado, mis compañeros se concentran, manteniendo los movimientos perfectamente sincronizados. Estamos bailando una versión moderna de "Divenire" de Ludovico Einaudi, una elección atrevida que mezcla ballet clásico con contemporáneo, justo el tipo de riesgo que suele valorar Juilliard.

La música llena el teatro y nuestros cuerpos fluyen por el escenario, reflejados en tres superficies espejadas, creando la ilusión de que somos muchos más que cuatro bailarines. Perspectiva. Hemos trabajado esa idea dos meses seguidos, cada detalle pensado para que la coreografía pareciera una extensión de nosotros mismos.

Siento la ligereza del tejido lavanda del vestido deslizarse a cada paso, mis piernas libres por las aberturas laterales. La música crece en sincronía con la oscilación de nuestros cuerpos, como una tormenta vibrante que alcanza su punto álgido. Después llega la calma y nuestros brazos se mueven como olas suaves tocando la arena.

Cada uno tiene su propia esencia, pero en el escenario el ballet exige precisión. Cada paso debe completarse al mismo tiempo. Nada puede salirse del ritmo. El impacto de nuestra actuación depende de esa unidad.

Después de esta primera pieza, cada uno tendrá su momento a solas. Un instante para brillar individualmente. Pero ahora se trata de trabajo en equipo. De demostrar que sabemos sostenernos mutuamente.

Poco a poco la música desacelera, las notas se vuelven escasas hasta que los aplausos dominan el ambiente.

Levanto la cabeza viendo al público y sonrío ampliamente antes de hacer una reverencia y salir del escenario.

— ¡Dios mío, ha sido brutal! — exclama Roxine, al lado de Juliet y Rick. Todos nos esperan en la salida para darnos las manos y vibrar con la actuación perfecta.

— No has fallado la tercera pirueta… ¿ves? Te dije que podías — dice Rick a Juliet, que le sonríe agradecida.

— Muy bien. Muy bien… — la profesora Greta aparece detrás, aplaudiendo en el aire. — Pero ahora ve a cambiarte, Rick. Sales en dos piezas más. Y vosotras, chicas, comprobad que vuestro vestuario está completo. No quiero a nadie lloriqueando si se olvida un adorno.

Asentimos en coro y vamos al camerino, todavía con la adrenalina subiendo.

Estoy a un paso de la puerta cuando Cameron aparece y se planta frente a mí.

— Tía… tienes que venir conmigo. — La miro, aún sonriendo. Su expresión preocupada me resulta extraña; hace minutos estaba en el público, aplaudiéndome emocionada.

— ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? — Mi cabeza va directa a Madison, que sigue de viaje. Por lo que sé, no tiene familia cercana, lo que significa que no está en casa de ninguna tía lejana. Pero hace negocios con gente peligrosa y quizá ese viaje tenga que ver con su trabajo.

No sé. Cameron anda rara estos días y por eso mismo la arrastré para venir conmigo — necesitaba a alguien de mi "público positivo" en medio de la multitud. Era la única disponible, ya que Winter, Brooke y Sidney estaban en la carretera volviendo de una competición y los chicos estaban fuera, jugando contra Minnesota.

En ese momento, Rick aparece en el marco del camerino.

— ¡Emis… toma esto! No deja de sonar y está poniendo nerviosa a toda la gente — gruñe, extendiéndome mi móvil.

Mi atención va a la pantalla, parpadeando con el nombre de Sebastian. El tono que resuena en la sala es "Fight!" de The Score, un rock intenso que le puse a su contacto después de que él y Austin se pelearan.

Sebastian nunca me llama en medio de una actuación. Nunca.

Miro la cara preocupada de Cameron y luego vuelvo al móvil. ¿Tendrá relación?

— ¿Hola?

— ¿Emis? Hola… es… — La voz de mi hermano suena ronca y el ruido de gente de fondo me confunde. Es normal haber multitud en un partido. Pero el sonido de sirena fuera de contexto me pone en alerta.

— Sebastian, ¿qué está pasando? — pregunto, con los ojos fijos en la cara de Cam, que aprieta los labios, niega con la cabeza y

se acerca hasta ponerme una mano en el hombro, tirando suavemente de mí.

Entonces… todo se derrumba.



Tiempo después, ya estoy en la Kappa, con vaqueros, camiseta y la chaqueta deportiva de Míchigan que Austin dejó conmigo.

Mis manos tiemblan mientras meto ropa al azar en la mochila y escucho a Cam comprar mi billete para Sioux Falls.

Las palabras de Sebastian resuenan una y otra vez en mi cabeza:

"Austin está en el hospital."

Nada más. Ningún detalle que me dijera qué había pasado de verdad. Así que mi mente empieza a rellenar los huecos con los peores escenarios posibles.

De camino a la fraternidad, busqué en YouTube y vi exactamente el momento en que mi novio fue derribado.

Se lo enseñé a Cameron, pidiéndole un diagnóstico de alguien que al menos había estudiado medicina en la uni. Tenía la esperanza de que me dijera que ese golpe solo podía causar una conmoción.

Pero Austin salió en camilla y desmayado. Ella no dijo nada.

Ese silencio me destrozó todavía más. Joder.

Había demasiadas chicas en mi cuarto. Querían consolarme, pero en realidad solo empeoraban las cosas.

— No debe de ser nada, Emis. Es normal que se den golpes en el hockey — comenta Paige, sentada al lado de Cam, que estaba en su cama, mirándome preocupada.

— Un jugador de hockey no se cae por cualquier golpe. — Mi voz me sale temblorosa, y odio eso. — Si se lo han llevado directo al hospital, entonces… — Paso las manos por mi pelo aún recogido en el moño alto.

— ¿Lista? — la voz de Winter resuena en el pasillo. Cuando me giro, ya está en la puerta, con la maleta en la mano, la chaqueta puesta, lista para viajar.

— Winter…

— ¡Vamos, Emis! Cam compró mi billete y el de Brooke. Venga ya. — Me mira, desafiando cualquier intento de discutir. — No vas a ir sola y allí nos necesitan. Sebs puede parecer duro, pero está al límite.

No digo nada más. Solo asiento, y juntas cogemos el siguiente vuelo hacia Sioux Falls.

Las horas en el avión son una tortura. Mis piernas no paran de moverse; Winter me agarra la mano en silencio, como si supiera que las palabras no ayudarían ahora. Brooke se levantó más de una vez para ir al baño, y noté que era un tic nervioso. Estaban preocupadas por Austin. Todos lo estábamos.

Cuando por fin aterrizamos en Sioux Falls, salimos del avión lo más rápido posible. Cogemos un taxi y nos apretamos las tres en el asiento trasero con las mochilas encima.

Creo que, con las prisas, olvidamos que el coche tenía maletero o incluso asiento delante. Nadie estaba pensando con claridad.

Entramos al hospital a toda prisa, y solo no salí corriendo porque Winter me agarró del brazo.

— No puedes correr dentro del hospital — susurró, como una regañina. Me callé, porque daba igual.

Por los mensajes que Brooke había recibido de Kyle, Austin seguía en quirófano.

Yo estaba completamente perdida. Y la sensación se intensificó cuando llegamos a la sala de espera llena de jugadores con sudaderas de Míchigan.

Kyle fue el primero en vernos. Se levantó rápido, y Brooke corrió hacia él, abrazándole por la cintura. Mis ojos se fueron a Winter y le señalé a la otra. Ella se encogió de hombros y me soltó. Después fue directa hacia Sebastian, que estaba sentado al lado de Jordan. Los dos con la mirada perdida.

Suspiro, cierro los ojos, buscando fuerzas para enterarme del estado de Austin. El grandullón se acerca, con Brooke colgada de él.

Se pasa una mano por la cara, como intentando recomponerse. Sus ojos se cruzan con los míos y suelta un suspiro pesado.

— Aún está en cirugía — dice, directo, sin rodeos. — El golpe fue fuerte. Le dio en las costillas y en la pierna.

— Fue feísimo, tía. Sabes que ese golpe era para el Caps, ¿no? Austin se metió en su lugar sin pensárselo dos veces, joder — apunta Zack, metiendo baza en la conversación.

— Cállate, Zack — ordena Theo, y el otro resopla, cruza los brazos y se calla.

Yo miro a Kyle. Primero aparta la vista. Espero, y cuando por fin tiene el valor de volver a mirarme, asiente, confirmando lo que ya sabía.

Ni hacía falta. Ya había visto la repetición de camino hasta aquí. Y por suerte del cámara, hubo un primer plano de la cara de Austin justo en el instante en que decidió defender a su amigo.

Levanto la mirada hacia Sebs. Sus hombros caídos lo delatan: está cargando con la culpa de lo que pasó. Tiene que estar siendo una carga brutal para él.

— ¿Ha venido alguien a informar ya? — pregunta Brooke, aún aferrada a su cintura. Es hasta gracioso el contraste de tamaños entre los dos. No porque ella sea diminuta, sino porque él es un maldito gigante.

— Los médicos dijeron que se rompió algunas costillas y tuvo una fractura fea en la rodilla. Ahora mismo lo están operando. — Kyle continúa, con la voz más baja. — Va a pasar un tiempo hasta que sepamos de verdad cómo está.

Mis manos se cierran a los lados del cuerpo. El miedo a perderlo late en mi pecho. Eso no puede pasar. He tenido tan poco tiempo con él siendo mi novio, ¡Dios! No es justo. Inspiro y exhalo con brusquedad, intentando controlar un poco las lágrimas que habían parado en el taxi, pero que ahora vuelven con furia.

Decido sentarme a esperar también. Entonces busco un hueco libre y lo encuentro un poco más adelante, en el asiento que Jordan liberó a propósito para mí. Me hace un gesto con la barbilla y acepto.

En cuanto me acomodo, observo a Sebastian. Está con los codos apoyados en las rodillas, la mirada fija en la nada. Ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy ahí.

Winter le acaricia la espalda, dándole un poco de consuelo. Él suelta un suspiro largo y pesado antes de hundir la cara en el cuello de ella, los ojos escondidos del mundo. Su cuerpo tiembla levemente, y ella solo lo abraza, sin necesidad de decir nada.

Con el corazón encogido, inclino la cabeza hacia mi hermano:

— Te defendió… incluso después de meses sin que le dirigieras la palabra — digo, sin el más mínimo tacto.

Ya estaba cansada de su terquedad y de ver a mi novio triste cada vez que el nombre de Sebastian aparecía entre nosotros.

No se podía vivir sin nombrar a mi hermano. Menos aún cuando estamos en una crisis familiar, con un abuelo peligroso

suelto.

— Austin siempre estuvo a tu lado, Sebastian. Siempre. Nunca te falló, nunca te dejó tirado. ¿Y sabes por qué? — Hago una pausa, esperando alguna reacción. Como no responde, yo misma lo digo: — Porque te quería como a un hermano. Te quiere, idiota.

— Si me quisiera, no se habría follado a mi hermana — replica, gruñón, con la voz ahogada entre el pelo de Win.

— No se folló a tu hermana, idiota… — Vacilo, antes de continuar. — O sea… sí. Él… nosotros… — Respiro hondo, con ganas de soltarle un puñetazo. — ¿Nunca se te pasó por la cabeza que yo no era solo un polvo, Sebs? ¿De verdad piensas que Austin tiraría por la borda vuestra amistad así porque sí?

Esta vez, tengo su atención. Sus ojos se clavan en los míos.

— Está en quirófano porque decidió ponerse delante de ti. Austin no lo pensó dos veces antes de convertirse en tu escudo.

— ¿Y por qué no me lo contó? ¿Por qué me escondisteis los dos que estabais juntos?

Le miro con las dos cejas arqueadas, mostrándole lo obvio, porque su actitud en los últimos meses era motivo más que suficiente.

Sebastian cierra los ojos un segundo, sus dedos se enredan en su pelo. Su respiración vacila, su pecho sube y baja más rápido.

— Tardamos en estar juntos porque él se moría de miedo a perderte. Por eso nunca asumió lo que sentía por mí, porque sabía que ibas a reaccionar así. ¿Y adivina? Le diste la razón.

— Emis… no quiero cabrearme con él ahora, ¿vale? Así que… — Suspira, levantando la mirada. — Para ya. Estoy aquí rezando para que mi amigo salga bien de esta.

Esbozo una sonrisa pequeña, porque sin querer, Sebs acaba de declarar lo que Austin es, fue y siempre será…

Su amigo.

Y eso… ya es un comienzo.



Siempre odié la gelatina. Es un hecho. Pero el sabor a fresa de esta masa blanducha en mi boca sabe a paraíso. La razón real es porque me la está dando a cucharadas una enfermera buenorra de la hostia.

El cabrón con suerte que sale con ella… soy yo.

Mi enfermera se llama Emory Maxwell, más conocida como la peque. Mi peque y mi chica.

A propósito, dejo un trocito en la comisura de la boca. Ella amenaza con coger la servilleta en cuanto lo ve.

— Hum… no… ese pañuelo es demasiado áspero, amor. Límpialo con otra cosa, anda — digo con voz de crío llorón. Lo que no hago yo por provocarla, pienso.

— No hay otra cosa para usar. — Emis mira alrededor, buscando con qué quitar el resto de gelatina. — ¡Espera! Creo que tengo un pañuelito.

Antes de que se aleje de mí para coger el bolso, que está en una mesa detrás de ella, la agarro del brazo con mi mano libre. La otra está inmovilizada en una férula por el hombro dislocado y la costilla rota.

— Creo que tu boca es la mejor opción — sugiero, alzando las cejas de forma insinuante. Ella me mira un poco confusa, hasta que sus labios se curvan en una sonrisa capaz de resucitar cualquier polla muerta después de seis horas en quirófano.

Si alguien quiere un manual de cómo destrozar el propio cuerpo de una sola vez, yo lo puedo escribir.

¿Costilla fracturada? Check.

¿Ligamento de la rodilla roto? Check.

Estoy prácticamente hecho un puzzle humano, solo que sin la parte divertida de montarlo. Aún tengo los analgésicos en vena para no sentir el dolor del desastre. Honestamente, lo único que me mantiene firme ahora es saber que puedo usar todo esto como excusa para que me mime una bailarina buenorra.

Pongo morritos, sacando el labio inferior, dándole la pista.

— Aunque estés hecho polvo, sigues siendo un salido, Austin Prince — me condena.

— Salido por ti, guapa. Ven aquí, anda. — La atraigo con el brazo bueno, haciendo que se incline sobre mí. — Hum… — gimo de dolor, porque se ha desequilibrado y ha movido mi hombro.

— Perdón, perdón, perdón… — Me besa la cara, apoyando la mano con cuidado sobre el hombro vendado. Suelto una risita baja. No importa el dolor que tenga, porque su cuidado lo alivia todo.

— Te estás olvidando del sitio donde deberías besar de verdad, amor. — Alzo el mentón, capturando sus labios. Ella se tensa por la sorpresa, hasta que nota que mi boca se mueve sobre la suya. Un segundo después, se rinde. Sus labios siguen tensos, sus manos apoyadas en mi costado, sobre el colchón elevado que me deja medio incorporado.

— Austin… no puedes hacer esfuerzos. No han pasado ni dos días desde la cirugía.

— Puedo quedarme quietecito, amor. Tú puedes subirte a mí y hacer toda la magia sentándote aquí… — Muevo las caderas,

mostrando la protuberancia bajo la sábana, justo en mi entrepierna. Ella suelta una risa melodiosa que me acaricia los oídos. Siempre he sentido una alegría adictiva al escucharla reírse de cualquier cosa. Es uno de mis sonidos favoritos en el mundo.

— Te prometo que cuando volvamos a casa… — dice entre lametón y lametón en mis labios. — Me siento, salto, brinco y cabalgo en ti hasta no poder más, amor. Pero aquí no. Las enfermeras entran y salen todo el rato para revisarte.

— Con cerrar la puerta basta — le susurro, deslizando mi mano por su muslo y apretando el interior. Ella suelta un jadeo y sigo, subiendo hasta sentir el calor de su centro entre sus piernas. — Mi polla tiene frío y necesita entrar aquí para calentarse.

— Si tiene frío, la tapo yo. — Emis se aparta de golpe y tira de la manta que estaba a mis pies hasta cubrirme hasta la cintura. Suelto un gruñido dolorido y pongo una mueca, girando la cara hacia un lado.

— Vale, vale… pero vuelve con esa boca aquí, porque besitos sí se permiten — pido, con mi mejor cara de cachorro abandonado.

— Eso sí. — Vuelve a mi lado, inclinándose con cuidado para besarme. Sostengo su nuca, guiando el beso de la forma más sensual que conozco para que cambie de idea.

Chupo sus labios despacio, luego paso la lengua por su textura suave, sintiendo cómo suspira al seguir rozando nuestras bocas con sensualidad. Cuando me da permiso, invado su boca con mi lengua, conquistando espacio y deslizándome dentro.

Cada centímetro suyo me hace olvidar el dolor, el tiempo, el lugar. Su sabor, caliente y dulce, me intoxica más rápido que cualquier anestesia. Mi lengua juega con la suya en un ritmo perezoso, explorando, saboreando, devorando como si pudiera consumir a Emory entera solo en este beso.

Ella suspira contra mis labios, y ese sonido me atraviesa directo al pecho. Me olvido del jodido hombro, de la costilla rota, de

la rodillera — nada importa con mi chica aquí, pegada a mí, dándome el alivio que ningún medicamento consigue.

— Te amo tanto, peque… tanto que hasta me duele el pecho.

— Si te duele será mejor que pares — se aparta, preocupada.

— Qué va. Tú eres mi medicina, ¿no lo sabías? Está escrito ahí en mi ficha. Mira bien… — señalo con la barbilla hacia el soporte junto a la cama, con mis datos colgando. — Austin Prince, diagnóstico: hecho mierda. Remedio: Emory Maxwell en dosis bestiales.

Ella se ríe a carcajadas y, Dios… amo a esta chica con todo lo que soy. Y si aún no lo tiene claro, pienso besarla hasta que entienda que es mía. La atraigo de nuevo y, justo cuando voy a recuperar su boca, una tos masculina la congela en el sitio. Mierda.

— Por lo visto, te estás recuperando bien, ¿eh? — Kyle suelta, con una sonrisa cabrona, mientras entra en la habitación con Brooke colgada de su brazo. Emis se aparta enseguida, arreglándose el pelo que ni siquiera le despeiné, y se sienta en la silla junto a mi cama. Yo suelto un bufido resignado, pero divertido.

— Menos mal que fuimos nosotros los primeros en llegar. Si hubieran sido Sebastian y Winter, habrían dado media vuelta al veros así — Brooke comenta, acercándose a Emis.

— ¿Sebastian viene aquí? — La pregunta me sale con un tono demasiado agudo para un macho alfa. Pero me da igual. Estamos hablando de que mi mejor amigo venga a verme.

Kyle se deja caer en la butaca del cuarto, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

— Fue a aparcar el coche con la Gelito. Nos dejó en la puerta, por eso llegamos antes.

— ¿Cómo estoy? — Miro a Emis, que me pone cara de duda. No iba a entender. Paso la mano por el pelo y me incorporo un poco.

— Para lo que ha pasado, tienes mejor cara de la que esperaba — responde Kyle.

Pienso mejor y me despeino. Mejor poner cara de pobrecito, ¿no? La compasión siempre ayuda en la redención. Y en este caso quiero la absolución y la bendición para estar con su hermana. Si él entrara y viera la escena que realmente me gustaría estar protagonizando, estaría jodidísimo.

Suelto un suspiro dramático, hundiendo la cabeza en la almohada.

— ¿Y él cómo está? — pregunto al grandullón.

— Tío, el que se jodió aquí fuiste tú. A Sebs no le pasó nada. Ni un rasguño.

— No me refiero a eso… — agito la mano en el aire. — Digo si está con esa cara así… — arqueo las cejas, imitando la mueca de un villano de cómic. — ¿O más bien así…? — sonrío bobalicón, solo con los labios.

— ¿Y eso qué significa? — Brooke se mete, curiosa. Yo paso y espero la respuesta de Kyle.

— Si la cara de Duende Verde significa que sigue cabreado contigo… no, Prince. Pero la opción de Bob Esponja, descártala. Creo que Sebs nunca ha puesto esa cara ni cuando está relajado — responde.

No era Bob Esponja lo que tenía en la cabeza, pero bueno. Me voy animando y entonces recuerdo cómo era que me trataba en la pista.

Sebastian había empezado a entrenar con menos hostias hacia mis hombros, e incluso soltaba alguna palabra en los pases. Pero no pasaba de gestos impersonales, como si tratara así a todo el mundo. Y no con la complicidad que siempre tuvimos.

— Ey… — Emis me aprieta la mano. — Estaba preocupado.

— Todo el equipo lo estaba… — murmuro a un lado.

— Todo el equipo se fue de madrugada y nos quedamos solo: yo, Kyle y Brooke, Jordan, Winter y Sebastian.

— El coach también se quedó — añade Kyle. — De hecho, estaba en la recepción. Acaba de volver después de dejar a sus padres en el hotel.

Sonrío. Tenía una comitiva cuidándome.

Mis padres también estaban en la ciudad y mi madre ya había organizado todo para que volviera a Traverse City. Ni pude protestar. Ella exigió que pasara las primeras semanas recuperándome. Pero después tenía que volver a la uni. Nadie iba a asistir a mis clases por mí.

La señora Prince pidió al grandullón de ahí que cuidara a su niño querido, ya que Jordan desapareció justo después de que yo despertara. Dijo que había comprobado que estaba bien y se piró. No entendí el abandono del colega hasta que Emis soltó que Madison no daba señales de vida desde hacía días.

Me da la sensación de que la desaparición de Jordan tenía que ver con la de la nerd.

En fin.

Y lo de Sebastian… bueno…

Que viniera a visitarme ya era toda una sorpresa. ¿Que viniera a cumplir la petición de mi madre y a ocuparse de mí…? Eso sería un milagro.

Preferí quedarme con la sorpresa, por ahora.

Oigo pasos pesados en el pasillo, como el de alguien que quiere hacerse notar. Todo mi cuerpo se tensa, esperando el enfrentamiento. He aprendido a lidiar con la indiferencia de Sebastian manteniéndome a distancia. Y ahora no sé cómo actuar.

Winter aparece la primera, seguida de él. Mi pecho se aprieta al ver a mi mejor amigo ahí plantado, medio fuera de sitio, sin saber muy bien qué hacer.

— Hola, Prince. ¿Qué tal? ¿Has dormido bien? — pregunta ella, acercándose y arrastrando al novio de la mano.

Cuando levanta la mirada y me ve, se pone a observar mi estado.

— Pareces anestesiado — me sale en broma. Ella ríe y un minuto después le da un codazo a Sebastian para despertarle.

— Eh… hola. Pareces mejor — dice, restándole importancia.

— ¿Mejor? Está hecho polvo para el que se partió la costilla, tiene la rodilla hecha mierda y el brazo inmovilizado — suelta Kyle sin anestesia. — ¡Aiii! — y Brooke le da un pellizco en el brazo. — ¿Pero qué haces?

— Eso es para que aprendas a callarte.

— El amor es hermoso… — comenta Emory, soltando una risita y poniendo la mano sobre la mía. El gesto lo ve Sebastian y yo trago saliva, pero no aparto a mi chica. Tiene que entender que no la voy a separar de mí nunca.

Todos se dan cuenta. Y por un segundo nadie dice nada. Entonces, antes de que el silencio se vuelva insoportable, lo rompo.

— Bueno, ya que has visto que sigo respirando… ¿vas a seguir mirándome como si me hubiera convertido en un fantasma? — digo con tono de broma, aunque la tensión en el aire impide que haga gracia.

Sebastian desvía la mirada un segundo, como si no supiera qué hacer con su propia presencia allí. Luego carraspea y menea la cabeza.

— Los fantasmas no hablan — masculla, sacando su versión más gruñona, la que tanto echaba de menos.

— ¿Y cómo lo sabes? ¿Crees que cuando sea un fantasma dejaré de hablar? — alzo una ceja.

— Ni aunque te cortara la lengua.

Mi sonrisa crece a lo bestia.

— ¿Sabes que él ha amenazado con cortarte la lengua, no? — Kyle me mira de reojo, y Sebastian presiona los labios para disimular una sonrisa. Poco a poco se acerca un poco más.

— No tendrías que haberte puesto delante, idiota — suelta, frunciendo el ceño al mirar mi hombro y el brazo lleno de vendajes que llegan hasta la cintura.

— El equipo necesita a su capitán más que a su ala derecha.

— Pero el capitán necesita a todo el equipo — contraataca él. — Vas a perderte la temporada por mi culpa. — Antes de que la culpa se apodere del ambiente, suelto la perla:

— ¿Es tu manera de decir que no puedes vivir sin mí?

Sebastian levanta la mirada en un segundo, dándose cuenta de que me he pasado tres pueblos con las palabras. Mantengo las cejas erguidas y mi sonrisa de Austin Prince. Dos segundos después suelta una risita nasal y niega con la cabeza.

Sonrío ladeado.

— Venga, confiesa que te he hecho falta.

Finge pensar, se encoge de hombros y me mira con cara seria.

— Si te la jodes con mi hermana, te mato, ¿vale?

Mantengo la mirada fija en Sebastian, girando el cuello para que mi boca quede apuntando hacia mi chica, que sigue a mi lado.

— Amor… encarga ya las flores de mi funeral, porque te he jodido pero bien — susurro, en plan suicida, solo para medir si nuestra amistad había vuelto al mismo nivel de antes.

— Ya te he entendido, cabrón — gruñe, dándome un puñetazo en la pierna recién operada.

La reacción es instantánea:

Yo suelto un grito de dolor.

Emory grita el nombre de su hermano indignada.

Kyle se lleva la mano a su propia rodilla por pura empatía.

Y la mejor parte… la que hace que todo valga la pena…

Sebastian me toca la pierna suavemente, como si eso fuera a deshacer la cagada, y suelta un "joder, ha sido sin querer" con una cara de arrepentimiento sincero.

— Sabes que él quiere a tu hermana, tío — el grandullón usa la mejor psicología de todas.

Sebastian aprieta la mandíbula, pero no contesta.

Exhalo un suspiro cansado, ya sin paciencia.

— Vamos, Sebs. ¿No te diste cuenta de que tardaste un huevo en admitir que estabas pillado por la Gelito? — lanzo la comparación de oro. — Pues yo fui aún más imbécil. Pasé AÑOS ignorando que la mujer de mi vida estaba justo aquí. — Aprieto la mano de Emis, entrelazando nuestros dedos. Ella me mira con los ojos brillando, pero yo no aparto la vista de Sebastian. — Amo a tu hermana, tío. Simplemente porque es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y si aún no puedes con eso, ese problema es todo tuyo.

El silencio en la habitación se alarga. Sebastian nos observa varios segundos. Luego, sin decir nada, suelta un resoplido, pasándose la mano por la cara.

— Si digo que está todo bien, ¿aún puedo darle un puñetazo a tu otra rodilla?

— Por Dios, Sebastian — Emory suelta una risa exasperada.

Kyle le da un manotazo en el hombro.

— Acéptalo ya, que duele menos, tío.

Sebastian pone los ojos en blanco, resopla y suelta un "qué coñazo", como si estuviera a punto de hacer algo que le da repelús físico. Entonces me mira otra vez, esta vez sin tanta mala cara.

— Eres un capullo, pero… al menos sabes que te vas a joder como la cagues.

Sonrío de lado.

— Vale cada riesgo.

Él masculla algo que no se entiende, luego se rasca la nuca, incómodo, y se sienta al borde de la cama.

— Que os den. Pero no me obliguéis a ser el padrino de esta movida.

Emis sonríe, ladeando la cabeza.

— ¿Y quién te ha dicho que te querría de padrino?

Kyle suelta una carcajada y Sebastian la mira con mezcla de choque e indignación.

— ¿Me cambiarías?

Ella se encoge de hombros, inocente.

— Bueno, Austin ya tiene a Kyle y a Jordan. Yo tengo a las chicas. Tú te quedarías descolocado, ¿no?

— ¿Descolocado?! — Parpadea varias veces, como si le hubieran traicionado en el peor nivel posible. — ¡Soy tu hermano, joder! — Me señala con el dedo. — ¡Ni se te ocurra no llamarme, Prince! — amenaza.

Emis es la primera en reírse, seguida de las chicas y de todos nosotros. Y en ese momento tengo claro que ya está todo bien entre nosotros… otra vez.

Quién diría que cazaría dos conejos de un tiro. Recuperé a mi mejor amigo y, de paso, aseguré el amor de mi vida. Pero que quede claro: solo me gusta la vida de conejo con uno de los Maxwell. Y, por suerte, ese tiene tetas.



El sonido de los sticks chocando por el puck, el suelo de la grada siendo pisoteado a un ritmo constante como un beat de techno, y los gritos y silbidos que hacen vibrar el aire forman la mezcla perfecta de instrumentos para la orquesta que más me gusta escuchar.

Final del Frozen Four.

¡Estamos aquí, tío!

La puta final.

Michigan contra Boston University. El partido más esperado de la temporada.

Aunque esté en el banquillo, con zapatillas en vez de patines y un par de muletas a mi lado, aún así siento que estoy ahí con ellos. Mi equipo, mis colegas, los Gladiadores del Hielo.

Sigo cada jugada como si mis músculos todavía respondieran al mismo ritmo, como si pudiera saltar al hielo en cualquier momento y ayudar a decidir esta mierda. Pero, por ahora, sólo tengo mi voz.

— ¡Grandullón, pilla a ese cabrón! ¡Se va a la derecha! — grito por el micro que llevo usando en cada partido.

Desde mi ángulo, noto el cambio de dirección antes que el delantero rival. Puede que Kyle ya lo supiera, pero nunca está de más avisar. Se desliza a toda hostia, le mete el choque justo al número 19, y Jordan recupera el puck.

Después, Kyle gira la cara hacia mí y me hace un gesto con la cabeza. Ha sido así desde que me jodí: me meten ahí con ellos de todas las formas posibles.

Intento avanzar un poco hasta el borde del banquillo, queriendo ver mejor la jugada, pero el movimiento tira de algo en mi costilla y un dolor agudo me atraviesa el pecho. Joder.

— …Mierda… — suelto entre dientes, echándome para atrás.

Emis, sentada a mi lado, me mira con ese brillo en los ojos lleno de preocupación y ternura.

— Austin… — Su voz suena cargada de alerta, como diciéndome que me cuide.

Estamos en el banquillo de los reservas, los jugadores más apartados porque Emis quiso quedarse conmigo. Y el coach Williams está de pie delante, con los ojos clavados en el partido.

— ¡No estoy haciendo nada! — me defiendo.

— No tienes que moverte para hablar por el comunicador — me recrimina.

Suelto una risa baja y la miro de verdad. Mi chica. Con la camiseta de las Gladiadoras del Hielo puesta, más guapa que cualquier cosa que haya visto en esta pista.

— Soy un tío jodidamente afortunado.

Ella entrecierra los ojos.

— ¿Por qué dices eso?

Sonrío ladeado.

— Porque mi novia es increíble, buenísima y además es una Gladiadora del Hielo.

— Con esa frase voy a pensar que tienes fetiche por algun gladiador, amor.

— ¿Tienes dudas? Mira esos músculos, nena. — Señalo la pista y casi todos devuelven el gesto de "me la suda". Me entra la risa espontánea.

— Yo soy más buena. Y ninguno de ellos hace un espagat perfecto.

— Y además prepotente. Dios, estoy jodido.

Ella me mira y acerca la cara a la mía.

— ¿Te das cuenta ahora?

Su calor me envuelve. Si no fuera por este puto partido ya le habría tirado de la nuca para un beso lento y lleno de intenciones. Pero aún tenemos un título que ganar.

Vuelvo la vista al hielo. Jordan controla el puck, Sebastian avanza por la izquierda.

— ¡Caps, más rápido, joder! ¡Vamos, vamos, vamos! — grito por el micro.

Y ahí pasa la cagada.

Siento una mano pequeña deslizarse por mi muslo, un roce inocente, un gesto automático mientras me escucha. Pero el puto hormigueo que me sube por la espalda me hace soltar algo que no debía por el comunicador.

— ¡Hostia puta…! — murmuro al darme cuenta de que mi peque me ha echado una chaqueta encima de la pierna y, sin pudor, empieza a aprovechar la situación.

— Hum… — mojo el labio inferior con la punta de la lengua y lo muerdo para contener otro gemido. Esta mujer me va a matar. Me inclino para rozar su oreja.

— Así me vas a dejar con la polla tiesa, buena. — susurro y beso su cuello.

Lo que no esperaba es el golpe sordo contra el cristal.

El impacto me devuelve a la realidad. Sebastian.

Está ahí, golpeando otra vez, con una careta asesina y la mirada cargada de puro odio dirigida a mí.

Joder…

Mi mano vuela al micro. ¿He hablado por el comunicador?

¡Hostia! Hablé. Por. El. Comunicador.

Jodido.

La boca se me abre en una "O" de reconocimiento antes de torcerse en una mueca de dolor. La que voy a sentir cuando acabe el partido, porque no sirve hacerse el pobre ya lesionado.

Emis abre los ojos como platos y luego se tapa el rostro entre las manos, riendo a medias, desesperada.

En la pista, Sebastian se desliza alejándose, gesticulando hacia el oído y gritando:

— ¡APAGA ESA MIERDA, PRINCE!

Carraspeo, intentando mantener la dignidad.

— Ella se va a portar… lo juro. — Miro a Emis. — ¿Verdad que sí, amor?

Ella abre sólo un ojo, el otro sigue tapado por las manos, y asiente.

La señalo a ella y luego a Sebastian, dejando claro que a partir de ahora, hablamos solo de juego.

— ¡Nos necesitan! — me llevo la mano al pecho, haciendo mi mejor drama.

Jordan pasa junto a nosotros, negando con la cabeza y riendo.

—¡Anda ya, vamos! —digo, impaciente—. Haz otro gol para que aseguremos esta mierda de una vez. —Gesticulo con la mano, agitándola en el aire. Tengo otra vista de lo torcido que está el dedo medio de nuestro capitán, cuando lo levanta hacia mí y sigue, persiguiendo al jugador que tenía el disco.

Media hora después, estamos todos concentrados. Solo faltan dos minutos para el final del partido.

¿El marcador? 3 a 3.

En ese instante, Kyle recupera el disco en la defensa y da un pase limpio a Jordan, que avanza por la lateral. Boston University cierra el centro de la zona defensiva, intentando impedir la finalización.

—¡Sebastian, acompaña a Jordan! ¡Si no tiene apertura, necesitamos intentarlo por el otro lado! —mi voz sale firme por el micrófono.

Nuestro capitán recibe el mensaje y dispara por el medio de la defensa rival. Jordan aguanta el disco un segundo más antes de hacer el pase perfecto, colocando la jugada en la recta final.

—¡HAPPY ENDING, SEBASTIAN! ¡VAMOS, JODER!

Mi grito estalla junto con los de la grada.

Sebs echa el stick hacia atrás y, en un solo movimiento poderoso, dispara el disco directo a la portería.

El portero rival se estira al máximo. Pero ya es demasiado tarde.

El disco revienta la red.

GOL.

—¡Es gol, joder!

La sirena ensordecedora explota en la arena, y el caos se instala.

—¡GLADIADORES DEL HIELO, CAMPEONES DEL FROZEN FOUR! —Me golpeo el pecho, ignorando el dolor. Mentira, suelto una tos que solo Emory percibe. Pero qué más da. ¡Ganamos!

La afición se levanta, los gritos se apoderan del ambiente. Todo el equipo se lanza sobre Sebastian, que desaparece bajo una montaña de jugadores celebrando en el hielo.

Me levanto del banquillo, incluso con las malditas muletas, camino con dificultad y me encuentro con Kyle y Jordan que me esperaban allí. Ellos me cargan hacia el centro, cada uno sujetando una pierna mientras me apoyo en sus hombros. El dolor está completamente anestesiado por la adrenalina de la victoria.

—¡Este puto título es nuestro! —grita Jordan, y Kyle silba solo con los labios.

Entonces, veo a Sebastian acercarse. Está sudado, jadeante, con un brillo en los ojos. La risa que expira es nasal.

—Gracias, Prince. Sin ti gritándonos en los oídos todo el partido, esta mierda no habría pasado. Eres parte de esta victoria tanto como cualquiera que estuvo en el hielo, Prince.

—Lo sé, Caps. Ustedes no viven sin mí —respondo. Kyle y Jordan amenazan con soltarme y yo vacilo con un "¡ow!" y una cara de susto. Todos ríen.

Minutos después, nos estamos preparando para la foto oficial de la victoria.

En medio del hielo, los jugadores están en formación, sosteniendo el trofeo por el que corrimos toda la temporada.

Kyle tiene un brazo sobre mi hombro, sujetando la copa con la otra mano. Sebastian y Jordan están lado a lado, todavía electrizados por la jugada final. La adrenalina en el rostro de cada uno de nosotros es palpable, grabada en la historia.

Y entonces, mis ojos corren hacia la grada. Emory está allí, sonriendo como si no hubiera un mañana.

Miro todo a mi alrededor y siento una oleada de satisfacción llenar mi pecho.

Soy un hijo de puta con suerte.

Campeón del Frozen Four. Mejor amigo recuperado.

Y la chica de mis sueños, por fin, es solo mía.

Fin.



3 años después

La cena tiene lugar en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, una celebración digna de la noche inolvidable que acabo de vivir.

Mi presentación final en la Juilliard.

Dos años.

Dos años desde que llegué a esta escuela prestigiosa, viviendo el sueño de cualquier bailarina. Horas y más horas de ensayos, dolores en músculos que ni sabía que existían, momentos de frustración y de éxtasis absoluto sobre el escenario.

Y ahora estoy aquí, rodeada de todos los que amo: mis padres, los padres de Austin, el Sr. y la Sra. Prince, y, por supuesto, mis amigos. Cada rostro alrededor de la mesa irradia orgullo, felicidad, emoción.

— Fue increíble, cariño. Nunca vi algo tan hermoso — dice mi madre, tomando mi mano con ternura.

— Parecías flotar en el escenario — añade Winter, sonriendo.

— Perfecta, como siempre — me elogia Austin, apretando mi muslo bajo la mesa.

— Estuviste brutal, Emis. — Kyle comenta, alzando su copa. — Un brindis por nuestra estrella.

Todos repiten el brindis y yo sonrío, absorbiendo ese momento. Pero entonces llega la hora de decir lo que realmente me trajo a reunirlos a todos aquí.

Respiro hondo.

— Ahora que todo esto terminó… creo que por fin voy a tener que bajar el ritmo.

El tenedor de Austin se queda a medio camino hasta su boca. Frunce el ceño, y percibo la preocupación en sus ojos.

— ¿Cómo así? ¿Estás bien? Yo sabía que había algo raro. Apenas has comido últimamente.

La tensión se extiende por la mesa. Mis padres se miran entre sí. Sebastian, que estaba entretenido con su plato, ahora me observa como si se hubiera perdido la información más importante del mundo.

Decido hacer un poco de suspense, porque, sinceramente, esto es divertido.

— Pues… — Miro alrededor. Todos esperan. Me guardo un segundo más, porque ojalá pudiera grabar sus caras. — Estoy embarazada — suelto de golpe, sonriendo de oreja a oreja.

El silencio dura exactamente un segundo.

Entonces, Sebastian se cae de la silla.

Literalmente.

El estruendo hace que todo el restaurante se vuelva hacia nosotros.

Austin abre mucho los ojos, boquiabierto, como si su cerebro acabara de cortocircuitarse.

Sebastian, aún en el suelo, se levanta como si lo hubiera poseído un demonio.

— ¡¿QUE ESTÁS QUÉÉÉ?!

Winter se lleva una mano a la frente, murmurando un "ya empezamos".

Austin parpadea unas cuantas veces y luego suelta una sonrisa nerviosa.

— Eh… ¿sorpresa?

No pasan ni dos segundos antes de que Sebastian se lance contra el padre de mi hijo, olvidando por completo que todavía estábamos en un restaurante de lujo.

— ¡¿DEJASTE EMBARAZADA A MI HERMANA ANTES DE LA BODA?!

— Técnicamente fue un esfuerzo conjunto, tío… — Austin levanta las manos en defensa, pero eso solo parece cabrear aún más a Sebastian.

Jordan y Kyle ya están sujetando a mi hermano, que parece dispuesto a cometer un crimen.

— ¡CABRÓN DE MIERDA!

— ¡Sebastian, cariño, cálmate! — intenta interceder la Sra. Prince, pero su hijo le hace un gesto para que no se meta. Mientras tanto, el Sr. Prince se sirve más vino como si nada estuviera pasando.

Mi madre suspira, exasperada, mientras mi padre, en cambio, se muestra sereno.

Coloca la servilleta sobre la mesa, toma su copa de vino y me mira con ese brillo cariñoso en los ojos.

— Mi pequeño Arcoíris… — sonríe, una de esas sonrisas que me calientan el pecho desde la infancia. — Siempre fuiste el color más brillante de mi vida. Ahora, vas a traer otra luz a este mundo.

La garganta se me cierra. Trago en seco, conteniendo las lágrimas antes de que caigan con todo.

De todos los que están aquí, él es quien más me emociona.

Porque mi padre está aquí. Saludable. Feliz.

Desde que asumió la presidencia de Titan Defense, ha mantenido todo bajo control. Y, aun con toda la presión, está bien.

Todos estamos bien.

Bueno… salvo el padre de mi hijo, que todavía está siendo amenazado por mi hermano.

— ¡ESTÁS MUERTO, PRINCE!

Austin suelta una risa corta, esa que usa cuando está a punto de recibir un puñetazo.

— Al menos espera a que nazca el bebé, ¿vale? Todavía puedo ser útil.

— Hum… — murmuro bajito, temiendo que Sebs pierda la cabeza.

— Ah, y solo para que conste… ya nos casamos — No tiene amor por su vida.

El restaurante entero se queda en silencio.

Sebastian parpadea. Una. Dos. Tres veces.

Winter frunce el ceño.

— ¿Cómo que qué? — Sebs, por fin, suelta el cuello de mi… marido.

Austin sonríe, echando un brazo sobre mis hombros.

— Nos casamos en Las Vegas el mes pasado. Fue una ceremonia preciosa. Había hasta un imitador de Elvis.

— Joder… — suelta Kyle, riendo y golpeando la mesa. — Sebs va a tener un infarto.

Y creo que el grandullón tiene razón, porque veo la cara de mi hermano ponerse primero roja, después morada, y me pregunto cuánto tiempo puede aguantar sin respirar. Sus ojos están desorbitados y entonces golpea la mesa con ambas manos con fuerza.

— ¡¿USTEDES HICIERON QUÉÉÉ?! — Su voz sale en un tono digno de una soprano femenina.

Austin se encoge un poco, pero mantiene la sonrisa.

— Nos casamos. Oficialmente marido y mujer. Aún no sabíamos del bebé… pero mira. Ya ni siquiera puedes sostener tu primera acusación, ¿ves? — Le hace un gesto a Sebs. — Estamos casaditos.

Sebastian se levanta tan rápido que la silla cae hacia atrás.

Mira a nuestros padres buscando alguna reacción, esperando que, al menos, ellos estén tan indignados como él.

Pero no.

Mi madre bebe un sorbo de vino, impasible. Mi padre solo suspira.

— ¿¡Mamá!? — intenta.

— Cada uno tiene su propio sueño, Sebastian — ella se encoge de hombros.

Sebastian mira a uno, luego a otro.

Después a mí.

Después a Austin.

Y ahora ya no sabe si quiere matar a Austin porque dejó embarazada a su hermana antes del matrimonio… o porque SE CASÓ con ella en secreto.

Austin sonríe.

— Mira el lado bueno, tío. Ahora tú y yo somos oficialmente familia.

Winter le pone una mano en el hombro a mi hermano, que respira profundamente.

— Acéptalo ya, amor. A estas alturas, solo queda cuesta abajo.

Sebastian se frota la cara, claramente procesando todo.

— Me rindo. — Se deja caer en la silla, derrotado.

Por más resistente que estuviera a la idea, tarde o temprano su mente aceptaría mi elección. Ese modo troglodita suyo no es más que una manera de demostrar que me ama. Lo sé.

Suelto una risita floja, entrelazando mis dedos con los de Austin.

— ¿Lista para ser oficialmente la señora Prince? — me susurra al oído, besando mi sien.

Sonrío, el pecho a punto de explotar de felicidad.

— Ya lo soy, amor.

Y fue así como, en una sola cena, conseguí dejar a mi hermano al borde de un aneurisma y a mi marido en la mira de una posible ejecución. Un día cualquiera, vaya.

Al final, conquisté todos mis sueños: Juilliard, Austin Prince como mi marido y ahora un hijo en camino.

Y si Sebastian quiere de verdad descargar su furia en alguien, bueno… él y Austin ya pelearon, ya hicieron las paces y nunca más se separaron.

Después de todo, los Gladiadores de Hielo son hermanos de vida… aunque uno de ellos haya decidido cruzar la línea y casarse con la pequeña de la familia.

Agradecimientos



Cada vez que empiezo este apartado, pienso que nunca voy a poder poner en palabras la inmensa gratitud que siento por ti. Por ti, que has llegado hasta aquí, que has acompañado este viaje hasta la última página y aún has venido a ver a quién le gustaría agradecer esta autora.

Así que, mi querida lectora, este agradecimiento es para ti.

Gracias por elegir a nuestro Gladiador padre de gallo para hacerte compañía. Espero, de todo corazón, que hayas reído, te hayas emocionado y sentido cada momento de la misma manera que yo mientras lo escribía.

A mi marido, que me hace reír y me saca de quicio en la misma proporción – pero que siempre está a mi lado. Soy feliz de compartir la vida contigo.

A mis hijos, que entienden mis horas sumergida en este mundo de historias y comparten su tiempo conmigo para que yo pueda compartirlo con vosotras. Todo merece la pena por ellos.

Y hablando de compartir el viaje, tengo conmigo a personas que se ponen la camiseta de los Gladiadores y hacen que todo sea aún más especial.

¡Jackieee!

Mi amor, fuiste un regalo. Trabajar contigo es una alegría, y espero que nuestra colaboración dure mucho tiempo.

A mis diseñadoras increíbles, FRAN y VITORINHA, que se multiplican para mantener nuestro feed impecable. Nuestro "feed-continuo" sigue precioso – ¡aunque tenga franjas blancas! Gracias, bellezas.

Flavinha, mi beta apasionada por cada historia, que vibra con cada giro y me da la certeza de que voy por el buen camino. Has sido esencial y una amiga muy querida. ¡Gracias por todo!

¡Lêee, guapaaa!

¡Graciaaaas! Cada ataque de emoción, cada audio, cada sentimiento compartido mientras leías hizo todo aún más especial. Gracias por abrazar a nuestros Gladiadores con tanto cariño.

Y a mi revisora increíble, Camila Brinck, que siempre entrega a tiempo y me acompaña en este camino con una dedicación impecable. ¡Gratitud inmensa, guapa!

A todos vosotros, mi más sincero gracias. Vosotros hacéis que este viaje merezca la pena.

Un súper beso y hasta pronto,

Silvie Basset

Sobre la Autora

Soy autora brasileña que durante mucho tiempo seguia caminos que no tenían nada que ver con quien realmente era. Hasta que un día, entre el caos de la rutina con mi esposo, dos hijos, cuatro perros y un gato, simplemente… escribí. Y nunca más paré.

Escribir se convirtió en mi hogar, mi pasión, mi punto de equilibrio. No fue una elección sencilla, pero sí la más honesta que hice en mi vida. Cada libro es un pedazo de mi alma, cada personaje carga emociones que ya sentí o que soñé con sentir. Y, incluso en los días difíciles, ver mis palabras en el papel sigue siendo liberador.

Hoy me reconozco como autora de corazón y, ahora, de profesión — y eso lo es todo.

Sean bienvenidos al Silvieverso, donde el amor es intenso, los dramas son deliciosos y los suspiros están garantizados.

Acompáñenme en las redes sociales para estar al tanto de los lanzamientos, los entresijos y las confesiones literarias.



Instagram: @autorasilviebasset

Perfil Instagram

Facebook: Silvie Basset

Perfil Facebook